



LOS  
SAUCES de  
HIROSHIMA  
EMILIO CALDERÓN

Lectulandia

Corre el año 1954 y el inspector Ichiro Abe, de la Policía de Tokio, tiene que enfrentarse al caso más complicado de su carrera: ocho supervivientes del holocausto nuclear de Hiroshima han sido asesinados en un tren. Marginados por la propia sociedad japonesa, el caso se complica cuando los cuatro asesinos que han tomado parte en los crímenes aparecen muertos en un hotel de Tokio. En 1969, Elle Bartlett hereda de su padre una importante suma de dinero que descubre, tras muchas pesquisas, que éste consiguió de sobornos a uno de los criminales de guerra japoneses que había investigado años atrás.

Por su parte, Ryo Watenabe, único superviviente de la hecatombe de Hiroshima, contrata al ahora ex-inspector Ichiro Abe para que le ayude a reconstruir el pasado de su familia. A partir de ese momento, las vidas de Ichiro, Ryo y Watenabe se entrecruzarán y nadie será consciente de que en el pasado se encuentra precisamente la solución al caso que Abe lleva tratando de resolver tantos años.

**Lectulandia**

Emilio Calderón

# **Los sauces de Hiroshima**

ePub r1.1

Titivillus 29.12.14

Título original: *Los sauces de Hiroshima*

Emilio Calderón, 2011

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Hace dieciséis horas un avión norteamericano arrojó una bomba sobre Hiroshima, importante base del ejército japonés. Ésa bomba tenía una potencia superior a veinte mil toneladas de TNT. Su poder destructivo era más de dos mil veces el de la bomba inglesa de diez mil kilos, que fue hasta hoy la mayor que se utilizó nunca en la historia de las guerras.

Es una bomba atómica. Es la energía básica del universo puesta a nuestro servicio. La fuerza de la que el Sol obtiene su poder ha sido desencadenada contra los que hicieron estallar la guerra en Extremo Oriente.

Hemos gastado dos billones de dólares en el más grandioso juego científico de la Historia y hemos ganado... Lo que se ha hecho es lo más grandioso que registra la Historia en cuanto a ciencia organizada.

Declaración histórica de Harry S. Truman,  
presidente de los Estados Unidos de América,  
después de que la bomba atómica fuera  
arrojada sobre Hiroshima.

Vimos una gigantesca columna de fuego purpúreo, de unos tres mil metros de altura, que se elevaba como un meteorito que, en vez de llegar procedente del espacio exterior, hubiera sido disparado desde la Tierra. No puede decirse que fuera humo, ni polvo, ni siquiera una nube de fuego. Era algo vivo, un nuevo ser que estaba naciendo ante nuestros ojos todavía atónitos. Mientras mirábamos, una especie de hongo salió disparado de la parte superior de la columna hasta llegar a los 14 000 metros; la cabeza de un hongo, más vivaz aún que la columna, iracunda y borboteante como una cremosa espuma, mil géiseres confundidos en uno solo. Continuó revolviéndose, presa de una furia primitiva, como una criatura que intentara romper las cadenas que la mantenían cautiva. Cuando miramos por última vez, su forma había cambiado: asemejaba una flor, con sus pétalos gigantes —de color blanco cremoso por fuera, de vivo rosado por dentro— curvados hacia abajo. La bullente columna se había convertido a su vez en una inmensa montaña de numerosos arco iris difuminados entre sí. Mucha materia viva había pasado a formar parte de estos arco iris...

Testimonio de un miembro de la tripulación  
del Enola Gay después de arrojar la bomba  
atómica sobre Hiroshima

La paz empieza cuando podemos sentir el dolor de los demás.  
Hibakusha Project

Humo y fuego en Tokio. Olía a azufre. Había polvo en todas partes. Cuando todo se despejó, allí yacían los crueles japoneses. La respuesta a las oraciones de nuestros soldados.

Canción country grabada en EE. UU.  
a finales de 1945

No pido nada. Sólo deseo que alguna mañana, cuando mis ojos estén todavía cerrados, el mundo entero cambie.

Yukio Mishima

# PRIMERA PARTE

**1954**  
**Los Sauces De Hiroshima**

# 1

Cuando el inspector Ichiro Abe de la Policía Metropolitana de Tokio repasó las notas que durante cuatro días había estado tomando sobre el llamado «caso del expreso *Tsubame* (golondrina)», supo que se trataba de una de esas investigaciones de difícil solución. El problema era que la NHK había comenzado a emitir sus programas en febrero de 1953 y, aunque el número de televisores era aún muy reducido en el país, todos parecían estar en manos de personas influyentes. Durante tres días consecutivos, la NHK dedicó veinte minutos de las cuatro horas que duraban sus emisiones diarias a hablar de los crímenes del expreso *Golondrina*, ocurridos el 10 de diciembre. Incluso su inmediato superior había recibido una llamada del gobernador de la Prefectura de Tokio instándole a resolver el caso cuanto antes; tras lo cual se aprobó la instalación de una televisión Sharp en la comisaría, como si semejante aparato pudiera ser útil en la investigación.

Un total de ocho personas habían aparecido asesinadas por disparos de bala en compartimientos contiguos en el tren que hacía el trayecto entre Osaka y Tokio. Como cada compartimiento de segunda clase disponía de seis plazas, y el tren estaba completo, cuatro personas habían coincidido con las víctimas durante un trayecto de unas ocho horas de duración aproximadamente. Según los testimonios recabados entre otros pasajeros y los empleados de la compañía ferroviaria, se trataba de sendas parejas de jóvenes varones de aspecto convencional. Nadie había oído siquiera un ruido sospechoso, algo comprensible teniendo en cuenta que los asesinos habían empleado silenciadores.

Según podía deducirse del examen de la escena del crimen, los sicarios habían ocupado durante todo el trayecto sillones enfrentados junto a las puertas de los compartimientos y habían aprovechado el sueño de sus víctimas para perpetrar los crímenes. Además, cada víctima había recibido un certero disparo en el entrecejo, detalle que ponía de manifiesto que se trataba de un trabajo de profesionales. A tenor de los casquillos encontrados, las armas empleadas habían sido cuatro pistolas Nambu Tipo 14, calibre 8 mm y cargador extraíble de ocho cartuchos, de las que se habían producido 279 000 unidades entre los años 1925 y 1945. Un revólver utilizado por el ejército en las últimas décadas que ahora se podía encontrar con facilidad en el mercado negro. La pregunta clave era quién podía diseñar un asesinato múltiple empleando dos parejas para ejecutarlo.

El inspector Abe, que jamás había tenido que afrontar un caso semejante, pensó en un primer momento en un ajuste de cuentas de la Yakuza, pero cuando comprobó la identidad de las víctimas comprendió que se enfrentaban a un crimen mucho más complejo. Los ocho inmolados, cinco varones y tres hembras, eran naturales de la ciudad de Hiroshima. Cinco de ellos eran miembros de una misma familia, los Nomura, aunque en algún caso el grado de parentesco era lejano. Las otras tres víctimas no tenían, al menos en apariencia, ninguna relación entre sí. No obstante,

dos de las mujeres, que viajaban en asientos contiguos, habían sido encontradas con las manos entrelazadas. Todas las víctimas, además, portaban una misiva del Ministerio de Salud Pública, una invitación para viajar a Tokio en su condición de *hibakushas*, es decir, de supervivientes de los ataques atómicos. Según rezaba el texto, el Ministerio de Salud Pública iba a convocar una rueda de prensa, con la presencia de unos cuantos «atomizados», en la que se iban a explicar las nuevas medidas que el gobierno pensaba tomar para resarcir y proteger a los afectados de las bombas nucleares de Hiroshima y Nagasaki, a quienes admitía haber desatendido. La razón de este inesperado cambio por parte de las autoridades, al parecer, se debía a la proliferación de conferencias, coloquios y reuniones que los *hibakushas* habían programado para reivindicar el mal trato que recibían de las autoridades, y también a la propagación de organizaciones antinucleares surgidas en el país a raíz del caso del atunero *Dragón Afortunado*, cuyos tripulantes se habían visto afectados por la radiactividad en las cercanías del atolón Bikini, donde los norteamericanos estaban llevando a cabo nuevas pruebas con bombas nucleares.

Las cartas, tal y como el inspector Abe había podido comprobar, eran falsas. Ningún responsable del Ministerio de Salud Pública había cursado invitación alguna, puesto que nadie quería remover el asunto de los *hibakushas*. El firmante de las mismas, un tal Ichimura Toyohara, simplemente, no existía. En el Ministerio de Salud Pública, naturalmente, había varios funcionarios llamados Ichimura, pero ninguno de ellos se apellidaba Toyohara; de la misma manera que existían tres funcionarios apellidados Toyohara que no se llamaban Ichimura. No obstante, se les investigó a todos, incluso se barajó la posibilidad de que hubieran firmado a dos manos, uno aportando el nombre y el otro el apellido, pero tal investigación no dio ningún fruto. Lo que resultaba incuestionable era que las cartas estaban escritas en papel timbrado del ministerio y que habían sido enviadas desde Tokio, pese a que su contenido fuera manifiestamente falso. ¿Suponía eso que alguien del Ministerio de Sanidad Pública estaba implicado? Y sobre todo, ¿por qué invitar a ocho supervivientes de la bomba atómica de Hiroshima para asesinarlos a sangre fría en un vagón de tren? ¿Acaso no habían sufrido ya lo suficiente? Para colmo, las víctimas no eran simples *hibakushas*, puesto que todos portaban el llamado «carné del sufrimiento», cuyos poseedores (unos treinta mil en la ciudad de Hiroshima) habían estado a poca distancia del epicentro cuando estalló la bomba nuclear, y por ese motivo estaban obligados a pasar revisiones médicas periódicas.

El inspector Abe estaba seguro de que, en cuanto informara a sus superiores, la investigación se ralentizaría o incluso se paralizaría por completo, pues de cara a la opinión pública se evitaba hablar de Hiroshima, de Nagasaki y de las consecuencias que el ataque nuclear había tenido para ambas ciudades. Así había sido desde que los norteamericanos se hicieran cargo del país tras la rendición de Japón (entonces incluso estaba prohibido utilizar la palabra *átomo* y, desde luego, no estaba permitido «alterar la tranquilidad pública con informaciones relativas a los bombardeos»), y lo

seguía siendo ahora que los japoneses se gobernaban a sí mismos. Detrás de las bombas atómicas caídas sobre Hiroshima y Nagasaki no sólo existía un sentimiento de vergüenza nacional, sino también el miedo a que las víctimas —sus heridas y sufrimientos— fueran contagiosas. Así las cosas, el pueblo japonés había desarrollado una especie de anestesia psíquica o defensa psicológica que les permitía no identificarse con aquellos que habían sufrido los ataques nucleares de agosto de 1945, y a los que despectivamente algunos llamaban los «atomizados». Por ejemplo, las agencias matrimoniales, que se encargaban de arreglar la mayoría de los casamientos del país, informaron a los supervivientes de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki de que no podrían ser inscritos en sus registros. Otro tanto ocurría en los baños públicos: tenían prohibida la entrada.

En ciertos aspectos, el caso de los *hibakushas*, de las víctimas del holocausto nuclear, recordaba al de los *burakumin*, un numeroso grupo social asentado por todo el país cuyo nombre se escribía con dos ideogramas que significaban, indistintamente, «mucho impureza» o «mucho porquería», y que tradicionalmente detentaban los oficios llamados *contaminados*, como sepultureros, verdugos, carniceros, curtidores de pieles, etc. Antes de la guerra ni siquiera se debía hablar de los *burakumin*, a quienes, como alguien había escrito, «los gobernantes trataban de ahogar en el silencio por considerarlos una vergüenza para el país». Eran, por expresarlo así, «los intocables» del Japón, los parias de la sociedad nipona a quienes se venía marginando ya desde la época feudal. Ahora, a los *burakumin* se les había unido la casta de los *hibakushas*, los nuevos estigmatizados del Japón, dándose la circunstancia de que también había *hibakushas* entre los propios *burakumin*. En esos casos, el resultado era un «contaminado nuclear» dentro del cuerpo de un «contaminado social»; auténtico colofón de lo peor de la raza japonesa.

Por otro lado, el ferrocarril se había convertido en los últimos tiempos en el medio de transporte más popular de Japón. Eso significaba que todo lo que ocurría en los trenes interesaba a la opinión pública. De hecho, una vez terminada la guerra, los jefes de estación fueron los únicos a quienes los norteamericanos permitieron seguir usando sus uniformes.

Ahora el inspector Ichiro Abe se preguntaba cuál sería la reacción de la prensa ante aquellos crímenes. ¿Pasarían de puntillas por el caso de los crímenes del expreso *Golondrina* cuando conocieran la identidad de las víctimas o, por el contrario, llenarían de titulares sensacionalistas las portadas de los rotativos? La sola idea de que el caso del expreso *Golondrina* pudiera convertirse en un circo mediático, semejante al que se había montado en torno al caso del *Dragón Afortunado*, era aterradora. Treinta y cuatro millones de ejemplares diarios, cifra aproximada de los periódicos que se vendían en todo el país cada jornada, podían convertirse en un *tsunami* devastador para el departamento de policía si este no levantaba antes un dique de contención capaz de filtrar la información. Al menos, por ahora, habían logrado que no se publicara ninguna fotografía de las víctimas desparramadas sobre

sus asientos de paño verde.

Como el año nuevo estaba próximo, el inspector Abe decidió acercarse hasta el templo Meiji. Era un hombre religioso y le gustaba implorar ayuda a los *kamis* o fuerzas sobrenaturales. Al atravesar el amplio paseo arbolado que conducía hasta el santuario a través del parque Yoyogi, recordó los bellísimos sauces de Hiroshima, famosos en todo Japón, que *Little Boy* había arrasado con su furia grosera y destructora. De hecho, la imagen del bombardeo nuclear que la prensa había trasladado a la opinión pública era la de un bosque de sauces, otrora de esbelto follaje, completamente destruido. ¿Acaso temían mostrar los efectos que aquellas bombas habían tenido sobre la población? Desde luego, los artículos hablaban del sorprendente y súbito envejecimiento de la naturaleza, pero evitaban mostrar el sufrimiento de la gente. Luego, cuando llegó la primavera de 1946, se hizo célebre en todo el país un viejo ginkgo del parque de Shukkeien, distante un kilómetro del epicentro de la explosión, cuyos brotes verdes pusieron de manifiesto que había sobrevivido a la catástrofe nuclear, gracias precisamente a que al tratarse de una especie con millones de años a sus espaldas, cuando la atmósfera terrestre era mucho más rica en oxígeno, había desarrollado un sistema de defensa contra la oxidación de los tejidos vivos, que era lo que había provocado la radiación ionizante de la bomba en todos los seres vivos. Ahora aquel ginkgo, al que habían bautizado como *el superviviente cabello de Venus*, se había convertido en un símbolo del renacimiento de la vida, en torno al cual se estaba construyendo de nuevo el templo budista de Hosen-ji.

Cuando cruzó el arco sagrado del templo Meiji, se dirigió primero a la pila de piedra para lavarse las manos y enjuagarse la boca, y luego caminó despacio hasta el interior del santuario. Los efectos de las bombas norteamericanas caídas durante las sesenta y cinco incursiones aéreas de 1944 y 1945 sobre Tokio aún eran visibles en la fisonomía del edificio, que presentaba el aspecto de ser mucho más antiguo de lo que en realidad era. Las paredes y los techos de aleros que se mantenían en pie a duras penas, eran fruto de la acción popular de los fieles, quienes habían iniciado la reconstrucción adelantándose a la iniciativa gubernamental. El graznido de los cuervos se fundió con el batir de palmas de los orantes como un mal presagio. El inspector Abe recordó entonces un viejo haiku: «Devuélveme mi sueño, cuervo. / La niebla empaña, / la Luna que veo al despertar». A continuación, oró en silencio durante media hora, invocando a los principales *kamis* y recordando a sus antepasados. Antes de marcharse se detuvo frente al árbol sagrado que presidía la entrada del templo y escribió las palabras *expreso Golondrina* en una *ema* o tablilla de madera a modo de deseo.

Aquella noche cenó un cuenco de soba con caldo caliente antes de centrarse en el periódico que, según una vieja costumbre, prefería leer al finalizar el día. El titular hablaba de la muerte del radiotelegrafista del atunero *Dragón Afortunado*, un tipo llamado Kuboyama Aikichi, que se había hecho muy popular en el país, ya que la

lluvia radiactiva caída sobre el barco había devorado lentamente cada uno de sus órganos. Según rezaba la noticia, en el momento de su fallecimiento el hígado presentaba una cirrosis; los riñones, una degeneración tubular; el corazón, pericarditis; la médula espinal, aplasia; el bazo, reducción del envoltorio; las glándulas y testículos, atrofia; las paredes intestinales, edema; y el páncreas, degeneración grasosa. Ninguna enfermedad era, pues, tan mortífera como la que provocaba la radiactividad en los seres humanos.

El inspector Abe se despertó sobresaltado un minuto después de la medianoche. Algo que le sucedía siempre que el fantasma de su esposa se le aparecía a los pies de la cama. Las primeras noches sintió cierto desasosiego, más por la impresión que le causaba ver a su esposa amortajada, con un trozo de tela blanca en la frente y las mejillas palidecidas como si estuvieran iluminadas desde el interior por una luz tenue, que por miedo; pero con el paso de los días acabó por acostumbrarse. Además, el espectro siempre surgía en el mismo lugar, en el rincón derecho del dormitorio que quedaba delante de la cama, donde permanecía inmóvil. Lo más curioso era que ni su esposa ni su hijo, el pequeño Ichiro, habían habitado en aquella casa, de modo que no dejaba de ser sorprendente aquella aparición. Claro que el poder de los espíritus era, naturalmente, ilimitado.

El inspector Abe sabía cómo repeler a un fantasma, pero en su fuero interno sentía la necesidad de comunicarse con su esposa. ¿Acaso no era esa la finalidad de aquellas apariciones? Siempre que el fantasma de un difunto se le aparecía a un ser querido era para transmitirle algún mensaje; por ejemplo, algo que no había podido decirle en vida. Lo cierto era que la joven Sakura, pues así se llamaba su mujer, ni siquiera hacía por hablar o por moverse; simplemente, miraba hacia donde él se encontraba. Incluso su corporeidad resultaba a veces dudosa, como si se tratara de un ser transparente. Carecía de extremidades inferiores, de modo que daba la impresión de permanecer suspendida en el aire.

Al cabo, decidió tomar la iniciativa y se dirigió a ella, tal y como hacía todas las noches. Empezó preguntándole por el pequeño Ichiro, el hijo de ambos, y por el lugar donde se encontraban. Pese a que nunca obtenía respuesta, la mirada triste del fantasma de su esposa era harto expresiva. «¡Sácame de aquí, te lo ruego!», parecía exclamar aquel rostro proveniente del más allá. Para colmo, tenía pendiente una pregunta que le atormentaba y que no se atrevía a formular: ¿Habían sufrido al morir? Miles de bombas de napalm habían caído sobre Tokio en el plazo de unos meses, quemándolo todo, incluida su casa y su familia. Desde luego, no era lo mismo morir por el efecto instantáneo de una bomba, que imaginar a su mujer e hijo siendo devorados por las llamas de un pavoroso incendio.

En cierta forma, aquellos encuentros nocturnos con el espectro de su mujer habían pasado a formar parte de la nueva rutina de su matrimonio, como si Sakura no hubiera muerto del todo. De hecho, sólo le faltaban las piernas, pero ni siquiera cuando formaban un matrimonio feliz se había fijado demasiado en las piernas de su

esposa.

Sin darse cuenta, y al no obtener respuesta a las preguntas habituales, le habló al fantasma de los crímenes del expreso *Golondrina*.

—Pocos meses después de vuestras muertes, los norteamericanos arrojaron dos bombas de una potencia descomunal sobre las ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Cientos de miles de inocentes perecieron, y quienes sobrevivieron enfermaron o quedaron estigmatizados. Ahora, ocho de estos supervivientes han sido asesinados a sangre fría en el expreso que une Osaka con Tokio. Se trata de un caso verdaderamente difícil, a pesar de que sabemos que fueron cuatro los asesinos.

Esperó unos segundos un posible comentario del fantasma antes de proseguir:

—Lo normal es que uno de los criminales se vea involucrado en otro delito, sea detenido y acabe delatando a sus compinches a cambio de recibir un trato de favor durante el juicio.

Volvió a tomarse unos segundos, mientras seguía observando con atención el rostro del espectro de su esposa. Sus risueños ojos negros parecían tan vacíos como su mirada.

—El problema es que si no damos pronto con los criminales, el fracaso habrá sido mayúsculo, pues no se trata de unos simples crímenes. Cuatro asesinos actuando a la vez en uno de nuestros trenes son demasiados para cualquier policía del mundo. Otro tanto ocurre con el número de víctimas. Es inaceptable. He rezado a los *kamis*, pero tal vez tú puedas echarme una mano. Sé que fracasé a la hora de salvarlos, y semejante carga me acompañará hasta el fin de mis días, pero aún estoy a tiempo de ayudar a las víctimas del expreso *Golondrina* deteniendo a los culpables. ¿Qué me dices? ¿Me ayudarás?

Por un instante, la otrora piel de color ámbar claro de su esposa pareció llenarse de luz, lo que fue interpretado por el inspector Abe como una respuesta afirmativa:

—Quiero que nada distraiga mi atención, y como primera medida voy a tratar de estudiar a fondo a las víctimas —añadió—. Si en algún momento me desvío del camino, indícamelo. Para mí es importante que los *kamis* sepan que haré todo lo que esté en mi mano para resolver este caso. Mi prioridad es que las almas de las ocho víctimas puedan descansar en paz, toda vez que los asesinos sean detenidos y puestos a disposición de la justicia.

Ésta vez contuvo la respiración por si la respuesta de su esposa le llegaba en forma de débil rumor. Pero estaba claro que aquel mutismo era deliberado. Cuando no pudo aguantar más, expulsó el aire de los pulmones y exclamó sin ocultar su decepción:

—¡Me gustaría tanto que dijese algo! ¡Aunque sólo fuese una palabra! Incluso me conformaría con un gesto. Da igual que sea de asentimiento o de negación. ¡No soporto que te quedes ahí observándome, dejando que sea yo quien lleve el peso de la conversación! Ni siquiera sé qué es lo que quieres de mí.

Como si el reproche hubiera enfadado al fantasma, su figura se fue diluyendo

hasta desaparecer por completo. Cada vez que esto ocurría, el inspector Abe tenía la impresión de estar contemplando cómo el cuerpo de su esposa se hundía en las profundidades abisales del océano.

El 30 de diciembre, la Universidad de Tokio cedió el auditorio Yasuda para que los *hibakushas* dispusieran, al fin, de una tribuna desde la que hacer oír sus voces. Era como si después del caso del *Dragón Afortunado*, los crímenes del expreso *Golondrina* hubieran despertado de repente el interés de los japoneses por las víctimas del holocausto nuclear, acaecido nueve años y medio antes. El inspector Abe creyó conveniente asistir como oyente para conocer un poco mejor la psicología de las víctimas del expreso *Golondrina*, la difícil carga que soportaban sobre las espaldas. Aunque en su fuero interno lo que deseaba era demostrarse a sí mismo que no padecía la proverbial inhibición nipona, que tantos males había acarreado al país a la postre. Ningún pueblo como el japonés había desarrollado un sentido de la colectividad tan perfecto y equilibrado; por el contrario, la supresión del individuo, su desaparición como ente autónomo, había anulado la capacidad de la sociedad para sentir empatía en el plano personal, caso por caso. Si no había espacio para la libertad individual, tampoco cabía que lo hubiera para el sufrimiento particular.

El frío era intenso esa tarde y cuando llegó por fin al auditorio Yasuda, después de atravesar a pie el campus de la universidad, la sala estaba tan abarrotada que tuvo que permanecer en pie.

Al cabo, tras una escueta introducción llevada a cabo por el maestro de ceremonias, un profesor de física de la propia universidad que anunció la próxima creación de un instituto de estudios nucleares, tomó la palabra una joven de voz atiplada e insegura que se presentó como Etsuko Kanemitsu.

—«¿Por qué han parado la alarma si todavía puedo ver el avión que nos ataca del cielo?», me pregunté cuando las sirenas dejaron de sonar sobre Hiroshima y el *Enola Gay* volaba sobre nosotros...

La voz de la joven planeó sobre la sala como la hoja que se desprende de su rama en otoño, lenta y delicadamente.

—Miré hacia arriba una vez más y una luz cegadora me quemó el rostro. Una gran fuerza me empujó varios metros y caí al suelo del patio del instituto donde estudiaba. Caí de frente y al levantarme pude comprobar que mi pecho y la parte delantera de mi cuerpo, salvo el rostro, estaban intactos. Pero toda la ropa había desaparecido de la parte trasera de mi cuerpo y la piel de mi espalda ya no estaba. Miré alrededor y todo lo que hacía unos segundos estaba allí había desaparecido, incluidas las compañeras que formaban en el patio.

»Me llevé las manos a la cabeza y no tenía cabello, sólo carne quemada. «¿Dónde estoy?», me pregunté. Sólo sobrevivimos cuatro de las cincuenta estudiantes que estábamos fuera de las aulas en el momento de la tremenda explosión. No recuerdo cómo llegué a casa.

»Mi madre consiguió un médico, pero él dijo que no tenía muchas posibilidades de salir adelante y que era mejor que se esforzara en atender a otros heridos menos

graves. Mi madre no quiso escucharle y le suplicó: «Póngale aceite en el rostro, es una chica y necesita que se la pueda mirar a la cara o no tendrá ningún futuro».

»El dolor que sentía era insoportable y tardé varios meses en recuperarme. A mi hermana nunca la encontramos y fue dada por muerta.

La voz de la mujer se quebró de repente, y antes de que el público pudiera siquiera reaccionar, la joven que estaba sentada a la derecha de la señorita Kanemitsu, dijo:

—Me llamo Teruko Suga y voy a contarles cómo viví yo la mañana del 6 de agosto de 1945.

»Era un día luminoso y había ido caminando a la oficina de correos, cerca del ayuntamiento. Mi jornada acababa de empezar y me encontraba arreglando algunos papeles cuando de repente el edificio empezó a temblar. Los cristales saltaron por los aires y, cuando miré hacia la calle por una ventana, una luz muy brillante me cegó completamente. El resplandor se apagó enseguida y de repente todo era oscuridad. Eran las 8.15 de la mañana de un día soleado, pero estábamos envueltos en una noche cerrada. Pensé: «El Sol ha caído sobre nosotros». Sólo se oían gritos pidiendo auxilio. Nuestro edificio era el más resistente del barrio y al salir a la calle comprobé que era el único que seguía en pie. Todo a mi alrededor había desaparecido, y en mitad de las ruinas la gente caminaba con partes del cuerpo colgando y horribles quemaduras. A muchos no les quedaba un centímetro de piel. Parecían zombis.

»La ciudad ardía a mi alrededor. Mis heridas eran leves. Llevaba cristales clavados en la espalda y magulladuras por todo el cuerpo. Fui de las pocas personas que, estando a tan escasa distancia del epicentro, logró salvarse. Encontré un refugio después de caminar varios kilómetros hacia el oeste. Avanzaba pisando cadáveres. Durante todos estos años he sufrido de fatiga, pero afortunadamente no de cáncer.

La tercera en tomar la palabra fue una mujer de mediana edad que se identificó como Kazuko Tarui:

—El día que cayó la bomba nuclear me sentía feliz. Días antes había encontrado un trabajo como enfermera en la consulta de un dentista y había empezado a realizarle una limpieza dental al primer cliente de la mañana cuando oí un gran estruendo y bajé rápidamente las escaleras. Abrí la puerta del portal y no recuerdo nada de lo que pasó en los veinte minutos posteriores. Cuando recuperé la conciencia, sólo vi gente desfigurada y con partes del cuerpo desgarradas, caminando sin rumbo por la calle.

»Me presenté en el Hospital de la Prefectura, donde había estudiado enfermería, y empecé a asistir a los heridos. No teníamos suficiente sitio para poner a los muertos que llegaban en los camiones del ejército y mi cometido durante los primeros diez días se limitó a rociar los cuerpos con gasolina y quemarlos para evitar enfermedades y la propagación de epidemias. La inhalación de los humos me ha provocado desde entonces molestos problemas respiratorios. Los pocos ratos libres que teníamos los aprovechábamos para ir a buscar agua. Dos meses después, exhausta, caí enferma y

me dejaron marchar a mi pueblo natal, a setenta kilómetros de Hiroshima.

»Un año más tarde me volvieron a llamar y me reincorporé al hospital para ayudar a las víctimas. He vivido, desde entonces, atendiendo a quienes iban enfermando con cánceres terribles, viendo nacer niños con malformaciones y reviviéndolo todo como una pesadilla sin fin. Mi vida es la bomba nuclear. He tenido pretendientes, pero siempre he temido darles hijos que no fueran sanos. Quiero que la gente sepa que la bomba sólo fue el comienzo de la desgracia para miles de japoneses y que después vino una larga agonía...

Por último, tomó la palabra un hombre apellidado Uriu:

—Había habido una alarma, pasado un avión y sonado la señal de retorno a la normalidad. Pocos instantes después, el patio fue iluminado por una claridad espantosa, como de cien soles todos juntos; pero no se oyó ningún sonido. De pronto, sentí un calor de horno abierto y una extraña presión, como si cayese el cielo, toneladas de cielo. Y todo se deshizo: la casa, el zaguán, los almacenes en torno al patio. Entonces se oyó una batahola siniestra, restallaron y se hendieron todos los huesos de la ciudad, toda su estructura y armazón. Y en fin, durante un tiempo, que pareció eterno, nada, silencio.

»No recuerdo cómo alcancé la calle, pero cuando lo hice me encontré con un escenario de llamas, humo y aullidos de mis vecinos, aprisionados muchos de ellos bajo las casas derrumbadas.

»Traté de levantar una viga que había roto las piernas a uno de mis vecinos, pero resultó imposible. Cuando el fuego nos cercó, me imploró: «¡Remátame, por favor!». Busqué un martillo para golpearle en la cabeza, por piedad, pero sólo encontré una piedra.

»Yo fui de los más afortunados. Me resisto a contar las cosas que vi los días siguientes. Creo que me salvé por haber pasado todo el primer día y la primera noche en un pozo. En cierto momento el calor fue tal, que creí morir hervido..., pero resistí y estoy vivo. En derredor ardía todo; parecía una inmensa parrilla, tanto apestaba a carne quemada y, sin embargo, creo que en el fondo los asados fueron afortunados. Solamente desde el tercer día en adelante comenzó a morir la gente por los efectos de las quemaduras atómicas. Era terrible, parecía como si les hubiese atacado de repente una lepra galopante. En los primeros momentos no se comprendía nada. Faltaban periódicos, radio, todo. Alguien decía que había pasado un avión de noche y había regado la ciudad con gasolina, a la cual el bombardero solitario de la mañana había prendido fuego de manera misteriosa. Uno decía una cosa; otro, otra; no se comprendía nada. De la *genshibakudan* (bomba atómica) no oí hablar hasta al cabo de no sé cuántos días. Cuando logré desentumecerme y recuperar suficiente fuerza para poder huir, me pareció dejar el infierno a mis espaldas. No pensaba en nada. Todos los fugitivos estábamos así. Caminábamos uno detrás de otro, sin decir una palabra... Estábamos vacíos, como gusanos secos.

Con la espalda pegada a la pared del auditorio, el inspector Abe contemplaba

cómo la narración de los ponentes había provocado que el público se revolviere incómodo en sus asientos. Parecían estar sentados sobre ascuas. Él mismo había experimentado una sensación similar con cada nuevo detalle, con cada nueva descripción. Su espalda había comenzado a golpear la pared sobre la que se apoyaba. Era como si aquellos testimonios tuvieran la capacidad de agitar las conciencias. Las historias de aquellos *hibakushas* provocaban congoja y al mismo tiempo evidenciaban la conducta moral de Japón, o mejor dicho, su deriva hacia el terreno pantanoso de la ignominia. Los americanos eran los culpables de haber arrojado aquellas atroces bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, sin duda, pero los japoneses no habían hecho nada por restituir la dignidad a los supervivientes, y eso incluía prestarles comprensión y ayuda. ¿Cabía una vergüenza mayor que haber abandonado a quienes habían sido aplastados y convertidos en despojos humanos por las bombas enemigas?

El inspector Abe comprendió de inmediato que, de cara a la investigación que se traía entre manos, su asistencia a aquel acto no había sido una buena idea. No había sacado nada en claro con respecto a la psicología de los *hibakushas*... todo lo contrario. Ahora era él quien se había visto afectado por una ola incontrolada de sentimientos que se agitaba en su interior siguiendo el flujo de su conciencia. Incluso se sentía irritado consigo mismo. De pronto se dio cuenta de que si hubiera tenido que describir los rostros de aquellas mujeres que acababan de compartir su experiencia, no habría podido. La vergüenza le había impedido alzar la cabeza y mirarlas a la cara. ¿Tenían el rostro desfigurado por las cicatrices? ¿Estaban flacas y demacradas o, por el contrario, presentaban un aspecto saludable?, se preguntó. No lo sabía. Otro tanto ocurría con el señor Uriu.

A continuación intentó alzar la cabeza, pero de nuevo no pudo, como si una fuerza invisible se lo impidiera. Su mirada volvió a clavarse en la nuca de aquellos que estaban sentados en las últimas filas, quienes a su vez miraban hacia el suelo o los laterales de la sala. Estaba claro que una profunda intranquilidad se había apoderado de todos cuantos llenaban el auditorio. Recordó entonces una historia de la mitología griega que había oído siendo estudiante: Tres gorgonas (despiadados monstruos femeninos) que tenían el poder de petrificar a quienes las miraran directamente. A tenor del respeto que imponían, daba la impresión de que aquellas *hibakushas* poseían también un poder destructor semejante, pues portaban el «virus del átomo» en su interior. Nadie se atrevía a mirarlas a los ojos por temor a ser fulminados, y de paso para ocultar también la vergüenza que sentían. ¿Dónde estaban los progresos que supuestamente había hecho Japón después de la guerra? ¿No se decía que la democracia impuesta por los norteamericanos lo iba a arreglar todo? En los periódicos se empezaba a hablar del milagro japonés. ¿Acaso los avances que estaba experimentando la economía podían borrar las cosas que se habían hecho mal, empezando por el asunto de los «atomizados»? Éstas y otras preguntas asaltaron con tanta fuerza su conciencia que empezó a sentir cierto desasosiego, cierta zozobra que

hizo que sus piernas flaquearan. Sólo cuando le fue notificada la muerte de su mujer e hijo en el bombardeo del 24 de febrero de 1945 sobre Tokio, le había sucedido algo semejante. 174 aviones B-29 habían arrojado cientos de bombas incendiarias sobre el centro de la capital, quemando casas y personas. Entonces las piernas le fallaron por completo y tuvo que ser sujetado por los dos oficiales que le comunicaron la noticia. Luego ni siquiera tuvo fuerzas para mantenerse sentado en un sillón, por lo que acabó tumbado en el suelo. La situación no era ni remotamente parecida, pero no por eso dejaba de ser desagradable. El trato que la Dieta, con el emperador a la cabeza, estaba dispensando a los *hibakushas* demandaba una reparación.

Decidió salir a respirar un poco de aire frío. En la calle había comenzado a nevar; unos tímidos copos que se hacían agua apenas tocaban la copa de los árboles, la hierba o el asfalto. Comenzó a caminar a través del campus de Hongo en busca de la salida, dejando a ambos lados edificios que la noche había convertido en gigantescas sombras de amenazadores contornos. En algunos casos, las edificaciones, que albergaban las distintas facultades, estaban flanqueadas por esbeltos ginkgos. De no haber sido por la guerra, le hubiera gustado estudiar derecho en aquella universidad. De hecho, siempre había antepuesto su vocación por la abogacía a la de policía, al menos durante su juventud. Aunque su verdadero anhelo era poder compaginar ambas profesiones, la de abogado y la de policía, trabajando en el departamento jurídico de la Policía Metropolitana de Tokio. Ahora ya era demasiado tarde. El mundo del derecho había dejado de interesarle, entre otras razones porque la justicia se había mostrado inoperante a la hora de frenar los desmanes cometidos durante la guerra y también a la hora de establecer la responsabilidad de cada una de las partes. ¿Acaso no tenían que haberse sentado en el banquillo de los acusados aquellos que aprobaron, ordenaron y ejecutaron el lanzamiento de sendas bombas atómicas contra Hiroshima y Nagasaki? Al parecer, la muerte de varios cientos de miles de civiles inocentes no era suficiente.

Cuando el inspector Abe alcanzó la calle Jingu Gaien, el suelo había empezado a escarcharse y un velo de neblina hendía las copas de los ginkgos, creando fantasmales figuras. Divisó su coche aparcado a cien metros de donde se encontraba. Recordó que aún no le había puesto líquido anticongelante al motor, y que con el frío que había hecho durante la última semana corría el peligro de que no arrancara.

**1955**  
**La Sociedad Del Hongo**

# 1

Los cuatro cuerpos habían sido encontrados en sendas habitaciones de un hotel de mala reputación del distrito de Akihabara de Tokio. Lo más insólito era que cada víctima había disparado a su vez contra su asesino causándole también la muerte, lo que hizo que el inspector Abe sospechara que los cuatro jóvenes varones habían caído en una trampa. Hipótesis que cobraba fuerza si se tenía en cuenta que, en todos los casos, los asesinos-víctimas portaban la llave de la habitación (dos eran duplicados, puesto que el hotel proporcionaba una sola llave por estancia) y una extraña nota escrita en una tira de papel donde, garabateada con caracteres infantiles, figuraba la siguiente leyenda: «La Sociedad del Hongo». Es decir, según dedujo el inspector Abe, cada asesino había recibido la orden de acabar con su oponente y de dejar la firma en forma de nota sobre su cadáver; misión que no habían podido completar al entrar en la habitación y encontrarse con la sorpresa de que aquellos a quienes habían ido a asesinar estaban también esperando. Eso significaba que, con un alto grado de probabilidad, cada pareja de asesinos había sido convocada en el mismo lugar y a la misma hora. En cambio, no había duda de que las armas empleadas coincidían con las utilizadas en los crímenes del expreso *Golondrina*, de modo que podía colegirse que quien había provocado que aquellos hombres se dispararan mutuamente pretendía eliminar pruebas esenciales.

Durante los días siguientes, el inspector Abe centró la investigación en tratar de descifrar el significado de la frase que cada uno de los asesinos-víctimas portaba: «La Sociedad del Hongo». Teniendo en cuenta que las armas encontradas en el hotel de Akihabara eran las mismas que habían sido empleadas en los crímenes del expreso *Golondrina* (lo que en ese caso no había supuesto un alivio, sino una complicación añadida), era obvio que la sociedad a la que aludían las notas podía vincularse con la nube con forma de hongo que había alcanzado varios miles de metros de longitud y que, a la postre, se había convertido en el símbolo más reconocible de la explosión nuclear. ¿Era entonces la Sociedad del Hongo una organización que pretendía vengar los crímenes del expreso *Golondrina*, cuyas víctimas eran a su vez supervivientes de la catástrofe nuclear? En ese caso, la mencionada organización había llevado a cabo una investigación más profesional que la propia policía, tal y como demostraba el hecho de que hubieran dado con la identidad de los asesinos. Sin embargo, había una contradicción en este argumento que desconcertaba sobremanera al inspector Abe, pues parecía claro que los asesinos-víctimas habían sido contratados para que fueran ellos quienes acabaran entre sí, de forma que el caso del expreso *Golondrina* no pudiera ser resuelto jamás; o mejor dicho, quedara resuelto parcialmente.

Claro que cabía la posibilidad de que estuviera enfocando el caso al revés, pensó el inspector Abe, y la mencionada Sociedad del Hongo fuera una organización creada para atacar a los «atomizados», a las víctimas de la explosiones nucleares de Hiroshima y Nagasaki, teniendo en cuenta que se habían convertido en personas que

provocaban el rechazo social, por expresarlo de una manera suave. Es decir, la Sociedad del Hongo habría encargado los crímenes del expreso *Golondrina* a cuatro asesinos profesionales, a los que luego, con el propósito de borrar todo rastro, habrían tendido una trampa. Cada asesino, según esta hipótesis, habría recibido una llave de la habitación del hotel y el encargo de acabar con su compañero de vagón, sin sospechar que este tenía la orden de realizar el mismo trabajo. El inspector Abe no tardó en encontrar una falla en este razonamiento: si lo que la Sociedad del Hongo pretendía era borrar todo rastro del caso del expreso *Golondrina*, ¿qué propósito tenía entonces que la organización hubiera hecho público su nombre mediante cuatro notas destinadas, evidentemente, a que la policía las encontrara? ¿Acaso no era un contrasentido tratar de borrar las huellas de unos crímenes, al mismo tiempo que la organización que los había encargado se hacía publicidad? Desde luego que sí. Llegado a este punto muerto, la capacidad deductiva del inspector Abe sufrió un nuevo revés cuando el equipo de calígrafos de la policía le envió un informe según el cual las tiras de papel encontradas en los bolsillos de las chaquetas de los cuatro asesinos-víctimas habían sido escritas, sin ningún género de duda, por la mano de un niño de entre ocho y diez años.

Como siempre que el inspector Abe se encontraba en una encrucijada, se dirigió al templo Meiji para orar, colgó una nueva *ema* o tablilla donde había garabateado un deseo, fue a contemplar los lirios del parque Yoyogi, recién florecidos por ser junio, y por último se dirigió a una *troriya*, un restaurante familiar especializado en brochetas de pollo, pato y codornices sito en un callejón de la avenida Omotesando Dori, donde cada vez que iba ponían a su disposición un pequeño reservado con vistas al jardín trasero del local. Desde allí podía contemplar un diminuto sendero de guijarros que desembocaba en una pequeña fuente levantada con cantos rodados que convertían el ruido del agua en un suave rumor. El restaurante, una vieja casa de madera cuya techumbre estaba cubierta de pesadas tejas plateadas, que había sobrevivido como una isla a los bombardeos norteamericanos, desprendía un olor a soja rancia (receta secreta del cocinero y propietario) y a sándalo, que despertaba el apetito del inspector Abe y conseguía abrirle la mente a nuevas ideas. Para aprovechar esa circunstancia, solía llevar consigo alguno de los expedientes de casos por resolver, y aunque no podía afirmar que reflexionar sobre ellos en aquel ambiente hubiera resultado decisivo para dar con la solución de alguno, en cambio sí tenía la impresión de que conseguía avances. A veces se trataba de simples detalles, pero en toda investigación policial los detalles resultaban siempre capitales.

Cuando después del almuerzo abrió el informe que sus colegas de Hiroshima habían elaborado sobre las víctimas del expreso *Golondrina* por petición expresa de la Policía Metropolitana de Tokio, se centró en estudiar a las cinco víctimas de la familia Nomura, puesto que, aunque sólo fuera por número, había que colocarlas en el epicentro del caso.

En líneas generales, se trataba de una familia ligada desde hacía algunas generaciones al estamento militar, si bien al desaparecer el ejército tras la rendición de Japón, los Nomura que habían sobrevivido a la hecatombe nuclear se habían visto relegados a un segundo o tercer plano dentro del nuevo organigrama de la sociedad nipona surgida tras la guerra. En realidad, su condición de «atomizados» los había convertido en personas estigmatizadas, con todo lo que eso significaba: rechazo social, problemas para encontrar trabajo y de salud, etc. En total, eran siete los miembros de la familia que habían caído en acto de servicio durante la segunda guerra mundial en distintos frentes, mientras que el número de los Nomura que habían perecido como consecuencia del holocausto nuclear ascendía a veintidós. Es decir, de los treinta y cuatro miembros con que contaba la familia Nomura antes de la guerra, sólo habían sobrevivido cinco. Los mismos que habían sido asesinados nueve años más tarde en el expreso *Golondrina*. No obstante, esos cinco supervivientes de la familia Nomura, cuatro varones y una hembra, habían aumentado la familia en los años posteriores a la guerra. ¿Cómo lo habían conseguido? Casándose con otros «atomizados», con otros portadores del «carné del sufrimiento». De modo que ya

existía una nueva generación de Nomura en Hiroshima, pese a que alguno había nacido con malformaciones a causa de la radiactividad, tal y como habían vaticinado los médicos.

Dos de las víctimas Nomura del expreso *Golondrina* eran primos carnales, en tanto que los otros tres mantenían una relación de parentesco más lejana. Los dos primos carnales habían trabajado esporádicamente en un conocido restaurante de la ciudad especializado en *okonomiyaki*, un cocido típico de Hiroshima que se preparaba y servía delante del cliente. El trabajo de ambos consistía en fregar suelos y ventanas cuando la clientela ya se había marchado. Un tercer Nomura, primo segundo de los anteriores, había sido empleado de una pequeña tienda en la isla sagrada de Miyajima (el inspector Abe conocía el lugar por encontrarse allí el templo de Itsukushima y su *torii* o puerta sagrada de madera de alcanfor que se erguía sobre las aguas del mar interior de Seto). El cuarto varón Nomura, jardinero en un colegio de la ciudad, apenas si tenía relación con los tres primeros. En cuanto a la única mujer Nomura víctima del expreso *Golondrina*, era prima de los cuatro varones en distinto grado y se dedicaba a cuidar de su casa. Según la opinión de la policía de Hiroshima, salvando el caso de los dos primos que trabajaban en el restaurante, la relación entre las víctimas era esporádica, pues si bien antes de la hecatombe nuclear la familia residía en su totalidad en varias casas cercanas al área comercial que formaban los ríos Motyasu y Honkawa (la zona más afectada por *Little Boy*), ahora vivían en los distritos de Hakushima y Kamihacchobori. La situación económica de todos era precaria, casi dramática, y si conseguían desempeñar un trabajo de vez en cuando era por la compasión que «los atomizados» despertaban entre los *hibakushas* que habían tenido la suerte de sufrir los efectos de la bomba nuclear estando a una mayor distancia del epicentro.

En este punto, el informe de la policía de Hiroshima recordaba que, después de la hecatombe nuclear, la ciudad había sido repoblada en muchos casos por japoneses procedentes de las colonias que se habían perdido tras la rendición, es decir, de Manchuria, Corea, Formosa, Malasia, etc. Ésta *nueva* población, con el beneplácito de las autoridades, abogaba por una pronta reconstrucción de la ciudad, y su meta primordial pasaba por forjar un futuro de paz y de prosperidad. En ese escenario, los *hibakushas*, y en especial los «atomizados» portadores del «carné del sufrimiento», jugaban el papel de una colonia de cucarachas en una cocina nueva. Proyectaban una mala imagen. Resultaban incómodas.

En cuanto al resto de las víctimas del expreso *Golondrina*, al inspector Abe le llamó la atención la identidad de las dos mujeres cuyos cuerpos habían aparecido con las manos entrelazadas. Una se llamaba Aiko Okada, quien había sido novia en la juventud de Yosuke Nomura, uno de los siete miembros de la familia que habían perdido la vida durante la segunda guerra mundial, en su caso en el frente chino. Como otras muchas «atomizadas», la señorita Okada se había quedado soltera, posiblemente por el temor a padecer una grave enfermedad o a engendrar hijos

deformes. La otra mujer, de nombre Kiku Tanaka, era una ex geisha que no había vuelto a practicar su oficio después del bombardeo de Hiroshima por haber sufrido graves quemaduras en su piel. El informe no decía nada sobre la más que probable amistad entre ambas mujeres, tal y como lo evidenciaba el detalle de que llevaran las manos unidas en el momento de su muerte, mientras dormían.

La última víctima del expreso *Golondrina*, un hombre apellidado Murakana, vivía junto a la estación de Koi, en el límite occidental de la ciudad, y no tenía relación con la familia Nomura. Como el resto, desde la explosión nuclear había realizado trabajos esporádicos y había sido sometido a numerosas pruebas médicas en el Centro Americano de Investigaciones Atómicas, cuya finalidad no era terapéutica, sino la de examinar a los enfermos y establecer diagnósticos.

Sobre el estado de salud de las víctimas, todas habían sufrido alguna clase de dolencia relacionada con la radiactividad, si bien, de momento, la vida de ninguna de ellas corría peligro inminente. En el caso del señor Murakana, las probabilidades de que desarrollara un cáncer linfático en los próximos dos años se cifraban en un 85 por ciento. Otro tanto ocurría con la señorita Okada.

El informe de la policía de Hiroshima concluía poniendo de manifiesto las dificultades que suponía rastrear el pasado de los «atomizados» o *hibakushas* asesinados en el expreso *Golondrina* dado el grado de destrucción que sufrió la ciudad como consecuencia de la explosión nuclear. Y para ilustrar el argumento, el informe recordaba que de los 75 327 edificios y casas (la mayoría de ellas de madera) con que contaba la ciudad el 6 de agosto de 1945, apenas el 9 por ciento habían logrado mantenerse en pie, si bien la mayoría eran inhabitables. Además, la bomba atómica había matado a unas ochenta mil personas de manera directa y herido de distinta gravedad a otras sesenta mil, sin contar las que perecieron en las semanas, meses y años posteriores. A finales de 1945, las autoridades habían contabilizado un total de 140 000 víctimas mortales. Teniendo en cuenta las altas temperaturas alcanzadas, de varios miles de grados centígrados, la mayoría de archivos y documentos oficiales habían sido pasto de las llamas. Escrituras, títulos de propiedad, sistemas de comunicación, periódicos, oficinas, fábricas y corporaciones públicas y privadas, todo había sido destruido aquel 6 de agosto de 1945. En resumidas cuentas, hurgar en el pasado de muchos de los *hibakushas* de Hiroshima resultaba tan difícil como rastrear la vida de un hombre de las cavernas.

Después de digerir toda aquella información con la ayuda de tres tazas de té, el inspector Abe sacó un papel y escribió las siguientes preguntas:

*¿Por qué no existe una relación entre dos de las víctimas del expreso Golondrina y la familia Nomura? ¿O tal vez existe y no somos capaces de encontrarla?*

*¿Las señoritas Aiko Okada y Kiku Tanaka se conocían y por eso dormían en el compartimiento con las manos entrelazadas? Si la señorita Aiko Okada había sido novia de Yosuke Nomura, cabe la posibilidad de que la señorita Kiku Tanaka también conociera a este.*

*¿Dónde encaja el señor Murakana? ¿Qué sentido tiene asesinar a un hombre que tiene un 85 por ciento de probabilidades de desarrollar un cáncer y morir en los próximos dos años? ¿Acaso quien mandó asesinarlo desconocía esta información?*

*¿Qué significa que las notas que portaban los asesinos-víctimas del hotel de Akihabara hayan sido escritas por un niño?*

*¿Quiénes se esconden detrás de la Sociedad del Hongo?*

El inspector Abe apuró la última taza de té, más para calmar su desesperación que la sed, pues tenía que reconocer que en el lapso de tiempo que había transcurrido entre los asesinatos del expreso *Golondrina* y los del hotel de Akihabara la investigación no había avanzado un solo paso.

Tres días más tarde, encontró una nota de su inmediato superior sobre su escritorio. Se trataba de la respuesta que este le daba después de que el día anterior le hubiera expuesto los detalles y también los temores que le infundía el caso, ahora que se había complicado con cuatro nuevos crímenes. No era, desde luego, el procedimiento habitual, pero el jefe del inspector Abe había tenido que viajar a Kyoto, de donde era natural, para resolver un «asunto personal».

Le sorprendió tanto la caligrafía infantil de su jefe que acabó recordando las tiras de papel que portaban los asesinos-víctimas del hotel de Akihabara.

«¿Y si las notas no están escritas por un niño, sino por un adulto con una forma de escribir infantil?», se preguntó. Tal vez el autor de las notas sea un «atomizado» que, por causa de los efectos de la radiactividad, no pudo completar su educación, obtener un diploma y un empleo honroso. Al menos eso daban a entender los caligramas, trabados y torpes en su ejecución. Quizá la radiactividad le había originado alguna tara que le había impedido mejorar su caligrafía, pensó.

La nota de su jefe decía:

*Inspector Abes-an:*

*Sea cual fuere el resultado de la investigación que está llevando a cabo, quiero que considere los crímenes del hotel de Akihabara como uno de esos actos de «justicia poética» de los que tan a menudo escriben los literatos y con los que el propio devenir del mundo nos sorprende de vez en cuando. Sé que nuestro deber como policías es el de esclarecer los hechos y encontrar a quienes se esconden detrás de la llamada Sociedad del Hongo, ¿pero qué pasaría si, tal y como aseguran nuestros expertos en grafología, es un niño quien ha escrito los mensajes que portaban los asesinos-víctimas? ¿Acaso podríamos compartir semejante información con la prensa sin que los periódicos, radios y estaciones de televisión se cebaran? No, sería imposible. Se nos echarían encima, como lobos hambrientos. Ni siquiera creo que la sociedad esté preparada para digerir una noticia de esas características. Nadie quiere saber nada de los hibakushas; es más, la mayoría mira hacia*

*otro lado cuando hay una víctima de las bombas atómicas de por medio. Pero si el sospechoso es un niño, entonces la cosa cambia. Piénselo detenidamente. Tenemos unos crímenes en los que los asesinos son también las víctimas, contamos con la firma de una sociedad criminal y secreta, o cuando menos desconocida, y la principal sospechosa es la caligrafía de un niño de entre ocho y diez años. ¿Qué clase de organización puede utilizar a un niño para reivindicar sus crímenes? ¿Cuántos niños de entre ocho y diez años hay en Japón? Probablemente varios cientos de miles. Si la prensa llega a enterarse de este detalle, podemos dar por seguro que convertirán los crímenes del expreso Golondrina en un nuevo Dragón Afortunado. He de reconocer que conforme más pienso en este caso, más veces acabo formulándome la misma pregunta: «¿No estarán los Kamis detrás de estos extraños acontecimientos?». Tal vez los dioses nos estén enviando una señal, un mensaje según el cual han decidido tomar cartas en el asunto y resolver el caso de ese tren por su cuenta. Aunque sé que la policía no puede delegar su responsabilidad en la providencia, he de admitir que no me desagrada el escenario que nos hemos encontrado en el hotel de Akihabara. Quiero decir que la muerte de los asesinos nos va a evitar ciertas implicaciones políticas que habían convertido este caso en incómodo. No hace falta que le diga cuán delicado resulta cualquier asunto que tenga que ver con los hibakushas. Desgraciadamente, la enfermedad y la muerte permanecen agazapadas en el interior de esas personas, de ahí que se hayan convertido en modernos leprosos...*

Pese a que la claridad no era la principal virtud de aquel texto, el inspector Abe vislumbró que su jefe le estaba insinuando que abandonara (o cuando menos desatendiera) la investigación del caso, que los *kamis* habían decidido intervenir y hacer justicia (¿poética?) provocando la muerte de los asesinos, como si detrás de la Sociedad del Hongo se escondiera un dios vengador al que no se le podía pedir responsabilidades, sino darle las gracias.

Tras releer la nota, dobló la hoja y la rompió en mil pedazos, pues acababa de conocer un detalle sobre la identidad de los asesinos-víctimas del hotel de Akihabara que, a su parecer, podía resultar importante: todos habían sido soldados y entrado en combate. La posterior disolución del ejército, al parecer, había dificultado la integración de estos jóvenes en el nuevo Japón, de ahí que acabaran convirtiéndose en asesinos profesionales. La cuestión era que la familia Nomura había estado ligada durante generaciones al estamento militar y, como a los asesinos-víctimas del hotel de Akihabara, la sociedad había acabado marginándolos. A su vez, las armas empleadas en los crímenes eran cuatro pistolas muy comunes en el ejército. Es decir, podía establecerse un vínculo entre los asesinos, la familia Nomura, las armas empleadas en los crímenes del expreso *Golondrina* y el Ejército Imperial japonés. Aunque a

primera vista, cualquier investigador, comenzando por su jefe, habría desmontado ese frágil nexo argumentando que todos los japoneses varones en edad de defender a su patria habían tomado parte en la guerra y, en consecuencia, pertenecido al ejército, creyó haber encontrado un camino por el que seguir avanzando.

En diciembre, el inspector Abe acudió de nuevo al templo Meiji, adelantándose unos días al Año Nuevo y, por ende, a la multitud devota que visitaba el santuario en esas fechas. Pero el ánimo que le embargaba en esta ocasión nada tenía que ver con el del año anterior. Los casos del expreso *Golondrina* (cuyo primer aniversario ya se había cumplido) y del hotel de Akihabara se habían estancado, y su metabolismo se negaba a aceptar semejante fiasco. Habían reconstruido el pasado de los asesinos-víctimas, el paso de cada uno de ellos por el ejército, estudiado las unidades a las que habían pertenecido y sus expedientes, su salto al mundo del crimen organizado, que incluía una carrera de delitos menores primero y otros más graves después, pero una vez llegados a este punto, todo se volvía nebuloso..., hasta el día de los crímenes del hotel de Akihabara. Por tal motivo, el inspector Abe sentía una profunda frustración. Por no mencionar que el alma de las víctimas exigía una reparación para que pudieran descansar en paz. Como buen practicante del sintoísmo, el inspector Abe creía que la muerte no era el fin de la existencia, sino un paso dentro de una evolución progresiva cuya finalidad era alcanzar el cielo, el mundo invisible donde moraban los *kamis*. Si una persona moría asesinada, el criminal debía ser capturado y las penas redimidas. Era la única forma de que el espíritu del difunto no generara una maldición y, en muchos casos, vagase por el lugar del crimen o por la casa de sus familiares. De manera que la responsabilidad de un policía era enorme.

Poco a poco, pues, la desazón había pasado de provocarle jaquecas y episodios de ansiedad a penetrarle en el alma. Algo que a la larga se había convertido en un serio problema, pues le hacía sentir responsable del fracaso. Un sentimiento de culpa que se había ido alambicando en las últimas semanas, hasta adquirir formas tortuosas que destilaban un elixir con sabor a culpa. A veces notaba que las entrañas se le estremecían por causa de un dolor lacerante que brotaba, tal que agua de un manantial subterráneo, de su conciencia intranquila. Claro que ante un fracaso un hombre sólo podía mantener dos actitudes: una defensiva o una ofensiva. Él había optado por la última. Ahora meditaba seriamente abandonar la policía como forma de asumir su responsabilidad, presentar excusas a la sociedad y limpiar su honor de esta mancha.

La historia de los «atomizados» o *hibakushas* le recordaba a la del conde Katsu, a quien un perro le desgarró los testículos de niño, y mientras estaba siendo operado por el médico, su padre permanecía a su lado con una espada rozándole el rostro, bajo la amenaza de que si soltaba un solo grito de dolor moriría de una manera que no sería vergonzosa. ¿Acaso la nueva sociedad surgida tras la guerra no trataba a las víctimas de los ataques nucleares de la misma forma? Los *hibakushas* no tenían derecho a gritar su dolor; en realidad, ni siquiera tenían derecho a hablar, a ser escuchados. Sí, Japón se comportaba con ellos como el padre del conde Katsu.

Era posible que en el Japón moderno nadie comprendiera su decisión de renunciar a una brillante carrera como inspector de homicidios de la Policía Metropolitana de

Tokio, pero él se regía por principios de conducta tradicionales. Era poseedor de un sentido moral de la existencia. A sus cincuenta años recién cumplidos, y después de haber tomado parte en la segunda guerra mundial como miembro del Tokeitai (un cuerpo especial de la policía que realizaba funciones de policía militar y policía secreta bajo la jurisdicción de la Armada Imperial Japonesa), en su opinión la dignidad de los actos tenía que estar por encima de la conveniencia. Desgraciadamente, Japón se había transformado en un país donde sólo tenía cabida lo conveniente, es decir, todas aquellas cosas que resultaban útiles y prácticas para el desarrollo de la nueva sociedad alentada por los norteamericanos. En realidad, los japoneses se habían convertido en gregarios de la modernidad, pero sin saber exactamente qué significaba y mucho menos que había detrás de esa palabra. Algo parecido había sucedido en Hiroshima cuando cayó la bomba atómica. Todo el mundo comenzó a utilizar el término *pikadon* para referirse a lo ocurrido el 6 de agosto de 1945. *Pika* significaba «fogonazo» mientras que el término *don* aludía al ruido de la explosión. Una forma ingenua, casi naíf, de referirse a la bomba de uranio que había estallado quinientos metros por encima de sus cabezas. Un vocablo, en suma, tan inocente como incapaz de abarcar la magnitud de la tragedia. La modernidad, por lo tanto, se había convertido en el nuevo *pikadon* de Japón, una suerte de entelequia cuyos efectos, aparentemente ingenuos y beneficiosos, podían ser a la larga tan destructivos como lo habían sido las secuelas de las bombas atómicas. Él estaba de acuerdo en que las costumbres debían evolucionar, pero habían de hacerlo mediante el propio esfuerzo de los japoneses, nunca por la imposición de unos extranjeros. Por descontado, la voluntad individual había dejado de tener significado, pues un hombre solo ya no bastaba para cambiar el curso de los acontecimientos. Eso significaba que la sociedad japonesa había modificado su orden moral y creado un nuevo sistema ético, donde no tenían cabida los hombres que, como él, asumían las consecuencias de sus actos de forma honorable. En resumidas cuentas, se sentía en deuda con las víctimas del expreso *Golondrina*, y ese *on* o peso o carga no podía llevarlo sobre su conciencia si permanecía en el cuerpo de policía. Tener un *on* o deuda conllevaba la obligación de *devolver*, que era lo contrario a claudicar ante la desesperación o a rendirse. Siempre que había tenido que tratar con colegas extranjeros, especialmente occidentales, se había sorprendido de que en sus países no existiera una ética de la deuda que, a la postre, convertía a todo hombre en un deudor. Por descontado, lo virtuoso no estaba en la deuda en sí misma, sino en el acto de pagarla.

Pero el hecho de que estuviera dispuesto a dejar la policía no significaba que fuera a arrojar la toalla. Lo único que consideraba carente de sentido en la vida era, precisamente, la resignación. Su renuncia, por lo tanto, era un deber, un ejemplo de lo que un servidor público debía hacer siempre que su trabajo no estuviera a la altura de lo que la sociedad demandaba. Pero fuera de la función pública, la vida podía continuar. De hecho, la idea que rondaba su cabeza era la de convertirse en detective

privado aprovechando su experiencia. Una vez se estableciera por su cuenta, podría compaginar nuevos casos, que le servirían para ganarse el sustento, con la investigación del expreso *Golondrina*, que pensaba continuar a título personal, tal y como exigían su propio honor y los espíritus de las víctimas

**1956**  
**Torturado Por Las Rosas**

# 1

Después de estudiar sus finanzas y comprobar que disponía de ahorros suficientes, el inspector Abe decidió renunciar a su trabajo en la Policía Metropolitana de Tokio e instalarse en Hiroshima para llevar a cabo su propia investigación sobre las víctimas del expreso *Golondrina*. El hecho de haber perdido a su mujer e hijo facilitaba su decisión. No en vano, desde que regresara de la guerra había llevado una vida nómada en la ciudad de Tokio. Podía haber reconstruido la casa familiar, tal y como muchos habían hecho, pero el recuerdo de sus seres queridos hubiera gravitado como una condena insoportable. Además, antes de hacerse con una vivienda tenía que recobrar el respeto hacia sí mismo. Así que, una vez desmilitarizado, se conformó con dormir en una estación de ferrocarril durante varios meses, junto con otros miles de conciudadanos que habían perdido sus hogares. La experiencia había hecho de él un hombre más austero, si cabe. Por la mañana, soportaba largas colas para asearse con un balde de agua fría, mientras que por la noche dormía escuchando el sonsonete de las toses de los enfermos y el llanto de los niños que se quejaban de hambre o de frío. En lo más profundo de su ser, se creía merecedor de aquellas calamidades, pues sentía el fracaso de Japón en la guerra como propio, de modo que asumió su estancia en la estación de ferrocarriles con resignación, como si se tratara de una penitencia impuesta por los dioses. Después de todo, alguien tenía que cargar con las culpas, con «el peso insoportable del pecado», como le gustaba llamarlo. El mismo emperador había sido despojado de su condición de divinidad (y también de sus propiedades y riquezas) y convertido en un simple mortal que se había visto obligado a reconocer que la construcción del futuro pasaba por soportar lo insoportable. Recordó entonces una frase aprendida en un catón cuando tan sólo era un niño: «Los soberanos de otros países son como los sombreros, que uno puede cambiar a voluntad por otro nuevo; pero nuestro emperador es la cabeza, que no se puede cortar sin quitarle la vida al cuerpo». Ahora todo había cambiado. El emperador se había convertido en un «sombrero», pues había sido obligado a vestir ropas civiles y ya ni siquiera representaba el poder de Dios como antaño. ¿Qué había sido de ese adagio que aseguraba que el espíritu japonés se parecía a la floración del cerezo en el brillo resplandeciente del sol de la mañana? Se había esfumado. De modo que ahora sólo quedaba agachar la cabeza y sufrir por todo aquello que había sido arrasado por la guerra, empezando por sus seres queridos. El inspector Abe, en cualquier caso, creía que la muerte era una victoria del espíritu y hubiera preferido ser él la víctima con tal de que su familia se hubiera salvado.

Se hallaba pensando en cómo darle la noticia de su renuncia a Sakura, cuando su espectro cobró forma en el rincón de siempre.

Le dedicó una mirada amable como muestra de afecto a aquel rostro de ojos vacíos antaño rutilantes. Lo mejor de los fantasmas era que no envejecían nunca, pensó, lo que debería tener muy contenta a Sakura, a quien siempre le había dado

miedo envejecer, que su rostro se arrugara y su juventud se marchitara. Después de arrodillarse en actitud solemne y sumisa, le dijo al fantasma:

—Si eres capaz de atravesar a tu antojo las paredes de esta casa, también podrás ver la magnitud del sufrimiento que me invade por dentro. Mira mi interior. He fracasado sin paliativos, *otra vez*. No pude en su día hacer nada por salvaros a ti y al pequeño Ichiro, y lo mismo ha sucedido con las víctimas del expreso *Golondrina*, cuyos espíritus no podrán redimir sus padecimientos hasta que no se resuelva el caso. Sin embargo, mis superiores en el departamento se conforman con el hecho de que los asesinos se mataran entre sí en el hotel de Akihabara. Yo estoy en total desacuerdo, y en esas circunstancias mi honor no puede soportar semejante peso. ¿Recuerdas que siempre me decías que mi temperamento estaba forjado por mi exagerado sentido del honor? Tenías razón. Ahora trata de responder a esta pregunta: ¿Acaso puede una espada cambiar la aleación de su acero una vez ha salido de la fragua? La respuesta es no. Algunas noches sueño que camino por Hiroshima arrastrando una pesada impedimenta. Cuando me detengo a descansar y echo un vistazo a su interior, compruebo que el bagaje es una enorme bomba en cuyos flancos está escrito un nombre: *Little Boy*. ¿Que quién es *Little Boy*? Es el «alias» de la bomba que ha cambiado la historia de Japón para siempre. Pero otras noches, cuando en mi sueño abro aquel pesado fardo, lo que descubro dentro son los cuerpos de las ocho víctimas del expreso *Golondrina*. Intento entonces cargarlos sobre mi espalda realizando un esfuerzo sobrehumano, pero al cabo todo mi cuerpo se vence y doy con los huesos en el suelo, rodeado de cadáveres descarnados y blancos como el yeso. ¿Comprendes lo que eso significa? Se trata de una experiencia desgarradora, tras la cual me desvelo. Llevo varios meses apenas sin dormir, porque los sueños son cada vez más intensos y recurrentes. La experiencia, en todo caso, está resultando devastadora, desgarradora. Ésas personas han muerto tres veces: el día que sobrevivieron a la bomba; el día que descubrieron que eran rechazados por nuestra sociedad y el día que fueron asesinados en un vagón de tren. Sin embargo, nadie ha pagado por esos crímenes: ni los americanos por arrojar la bomba; ni la sociedad japonesa por haberles dado la espalda; ni los criminales que les arrebataron la vida. Sé que, como hacen mis superiores, se puede esgrimir que éstos pagaron con sus vidas cuando se convirtieron en víctimas en el hotel de Akihabara. Pero desde mi punto de vista, eso es mirar hacia otro lado, olvidar que detrás de las muertes de los asesinos-víctimas del hotel de Akihabara hay otro asesino o asesinos, los verdaderos responsables. Voy a dejar la policía, y voy a trasladarme a vivir a Hiroshima, siempre que tú estés conforme.

Dicho esto, alzó la cabeza hasta que su mirada encontró de nuevo al espectro. El rostro y el cuello de Sakura dejaban ver toda su blancura. También su figura estaba delineada por un vestido del mismo color, del que irradiaba una suerte de haz luminoso que le confería un aspecto transparente al conjunto. Una silueta de sábana blanca que podía pasar también por un camisón deslucido. Era como contemplar una

imagen proyectada sobre la pared.

De pronto creyó adivinar un atisbo de angustia en el semblante de Sakura, aunque no estaba del todo seguro. Tal vez se tratara de otra clase de sentimiento, si bien le resultaba imposible adivinar cuál. Quizá lo que reflejara aquel rostro etéreo fuera un profundo desconsuelo o, por el contrario, simple desdén, ajeno en cualquier caso al efecto que procuraba provocar con sus palabras. No obstante, hablarle al espectro de Sakura tenía algo de catártico, como cuando, estando viva, compartía con ella los desvelos y reveses del día a día.

No le sorprendió que su renuncia fuera aceptada por sus superiores de tan buen grado. Al fin y al cabo, y a tenor del tiempo transcurrido desde que se cometieran los crímenes del expreso *Golondrina*, encontrar un culpable del fracaso que estaba resultando la investigación de cara a la opinión pública era lo más conveniente. Así eran las cosas. La sociedad demandaba chivos expiatorios cuando uno de sus engranajes chirriaba o se atascaba. Como le había oído decir a su inmediato superior, el funcionamiento de un departamento de policía tenía que ser idéntico al de un submarino, cuyas estancias están divididas en compartimentos estancos. De esa forma, se podía perder una parte, la proa, por ejemplo, pero el agua no ingresaba al resto del submarino, evitando su hundimiento. Partiendo de esta premisa, y siguiendo con el símil del sumergible, todo policía tenía que considerarse a sí mismo como un lastre en determinadas circunstancias. Pese a que sus superiores no le hacían responsable del «estado» de las investigaciones, al menos de cara al exterior, terminaron por agradecer que hubiera dado un paso adelante motu proprio. De esa forma, los medios de comunicación trasladarían a la opinión pública la impresión de que la policía tenía sus propios métodos de expiación y, en consecuencia, que se trataba de un cuerpo vivo, dinámico e inconformista, cuyos miembros se regían por un estricto código de honor. Lo verdaderamente importante era que nadie, incluida la clase política, pensara que la Policía Metropolitana de Tokio se dejaba llevar por la inercia y la resignación. Desde que tuvieran lugar los crímenes del expreso *Golondrina*, algunos medios de comunicación afines a la nueva izquierda política habían acusado a la Policía Metropolitana de Tokio de ser «manifiestamente ineficaz sin la tutela de los norteamericanos». Un torpedo enemigo que el submarino había logrado esquivar a duras penas. ¿Acaso esos mismos medios de comunicación de nueva creación no se nutrían de los más de seis millones de trabajadores sindicados con los que contaba Japón a finales de 1954? Había que recordar que antes de la guerra en todo el país no había más de cuarenta mil trabajadores sindicados, lo que evidenciaba que todas las instituciones, todos los sectores sociales, habían recibido una impulsión bajo la «tutela norteamericana». ¿Podía acusarse a la Policía Metropolitana de Tokio de bisonería? Probablemente, sí. Pero ese mismo defecto era achacable a todos aquellos que la criticaban. Las nuevas y modernas técnicas de investigación policial había que aprenderlas sobre el papel y luego trasladarlas a la práctica, mientras que los criminales se regían por modelos de conducta con varios

siglos a sus espaldas: estructuras piramidales, redes de protección e incluso connivencia de la población en algunos casos, juramento de silencio, etc. De modo que era normal que alguna que otra investigación tardara más de la cuenta en solucionarse o, sencillamente, no se resolviera nunca.

Al descender del tren, el corazón se le aceleró. No había vuelto a Hiroshima desde antes de que comenzara la guerra, y ahora tenía miedo de no reconocer la ciudad, tal y como le ocurrió. El único parecido entre la antigua Hiroshima y la actual era el de los tranvías arracimados de viajeros. El resto era irreconocible. Apenas si quedaba algún que otro vestigio suelto de la otrora belleza de la ciudad. Todo era nuevo, salvo el perfil de las montañas iluminadas por un sol tibio que realzaba el verde circundante.

Como el viajero que llega a una ciudad que no conoce y necesita un plano que le sirva para orientarse, compró los periódicos locales. Todos hablaban de la muerte el día anterior de la pequeña Sadako Sasaki, una niña de doce años que había nacido a las nueve de la mañana del 6 de agosto de 1945, una hora y cuarenta y cinco minutos después de que *Little Boy* cayera sobre Hiroshima, y que acababa de sucumbir a la leucemia fruto de la radiactividad. Ahora, a decir de la prensa, la pequeña Sadako se había convertido en un nuevo símbolo de Hiroshima, de todo el país, pues en su lucha por superar la enfermedad había comenzado a fabricar grullas de papel. Al parecer, una amiga le había contado que, según una vieja tradición, en caso de alcanzar la cifra de mil grullas los dioses le concederían el deseo que pidiese. Sadako, que anhelaba recuperar la salud y su vitalidad de antaño, comenzó a fabricar grullas con todo lo que tenía a mano, incluidos los envoltorios de los medicamentos que tomaba para superar su enfermedad. Desgraciadamente, la leucemia le había ganado la batalla cuando llevaba confeccionadas seiscientos cuarenta y cuatro grullas de papel.

Con el sabor amargo de esa noticia y la sensación confusa de hallarse en una ciudad que no reconocía aunque la hubiera visitado en otra época, recorrió algunas calles en busca de una pensión barata y apartada del centro. Desentumeció las piernas paseando por el parque Shukkeien (donde también se habían producido algunos cambios sustanciales), pintado con los colores del otoño, y por último se puso en contacto a través del teléfono con Isuzu Tabata, un antiguo subordinado de la Policía Metropolitana de Tokio que había solicitado el traslado a Hiroshima hacía tres años. En ese tiempo, el inspector auxiliar Isuzu Tabata había ascendido a oficial de policía.

Lo primero que hizo el oficial Tabata fue recomendarle que cambiase de hospedaje por uno mejor situado, donde además, gracias a su influencia, pues la propietaria le debía algunos favores, podría disponer de una habitación de doce tatamis, más idónea teniendo en cuenta que preveía una estancia larga. Ichiro Abe agradeció el interés de su antiguo colega y, antes de colgar, quedaron para salir a cenar esa misma noche.

Después de almorzar una caja de bento que compró en la estación de ferrocarril, pues no tenía mucho apetito, dio un nuevo paseo por la ciudad con el propósito de familiarizarse con sus calles. Desde luego, Hiroshima no se parecía a la ciudad que había conocido antes de la guerra, pero con eso y con todo, eran los científicos

quienes habían errado el cálculo al predecir que ninguna forma de vida sería posible en los setenta años posteriores al estallido de la bomba atómica. Siete meses después, con la llegada de la primavera, las guaninas comenzaron a brotar por todas partes, entre los ladrillos e incluso entre las grietas del asfalto. Luego le llegó el turno a las pimpinelas, los gladiolos, las campanillas y las lilas, que florecieron más exuberantes, si cabe, que antes de la bomba. Y a éstas les siguieron el sésamo, el mijo y las judías. Al principio, la gente había rehusado volver a sus casas, pero cuando al cabo de los meses una alfombra verde cubrió el suelo de la ciudad devastada y sus alrededores, los antiguos pobladores se apresuraron a regresar con una idea fija en la cabeza: reclamar los derechos de propiedad, que habían comenzado a cambiar de manos de manera arbitraria. Entonces la ciudad se llenó de improvisadas tiendas de campaña, en muchos casos levantadas con sábanas o telas rescatadas de los escombros, que con el paso de los meses comenzaron a transformarse en sólidos edificios de hormigón. Aunque lo que predominaba todavía eran las casitas de madera, las chozas de hojalata y algún que otro edificio sombrío que albergaba alguna fábrica. Un par o tres de días bastaban para levantar una de aquellas livianas casas de madera, tan fáciles de construir como de destruir. Primero se colocaban unos palos de bambú sobre un baldío, luego se llevaba a cabo el entramado y se levantaban las paredes; por último, se ponía el tejado, se colocaba el esterado y se repellaba la vivienda por dentro. Con todo, uno tenía la sensación de encontrarse en una ciudad a medio despertar, como si acabara de abrir los ojos después de un largo letargo.

Al pasar junto al escaparate de una cristalería, se dio de bruces con la mitad de su cuerpo reflejado en un espejo enmarcado como si se tratara de un cuadro. Vio a un hombre de mentón redondo y fuerte, ojos muy oblicuos, gruesos párpados y expresión adusta, dentro de un traje deslucido. No hacía mucho era completamente distinto, al menos eso creía. Cuando conoció a su mujer, esta le dijo que tenía un rostro demasiado amable para ser policía, y luego, cuando dos años más tarde nació el pequeño Ichiro, empleó la misma expresión para referirse al parecido del pequeño con él. Tiempo después, cuando tuvo que incorporarse a filas, la incertidumbre le destrozó el carácter y la docilidad de su rostro dio paso a una expresión huraña. Ahora ni siquiera recordaba cuándo se había producido la transformación que había desdibujado su rostro hasta hacerlo irreconocible. «Tiene que haber sido un proceso lento, muy lento», masculló para sus adentros al tiempo que le daba la espalda a la imagen.

Como cuando finalizó su paseo vespertino aún faltaban dos horas para la cita con el oficial Tabata, decidió descabezar un sueño. Desde luego, la habitación de doce tatamis era mucho más amplia, luminosa y tranquila que la que él había alquilado en un principio. Además, estaba dividida en dos partes y contaba con una mesa de laca, una tetera, una estufa de gas y un pequeño lavabo. Lo necesario para hacerle la vida más cómoda.

Nada más cerrar los ojos cayó en un plácido sueño que, al cabo, se tornó en

pesadilla. Era el primero de junio y se encontraba en algún lugar del distrito de Moriyama, en la Prefectura de Shiga, hasta donde había viajado desde Tokio para contemplar el espectáculo de las luciérnagas gengi, cuando se topó con un grupo de chicos que trataban de cazarlas con brotes de bambú, redes y abanicos, al más puro estilo tradicional. El espectáculo le pareció tan hermoso que decidió seguir a los pequeños mientras perseguían a las *hotaru*. Daba la impresión de que los insectos habían decidido reunirse en torno a un pequeño riachuelo, cuyas límpidas aguas se vieron de pronto iluminadas por un potente haz de luz. La primera impresión de asombro se convirtió de repente en preocupación, pues el número de luciérnagas seguía creciendo sin cesar creando gigantescos enjambres, y ahora el tenue destello que emitían los segmentos traseros de los animales se había convertido en un resplandor cegador que, pasados unos segundos, se estiró en dirección ascendente hasta formar una nube con forma de hongo, idéntica a la que se había visto en Hiroshima en 1945. Antes de que pudiera siquiera comprender qué era aquello, un viento ardiente empujó al grupo a tierra apretándolos contra el suelo. Cuando por fin pudo levantarse, comprobó que, al igual que los niños, su cuerpo estaba en carne viva, abrasado como si la onda expansiva de la «bomba de luciérnagas» les hubiera arrancado la piel con la mano diestra de quien está acostumbrado a desollar aves. Luego se fijó en los rostros carbonizados de los pequeños, y en los jirones de carne quemada que colgaban como harapos de sus cuerpos. ¿Dónde estaba la ropa? Había desaparecido. En cuanto a los ojos, se habían derretido por efecto del calor y resbalaban por las mejillas como lágrimas tan grandes como canicas. Trató de correr hacia ellos, pero al dar el primer paso se dio cuenta de que sus piernas estaban aprisionadas en el asfalto fundido. Entonces profirió un grito de auxilio. En ese instante, se despertó sobresaltado.

### 3

El saludo entre Ichiro Abe y el oficial Tabata resultó tan ceremonioso como el que correspondía a dos hombres que sentían un profundo respeto mutuo. Al menos, ya había pasado el tiempo en que Isuzu Tabata, siendo ayudante de oficial, se empeñaba en llamar *sensei* (maestro) al inspector, al tiempo que le dedicaba una sucesión de reverencias nerviosas. Ahora, el ascenso de Tabata a oficial, así como la marcha de Abe del cuerpo de policía, parecía haber igualado las cosas.

No obstante, cuando llegaron al restaurante, un humilde local especializado en servir anguilas asadas sobre arroz blanco, el oficial Tabata obligó a su antiguo jefe a sentarse en el puesto de honor.

La noticia de la renuncia del inspector Abe ya había llegado a las principales comisarías de Japón, y pese a que el oficial Tabata no estaba de acuerdo, respetaba su decisión. De hecho, él mismo había pedido el traslado a Hiroshima impelido por un problema personal, aunque no le gustaba hablar de ese asunto. Por no mencionar que también el Departamento de Policía de Hiroshima contaba con unos cuantos casos de asesinato sin resolver. Claro que en Hiroshima el asesinato de un *hibakusha* era, hasta cierto punto, algo corriente.

—Lamento de veras que haya dejado el cuerpo de policía. Si me permite una recomendación, debería recapacitar y dar marcha atrás. Sin duda es usted uno de los mejores policías de Japón —dijo el oficial Tabata al tiempo que bajaba la cabeza y clavaba la vista en el tatami en señal de respeto.

—No tenía otra salida —reconoció su interlocutor—. La idea de haber fracasado se convirtió a la larga en una carga demasiado pesada para mi conciencia. Una de las cosas más frágiles y, por ende, también más difíciles de conservar es la integridad.

Tabata recordó que la principal cualidad de Abe era su capacidad para no desfallecer, con independencia de las adversidades que se encontrara en el camino. De hecho, no eran pocos los casos que, teniéndolo a él como ayudante de oficial, el inspector había resuelto a base de perseverancia. Era cierto que Abe se había granjeado fama de ser un policía «intuitivo» entre sus superiores, en gran medida debido a su extrema espiritualidad, de modo que sólo él se había percatado de que debajo de esa pátina, su antiguo jefe escondía una terquedad sin límites.

—Tengo entendido que, en cierto sentido, el caso del expreso *Golondrina* quedó resuelto con la aparición de los cadáveres de los asesinos en ese hotel de Tokio —trató de contemporizar.

—Eso mismo pensaron en las altas esferas, pero usted y yo sabemos que dar por cerrado el caso sería lo mismo que renunciar a conocer la verdad. Tal vez la verdad no sea importante para los vivos, pero lo es sin duda para las almas de los muertos. Así lo creo. Si cometiera un crimen, podría maquillar mi rostro para que no pareciera el de un criminal; en cambio, nada podría hacer para engañar a mi conciencia. Es a ella a la que tengo que rendir cuentas, y no a mis antiguos superiores. Es la

conciencia de un hombre y no la impostura social lo que trasciende.

—Y ahora ha decidido resolver el caso por su cuenta, aquí, en Hiroshima, donde no conoce a nadie.

Por primera vez, el tono del policía escondía cierto aire de reproche, como si no le agradara tener que compartir la carga que su antiguo jefe acarreaba. El trabajo diario era ya de por sí una pesada losa.

—Le conozco a usted —se desmarcó el inspector Abe.

Aunque Tabata estaba seguro de haber cambiado mucho en los últimos tres años, no podía negar que en otra época Ichiro Abe se había portado bien con él e incluso le había dispensado algún que otro favor. Además, lo conocía lo suficiente como para saber que la pesadumbre y los remordimientos que cercaban su conciencia eran sinceros. Por otro lado, le complacía la perspectiva de poder ayudarlo, pues haciéndolo se ponía a su misma altura. Como gran aficionado a los deportes que era, comparaba la relación actual entre ambos con un partido de tenis en el que los contendientes están obligados a alternar el saque y, en consecuencia, a llevar la iniciativa en el punto.

—¿Qué puedo hacer por usted? —claudicó Tabata.

—Como ya sabrá, las armas con que se cometieron todos los crímenes eran cuatro pistolas Nambu Tipo 14 de 8 mm. Puesto que todas las víctimas del expreso *Golondrina* eran naturales de esta ciudad, me gustaría que comprobara cuántos crímenes se han cometido en Hiroshima con pistolas Nambu tipo 14 en el intervalo de tiempo que va desde que tuvieron lugar los crímenes del expreso *Golondrina* hasta los que se cometieron en el hotel de Akihabara.

Pese a que se trataba de una petición inusual, puesto que Ichiro Abe había dejado de ser un camarada stricto sensu, decidió seguirle el juego.

—Hay cientos de pistolas Nambu Tipo 14 en el mercado negro —observó el oficial Tabata.

—Lo sé —respondió Abe—. Pero cabe la posibilidad de que algunos asesinatos cometidos en Hiroshima en ese intervalo de tiempo hayan sido perpetrados con algunas de las pistolas empleadas en los crímenes del expreso *Golondrina* y del hotel de Akihabara. Si una de esas pistolas se hubiera utilizado en otro crimen, tendríamos una nueva víctima, y eso equivaldría a disponer de una nueva vía de investigación. Dado el estado de estancamiento del caso, eso sería mucho.

—Debería haber solicitado esa información cuando estaba al mando de la investigación, ¿no le parece?

Ahora el tono de voz de Tabata fue semejante al que un hijo emplea con su padre para hacerle ver que ha cometido un error de manera involuntaria.

—Lo hice —admitió Ichiro Abe—. Solicitamos esa información, pero en el informe no encontramos nada relevante.

—No entiendo por qué quiere entonces que pierda el tiempo, cuando ya obtuvo la respuesta que andaba buscando.

—Ahí es donde está el problema. El informe que nos remitió el Departamento de Policía de Hiroshima aseguraba que en ese medio año largo no se había cometido ningún crimen con una Nambu Tipo 14. Usted mismo lo ha dicho, son miles las pistolas Nambu que circulan por el mercado negro. ¿No le parece que es muy extraño?

El oficial Tabata, que en otras circunstancias hubiera dado una respuesta contundente a la insinuación que escondía el comentario de su antiguo jefe, se mordió la lengua como una nueva muestra de respeto. Incluso llegó a pensar que, tal vez, la renuncia del inspector Abe estaba justificada por la merma de reflejos de este. Lo más probable era que la edad y las terribles experiencias vividas en la guerra, incluida la pérdida de toda su familia, hubieran acabado afectándole.

—Bueno, hay una explicación lógica —dijo—. Después de la bomba nuclear, Hiroshima no es una ciudad donde se cometan muchos crímenes. La gente está escarmentada de violencia. Nuestro índice de criminalidad es el más bajo del país. Además, la Nambu Tipo 14 no es la única pistola que circula en el mercado negro.

—Pero sí es la más común. Eran los propios oficiales del Ejército Imperial quienes se encargaban de pagar de su propio peculio la compra de estas pistolas, de modo que cuando los norteamericanos desmantelaron la estructura militar del país, estos mismos oficiales, necesitados de dinero para comenzar una nueva vida, vendieron sus armas al mejor postor.

—Conozco los detalles de esa historia, Abes-an. Usted mismo me puso al corriente de la misma cuando yo era su subordinado en Tokio.

¿Acaso el hecho de que volviera a contarle el mismo cuento sobre la introducción en el mercado negro de cierto tipo de armas, tal que si fuera un novato recién salido de la academia, no era un signo evidente de la difícil situación emocional por la que atravesaba su antiguo jefe? Sin duda, Ichiro Abe estaba perdiendo facultades. La muerte de aquellos «atomizados» había terminado por «contaminarle».

—De todas formas, satisfaré su curiosidad —volvió a contemporizar Tabata, ahora guiado por un placentero sentimiento de superioridad—. ¿Y usted qué piensa hacer entre tanto?

—Buscar a un iletrado. Los asesinos-víctimas del hotel de Akihabara portaban una extraña tira de papel que, suponemos, debían dejar sobre el cadáver de su víctima. Las cuatro notas decían lo mismo: «La Sociedad del Hongo». Lo más insólito era que estaban escritas por un niño de entre ocho y diez años.

El rostro del oficial Tabata se llenó repentinamente de asombro. Sus pequeños ojos se redujeron a una línea oscura cuando preguntó:

—¿Por un niño?

—Eso afirman los calígrafos. Yo, en cambio, tengo otra teoría. Quien escribió las notas es una víctima de la hecatombe nuclear que vio truncada su educación. Tal vez sufra de alguna tara, de ahí que su letra se quedara estancada en la edad infantil. Es decir, he de buscar a un joven que el día de la explosión nuclear tuviera entre ocho y

diez años.

Ichiro Abe se sorprendió al comprobar que lo que acababa de exponer tenía sentido para su antiguo subordinado, cuyo rostro recobró el entusiasmo:

—Creo que conozco a una persona que encaja perfectamente en ese perfil. Se llama Dostrescientos —dijo el oficial Tabata.

—¿Dostrescientos?

—Es el apodo de un joven delincuente. Tiene veintiún años y su verdadero apellido es Suzuki. *Dostrescientos* alude a la distancia a la que se encontraba del epicentro cuando estalló la bomba de neutrones: dos kilómetros y trescientos metros. Después de que la ciudad fuera arrasada, seis mil niños quedaron huérfanos. Muchos fueron llevados a orfanatos, pero otros se hicieron fuertes en las calles, entre los escombros y las ruinas. Controlaban el agua potable y, por las noches, encendían fogatas entre los escombros de los edificios. Si un anciano o un enfermo se acercaban para buscar un poco de calor, tenía que pagar dos yenes. Suzuki, *Dostrescientos*, tenía entonces diez años y era de los chicos más activos. Es un mañoso desde entonces.

—¿Cómo puedo entrevistarme con él?

—Eso no es ningún problema. A Dostrescientos le encanta hablar con todo aquel que esté dispuesto a escucharle. Yo me encargo de concertarle una cita con él.

Al ex inspector Abe le caía especialmente bien el oficial Tabata por el hecho de que, al margen de lo atinadas o desatinadas que resultaran sus reflexiones, sus comentarios estaban libres de cinismo. No era de esa clase de persona con la que se pudiera mantener un debate apasionado sobre casi ningún tema, salvo quizá sobre béisbol, pero a cambio era bastante metódico y concienzudo en lo que al trabajo se refería.

—Tengo que pedirle otro favor.

—Usted dirá, Abe-san.

—Necesito una licencia de investigador privado, de lo contrario...

—Comprendo. Yo me encargo de proporcionarle esa licencia. Mañana mismo la tendrá lista. Aunque sigo opinando que debería reconsiderar su dimisión antes de que sea demasiado tarde.

—Usted sabe que eso ya no es posible, oficial. La decisión ya está tomada —dijo Ichiro Abe al tiempo que doblaba el espinazo para mostrar su agradecimiento.

Ésa noche soñó con su hijo, el pequeño Ichiro. Jugaba con un montoncito de arena y otro de guijarros, en medio de una llanura verde esmeralda atravesada por un arroyo de aguas cristalinas. Trató de situar el lugar donde se encontraba, pero le resultó imposible. De hecho, la llanura era tan extensa que dudaba que pudiese encontrarse en Japón. Sólo había visto un lugar parecido en Manchuria, donde abundaban vastas planicies que la vista no era capaz de abarcar. Luego le preguntó al pequeño qué hacía allí y dónde estaba su madre, pero no respondió, como si no le hubiera oído. Se limitaba a jugar, ora con la arena, ora con los guijarros. Al menos, parecía feliz.

Un segundo más tarde, el escenario cambió y su hijo apareció de pronto en el festival de cometas de Hamamatsu, en la Prefectura de Shizuoka, de donde eran naturales su bisabuelo y abuelo paterno.

Precisamente, días antes de ser movilizado, había estado fabricando una hermosa cometa con papel *washi* y bambú, que pensaba hacer volar en el festival de Hamamatsu, junto al pequeño Ichiro y los tíos y primos de este. Ichiro, además, cumplía años a principios del mes de mayo, coincidiendo con el festival de cometas, con lo que era la ocasión perfecta para que toda la familia se reuniera y lo celebrara.

Nada más hicieron volar la cometa, comenzó una encarnizada pelea cuya finalidad era derribar a las cometas vecinas. Pero el manejo de la cometa que había construido para su hijo, una *buka* característica de la región de Shizuoka, requería una gran destreza y experiencia, tanta que el pequeño se vio arrastrado por la brida cuando el viento arreció.

Despertó justo cuando los pies de su hijo habían dejado de tocar el suelo y comenzaba a volar como una extensión de la cometa.

Cuando se enjuagó la boca, escupió los restos amargos de aquel sueño.

La cita con Dostrescientos tuvo lugar al día siguiente, en una pequeña casa de té situada a medio camino entre el puerto de Ujina y las antiguas empresas Mitsubishi. Al parecer, se trataba del cuartel general del joven Suzuki, quien no hizo acto de presencia hasta que su invitado hubo tomado asiento sobre un delicado cojín de seda decorado con un estampado de flores, dentro de un ambiente tan femenino como un kimono. La estancia, donde reinaba una apacible semioscuridad, contaba además con un tatami de color verde pálido, una mesa baja de laca y un cenicero de porcelana. A pesar de los años que había ejercido como inspector de la policía de Tokio, nunca había dejado de sorprenderle el extravagante gusto de los delincuentes a la hora de crear espacios extemporáneos (incluso de una feminidad excesiva como era el caso) con respecto a las verdaderas actividades que se desarrollaban en ellos. Sí, no había nada más ridículo que eso que todo el mundo llamaba «un negocio tapadera». En una ocasión se había visto involucrado en un tiroteo que tuvo lugar en una juguetería, desde la cual operaba un peligroso gánster. Fue como volver a la infancia, con la salvedad de que las balas eran de verdad.

Al cabo, un hombre surgió de una puerta corredera.

—¿Es usted Abe-san? —preguntó.

En otras circunstancias, le hubiera bastado con enseñar su placa para identificarse, pero eso ya no era posible. Asintió sin levantarse y esgrimió la licencia de investigador privado que el oficial Tabata le había gestionado, al mismo tiempo que estudiaba a su interlocutor. Se trataba de un joven esbelto y bien parecido, de estatura superior a la media. Tal vez incluso superaba el metro ochenta. Sus ojos eran tan oscuros como vivaces y se movían nerviosamente dentro de las órbitas, como si temieran perderse un detalle de lo que ocurría a su alrededor. El contoneo de su cuerpo, en cambio, era pausado y elegante. Luego le miró las manos, largas y de aspecto refinado. Por alguna razón, esperaba encontrar a un hombre deforme o, cuando menos, de aspecto enfermizo. En ese sentido, tenía que reconocer que los prejuicios que circulaban sobre los *hibakushas* también habían hecho mella en él. Al instante le embargó la sensación de que aquel joven no era la persona que estaba buscando, que aquellos dedos eran demasiado hábiles para escribir las notas que portaban los cadáveres del hotel de Akihabara.

—Yo soy Dostrescientos —añadió el joven, empleando ahora un tono de voz que evidenciaba orgullo—. El oficial Tabata me ha dicho que está buscando a alguien, tal vez un *hibakusha*, que pueda tener que ver con no sé qué crímenes que se cometieron en Tokio. Me ha pedido que le eche una mano.

—Hace dos años, ocho *hibakushas* fueron asesinados en el expreso *Golondrina* a manos de cuatro sicarios —se arrancó a hablar Ichiro Abe—. Las ocho víctimas eran naturales de Hiroshima. Cinco pertenecían a una misma familia: los Nomura. Medio año más tarde ocurrió otro tanto con sus asesinos. Se dispararon entre sí en un hotel

del distrito de Akihabara de Tokio. La cuestión es que no sólo portaban las armas con las que se cometieron los crímenes del expreso *Golondrina*, sino que también llevaban encima una extraña tira de papel escrita, al parecer, por un niño. La nota decía: «La Sociedad del Hongo».

—Recuerdo haber leído algo en los periódicos sobre los crímenes del expreso *Golondrina*, pero jamás he oído hablar de esa sociedad —se pronunció el joven—. ¿Qué quiere de mí exactamente?

—Según el oficial Tabata, eras uno de los líderes de los niños que se quedaron huérfanos después de la explosión de la bomba. El hecho de que quien haya firmado las notas encontradas en los cadáveres fuera un niño, y que el lema aluda a una sociedad ligada al hongo nuclear, me hace pensar que quien está detrás de esa sociedad secreta sea un *hibakusha* cuya formación fue interrumpida en seco como consecuencia de la bomba atómica. Es decir, un joven de tu edad que en el momento de la explosión tendría entre ocho y diez años.

—Éramos miles de niños y todos, de una manera u otra, vimos cercenada nuestra infancia. Todos presentamos alguna tara. Yo mismo tengo un buen tatuaje en la espalda cortesía de *Little Boy*. Por no mencionar las heridas internas. Mi madre murió junto con mi hermano pequeño cuando se dirigían al Hospital Pediátrico Tamura. Mi hermano mayor falleció abrasado en la Escuela Primaria de Honkawa, mientras se ejercitaba con sus compañeros en el patio. En cuanto a mi padre, su cuerpo se volatilizó en el asfalto de la calle. No fue el único caso. Durante mucho tiempo, en el puente Aioi quedaron grabadas las siluetas de dos personas corriendo y la de una tercera que circulaba en bicicleta. Y en el puente Sasaki permaneció impresa la sombra de un hombre, su caballo y su carro. Otros muchos se licuaron, ni siquiera sé si esta palabra es la correcta, pues sus tejidos grasos se derritieron como trozos de manteca puestos al fuego. Veinte mil niños murieron aquel día en Hiroshima, en tan sólo unos segundos. Y pudieron ser muchos más, ya que el gobierno había comenzado un programa de evacuaciones forzosas por aquel entonces. No obstante, parece claro que se llevó a cabo demasiado tarde o que resultó insuficiente. Yo tuve más suerte, porque esa mañana me tocaba participar en el Proyecto de Demolición de Casas. Con el fin de reducir el efecto de las bombas incendiarias, que estaban arrasando ciudades como Tokio u Osaka, muchas casas estaban siendo demolidas con el propósito de crear cortafuegos. En realidad, lo que todos estábamos esperando era que los norteamericanos nos arrojaran bombas incendiarias de napalm, dada la gran cantidad de casas de madera que había en la ciudad. Así que me encontraba a dos kilómetros y trescientos metros de donde estalló la bomba, derribando casas y protegido por un centenar de tejas que acababa de apilar. Las tejas se derritieron, literalmente, pero me salvaron la vida. Sólo se quemó mi espalda. Pero hay otras cifras que se han quedado grabadas en mi memoria para siempre. Las leí en los periódicos que fueron llegando a la ciudad días después de la catástrofe. Las noticias de carácter general, obviamente, no llamaban mi atención, pero yo sabía que los

adultos utilizaban los diarios para comunicarse cosas entre ellos, y mi interés estaba centrado en tratar de entender qué diablos había pasado. Como no alcanzaba a comprender la profundidad de los argumentos, me limité a memorizar algunas cifras, que a la postre resumen lo que significó la bomba en términos numéricos. Por ejemplo, de los 150 médicos que ejercían en Hiroshima, 65 murieron y el resto estaban heridos en mayor o menor grado. De las 1780 enfermeras, 1654 murieron o quedaron gravemente heridas. 62 000 edificios fueron completamente destruidos y otros 6000 no ofrecían ninguna posibilidad de reparación. Las conducciones de agua reventaron por 70 000 sitios diferentes, y 22 de los 47 vagones de tren que permanecían estacionados en las vías de la estación ferroviaria fueron desplazados más de 50 metros. Podría darle más cifras, pero no deseo abrumarle. Pese a todo, pese a los ríos de tinta a que dio lugar aquel terrible acontecimiento, nadie sabía con exactitud lo que había pasado, lo que escondía en verdad aquella bomba, al menos durante las primeras semanas. Después de la bomba no volví jamás a la escuela. Opté por vivir al aire libre, si me permite expresarlo de ese modo, lo que no significa que no haya aprendido un montón de cosas por mi cuenta. La primera de todas es que quien confía en los seres humanos es un insensato. ¿Lo es usted? ¿Confía en los seres humanos? Para la mayoría de la gente, los *hibakushas* somos seres contrarios a la naturaleza. Nos hemos convertido en un sacrilegio de la especie humana. Un leproso recibe más compasión que un *hibakusha*. Todo el mundo nos rehúye. Si acaso, valemos una limosna. Me pregunto por qué le interesa tanto resolver un caso que a nadie importa.

—He sacrificado mi carrera por esta investigación —reconoció el ex inspector Abe—. Y después de dos años sigo sin tener nada a lo que agarrarme. Es como si mirara al interior de un pozo donde no llegara la luz. Veo sombras moverse, pero soy incapaz de darles forma a las figuras que hay bajo mis pies.

—La Sociedad del Hongo... Jamás había oído ese nombre antes. Me temo que está buscando una aguja en un pajar. Lo siento.

—También es posible que el joven *hibakusha* que estoy buscando tenga algo que ver con el Ejército Imperial —apuntó el ex inspector Abe.

—El Ejército Imperial dejó de existir tras la rendición de Japón —le corrigió el joven, con un tono de voz que al ex policía le pareció un eco del pasado.

—Me refiero a que, tal vez, la familia del joven que busco tuviera algo que ver con el estamento militar cuando el Ejército Imperial era una realidad.

—Muchos de los huérfanos de Hiroshima son hijos de militares. No olvide que aquí tenía su sede el Segundo Ejército, cuya misión era la defensa del sur de Japón. ¿Quién iba a estar interesado en meterse en líos con el *Gunbatsu* (la pandilla militar), ahora que su poder es limitado? Además, ¿qué *hibakusha* iba querer hacerle daño a otros *hibakushas*? Francamente, si un «atomizado» de mi edad hubiera organizado esa Sociedad del Hongo de la que habla, yo lo sabría, así que me temo que ha errado el tiro. Tal vez encuentre el móvil de los crímenes del expreso *Golondrina* en

Hiroshima, pero jamás dará con un asesino de veinte años con problemas caligráficos, porque esa persona no existe.

—Entonces ¿quién escribió esas notas?

La pregunta brotó de los labios del ex policía como un reproche a sí mismo, a su incapacidad para encontrar el camino correcto dentro de aquel laberinto en que se había convertido el caso de los crímenes del expreso *Golondrina*.

—Un niño que no sabía qué escribía, por ejemplo —sugirió el joven—. Suponga que la Sociedad del Hongo cuenta con veinticinco miembros, por poner una cifra, y que uno de ellos es maestro de profesión. Éste maestro manda hacer un dictado a sus alumnos, una redacción donde inserta la frase «La Sociedad del Hongo». Luego obliga a uno de los alumnos a que escriba cuatro veces la frase de marras con el pretexto de que los caligramas no están bien trazados.

A Ichiro Abe le sorprendió la originalidad del planteamiento del joven, lo que ponía de manifiesto que, a pesar de su falta de formación, poseía una inteligencia natural.

—No puedo negar que su hipótesis es ingeniosa —reconoció el ex inspector Abe.

—¿Ingeniosa? Yo diría que es tan fiable o probable como su teoría. Lo que es lo mismo que decir que es tan poco fiable o probable como su argumento. ¡Oh, sí, ahora lo veo en sus ojos! Es usted uno de esos hombres que confían en los seres humanos.

Mientras esperaba a que el oficial Tabata volviera a ponerse en contacto con él, Ichiro Abe aprovechó para visitar el llamado *Desierto Atómico* de Hiroshima. Sin embargo, le sorprendió no encontrar un baldío desolado, sino un parque bastante aseado sembrado de modernos edificios de hormigón, fuentes y zonas ajardinadas. La única construcción que se conservaba tal cual había quedado después de la explosión, era el antiguo Salón de Promoción Industrial de la Prefectura de Hiroshima, ahora conocida como la *Cúpula de Genbaku*. A pesar de que su esqueleto de hormigón y acero había sido reventado por la embestida de *Little Boy*, había conseguido mantenerse en pie con tanto encono que, a la postre, se había convertido en el símbolo de la vieja Hiroshima. Conforme se fue acercando hasta las ruinas de la Cúpula de Genbaku, le asaltó la idea de estar contemplando un gigantesco cactus de aspecto áspero en medio de una rosaleda a punto de florecer. Luego caminó hasta el Monte Memorial de la Bomba Atómica, donde habían sido enterradas las cenizas de setenta mil víctimas que jamás fueron identificadas. Tenía la impresión de que la nostalgia guiaba sus pasos, y de que, conforme se adentraba en aquel parque, sentía cada vez con más fuerza una opresión en el pecho, acompañada de un intenso sofoco, como si una mano invisible tratara de frenar su avance. Recordó entonces una de las frases que el *hibakusha* señor Uriu había pronunciado en el auditorio Yasuda de la Universidad de Tokio: «Sentí un calor de horno abierto y una extraña sensación, como si cayera el cielo, toneladas de cielo». Eso era, casi podía tocar el cielo, lo sentía tan próximo como un techo bajo. Al mismo tiempo, intuía la presencia de las setenta mil almas de quienes, convertidos en cenizas, estaban allí enterrados. Los

muertos carecían de nombre, sus cuerpos no habían podido ser identificados; en cambio, las almas no podían ser destruidas, ni siquiera *Little Boy* había podido destruirlas. Eran inmutables, como todas las cosas trascendentes. Al cabo, tuvo que reconocer que la sugestión se había apoderado de él. Pero ¿cómo evitarlo? La bomba había estallado a escasos doscientos metros de donde se encontraba, justo encima del antiguo Hospital Shima, y eso era algo que no podía obviarse. Era como cuando uno entraba en un templo y notaba la presencia de los dioses. No hacía falta verlos. Se percibían en el ambiente, hasta el punto de que la atmósfera se tornaba especial, más densa a la vez que silenciosa. Aquí ocurría lo mismo, aunque en este caso lo que se apreciaba era el mal, la destrucción y la muerte. Lo sorprendente era que la capacidad de sobrecoger de ambos lugares (la luz y la sombra) era parecida. En su opinión, la diferencia entre un templo sintoísta, por poner un ejemplo, y aquel lugar estribaba en la naturaleza de la liturgia; pero en ambos casos las fuerzas actuantes eran de índole sobrenatural. Sobre ese particular no albergaba ningún género de duda. De hecho, ni siquiera se oía el trino de los pájaros, como si ellos también estuvieran al tanto de lo que significaba aquel lugar.

La dueña de la pensión lo sacó del sueño con su voz atiplada y melodiosa, que se adentró en la habitación como una reverberación. Incluso el contorno de su figura desdibujada, que se vislumbraba a través del papel de la puerta deslizante que servía para acotar el dormitorio, parecía vibrar como un reflejo en el agua.

—Abe-san, tiene una llamada telefónica —dijo por segunda vez la mujer.

—Ya salgo —respondió.

Una vez en el vestíbulo, dudó sobre el lugar donde se encontraba el teléfono, si a mano derecha o a mano izquierda. Al final, fue la casera la que le indicó que el aparato se encontraba en otro tramo del vestíbulo que había más allá de la sala de estar.

—*Moshi, moshi* —dijo Ichiro Abe en cuanto se hubo pegado el auricular a la oreja.

—Soy Tabata, Abe-san. ¿Qué tal le ha ido con Dostrescientos? ¿Cree que es la persona que anda buscando?

—Digamos que todavía estoy haciendo la digestión de nuestra conversación. Asegura que estoy buscando en el lugar equivocado, que quien escribió las notas no es un joven *hibakusha* convertido en vengador. Piensa que las notas pudieron ser escritas por un niño, pero inducido por un adulto, tal vez por un maestro.

—Quizá tenga razón —sugirió el policía.

—Sí, tal vez esté en lo cierto. Pero antes de soltar amarras, quiero asegurarme primero de que todos los cabos están bien atados. ¿En qué distrito queda el barrio de geishas de Hiroshima?

—¿El barrio de geishas de Hiroshima? —repitió el oficial Tabata cual eco.

—Una de las *hibakushas* asesinadas en el expreso *Golondrina* era una antigua geisha. La señorita Kiku Tanaka —aclaró Abe—. Las geishas suelen tener amigas

entre sus compañeras de profesión, así que he pensado darme una vuelta por el barrio donde vivan.

—Comprendo. Si me lo permite, haremos lo mismo que con Dostrescientos. Conozco a una *okasan* que ejercía como geisha en la ciudad antes de que *Little Boy* cayera sobre Hiroshima. El 6 de agosto de 1945 se encontraba de visita en Kyoto. En la actualidad, se ha convertido en toda una institución. Las geishas han florecido de nuevo después de la marcha de los norteamericanos, y la señorita Ueno regenta la casa de geishas más célebre de la ciudad. ¿Dónde prefiere que le concierte la cita, en la propia casa o en un salón de té?

El hecho de que el oficial Tabata le recordara que las geishas estaban de nuevo de moda, ponía de manifiesto que ya no lo consideraba como a un policía, sino como alguien ajeno al cuerpo al que había que explicarle incluso lo obvio.

—Tendremos más intimidad y un ambiente más informal en la casa. Los salones de té son demasiado ceremoniosos para la clase de conversación que pretendo mantener —se pronunció.

—De acuerdo. Hablaré con la señorita Ueno. En cuanto sepa el día y la hora, le mandaré una nota a su hotel con la dirección a la que ha de acudir. ¿Alguna cosa más?

—Sí. La señorita Tanaka viajaba sentada al lado de la señorita Aiko Okada. Cuando termine mi entrevista con la señorita Ueno, me gustaría que me pusiera en contacto con alguien que haya tenido relación con la señorita Okada. Según parece, fue novia de Yosuke Nomura, uno de los miembros de la familia Nomura caídos en el frente chino.

—No quiero que me interprete mal, Abe-san, pero si su propósito era el de contar con la ayuda del Departamento de Policía en su investigación, entonces tal vez no debería haberlo abandonado. Nuestros recursos son limitados, y no puedo destinarlos a completar una investigación, digámoslo así, privada.

—En caso de que sea capaz de resolver el caso, por descontado, la gloria recaerá en el Departamento de Policía de Hiroshima. Mi intención es tenerle al tanto de cada uno de los pasos que vaya dando. Como ya le he dicho, mi interés por resolver este caso no es profesional, sino personal.

—Está bien, Abe-san. Veré lo que puedo hacer, aunque no le prometo nada.

La voz del oficial Tabata sonó ahora más seca, y Abe prefirió dejar las cosas así, sabedor del funcionamiento interno de la policía y de que estaba pidiendo demasiado.

Lo primero que Ichiro Abe percibió al entrar en la casa de geishas fue su fuerte poder de atracción. La disposición de los escasos muebles y objetos no era en absoluto artificial, tal y como había imaginado que sería, e invitaba al visitante a sentirse como en casa. Uno tenía la impresión de encontrarse en un lugar familiar, donde la etiqueta no constreñía como un cinturón demasiado apretado. Todo estaba en su lugar, sí, pero de manera armoniosa y equilibrada. ¡Sin embargo, aquel era un lugar que se regía por la más estricta de las etiquetas! ¿En qué parte de la casa se ocultaba el refinado y fascinante mundo de los placeres? ¿De verdad aquella vivienda formaba parte del llamado *mundo flotante*, que tan agradable resultaba a la mayoría de los hombres? Él, en cambio, jamás se había sentido atraído por la vida licenciosa. Todo lo que conocía de las geishas se lo debía a los libros o a su trabajo como policía. Cuando en cierta ocasión leyó la descripción que un viejo escritor hacía del espíritu que embargaba el mundo de las geishas, no lo comprendió, o mejor dicho, no estuvo de acuerdo por parecerle demasiado frívolo. «Vivir el momento, mirar la Luna, la nieve, las flores y las hojas de otoño, amar el vino, las mujeres y el canto, y dejarse llevar por la corriente de la vida como una calabaza hueca que baja por las aguas del río», afirmaba el literato. Pero la vida, aun admitiendo sus inconvenientes y fatalidades y, en consecuencia, la necesidad de todo hombre de disfrutar de ciertos momentos de esparcimiento, no podía tomarse tan a la ligera, pues mantener vivo un país como Japón requería de cierta tensión y esfuerzo colectivo. Ésa era la primera conclusión a la que debía llegarse tras lo acontecido en la guerra. ¡Los hombres no podían comportarse como calabazas huecas!

Ichiro Abe siguió a la aprendiz de geisha que le había recibido en la puerta hasta una estancia decorada con suma gracia. Le llamó la atención poderosamente el peinado de durazno dividido de la joven y sus pasos lentos y cadenciosos. Era como ver caminar el pasado delante de él. El tatami crujía bajo sus pies como hojarasca de otoño, y no tardó en evocar la estera de su propia casa, tan firme y a la vez tan mullida como aquella. Incluso el brocado que recubría los bordes era muy similar.

—Tome asiento, por favor. *Okasan* Ueno saldrá enseguida —dijo la aprendiz de geisha, cuyo maquillaje de arroz había convertido su rostro en una rígida máscara.

Cuando se quedó solo, experimentó una increíble sensación de paz y bienestar, como si, en efecto, se encontrara en la casa familiar de Tokio. Desde que partiera al frente, no había vuelto a experimentar aquella tranquilidad en ningún lugar creado por la mano del hombre.

—¿Han encontrado por fin al asesino de la pobre Kiku? —preguntó la señorita Ueno nada más entrar en la sala, inclinando el cuerpo.

Ichiro Abe se sintió desconcertado, pues esperaba un saludo más ceremonioso de toda una *okasan*.

—Su asesino murió asesinado —respondió, al tiempo que se levantaba y procedía

a doblarse.

—¡Qué contratiempo! Supongo que su interés se centra ahora en encontrar al asesino del asesino.

Detrás de una tez de cera, se ocultaba un rostro hermoso y de aspecto juvenil, pese a que la señorita Ueno frisaba los cuarenta y cinco años. Como correspondía por el tiempo que llevaba practicando el arte de las geishas, iba menos maquillada que la aprendiz, y su quimono, ajustado a su cintura por un grueso *obi*, estaba estampado con media docena de olas de mar en movimiento, que de verdad parecían agitarse con la respiración o con los suaves vaivenes del cuerpo. Aunque nunca había sentido interés alguno por la institución de las geishas, salvo cuando había tenido que frecuentarlas por motivos profesionales, era capaz de apreciar que vivir en una burbuja, de espaldas a la vida moderna y a las privaciones, les facilitaba tener un aspecto más saludable que el del resto de mujeres. De hecho, después de admirar la belleza y el porte sereno de la señorita Ueno, uno comprendía el significado de la expresión «mundo de la flor y el sauce», que las geishas empleaban para referirse a sus actividades, pues se consideraban a sí mismas bellas como las flores y fuertes y flexibles como los sauces.

—La realidad es más compleja, pero se puede expresar así —contemporizó.

—Si he de serle sincera, en cierta manera envidio a la pobre Kiku —se descolgó la señorita Ueno—. No me refiero a que me gustaría acabar con un tiro entre ceja y ceja, sino a que no me importaría morir. Nuestro mundo, a pesar de que ha vuelto a resurgir en estos últimos años, ya no es el que era. Otro tanto ocurre con Japón, y también con sus caballeros. Antes a una geisha se le pedía que fuera bella, que no conociera la vulgaridad, que viviera en un mundo de amor y elegancia, y que practicara un arte sobrio. Ahora nos vemos obligadas a montar en tranvía o en autobús y también a cargar las bolsas de la compra. A los hombres ya no les importa si las geishas han cambiado la poesía por la lista de la compra, incluso algunos jóvenes nos confunden con vulgares prostitutas. Sí, por desgracia nos hemos vuelto vulgares porque el país ha caído en la vulgaridad.

—Cuando ejercía de policía en Tokio, tuve que enfrentarme a muchos casos en los que estaba implicada alguna geisha, pero jamás visité una casa de té como cliente —reconoció Ichiro Abe—. Otros compañeros míos lo hacían, pero yo no. Me bastaba con mi esposa, y luego, cuando ella murió, me consolé con la soledad.

«¿Por qué había dicho eso?», se preguntó. ¿Tal vez porque temía acabar subyugado por la señorita Ueno? Eso era imposible. Hacía años que vivía de espaldas a las mujeres, como si no existieran, tal que un monje. Sin embargo, manifestarse en aquellos términos podía interpretarse como una forma de ponerse la venda antes que existiera la herida.

—A la pobre Kiku no le quedó siquiera eso. Antes de la bomba era la geisha más hermosa de Hiroshima. Luego su vida dio un giro de ciento ochenta grados. El fuego le abrasó la espalda, el cuello y parte del rostro, de modo que la gente empezó a

mirarla ahora no por su belleza, sino por su deformidad. Y como añoraban su otrora hermosura, la compadecían. Pero lo hacían a viva voz, recordándole lo que había perdido y su estado actual. De esa forma, se fue consumiendo. Cuando fue asesinada, llevaba un año sin hablar apenas. Yo misma la tuve que convencer para que viajara en ese tren. Al principio, no quería. Le daba vergüenza que vieran su piel abrasada en la capital y que la pudieran mirar como a un bicho raro, pero al fin conseguí que comprendiera que tenía que asistir a esa reunión en el ministerio en nombre de los *hibakushas* que no habían sido invitados y, por supuesto, para reivindicar el nombre de las víctimas del holocausto frente a las autoridades. Le dije que se trataba de una oportunidad única, y que si ella había sido elegida era cosa del destino. No sabe cuánto me arrepiento de haberle hablado así. En parte, me siento responsable de su muerte.

—¿Sabe si había alguien *especial* en la vida de la señorita Tanaka?

La señorita Ueno miró a su interlocutor como el sacerdote que tiene que explicar su fe a alguien no creyente, con cierta condescendencia.

—Bueno, Abe-san, una de las normas esenciales en nuestro oficio es saber superar el amor. Desgraciadamente, no todas las muchachas logran librarse de su influjo. Obviamente, cuando una geisha se enamora, deja de serlo. El problema surge, en muchas ocasiones, por parte de los hombres. Son ellos los que insisten y persisten durante meses hasta que logran derribar las defensas de las muchachas. Afortunadamente, estos casos son excepcionales. En el fondo, la salvaguarda de una geisha se fundamenta en su propia educación, de ahí que resulte tan importante que las jóvenes cuenten con una buena formación. A lo que usted llama un «cliente especial» nosotros lo llamamos «cliente habitual», que no es exactamente lo mismo. El término «cliente especial» implica cierta vinculación sentimental, algo que no puede permitirse una geisha. Aclarado este extremo, sí, la señorita Tanaka tenía un «cliente habitual», con quien se reunía una vez por semana. Él la amaba a ella, pero ella no lo amaba a él. De eso no me cabe la menor duda. Además, se trataba de un hombre prometido, iba a casarse en cuanto finalizase la guerra, de modo que, por decirlo así, tenía las manos atadas. La relación, por lo tanto, no era posible.

—¿Cómo se llamaba ese «cliente habitual»?

—Nunca lo supimos. Tenga en cuenta que la discreción es uno de los principios fundamentales de nuestro arte. El caballero alquilaba una casa de té para poder reunirse a solas con ella, y usaba un nombre en clave: Tsubame.

El corazón de Ichiro Abe dio un vuelco.

—¡Golondrina! —exclamó.

—Así es. Ése era su nombre en clave. Si he de serle sincera, me llamó mucho la atención el hecho de que el tren donde fue asesinada se llamara igual que su «cliente habitual».

—¡Desde luego! Cualquiera diría que se trata de una muestra del destino invariable y fatalista de la existencia. ¿Dónde está esa casa de té?

—Estaba en las afueras de la ciudad. Un incendio acabó con ella horas después de que *Little Boy* arrasara Hiroshima.

—¿Llegó a verle la cara a ese hombre?

—No. Aunque sé que era militar. De hecho, las citas se acabaron cuando el caballero fue movilizadado para combatir en China o en Corea. Si estoy segura de que fue enviado a China o a Corea es porque eso ocurrió en 1940, meses antes de que se produjera el ataque a Pearl Harbor. Aunque si no recuerdo mal, ya había luchado en el continente con anterioridad, cuando comenzó nuestra segunda guerra con China. De esa parte, como le digo, no estoy del todo segura, pues de haber dado más detalles sobre su «cliente habitual», la señorita Tanaka habría incurrido en un delito de indiscreción, algo que no está muy bien visto en nuestro mundo.

—Entiendo.

—Un chófer se encargaba de recogerla para llevarla a la casa de té. Del chófer sí me acuerdo. Si la memoria no me falla, se apellidaba Murakana. Yo misma hablé con él en alguna ocasión. Para serle del todo sincera, mi propósito era sonsacarle acerca del misterioso caballero que cortejaba a la señorita Tanaka. No logré nada, por descontado.

—¿Ha dicho Murakana?

¿Era posible que la suerte del caso hubiera cambiado, que las piezas del rompecabezas empezaran a encajar después de tanto tiempo?, se preguntó Ichiro Abe.

—Sí, estoy completamente segura. Se llamaba Murakana. Era un hombre grueso, de cara redonda y manos extremadamente regordetas. Era asombroso que pudiera agarrar el volante y conducir. En realidad, todo en él era bastante cómico, precisamente por su aspecto. De vez en cuando tomaba una taza de té, en la cocina, mientras aguardaba a que la señorita Tanaka estuviera lista.

Sin saberlo, la señorita Ueno acababa de establecer el nexo de unión entre las tres víctimas del expreso *Golondrina* que no pertenecían a la familia Nomura.

—Murakana era el apellido de otra de las víctimas del expreso *Golondrina* —aclaró el ex policía.

—¿De veras? No leo los periódicos ni escucho la radio, de modo que se me pasó por alto ese detalle. De haberlo sabido, lo hubiera comunicado a las autoridades.

—¿Y amigas, tenía amigas la señorita Tanaka? —preguntó a continuación Ichiro Abe.

—Ninguna que yo recuerde fuera de aquí o de la casa de té. Las amigas de una aprendiz o de una geisha son su *okasan* en primer lugar, puesto que el papel de esta es el de madre, y sus compañeras en segundo término. Como ya le he dicho, la vulgaridad está a la orden del día, así que procuramos evitarla manteniéndonos al margen de lo que ocurre fuera de estas paredes. Es la única manera de preservar nuestro arte. Si nos dejáramos contagiar por lo que sucede en la calle, la relación que mantenemos con nuestros clientes se resentiría, se contaminaría. ¿Qué sentido tendría entonces nuestro arte? ¿Para qué serviríamos?

—¿Le suena el nombre de la señorita Aiko Okada? —preguntó ahora Abe.

—Okada, Aiko Okada. No sé quién es. Lo siento —se desmarcó la señorita Ueno.

—Es otra de las víctimas del expreso *Golondrina*. Viajaba en el asiento contiguo al que ocupaba la señorita Tanaka. Ambas mujeres fueron encontradas con las manos enlazadas.

—Puede que se trate de una amiga reciente de la señorita Tanaka —conjeturó la señorita Ueno.

—No lo creo. La señorita Okada había sido novia de un tal Yosuke Nomura. Casualmente, cinco de las víctimas del expreso *Golondrina* eran miembros de la familia Nomura, cuyo linaje estaba ligado al estamento militar. Usted acaba de decirme que el misterioso militar que frecuentaba a la señorita Tanaka estaba prometido. ¿Y si la prometida del señor Golondrina era la señorita Okada? En ese supuesto, las dos mujeres, así como el señor Murakana, tendrían un vínculo con la familia Nomura. También explicaría por qué tenían las manos entrelazadas cuando fueron asesinadas. Eran amigas, se conocían.

—Creo que debería buscar al señor Yosuke Nomura —inquirió la señorita Ueno.

—Lo haría, desde luego, si no hubiera muerto en el frente chino.

—Comprendo. ¿Entonces?

—Eso mismo me pregunto yo. Trataré de seguir los rastros de la señorita Okada y del señor Murakana. Es posible que en algún momento de la investigación encuentre una fotografía de Yosuke Nomura. En ese caso, me gustaría que le echara un vistazo.

—Ya le he dicho que nunca vi al hombre que cortejaba a la señorita Tanaka en persona —volvió a desmarcarse la señorita Ueno.

—Bueno, tal vez lo haya visto y no lo recuerda. Usted acaba de decirme que las chicas apenas se relacionan con nadie fuera de la casa, por lo que hay que inferir que el señor Golondrina tuvo que conocerla aquí, en la casa de geishas o en el salón de té. Tal vez el señor Golondrina vino por primera vez junto con un grupo de militares. Como consecuencia de esa visita, quedó prendado de su amiga, una joven y hermosa geisha según sus palabras, a la que comenzó a cortejar en secreto, puesto que estaba comprometido. Probablemente, en algún momento de esta relación, la señorita Okada tuvo conocimiento de las visitas que su prometido realizaba a la casa de té, y seguramente la curiosidad hizo que se pusiera en contacto con la geisha para conocer de primera mano sus intenciones. Es lo más lógico.

—Pero la señorita Tanaka disipó todos sus temores, le dijo que la función de las geishas no es poner en peligro la institución matrimonial; todo lo contrario —completó la exposición la señorita Ueno—. Es posible que esté en lo cierto.

—Creo que es lo más probable. Luego, con las dos mujeres convertidas en *hibakushas*, y con el señor Yosuke Nomura muerto en la guerra, trabaron amistad, pues tenían muchas cosas en común, por decirlo así. Lo que nos lleva al compartimiento del expreso *Golondrina*, donde fueron asesinadas con las manos entrelazadas mientras dormían plácidamente. ¿Acaso dormiría usted en un vagón de

tren con las manos unidas a las de una desconocida? No. Las señoritas Okada y Tanaka eran amigas. De eso no hay duda.

De nuevo en la calle, Ichiro Abe, con el ánimo inflamado, caminó sin rumbo mientras reflexionaba. La entrevista con la señorita Ueno había sido la más fructífera desde que comenzara a investigar el caso del expreso *Golondrina*, y ahora estaba convencido de haber acotado el caso. Yosuke Nomura era novio de la señorita Okada, de eso no había duda, pero al parecer también frecuentaba la compañía de la geisha Kika Tanaka, con quien se reunía en una casa de té que el militar alquilaba. Hasta ese lugar era llevada por un chófer apellidado Murakana. Teniendo en cuenta que el militar había caído en el frente chino durante la guerra, daba la impresión de que alguien quería vengarse de su familia y de aquellas personas que habían mantenido alguna clase de vínculo con ellos antes o durante la guerra. ¿Pero acaso sólo tres personas habían mantenido relación con la familia Nomura, cuyo número de miembros superaba la treintena antes de la guerra? No. Era imposible. Tenían que ser muchas más. De modo que podía colegirse que las tres personas ajenas a la familia Nomura ejecutadas en el expreso *Golondrina* tenían relación, única y exclusivamente, con el difunto Yosuke Nomura: su prometida, su amante y el chófer que trasladaba a esta. En ese supuesto, la pregunta era quién iba a querer vengarse de un difunto y por qué motivo. ¿Acaso las ocho víctimas conocían un secreto sobre las actividades llevadas a cabo por el militar en territorio chino que, a su vez, implicase a más personas, a personas que seguían vivas? La experiencia le indicaba que esa podía ser la respuesta. Tal vez se había visto involucrado en alguna corruptela a gran escala mientras servía en el ejército en China. De hecho, numerosas organizaciones habían actuado en China durante los años de ocupación de aquel país, con el patriótico propósito de esquilmar materias primas y todas aquellas cosas que tuvieran valor y pudieran ser enajenadas para sufragar los gastos del Ejército Imperial. Es decir, lo que aquellas organizaciones, sociedades y partidos habían logrado a cambio de obtener una porción del pastel, era que fuese la propia China la que costeara la estancia del ejército invasor en su suelo. Estos grupos tenían nombres y apellidos tan pomposos como la Sociedad del Océano Negro, la Sociedad del Dragón Negro, la Sociedad de la Esencia Nacional del Gran Japón, la Sociedad del Fundamento Nacional, el Partido de la Espada Celeste, la Fraternidad de la Sangre, o la Sociedad del Cerezo. En mayor o menor medida, todas estas organizaciones, cuyo objetivo primordial era promover el carácter nacional, habían intervenido en el continente asiático, ya fuera en Corea, Taiwán, Manchuria o en la propia China. ¿Acaso Yosuke Nomura había estado vinculado a algunas de estas sociedades secretas? ¿Era la Sociedad del Hongo una nueva organización de carácter imperialista y patriótico?

Un segundo después de haber confeccionado el nuevo cuadro del caso del expreso *Golondrina*, se reprochó a sí mismo tener una imaginación tan fértil como terca. Siempre que se traía un caso difícil entre manos, le ocurría lo mismo. Acaba conjeturando más de la cuenta, con el problema añadido de que lo imaginado acababa

enquistándose en su cerebro como un axioma. Había quien lo llamaba intuición (¿de verdad estaba dotado de una viva intuición como mucha gente creía?), y hasta él reconocía que llevar las hipótesis con las que trabajaba más allá de lo demostrable le había sido de gran ayuda en algunas investigaciones. Por último, trató de recordar el rostro del señor Murakana, cuyo cadáver había visto en uno de los compartimentos del expreso *Golondrina*, un hombre, en efecto, de gruesas facciones y nariz aplastada, pero en cuanto lo lograba, la imagen de la señorita Ueno se superponía. Su mirada inquisitiva y al mismo tiempo esquiva; su piel del color de la cera, tersa y brillante como la membrana de un tambor; sus manos exangües, que invitaban a ser frotadas o, mejor dicho, reconfortadas; su cabello azabache, lacio y suelto sobre el cuello como una crin; sus dientes, similares a una sarta de perlas, etc. Semejante aureola de perfecciones, en su opinión, eran la capa protectora bajo la cual habitaba un espíritu indomable y poético a partes iguales, lo que por sí solo justificaba que, tratando de recordar al señor Murakana, fuera en cambio la señorita Ueno la que se apoderara de sus pensamientos.

Invirtió buena parte de la mañana siguiente en viajar desde Hiroshima hasta la isla de Miyajima, en el mar interior de Seto. El mismo trayecto que había realizado unas pocas semanas antes de ser enviado al frente, hacía ya de eso unos cuantos años. Entonces había acudido hasta el santuario de Itsukushima en compañía de su esposa y del pequeño Ichiro, quien quedó fascinado por tener que cruzar en barco el brazo de mar que separaba el continente de la isla. El pequeño también disfrutó dándoles de comer a los ciervos y monos que campaban a sus anchas por la isla. Incluso tuvieron la ocasión de cruzarse con un mapache blanco, una clase de animal que su hijo confundió con un perro de aspecto extravagante. Aquélla noche el pequeño Ichiro se durmió en los brazos de su madre como si lo estuviera meciendo la marea. ¿Habían ocurrido así las cosas o estaba embelleciendo los recuerdos por el hecho de que sentía nostalgia de esa época? No estaba seguro, como tampoco lo estaba de otras muchas cosas. En aquella ocasión, había orado por el destino de Japón y el de su familia. Ahora, sin familia y con un país que apenas se parecía al que había conocido antes de la guerra, pretendía pedir perdón por los pecados que podía haber cometido. Tal vez si hubiera rezado con una mayor devoción, las cosas habrían sido distintas; los *kamis* le habrían enviado una señal de la tragedia que se avecinaba. Fuera o no aquel el motivo de sus desgracias, lo cierto era que todas las noches rogaba y realizaba entusiastas juramentos de lealtad al emperador con el propósito de apaciguar la furia de los dioses. Así que lo único que le quedaba era resignarse.

Cuando la bruma matinal dejó a la vista la cumbre de la montaña Misen San, se impuso como penitencia ascender hasta su punto más alto y, una vez alcanzado, descender hasta el templo de Goumonjido. Era posible que el calzado que llevaba no fuera el más adecuado, pero el casi seguro sufrimiento de sus pies formaba parte de la expiación.

Una vez en tierra, pasó por delante del santuario Itsukushima, pues detestaba entrar en un templo atestado de gente, compró unos pastelitos de judías rojas y tomó el sendero Omoto, el más hermoso y el menos transitado de la isla. Pronto salieron a su encuentro algunos ciervos y monos, que trataron de robarle la comida al más puro estilo de los antiguos asaltantes de caminos. Luego, cuando el aire comenzó a no llegarle con fluidez a los pulmones, recordó que al ser aquella una isla sagrada no había ni maternidades ni cementerios, puesto que estaba prohibido dar a luz o morir en su suelo, como tampoco había teléfono o luz eléctrica, y acabó preguntándose qué ocurriría si de pronto sufriera un síncope o el corazón le fallara en mitad de la ascensión. Las alimañas darían buena cuenta de su cuerpo, pensó, y nadie le echaría de menos. Había roto los escasos vínculos que le unían con la ciudad de Tokio, y las únicas personas con las que había mantenido alguna clase de relación en Hiroshima eran la propietaria del hotel donde se hospedaba y el oficial Tabata. En cuanto a la primera, bastaría que transcurrieran unos pocos días para que entrara en su habitación

y se quedara con el dinero que guardaba en su maleta, con lo que le era más rentable ocultar su desaparición que hacerla pública. En lo concerniente a Tabata, era evidente que su presencia en la ciudad le incomodaba, pues relacionaba su figura con la de un fiscal o inquisidor como cuando no era más que su acólito. Sí, su antiguo subordinado se sentiría aliviado ante su repentina muerte.

Cuando comenzó a llover, interpretó la lluvia como parte de la reparación. Había fallado a su patria y a su familia, y también a sus conciudadanos, quienes le habían confiado su seguridad. No obstante, los últimos avances en la investigación suponían un nuevo estímulo, un saliente al que asirse justo cuando estaba a punto de despeñarse. Sólo resolviendo el caso del expreso *Golondrina* de una vez por todas dejaría de ser prisionero de su descontento. Conforme más empinado se iba haciendo el camino y mayor era la dificultad para mantener firmes las piernas y los hombros, que comenzaban a dar síntomas de querer rendirse, mejor se sentía, como si en efecto aquel ejercicio de catarsis estuviera surtiendo efecto. ¿Pero podrían aquella montaña y aquel aguacero borrar los malos recuerdos para siempre? Incluso si así fuese, una cosa eran los recuerdos y otra muy distinta el sentimiento de culpa que mantenía encadenada a su conciencia. Ni siquiera algo tan tangible como el sufrimiento físico podía compararse con el sentimiento de culpa. Ni siquiera su propia muerte redimiría aquella conmoción que no podía amputarse como un brazo o una pierna, que no habitaba en su cuerpo, sino en lo más profundo de su alma.

Desde la cima, contempló las lejanas montañas de la región de Shikoku, que parecían flotar sobre un colchón de bruma etérea. Entonces sintió que su espíritu se elevaba.

Lo primero que Ichiro Abe hizo cuando volvió a ponerse en contacto telefónico con el oficial Tabata, fue contarle sus avances y pedirle información sobre Yosuke Nomura, al que ahora consideraba pieza esencial en el caso.

—Me temo que existe un problema insalvable a la hora de reconstruir el pasado del señor Yosuke Nomura —argumentó el oficial Tabata—. Su expediente, como el de otros miles de militares, se quemó o desapareció como consecuencia de la bomba o de la intervención de la propia autoridad militar, interesada en no dar pistas al enemigo sobre la identidad de sus miembros. Otro tanto ocurrió con las casas de los Nomura. Desparecieron de la faz de la tierra. Ni siquiera creo que podamos obtener una foto suya. Pero de todo esto ya hablaba el informe correspondiente que en su día le remitimos a usted en su condición de responsable de la investigación de los crímenes del expreso *Golondrina*.

—Ya sé que todo se volatilizó después de la explosión de la maldita bomba nuclear, pero el señor Nomura estaba prometido en matrimonio cuando partió para China, así que cabe la posibilidad, por remota que sea, de que la propia señorita Okada o algún familiar suyo conserve alguna foto de la pareja.

—Créame que quiero ayudarle, Abe-san, pero empiezo a pensar que, en lo concerniente al caso que se trae entre manos, es usted poco razonable. Han pasado dos años desde que la señorita Okada fuera asesinada, el trabajo diario requiere cada vez más esfuerzo y dedicación por parte de todos y cada uno de los miembros del Departamento de Policía de la Prefectura de Hiroshima, usted ha dejado el cuerpo para convertirse en investigador privado, decisión que ni siquiera cuestiono pese a que no la comparta, de modo que no sabría cómo justificar ante mis superiores que me dedico a buscar un álbum de fotos de una mujer, cuyo caso ni siquiera pertenece a nuestra jurisdicción, para el ex policía que precisamente renunció de manera voluntaria a seguir adelante con la investigación de manera oficial. ¿Se da cuenta de que su comportamiento no hace sino añadirle más complejidad a una situación ya de por sí compleja?

Era la primera vez que el oficial Tabata se atrevía a criticar abiertamente a su antiguo jefe, pero en su opinión era hora de hacerle ver que las cosas habían cambiado. Si en el transcurso de su primer encuentro ni siquiera se había atrevido a pensarlo, ahora no le cabía duda de que Ichiro Abe representaba al Japón antiguo, demasiado protocolario y refinado, zozobrando en ese mar proceloso que eran las antiguas tradiciones, mientras que él simbolizaba todo lo nuevo del país: lo inmediato, lo directo, la diligencia práctica y eficiente, las nuevas técnicas de investigación que no requerían de la ayuda de los dioses, la modernidad en suma. Un minuto de silencio siguió a la invectiva del oficial de policía, quien al cabo añadió:

—Bueno, Abe-san, le pido disculpas si he sido demasiado brusco. Usted necesita un ayudante, pero yo no puedo serlo. Ahora soy oficial de policía, mientras que usted

ha abandonado el cuerpo. De modo que jugamos en diferentes equipos. Tal vez complementarios, pero distintos al fin y al cabo. Mi responsabilidad sigue siendo para con la sociedad, mientras que la suya es para consigo mismo...

—En ese punto no estoy de acuerdo con usted —intervino por fin Ichiro Abe—. Mi responsabilidad es para con las almas de las víctimas de los crímenes del expreso *Golondrina*. Son ellas las que me preocupan, pues mientras no se resuelvan sus crímenes, permanecerán esclavas del agravio del que fueron objeto. De no ser así, de haber pensado más en mí y en mis intereses, ahora seguiría ocupando mi despacho en la Policía Metropolitana de Tokio.

La exposición de Ichiro Abe fue seguida por otro intervalo de silencio, mientras Tabata barruntaba decirle a su antiguo jefe que había crímenes que, simplemente, nunca se resolvían, y que esa circunstancia —que afectaba a todas las policías del mundo— nada tenía que ver con el honor, y mucho menos debía condicionar la existencia de una persona. Sí, la tenaz persistencia de su antiguo jefe estaba empezando a resultar una molestia.

—¿Por qué no contrata a Dostrescientos? Si existe una foto de Yosuke Nomura, nadie mejor que Dostrescientos para encontrarla —acabó sugiriendo.

La propuesta del policía pilló tan de sorpresa a Ichiro Abe que respondió con una pregunta retórica.

—¿Quiere que trabaje con un delincuente que se vanagloria de serlo?

—Sí, con el beneplácito de la policía, naturalmente. La necesidad de reconocimiento de Dostrescientos es tan grande que no ha dudado en colaborar con nosotros cuando se lo hemos pedido. Siempre hemos considerado a ese joven como un ejemplo de los destrozos emocionales que causó *Little Boy*. Como representantes de la autoridad que somos, Dostrescientos busca en nosotros la autoridad paterna que nunca conoció. El suyo no es un caso único en Hiroshima, la ciudad con más huérfanos de todo Japón y probablemente del mundo.

—No sé qué decir —reconoció el ex policía.

—Organizo una cita, nos reunimos los tres y después decide.

Cuando el oficial Tabata colgó el teléfono, cayó en un detalle que el fragor de la discusión había hecho que obviara. ¿Para qué diablos quería Ichiro Abe una fotografía de Yosuke Nomura si este había fallecido en el frente chino?

Se llevó una grata sorpresa cuando la dueña del albergue le dijo que una aprendiz de geisha había preguntado por él y, ante su ausencia, había optado por escribirle una nota. Era una invitación de la señorita Ueno para que visitara su casa esa misma noche.

Una hora antes de la hora convenida, de manera inconsciente, Ichiro Abe tomó un baño caliente y se enfundó su mejor traje occidental, puesto que después de la guerra no había vuelto a vestirse a la manera tradicional, al menos en público. Un terno que no era gran cosa, pero cuya tela aún conservaba cierto lustre por la falta de uso. Luego se dirigió caminando hasta el barrio de las geishas, tratando de imaginar el motivo de aquella cita, que le producía cierta intranquilidad y que se tornó en cosquilleo de estómago cuando enfiló el sendero de guijarros blancos, flanqueado por bambúes verdes, que conducía a la puerta del establecimiento.

En esta ocasión, la señorita Ueno le esperaba arrodillada delicadamente sobre una estera elevada, con las piernas replegadas y los pies recogidos. Vestía un quimono de seda de un azul pálido, que resaltaba el sosiego de su portadora frente a las contrariedades e imperfecciones de la vida. Con un gesto de las manos, que sobresalieron como las cabezas de sendas tortugas de entre las anchas mangas flotantes, le pidió que tomara asiento frente a ella.

—Abe-san, no pude conciliar el sueño después de la conversación que mantuvimos el otro día, así que me he permitido hacer mis propias averiguaciones —se arrancó a hablar la dama—. Sé que no es esta la conducta que ha de regir el comportamiento de una geisha, pero yo apreciaba a la señorita Tanaka y me siento en parte responsable de su muerte, así que he hecho lo imposible por encontrar a alguien que hubiera conocido a la señorita Okada o a su prometido, el señor Yosuke Nomura, en la confianza de que este fuera, como supusimos el otro día, el señor Golondrina. Permítame, pues, que me reserve cuáles han sido mis fuentes, puesto que lo verdaderamente importante son los resultados. ¿Está de acuerdo conmigo?

—Sí, por supuesto —se pronunció el antiguo policía, cuyo desconcierto había aumentado más si cabe después de aquella introducción—. ¿Y bien?

—En la sala contigua le espera un caballero, el señor Kento Matsuda, natural de esta ciudad de Hiroshima, quien conoció al señor Yosuke Nomura en el frente chino. Pese a que tiene motivos para estar resentido, merece la pena que escuche lo que tiene que contarle. Creo que su testimonio le proporcionará una nueva perspectiva del caso en su conjunto.

Ichiro Abe siguió con la vista el movimiento del brazo de la señorita Ueno, que señaló hacia la puerta corredera de la derecha. Allí, en efecto, se traslucía una figura voluminosa y extraña, como si el hombre que se encontrara al otro lado vistiera una antigua armadura o algo parecido. El hecho de que la dama mantuviera firme el brazo, como si fuera la aguja magnetizada de una brújula que indica la dirección que

se ha de seguir, provocó que se levantara y pusiera rumbo hacia la habitación contigua. Nada más descorrer la puerta de papel tirante, comprendió que lo que había imaginado una armadura era en realidad una silla de ruedas, sobre la que permanecía sentado un hombre de delgadas piernas y hombros anchos y fuertes.

Ichiro Abe le dedicó un saludo protocolario a su interlocutor, quien se lo devolvió en parte inclinando la cabeza con cierta precipitación y falta de formalidad.

—Tendrá que disculparme si no me levanto, pero llevo anclado a esta silla desde enero de 1938 —se excusó el inválido—. La señorita Ueno me ha dicho que está buscando a alguien que haya conocido a Yosuke Nomura. Yo no sólo llegué a tratar con él, sino que a menudo me acuerdo de su persona. Sí, él fue el único responsable de que yo acabara en este estado.

—¿Le ha contado la señorita Ueno la razón por la que me interesa el señor Nomura? —preguntó el antiguo policía.

—Sí, por los crímenes del expreso *Golondrina*. Yo de eso no sé nada. En cambio, puedo contarle una historia de Yosuke Nomura que, cuando menos, resulta extraña y le dará una idea de su personalidad. ¿Le interesa?

—Naturalmente. Le escucho.

—Verá, a finales de 1937, como miembro del 10º Ejército, yo estaba destinado en China, bajo el mando del comandante Nomura. Un hombre de carácter atrabiliario y cruel, no sólo con el enemigo, sino también con sus propios hombres. Nuestra misión era tomar y acabar con la resistencia china en Nankín, pues así lo habían ordenado tanto el general Matsui como el príncipe Asaka Yasuhiko, los máximos responsables de aquella campaña. Sin embargo, la situación se nos fue de las manos y aquello se convirtió en una verdadera matanza de civiles, incluidos mujeres, niños y ancianos. En cierto momento, recibí la orden de clavar mi bayoneta en el vientre de una mujer embarazada. No pude. Me quedé bloqueado, paralizado delante de aquella mujer que lloraba y gritaba desconsolada mientras trataba de proteger con sus manos al hijo que llevaba en sus entrañas. Cuando me incorporé a filas, mi mujer estaba a mitad de la gestación de nuestro primer hijo, así que me resultó completamente imposible cumplir aquella orden, pese a que nos habían instruido para considerar a los chinos como seres infrahumanos. No sé cuánto tiempo transcurrió, pero al fin alguien me arrancó el fusil de las manos, clavó la bayoneta en el vientre de la mujer repetidas veces y luego hizo lo propio conmigo. Era el comandante Nomura en persona. Mi reacción fue arrojarme al suelo, con lo que una de las embestidas me afectó la espina dorsal. Ni siquiera pude quejarme, pues se me dejó muy claro que, al haber roto el consenso y haberme apartado de las reglas, había quebrado la solidaridad del grupo. Lo que pasó a continuación no viene al caso. Dos años y medio más tarde, cuando tuve noticia de que el general Iwane Matsui había mandado erigir un monumento en memoria de los soldados japoneses caídos en China bajo sus órdenes, decidí visitarlo. No en vano, muchos de mis compañeros de armas habían perdido la vida en suelo chino. La cuestión fue que, cuando llegué hasta allí, descubrí que en el altar, dentro

de una caja de laca, se hallaban escritos los nombres de los 23 104 oficiales y soldados caídos en acto de servicio. La curiosidad y el respeto me llevaron a repasar aquellos nombres. Mi sorpresa fue tan grande como mi alivio cuando leí el nombre de Yosuke Nomura, quien, al parecer, había fallecido el 7 de febrero de 1938.

—¿Está seguro? Me consta que a mediados de 1940 el señor Yusuke Nomura estaba prometido en matrimonio con la señorita Aiko Okada —intervino Ichiro Abe recordando la primera conversación con la señorita Ueno.

El señor Matsuda contempló a su interlocutor con una de esas miradas que parecen ver más allá de lo que tienen enfrente. Luego, tras tomarse unos segundos, dijo:

—Completamente. Usted mismo puede comprobarlo revisando la lista a la que me refiero. Ahora permítame contarle la segunda parte de la historia. Imposibilitado para servir en el ejército después del «incidente» en el que me vi involucrado, pasé el resto de la guerra realizando tareas administrativas y de coordinación para la Agencia Kodama, en Tokio, cuyo propietario era el señor Yoshio Kodama, un gran nacionalista y miembro de la Yakuza que lo fue también de otra célebre organización patriótica: la Sociedad del Océano Negro. Cómo entré a trabajar para el señor Kodama no viene al caso. De manera oficial, la misión de la agencia era proveer de materias estratégicas a Japón, pero pronto el área de negocios se amplió y a las materias primas se les unieron el opio, las armas, el platino, los diamantes, las antigüedades, etc. Pues bien, en más de una ocasión oí mencionar el nombre de Yosuke Nomura, dado que era uno de los más eficaces «recolectores» de la agencia. Su sobrenombre en clave era Anguila, dada su gran habilidad para escurrirse y desaparecer. Incluso llegué a leer alguna nota firmada de su puño y letra. Como aquel individuo estaba tan ligado a mí, traté de seguir sus pasos. He de confesar que barajé la posibilidad de vengarme de él cuando la guerra acabara. Sin embargo, no pude ver cumplido mi objetivo. Las últimas noticias que tuve sobre él indicaban que se hizo el haraquiri en territorio chino, después de la rendición de nuestro ejército, puesto que las autoridades locales habían puesto precio a su cabeza. En resumidas cuentas, Yosuke Nomura murió dos veces.

—Comprendo. ¿No pensó que pudiera tratarse de otra persona con el mismo nombre?

—Soy natural de Hiroshima y antes de la guerra me había cruzado innumerables veces con el señor Nomura. Además, vi alguna foto suya cuando trabajaba en la Agencia Kodama. Era él, no me cabe la menor duda —aseguró el señor Matsuda.

—De modo que el comandante Nomura murió y resucitó más tarde como agente de la Agencia Kodama, bajo el alias de Anguila.

—Así es.

—Si Nomura trabajaba para la Agencia Kodama, quizá alguien relacionado con ella esté detrás de los crímenes del expreso *Golondrina*. Tal vez cogió algo que no era suyo y lo repartió entre personas de su confianza, familiares y amigos —reflexionó el

ex policía en voz alta.

—Como ya le he dicho, no sé nada sobre esos crímenes. No obstante, la Agencia Kodama se disolvió después de la guerra. El señor Yoshio Kodama, su fundador, como otros criminales de guerra, fue condenado por el Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente a varios años de cárcel, pero los norteamericanos acabaron liberándolo cuando se dieron cuenta que necesitaban a esta clase de individuos para luchar contra el comunismo. No podían correr el riesgo de que Japón acabara siendo un país satélite de la Unión Soviética. Teniendo en cuenta que en Japón existe una ley no escrita para no reprochar a nadie su pasado durante la guerra, tanto el señor Kodama como otros criminales de guerra fueron restituidos en sus funciones y promovidos a cargos públicos.

Incluso a Ichiro Abe, que estaba en desacuerdo con el resultado de aquellos juicios, le resultaba extraño escuchar hablar a un compatriota en esos términos, puesto que los considerados como criminales de guerra para las potencias extranjeras eran héroes para el pueblo japonés. No en vano, la opinión general era que la guerra había sido ganada por el enemigo gracias al uso de armas desleales e inhumanas.

—Esos juicios fueron la mayor farsa de la historia —prosiguió el señor Matsuda—, hasta el punto de que fui requerido para testificar; me prepararon a conciencia y, cuando llegó el momento, me comunicaron que ya no era necesaria mi presencia, que podía volverme a casa. Mi testimonio hubiera bastado para mandar a la horca al compañero de atrocidades del comandante Nomura, su inmediato superior en el escalafón militar, el teniente coronel Takuma Watenabe, quien además, al parecer, ejerció de ayudante en el suicidio de aquel. Para serle del todo sincero, al no haberme podido vengar de mi verdugo quise hacerlo en la persona de su superior, pues era él quien había permitido que su subordinado me ensartara con su bayoneta. Watenabe permaneció en prisión apenas cuatro o cinco años, y luego jamás regresó a Hiroshima. Cuando estábamos en China, nos creíamos invencibles, jamás imaginamos siquiera lo que ocurriría más tarde. Por descontado, Pearl Harbor quedaba entonces muy lejos, así que nos dejábamos fotografiar realizando las mayores atrocidades que cabe imaginar, seguros de que nuestra impunidad duraría lo mismo que el imperio que estábamos forjando: mil años o más. Yo era muy amigo de uno de los fotógrafos de la compañía, y gracias a él obtuve una instantánea del teniente coronel Watenabe decapitando a una pareja de civiles chinos. Una foto que, en un primer momento, guardé junto con otras como un recuerdo más de mi paso por China. Le aseguro que de haber llegado esa foto a manos del tribunal que juzgaba los crímenes de guerra, Watenabe hubiera sido condenado a la horca, pero como acabo de decirle, ni siquiera fui llamado a testificar. Me dijeron que el propio Watenabe había confesado y reconocido su culpa. Algo que luego se reveló falso. Probablemente alcanzó alguna clase de acuerdo con los miembros del tribunal. Tal vez le propusieron luchar contra el comunismo a cambio de hacer la vista gorda. Así las cosas, empecé a temer que Watenabe pudiera vengarse de mí en cuanto saliera de

prisión, pues éramos pocos los soldados que nos atrevimos a testificar en contra de nuestros superiores, por lo que decidí tomar la iniciativa. Deposité la fotografía de marras en un bufete de abogados de Estados Unidos, donde aún sigue, con la orden de que la instantánea fuera difundida en el supuesto de que me sucediera algo. Si moría en un accidente o incluso de un infarto, la foto debía ser divulgada. Los resultados de esta medida saltan a la vista, puesto que sigo con vida. Afortunadamente, no he vuelto a saber más de Takuma Watenabe. Bueno, sé lo que todo el mundo: que el señor Watenabe se ha convertido en un próspero empresario.

—¿Por qué ha dicho que el señor Watenabe no quiso regresar a Hiroshima después de salir de prisión? —preguntó Ichiro Abe.

—Bueno, porque también era natural de aquí. La cuestión es que muchos soldados y oficiales que estaban luchando en el frente perdieron a todos los miembros de su familia el 6 de agosto de 1945, de modo que al finalizar la guerra se negaron a regresar a Hiroshima por una razón, digámoslo así, sentimental. Lo único que la ciudad podía ofrecerles era sufrimiento. Los recuerdos pueden llegar a ser tan devastadores como la más dañina de las bombas.

Ichiro Abe asintió, pues estaba de acuerdo con aquella apreciación.

—Usted, sin embargo, sí regresó —dijo.

—Así es. Yo padecí los bombardeos de Tokio, pero a cambio me libré de *Little Boy*. Dentro de la magnitud de la tragedia, sólo perdí a seis miembros de mi familia directa, con lo que me sentí en la obligación de participar en la reconstrucción de la ciudad, puesto que el resto del país, ya fuera por la censura impuesta por los norteamericanos a los medios de comunicación o por la propia actitud de nuestros conciudadanos, le dio de lado. Fue como si Hiroshima se hubiera quedado huérfana después del ataque nuclear y hubiera dejado de pertenecer a Japón.

Ichiro Abe llegó a la conclusión de que el resentimiento del señor Matsuda no iba únicamente dirigido a los criminales de guerra, sino que era extensivo a todo el pueblo japonés. Una clase de sentimiento que él había empezado a experimentar en carne propia en los últimos años.

El corazón del ex policía se colmó de alegría cuando, al regresar a la sala donde aguardaba la señorita Ueno, comprobó que esta lo había dispuesto todo para que cenaran juntos. Y cuando se vio obligado a reconocer que no sabía cómo comportarse, puesto que nunca había participado en una de aquellas ceremonias protagonizadas por un caballero y una geisha, la mujer le dijo que lo único que tenía que hacer era invitarla a beber cada vez que ella le sirviera una copa de sake, tras lo cual sonrió hasta que sus labios con forma de pagoda se entreabrieron lo suficiente como para dejar a la vista una sarta de perlas relucientes.

Asintió en señal de conformidad, dispuesto a adentrarse por primera vez en su vida por un camino de refinamiento y sensualidad.

—De modo que, al parecer, nuestro señor Golondrina era también el señor Anguila —dijo la señorita Ueno tras servir la primera copa de sake y acercársela a su

invitado—. Pero ni siquiera descubrir la diferencia entre una golondrina y una anguila es algo que esté al alcance de una geisha. Delante de nosotras, hasta las bestias más inmundas saben disimular sus bajos instintos. Ése es al mismo tiempo nuestro poder y también el motivo de nuestro desamparo.

La nota de la señorita Ueno rezaba: «¿Me acompañaría al templo de Sakakiyama para orar a los *kamis*? Le espero a las ocho de la mañana en la estación de autobuses».

Ichiro Abe se sintió tan halagado por la propuesta como sorprendido por el lugar elegido, puesto que el santuario Sakakiyama estaba en Rumano, una pequeña localidad montañosa situada a veinte kilómetros al este de Hiroshima. Pese a que nunca había visitado el lugar, el nombre de Rumano era célebre en todo Japón por la calidad de sus pinceles y por una fiesta muy popular que se celebraba el 23 de septiembre, coincidiendo con el equinoccio de otoño, momento en el que las almas de los difuntos regresaban a sus hogares. El pueblo entero quemaba pinceles y las calles se llenaban de colorido.

Las dudas quedaron resueltas cuando en la misma estación de autobuses, la señorita Ueno aseguró ser natural de la localidad y ferviente devota del templo de Sakakiyama, en su opinión uno de los más hermosos del país, puesto que para acceder al mismo había que ascender por una escarpada escalinata, que culminaba frente a un gigantesco y centenario cedro nudoso. Aclarado este punto, no le extrañó que la mujer procediera de una antigua familia, según dijo, otrora agricultores que al final de la época Edo habían comenzado a viajar desde las montañas hasta las tierras de la Prefectura de Nara para ganar un dinero extra. Allí empezaron a comprar pinceles que, de regreso, vendían entre sus vecinos. Al final, cansados de tanto ir y venir, decidieron no seguir viajando a Nara y fabricar ellos mismos la mercancía que traían de fuera.

—Pero lo que yo deseaba era aclararle ciertos extremos sobre nuestro arte —se desmarcó la señorita Ueno—, puesto que tengo la impresión de no haber sido demasiado precisa en mis afirmaciones y, en consecuencia, de haber cometido una injusticia con la señorita Tanaka. Me preocupa que usted pueda pensar que se trataba de una joven frívola, cuando era una mujer culta y sensible. Si una geisha se enamora, lo hace siguiendo la más estricta monogamia. No hay nada casquivano en nuestra profesión que se nos pueda echar en cara, y en ese sentido la conducta de mi colega era intachable. Es cierto que algunas jóvenes venden su virginidad a su «cliente habitual», pero le aseguro que no fue el caso. Por encima de todas las cosas, la señorita Tanaka pasó los últimos años de su vida sumida en un profundo sentimiento de abandono y desamparo. Fue una mujer que sufrió mucho. Una flor que el viento de fuego de la bomba marchitó. Una víctima en el sentido más amplio que esa palabra pueda tener. Por eso su muerte resulta aún más inexplicable. Ya estaba muerta cuando fue asesinada en ese tren.

Ichiro Abe se preguntó si de verdad eran necesarias aquellas explicaciones en torno a la señorita Tanaka, tan similares a las de su primer encuentro, y si detrás de aquella invitación de la señorita Ueno a acompañarla hasta Rumano no había otra intención. En caso de haberla, por descontado, él era incapaz siquiera de intuirlo, pues

sus conocimientos del sutil mundo femenino eran nulos. No obstante, tenía que reconocerlo, en algún que otro sueño se había visto a sí mismo en los brazos de aquella mujer.

—Estoy de acuerdo con usted —optó por decir.

La señorita Ueno tenía razón. Si había algo incomprensible, casi incoherente en los crímenes del expreso *Golondrina* era precisamente que las víctimas ya estuvieran muertas, por así decirlo, cuando fueron asesinadas. Él mismo se había preguntado en incontables ocasiones qué sentido tenía asesinar a quienes, al menos desde el punto de vista social, habían sido excluidos y, por lo tanto, carecían de valor. Cabía imaginar un crimen aislado a manos de alguien contrario a los *hibakushas* en general, tal vez un hombre que hubiese tenido un hijo con malformaciones de una «atomizada» que le hubiese ocultado su condición de tal, pero no así organizar una auténtica batida de caza utilizando a asesinos profesionales.

El templo de Sakakiyama le pareció, como había adelantado la señorita Ueno, hermosísimo. El cedro de la entrada era sin duda de los más imponentes que había visto en su vida. Calculó que alcanzaba los setenta metros de altura y cuatro de diámetro en su tronco. En cuanto a su corteza, a medio camino entre el gris amarronado y el rojo castaño, presentaba numerosas tiras verticales que resaltaban su belleza. En conjunto, si uno contemplaba la copa desde cierta distancia, se tenía la impresión de que el árbol estaba a tan sólo unos palmos del cielo, si bien el efecto era debido, en parte, al hecho de que todo el conjunto se asentaba sobre una atalaya.

Cuando salieron del templo, la señorita Ueno le pidió que la acompañara a visitar a su hermano, quien había heredado el negocio familiar.

—Ya es un hombre mayor, pero ha pasado toda su vida tratando de perfeccionar su oficio —apuntó—. Recuerdo que cuando yo era pequeña, pasaba días enteros tratando de encontrar una clase de pelo que superara las bondades de la comadreja, el tejón, el lobo o la ardilla. Algunos pelos absorben más tinta, mientras que otros la liberan en mayor medida. Obtener un buen pincel es más complicado que lo que parece a simple vista. Un día se le ocurrió probar conmigo. Me utilizó como brocha. Me envolvió en un trozo de tela, me agarró de la cintura, me puso boca abajo, empapó mi pelo en tinta y comenzó a escribir en un gigantesco pliego de arroz que había preparado para la ocasión.

—¿No hubiera sido mejor arrancarle un mechón de cabello y fabricar un pincel convencional? —sugirió Ichiro Abe.

—Sin duda, pero yo era una niña y mi hermano un joven dispuesto a revolucionar la fabricación de pinceles. Fue un acto de rebeldía y resultó muy divertido.

Después de la visita (el hermano de la señorita Ueno era tan refinado y enigmático como alguna de las caligrafías que practicaba con sus creaciones), y de verse obligado a aceptar como regalo un juego de pinceles de fino calibre elaborados con pelo de comadreja, comieron albóndigas de pulpo en un humilde restaurante. Era la primera vez que las probaba y le supieron deliciosas.

Cuando el autobús de regreso se detuvo en la estación de Hiroshima, se dio cuenta de que se había quedado dormido con la cabeza apoyada sobre el hombro de la señorita Ueno, quien había soportado con estoicismo aquella intromisión a su intimidad.

—Siento lo ocurrido —se disculpó azorado.

—No sea infantil, Abe-san. No hay acto más natural que el sueño. ¿Pediría usted perdón por sentir hambre? Yo también he descabezado un sueño sobre usted, pero estaba tan profundamente dormido que no se ha dado cuenta.

El oficial Tabata e Ichiro Abe soportaban el vaivén de las olas mientras aguardaban la llegada de Dostrescientos. Habían quedado para almorzar en un pequeño restaurante flotante especializado en ostras, y a tenor de la lividez de los rostros de los dos comensales, no podía descartarse que tuvieran que cambiar de lugar de reunión. No obstante, mientras tomaban una decisión y como las aguas del río Ota bajaban demasiado revueltas, con la fuerza suficiente para zarandear la embarcación, lo mejor era esperar sentados sobre el tatami, desde donde podían contemplar cómo el flujo de la corriente desembocaba en un mar rizado por la enturbiada atmósfera.

—De todas formas, creo que tiene razón —rompió el silencio Ichiro Abe—. Dostrescientos podría serme de gran ayuda. La señorita Ueno me ha puesto en contacto con un caballero que trató a Yosuke Nomura en China. Al parecer, nuestro hombre trabajó durante buena parte de la guerra para la Agencia Kodama, organización que, en la mayoría de los casos, actuó fuera de la ley. Su misión consistía en recolectar materias primas con las que abastecer a nuestro ejército en el continente. Cabe la posibilidad de que Nomura se volviera ambicioso, le jugara una mala pasada a la Agencia Kodama, robara algo y lo entregara a familiares y amigos para que lo guardaran hasta su regreso. Luego, cuando el devenir de la guerra se volvió irremediabilmente adverso para los intereses de Japón, el militar prefirió quitarse la vida antes de caer en manos de los chinos. Sin embargo, los miembros de la Agencia Kodama no olvidaron la afrenta, siguieron buscando aquello de lo que Nomura se había apropiado de manera indebida, tras lo cual decidieron actuar.

—Asesinando a ocho personas, que serían las depositarías de «eso» de lo que el militar se había apropiado —completó el relato el oficial Tabata—. Muy interesante. Pero me temo que sigue habiendo lagunas, pues si los ocho *hibakushas* fueron asesinados en el mismo tren, cabe suponer entonces que todos portaban consigo aquello que buscaban los asesinos. Sin embargo, que se sepa, los ocho viajaban a Tokio con el único propósito de entrevistarse con funcionarios del Ministerio de Salud Pública, al menos eso creían. Imaginemos que Nomura hubiera hecho entrega a cada uno de ellos de un diamante, por poner un ejemplo, para que lo custodiaran hasta que él regresara del frente, tal y como usted sugiere. Sin embargo, el militar no regresó con vida de China, con lo que lo más lógico es que los beneficiados enajenaran las piedras o lo que fuera para poder sobrevivir, puesto que eran *hibakushas* y la sociedad les había dado de lado. ¿Acaso conservaría usted algo de gran valor cuando lleva una vida de calamidades y sabe además que el dueño del objeto valioso del que es usted depositario está muerto? En conclusión, si la Agencia Kodama quería recuperar lo que le había sido sustraído, sea lo que fuere, sus responsables no habrían esperado más de nueve años para dar el paso. Carece por completo de sentido.

Las palabras de Tabata brotaron de su garganta como medidas también por las

olas.

—O sí —replicó Ichiro Abe—. Tal vez los asesinos no buscaban el botín de Nomura, sino darles un escarmiento a aquellos que se lo apropiaron. En ese caso, las víctimas del expreso *Golondrina* habrían sido objeto de un ajuste de cuentas. Un mensaje destinado a aquellos que tengan la tentación de traicionar a la organización en el futuro.

—Olvida un elemento esencial: la Agencia Kodama fue disuelta nada más concluir la guerra, mientras que su fundador dio con sus huesos en la prisión de Sugamo.

Ahora las palabras de Tabata reflejaron en su totalidad el escepticismo que el razonamiento de Ichiro Abe le suscitaba.

—De donde ya ha salido —indicó el antiguo policía—. Usted y yo sabemos que cuando una organización secreta se disuelve, sobre sus cenizas se crea otra, con otro nombre, sí, pero con su misma esencia, con sus mismos miembros. Tal vez la heredera de la Agencia Kodama sea la Sociedad del Hongo.

—De la que nadie ha oído hablar, y de cuya existencia sólo hay constancia a través de cuatro notas escritas, al parecer, por un niño —subrayó el policía.

Dicho esto, un hombre encapuchado irrumpió en el reservado arma en ristre, entre los sollozos y gritos de los empleados del restaurante, que enfilaron la pasarela de la embarcación sin siquiera mirar atrás. En medio de la confusión que siguió a aquella escena, Ichiro Abe tuvo ocasión de comprobar que la pistola que lo encañonaba ora a él, ora al oficial Tabata, como si también la mano de quien la portaba se guiase por el movimiento de las olas, era una Nambu Tipo 14 con silenciador, «¿qué diablos?», le oyó decir al oficial Tabata. Lo siguiente que escuchó fue un intercambio de disparos; unos semejantes a estornudos sordos; otros llenos de estruendo, como los que adornan los espectáculos de fuegos artificiales. A continuación, su organismo se fue llenando de silencio, poco a poco, como si se estuviese sumergiendo en una piscina. Por último, cerró los ojos y se derrumbó sobre el tatami.

A pesar de que cayó en una suerte de sueño insondable, fue capaz de ver el reflejo de su cuerpo en un espejo sagrado, al menos esa fue la interpretación que hizo. No obstante, la imagen era tan tenue que apenas se vislumbraba con claridad. Otro tanto ocurría con su respiración que, aunque serena, parecía más lenta que de costumbre, como si en cualquier momento fuera a detenerse. Trató de abrir los párpados, pero le pesaban tanto que no pudo. ¿Cómo podía ver entonces? ¿Tal vez lo hacía a través de la mente? Pero si resultaba sorprendente que pudiera ver incluso con los ojos cerrados, no lo era menos que pudiera oír el débil latido de su corazón, que por momentos parecía haberse situado fuera de su organismo. Era como oír el tictac de un reloj de pared. Un murmullo de voces ininteligibles y enérgicas como el rumor de las olas vino a añadir más confusión a la escena. ¿Hablaban de él? Buscó unas cuantas palabras en su garganta, pero cuando quiso articularlas se topó con un fortísimo escozor primero y acto seguido se atragantó con un líquido viscoso con sabor a

sangre. Manaba desde su interior a borbotones, y posiblemente la fuente estuviese en sus pulmones, algo que sólo podía significar una cosa: que se estaba debatiendo entre la vida y la muerte. Comprendió entonces que sólo le quedaba esperar el desenlace.

Cuando emergió de nuevo de aquel silencio y pudo por fin levantar los párpados, se encontró en la habitación de un hospital, observado por los ojos enormes y centelleantes de la señorita Ueno, que destilaban una alegría inusitada. Quiso hablar, pero de nuevo de su boca no brotó palabra alguna, como si le hubieran cosido la garganta por dentro. Luego trató de enderezar el tronco con el fin de incorporarse, pero el brevísimo esfuerzo fue suficiente para que se derrumbara de nuevo sobre la cama.

—No trate de hablar, tiene una herida de bala en la garganta que le ha afectado a las cuerdas vocales, y otra en el pecho que le ha perforado el pulmón derecho —dijo la geisha—. Los médicos aseguran que ha sido un milagro que haya salvado la vida. Lleva aquí cinco días con sus noches. ¿Recuerda lo que ha pasado? Si la respuesta es afirmativa, asienta con la cabeza.

Cerró los ojos y trató de rescatar algún recuerdo, pero chocó de frente contra una nebulosa tras la cual las imágenes se vislumbraban borrosas. ¿Acaso había almorzado o cenado en un restaurante flotante con la propia señorita Ueno? ¿Habían comido albóndigas de pulpo? ¿Y por qué el camarero iba encapuchado? Hizo un gesto de negación con la cabeza.

La señorita Ueno le tomó de la mano antes de decir:

—No se preocupe. Yo se lo aclararé todo. Ése joven delincuente, Dostrescientos, disparó contra usted y contra el oficial Tabata en el restaurante donde habían quedado citados. Afortunadamente, el policía anduvo rápido de reflejos y pudo responder con su arma. Dostrescientos ha fallecido; el oficial Tabata recibió también dos disparos, uno en el hombro y otro en el brazo derecho. Por suerte, las heridas eran superficiales y se encuentra fuera de peligro.

A Ichiro Abe le hubiera gustado liberarse del desconcierto que le había provocado aquella noticia formulando toda clase de preguntas, pero éstas no sólo no lograron superar la barrera de la garganta, sino que se fueron deslizando hacia el interior de su organismo, con lo que de inmediato una desagradable sensación de angustia se instaló tanto en su pecho como en el estómago.

La señorita Ueno se percató de inmediato de esa circunstancia, pero cayó en la cuenta de que su deber pasaba por avisar al personal médico, antes de agotar al enfermo con sus explicaciones.

—Sé que está deseando conocer los pormenores de lo sucedido, pero para poder extenderme en detalles necesito la autorización de los médicos —se excusó.

Poco después de recibir la visita de sendas parejas de médicos acompañados de sus respectivas enfermeras, y de que tanto unos y otras intercambiaran opiniones y órdenes, algunas dirigidas a él, comenzó a tener la sensación de que su cuerpo flotaba. «Mañana no podré venir a visitarle, pero lo haré al otro. Mientras tanto, ya ha oído a los doctores, ha de tratar de descansar», murmuró la señorita Ueno cuando el

personal sanitario hubo salido de la habitación. Ichiro Abe asintió con la cabeza al tiempo que le tendía de nuevo la mano. Luego, como si le hubieran tapado el rostro con una bata hospitalaria, todo se volvió blanco, hasta que su mente se sumergió de nuevo en las profundidades del sueño.

Pese a que tenía orden de descansar, su mente no dejaba de trabajar cuando desaparecía el efecto de los sedantes que le administraban. No perseguía poner a prueba su juicio o su percepción de los últimos acontecimientos, que de manera tan directa le habían afectado, sino superar su reticencia por el hecho de no haber muerto. En su opinión, era lo mejor que podía haberle pasado. Sin embargo, había vuelto a fracasar. Al abrir los ojos, se había topado con el mismo mundo de siempre. Nunca antes había estado tan cerca de la muerte, ni siquiera durante la guerra, y ahora le invadía la sensación de que no volvería a presentársele una oportunidad parecida, como si su castigo pasara por vivir eternamente. Era como si la muerte se hubiera burlado de él, mostrándole su lado más dulce, enseñándole el camino a través del cual volvería a reunirse con sus antepasados, con Sakura e Ichiro, para en el último momento hacerle retroceder hasta el punto de partida. Sí, podía considerar aquella experiencia como un sueño inacabado, lo que resultaba frustrante para un soñador como él.

El cálido perfume que desprendía la señorita Ueno, que impregnó la habitación nada más puso los pies en ella, vino a rescatarlo de aquellas sombrías cavilaciones.

—¿Cómo se encuentra esta mañana? Le traigo buenas noticias —dijo la mujer a modo de saludo.

Ichiro Abe notó al instante cómo su pulso se aceleraba y su respiración se volvía convulsa, signos que evidenciaban su regreso a la vida. Postrado en una cama de hospital, con el cuerpo malherido, la voz muda, y sometido al escrutinio de aquella mujer segura de sí misma cuya piel absorbía la escasa luz de la habitación en penumbra, se sintió vulnerable.

—El oficial Tabata asegura que Suzuki, *Dostrescientos*, llevaba encima dos tiras de papel con la leyenda: «La Sociedad del Hongo» —añadió—. ¿Acaso no es ese el nombre de la organización que ordenó los crímenes del hotel de Akihabara?

»La policía ha encontrado en el cuartel general de *Dostrescientos* cientos de dosis de morfina de la empresa farmacéutica Squibb, que habían sido sustraídas del Ministerio de Salud Pública y que estaban listas para ser distribuidas. Se trata de pequeños tubos similares a los de la pasta dentífrica que contienen una dosis de dicha sustancia que el propio paciente se puede administrar, pues llevan una pequeña aguja incorporada. Da la casualidad de que este tipo de morfina es muy demandada entre los *hibakushas*, muchos de los cuales padecen grandes dolores, y por ella llegan a pagar enormes sumas de dinero en el mercado negro. El caso del expreso *Golondrina* ha quedado resuelto.

El herido negó insistentemente con la cabeza y espoleó el cuerpo como si acabara de recibir una descarga eléctrica, pues no tenía otra forma de mostrar su desacuerdo.

De haber estado en disposición de hablar, hubiera rebatido aquel argumento asegurando que no podía imaginar que Dostrescientos, a tenor de su bisoñez, pudiera haber actuado de una manera tan fría y avezada.

—Sí, ya sé que se está preguntando qué conexión podía existir entre el joven Suzuki y los Nomura —prosiguió la señorita Ueno—. Según el oficial Tabata, usted le dio la clave cuando mencionó los vínculos del señor Golondrina con la Agencia Kodama. Aunque asegura que nunca podrá demostrarse, puesto que la bomba nuclear borró las posibles pruebas, cree que los Nomura controlaban la venta de morfina en el mercado negro durante la guerra, gracias a los contactos que el militar tenía en el hampa. Lo más probable es que los supervivientes de la familia, junto con algunos allegados, estuvieran tratando de hacerse de nuevo con el control del negocio, pero se dieron de bruces con Dostrescientos, quien les tendió una trampa en el expreso *Golondrina*. En este sentido, las cartas falsas del ministerio no serían más que un cebo. Es decir, los ocho *hibakushas* habrían viajado a Tokio con la creencia de que iban a cerrar un trato que iba a permitirles recuperar su posición de privilegio vendiendo morfina y otros fármacos salidos de los almacenes del ministerio en el mercado negro. Por lo que respecta a la señorita Tanaka, le he dicho al oficial Tabata que no la creo capaz de participar en una empresa, digámoslo así, de índole tan extravagante. Por no mencionar que durante el tiempo que me consta duró su relación con el señor Golondrina, si me permite seguir llamándolo así, la guerra se libraba en el continente, de modo que en Hiroshima, que yo recuerde, no había una demanda tan grande de morfina como para que hubiera necesidad de organizar un mercado negro.

Ésta vez Ichiro Abe tuvo que tragarse todas y cada una de las refutaciones que habían ido germinando en su cabeza, pues la argumentación, tenía que reconocerlo, era perfectamente plausible. Incluso resultaba una delicia escuchar a la señorita Ueno, cuyos conocimientos en muchas materias eran más que notables como buena geisha, exponer los pros y los contras que encontraba en aquella historia que, aunque algo fantástica, podía aproximarse bastante a la verdad. Ahora sólo faltaba asignar un papel a cada uno de los actores. El señor Murakana, evidentemente, era el chófer, mientras que las señoritas Tanaka y Okada, jóvenes distinguidas de las que nadie sospecharía, ejercerían la función de correos. Incluso cabía que la casa de té que Yosuke Nomura alquilaba para reunirse con la señorita Tanaka fuera en realidad el lugar de almacenamiento de la mercancía. En este escenario, el papel del resto de miembros de la familia Nomura sería el de pequeños distribuidores, los encargados del menudeo. Sí, más o menos, todo parecía encajar, pese a que había algo en aquel razonamiento que chirriaba tanto como las ruedas del propio expreso *Golondrina* antes de detenerse en la estación de Tokio: ¿Por qué viajaban los ocho miembros de la organización en el mismo tren como cualquier familia bien avenida? Si el propósito del viaje era cerrar un acuerdo con los proveedores del ministerio, tal y como sugería la teoría del oficial Tabata, una o dos personas hubieran sido suficientes. Pero aún había algo más que objetar: cuando la morfina cobró verdadero

auge en Hiroshima, justo después de la bomba atómica, Dostrescientos no era más que un niño. ¿Acaso cabía admitir tanta precocidad a la hora de manejar una compleja organización criminal? No, no lo creía.

Pero no era el momento de plantear nuevas objeciones, sino de dejar que el río de la vida tornara a su cauce y la sangre corriera de nuevo por sus venas.

El oficial Tabata se presentó en casa de la señorita Ueno, quien se había prestado a acoger a Ichiro Abe hasta que este pudiese valerse por sí mismo, portando ediciones retrasadas de los principales periódicos locales y nacionales que hablaban en primera plana de la resolución del caso del expreso *Golondrina*. Los agitaba al aire como si fueran trofeos de caza, impelido por un entusiasmo que a su antiguo jefe le recordó el suyo propio cuando siendo joven resolvía un caso importante. Luego Tabata leyó con delectación varios textos, dando por hecho que si su antiguo jefe estaba teniendo problemas para recuperar la voz, lo mismo ocurriría con su vista. Allí quedaban reflejados los detalles del caso, así como los méritos de la policía de la Prefectura de Hiroshima, representada en la persona del oficial Tabata. Incluso había lugar para su nombre en aquellas crónicas, como si fuera un personaje más de la historia.

—Ha sido su perseverancia el motor de esta investigación, Abe-san. El azar me llevó a poner a Dostrescientos en su camino; luego yo sólo tuve que seguir la senda que usted había abierto. En mi opinión, debería pedir su readmisión en el cuerpo de policía —sugirió el policía en un receso de la lectura.

Después de recibir dos disparos y quedarse temporalmente mudo, Ichiro Abe había decidido no volver a pronunciarse sobre el caso del expreso *Golondrina*, al menos delante del oficial Tabata, a quien no quería ofender con sus preguntas dado que le debía la vida, pues de no haber andado rápido de reflejos, los dos estarían ahora muertos. De modo que se limitó a escuchar con atención lo que su antiguo subordinado iba leyendo, al tiempo que escrutaba las fotografías que reproducían los diarios. En un fotograma aparecían en primer plano las tiras que habían sido encontradas en los bolsillos de Dostrescientos, con el nombre de la Sociedad del Hongo escrito en gruesos caracteres. ¡Sin embargo era tan evidente que aquella caligrafía no se parecía a la de las notas encontradas en el hotel de Akihabara! Pero la policía ni siquiera se había tomado la molestia de realizar las pertinentes comprobaciones. ¿Para qué, si evitando mayores complicaciones tenían la gloria al alcance de la mano? Que el caso del expreso *Golondrina* hubiera sido resuelto por la policía de la prefectura de Hiroshima y no por la de Tokio, suponía además una bofetada a los infatuados agentes de la capital. No ponía en duda que el oficial Tabata hubiera centrado el caso, pero eso no justificaba aquella algarabía. Cualquier investigador avezado, y él lo era, no hubiera pasado por alto un detalle tan burdo como el de la caligrafía. De la misma manera que no hubiera dado por sentado ciertos supuestos sobre las actividades delictivas del clan Nomura durante la guerra sin al menos una prueba concluyente. En su opinión, la policía de Hiroshima estaba cometiendo el mismo error que antes había cometido la policía de Tokio, y lo único en lo que se basaba para dar por resuelto el caso era en el entusiasmo de Tabata, quien además había hecho gala de una determinación impropia de su carácter. ¿De dónde había sacado su antiguo colaborador aquella seguridad que no había hecho más

que cegar su capacidad de deducción? ¿Era consecuencia de los dos disparos recibidos o de su anhelo por alcanzar reconocimiento público? Todo policía pasaba más tarde o más temprano por una prueba de fuego, nunca mejor dicho, a cuya resolución podía determinarse si era o no un buen profesional. Tabata, sin duda, se había precipitado, como si resolver un caso pasara únicamente por unir las piezas de un rompecabezas. Sin embargo, había obviado lo más importante de todo: el espíritu del puzzle, la compleja esencia de los crímenes del expreso *Golondrina*. Era cierto que en el cuartel general del delincuente conocido como Dostrescientos se había encontrado una importante cantidad de morfina procedente del Ministerio de Salud Pública, pero eso no explicaba su supuesta relación con los Nomura ni tampoco el hecho de que los miembros del clan viajaran a Tokio como consecuencia de una añagaza de este. Sí, como aseguraban algunos diarios, el hecho de que el joven Suzuki hubiera intentado eliminar a la persona que trataba de resolver los crímenes del expreso *Golondrina*, es decir él mismo, probaba de facto su implicación. Pero se trataba de una prueba que se sustentaba en una suposición. Tan débil e inconsistente que cabía conjeturar cualquier otra hipótesis con idéntica probabilidad de que fuera cierta. Por ejemplo, ¿y si Dostrescientos, al igual que los asesinos-víctimas del hotel de Akihabara, era un sicario contratado por la Sociedad del Hongo? Podía haber sido reclutado después de que mantuvieran la primera conversación. Eso significaría que se había acercado lo suficiente como para poner nerviosos a los miembros de dicha organización, de ahí que hubiesen intentado asesinarlo. No, Tabata estaba equivocado, puesto que la resolución de todo caso admitía una sola explicación.

A las cinco y media de la tarde, después de que el oficial Tabata se hubiera marchado, la señorita Ueno sirvió la cena. Al instante, las viandas confeccionaron un hermoso dibujo sobre el tablero de laca, donde predominaban las tonalidades púrpuras de algunos pescados. Los dedos de la mujer, largos y afilados como pinceles, retocaban de vez en cuando el dibujo, que fue adoptando una forma más abstracta. Por otra parte, mientras los dedos-pinceles de la geisha completaban el cuadro, el roce de la seda de las mangas del kimono adoptó su propio lenguaje, ora parecido al rumor del agua cuando choca contra la piedra, ora similar al crujido de la nieve. En ese instante, Ichiro Abe se dio cuenta de que le preocupaba más la inestabilidad emocional en que creía estar sumido que cualquier otro asunto, incluido el caso del expreso *Golondrina*.

El primer día que tuvo fuerzas para salir a la calle, dedicó la mañana buscando una clase de incienso mágico del que había oído hablar, cuya principal propiedad era la de atraer los espíritus de los difuntos. Al parecer, para invocar a un fallecido bastaba con prender una barrita de este incienso y pronunciar ciertas palabras rituales al tiempo que se pensaba en la persona deseada. El resultado se obtenía cuando el sahumerio adoptaba la forma del rostro del fallecido. Sí, sus dioses ancestrales aborrecían el olor a incienso, pero ahora tenía un problema de conciencia que sólo podía resolver invocando al espíritu de su mujer. Desde que llegara a Hiroshima, no

se le había vuelto a aparecer el espectro de Sakura, y a tenor de los últimos acontecimientos creía deberle una explicación.

Improvisó un altar en el jardín trasero de la casa de la señorita Ueno, y prendió varias barritas del incienso mágico que había encontrado en una tienda de productos chinos. El corazón se le aceleró cuando el humo se hizo más denso y empezó a adoptar extrañas formas, que la brisa otoñal modelaba. Pero en vez de emerger la figura de Sakura, le pareció ver el rostro de un hombre terrorífico de pómulos hundidos, ojos hirvientes y profundos y espesas cejas como olas embravecidas. A continuación, la cabeza del hombre rodó como si hubiera sido cercenada y se evaporó en el aire. Por último, la humareda se transformó en una voluta que le recordó al hongo de la bomba de Hiroshima.

Dio dos pasos hacia atrás y cayó al suelo, como si una fuerza sobrenatural le hubiera empujado. ¿O simplemente había perdido el equilibrio al tratar de recular llevado por la sugestión? Sea como fuere, interpretó lo ocurrido como una señal de los *kamis* para que no abandonara la investigación del caso del expreso *Golondrina*, por mucho que la policía hubiese dado por resuelto el asunto. ¿A quién podía pertenecer el rostro del hombre que acababa de materializarse a través del humo? ¿Tal vez a Yosuke Nomura, quien, al parecer, había sido decapitado? Y qué decir del hongo que había formado el humo del incienso, ¿no podía interpretarse como una alusión a la Sociedad del Hongo? Sin duda.

De nuevo en el interior de la casa, cayó en la cuenta de que al haber muerto Dostrescientos, volvía a encontrarse en un callejón sin salida. Entonces recordó la conversación que había mantenido con el señor Kento Matsuda y el nombre que había mencionado: Takuma Watenabe, quien, al parecer, había ayudado a Yosuke Nomura en su suicidio ritual.

El tren llegó a la estación central de Tokio a la hora exacta. Afortunadamente, pensó Ichiro Abe, los trenes japoneses ya no se parecían al viejo expreso *Golondrina*. Ahora poseían extrañas formas y de tan rápido que circulaban uno tenía la sensación de estar levitando sobre un fondo de paisaje que cambiaba de continuo. Que la señorita Ueno viajara con él, por descontado, había hecho más agradable el viaje. Era indudable que entre ambos había surgido un entendimiento cómplice, hasta el punto de que no había dudado en apuntarse en cuanto le comunicó su intención de viajar hasta la capital para entrevistarse con el señor Takuma Watenabe, a quien había localizado con suma facilidad por ser propietario de un consorcio de empresas que respondían al nombre de Watenabe Ltd. Otro tanto había ocurrido cuando solicitó audiencia con el señor Watenabe en persona, quien tenía fama de ser un hombre huraño y sumamente reservado. El magnate aceptó concederle media hora de su tiempo en su despacho, en el nuevo edificio que la compañía había adquirido en el distrito de Shinjuku. En opinión de Ichiro Abe, había sido el nombre de Yosuke Nomura el que había obrado el milagro.

La señorita Ueno argumentó que llevaba mucho tiempo queriendo visitar Tokio, que se dedicaría a pasear por las zonas comerciales de la ciudad —que se habían modernizado durante los años de ocupación norteamericana— mientras él resolvía sus asuntos y que, por descontado, se alojarían en habitaciones separadas, que cada cual pagaría de su bolsillo. Pero él aprovechó la oportunidad para devolver las atenciones recibidas, los cuidados que le habían sido dispensados en casa de la señorita Ueno durante su convalecencia, por lo que se hizo cargo no sólo de los billetes de tren, sino también de reservar sendas habitaciones individuales en el Hotel Imperial, uno de los mejores de Tokio, puesto que entre sus instalaciones contaba incluso con un santuario shinto.

A Ichiro Abe le sorprendió comprobar que el desarrollo urbanístico del distrito Shinjuku semejara un laboratorio experimental destinado a demostrar que la arquitectura podía llegar a ser un arte tan extravagante como la pintura o la música contemporánea.

La Watenabe Ltd. Ocupaba un rascacielos de hormigón diseñado probablemente por un arquitecto extranjero, cuyos conocimientos sobre la idiosincrasia del Japón eran tan remotos como los que podía tener un león de la sabana sobre el casquete polar.

En ese contexto, le sorprendió de manera muy grata comprobar que tanto el despacho del señor Watenabe como las estancias aledañas presentaban un aspecto mucho más tradicional, al estilo zen, lejos de la uniformidad que proponían aquellos espacios diáfanos e impersonales. De la pared izquierda del despacho colgaba la bandera imperial; de la pared derecha, la de la marina, y del lienzo del fondo pendía una catana antigua pero reluciente, fuera de su vaina. En mitad de aquel escenario, el

magnate permanecía en pie, casi en posición de firmes, en una postura tan rígida que recordaba a la de alguien que va a ser condecorado.

—De modo que es usted quien está interesado en el comandante Yosuke Nomura —dijo el anfitrión después de haberse inclinado protocolariamente.

La poderosa voz del señor Watenabe impresionó a Ichiro Abe, que temió no estar a la altura de las circunstancias teniendo en cuenta que sus cuerdas vocales aún seguían maltrechas y su voz ronqueaba como el tubo de escape de un viejo coche.

—Así es —dijo después de reproducir el mismo gesto.

Cuando volvió a alzar la cabeza, se dio cuenta de que el envaramiento de su anfitrión, quien había comenzado a moverse en dirección a la mesa que ocupaba el centro del despacho, era parte de su carácter serio y formal en extremo. Daba la impresión de que se sentía incómodo dentro del impecable terno que envolvía su cuerpo.

—¿Cómo ha dado conmigo? ¿Quién le ha dicho que estuve relacionado con Yosuke Nomura?

Había verdadera curiosidad en las palabras del hombre, cuyos ojos se entreabrieron ahora dejando a la vista que eran oscuros y profundos como las densas aguas del océano. En su conjunto, pensó Ichiro Abe, la figura del señor Watenabe recordaba la de un cuadro demasiado realista. Por descontado, no estaba dispuesto a compartir aquella información.

—Digamos que llevo varios años investigando los crímenes del expreso *Golondrina*, cuyas víctimas tenían relación, ya fuera directa o indirectamente, con el señor Yosuke Nomura. Le aseguro que tuve que entrevistarme con un sinnúmero de personas hasta dar con alguien que emparentó su nombre con el suyo.

—Alguien que estuvo en el frente chino, naturalmente. Imagino quién puede ser esa persona. Pues sí, en efecto, además de su superior en el escalafón militar, fui un gran amigo del comandante Nomura, algo de lo que me siento orgulloso. Tuve el honor de que me eligiera como ayudante de su suicidio y, en consecuencia, de haber sido yo quien le cortara la cabeza con la catana que tengo a mis espaldas y que era de su propiedad. Fue todo un acto heroico por su parte, que yo hubiera seguido de haber contado con un ayudante. De hecho, que fuera él y no yo quien se quitara la vida dependió de una moneda que lanzamos al aire. Por desgracia, estábamos solos. Todo el mundo había emprendido la huida por temor a caer en manos de los chinos. En esos días, fueron muchos los que dieron muestra de una gran cobardía.

El señor Watenabe apretó las mandíbulas con tanta fuerza que Ichiro Abe temió que la dentadura fuera a salirse de la boca.

—Digamos que no son esos los detalles que me interesan del señor Yosuke Nomura —se desmarcó el ex policía.

—¿Qué quiere saber entonces?

—En mi opinión, las víctimas del expreso *Golondrina* lo fueron por tener alguna clase de relación con actividades que el comandante Nomura realizaba en China.

La utilización de aquel enrevesado eufemismo puso en evidencia que Watenabe había logrado intimidarlo.

—¿Se refiere a la Agencia Kodama? Sí, Nomura se dedicaba a recolectar materias primas imprescindibles para nuestro ejército. Pero sus actividades eran patrióticas en esencia, por lo que no creo que se le deba reprochar nada. ¿Participó usted en la guerra?

—Por supuesto. Combatí en Manchuria y también en China.

—Estupendo. Bien, pues tal vez el combustible que utilizó para trasladarse en un vehículo militar o para volar en un avión lo consiguiera el comandante Nomura. Quizá el wolframio de los filamentos de las bombillas que usted utilizaba para ver de noche, los alambres de los hornos que empleaban en la cocina de su cuartel para preparar el rancho o cualquier otro material esencial para su supervivencia, quizá, como digo, los consiguiera el comandante Nomura. De modo que sólo proseguiré esta conversación siempre y cuando me garantice que su interés por Nomura no persigue mancillar su nombre —se descolgó el señor Watenabe.

¿Qué podía responder a esa exigencia, cuando quien la hacía había sido condenado a prisión por crímenes de guerra?

—Ya le he dicho que sólo pretendo aclarar los crímenes del expreso *Golondrina*. Lo demás me trae sin cuidado.

—Me temo, señor Abe, que esos crímenes fueron ya resueltos. Todo el mundo parece haberse enterado, salvo usted. Me he tomado la molestia de leer lo que decían los diarios, y hasta los hay que mencionan su nombre como una pieza clave en la resolución del caso. Dicen que su obcecación le hizo renunciar a su cargo de inspector de la Policía Metropolitana de Tokio para trasladarse a Hiroshima en calidad de investigador privado, y que allí logró reactivar la investigación, hasta el punto de ser herido de gravedad por el principal sospechoso. ¡Enhorabuena!

—Es cierto que la policía cree haber resuelto el caso, pero...

—Usted prefiere seguir persiguiendo fantasmas —completó la frase el señor Watenabe—. De lo contrario, no habría solicitado esta entrevista.

Tal vez el señor Watenabe tuviera razón, si bien en su forma de concebir la existencia, los fantasmas merecían el mismo respeto que los vivos.

—¿Conserva alguna fotografía del señor Nomura? —preguntó a continuación Ichiro Abe.

Por primera vez, el señor Watenabe esgrimió algo parecido a una sonrisa.

—Por descontado. La tiene encima de la mesa —dijo.

Un movimiento del empresario bastó para que, en efecto, quedara a la vista una fotografía donde se apreciaba a dos jóvenes militares descamisados y con la cabeza descubierta, portando sendas catanas con las que, a tenor de la postura de los brazos y la expresión de sus rostros, realizaban con brío ciertos ejercicios.

—El hombre que está a mi lado es Yosuke Nomura. Lleva en sus manos la misma espada que luego uso en su suicidio ritual y que ahora cuelga de la pared de mi

despacho.

Ichiro Abe pensó en la posibilidad de que la señorita Ueno hubiera conocido al señor Nomura en su casa antes de que este comenzara a cortejar secretamente a la señorita Tanaka, tal y como habían hablado, así que dijo:

—¿Podría prestarme esa foto un par de horas? Ni siquiera le quitaré el marco. Prometo devolvérsela intacta.

—¿Prestarle la foto? ¿Con que propósito?

—Con el de que una mujer le eche un vistazo.

—¿Qué mujer? —preguntó el señor Watenabe sin ocultar el desconcierto que le había causado la propuesta del ex policía.

—La señorita Ueno, la propietaria de una casa de geishas de Hiroshima. Ha viajado conmigo a Tokio. Según parece, el señor Nomura frecuentaba la compañía de una geisha, la señorita Tanaka, una mujer que trabajaba en esa época para la señorita Ueno y que, por desgracia, acabó siendo una de las víctimas de expreso *Golondrina*.

—Lo lamento. Pero, que yo sepa, el comandante Nomura estaba prometido con una joven, la señorita Okada —indicó el señor Watenabe.

—También ella fue asesinada en el expreso *Golondrina*.

El peso de estas revelaciones resultó al final una carga demasiado pesada para la conciencia del magnate.

—Está bien —aceptó—, le prestaré la fotografía con una condición: si dentro de dos horas no me la ha devuelto, llamaré a la policía y les haré partícipes del contenido de nuestra conversación.

—Muchas gracias.

—Una última cosa, señor Abe. Dele recuerdos a la señorita Ueno de mi parte.

—¿Conoce usted a la señorita Ueno?

—Soy natural de Hiroshima, y antes de que estallara la guerra no había caballero en la ciudad que no hubiera visitado en al menos una ocasión la casa de té que regentaba la señorita Ueno.

Cuando el ascensor comenzó a descender vertiginosamente, Ichiro Abe tuvo la impresión de estar precipitándose al vacío.

La señorita Ueno escuchó con atención al ex policía y a continuación analizó la fotografía de aquellos dos soldados descamisados en actitud beligerante, con la parsimonia de quien se siente en la obligación de rescatar una parte de su pasado a través de una imagen que ni siquiera le resulta familiar. La pose de los dos hombres tampoco ayudaba, pues los rostros de ambos aparecían en movimiento, crispados, mientras ejecutaban alguna clase de violento ejercicio con las catanas que portaban en las manos. No podía dudarse de que la instantánea gozaba de una fuerza estética que realzaba su interés artístico; en cambio, su valor como prueba era más que dudoso. No obstante, pese a que Ichiro Abe había empezado a perder las esperanzas después del primer minuto, el reconocimiento de la señorita Ueno terminó dando sus frutos:

—Fueron cientos los hombres que pasaron por la casa de té antes de que comenzara la guerra e incluso en el transcurso de la misma, pero estoy segura de haber visto a estos caballeros en más de una ocasión. Si la memoria no me falla, acudieron regularmente a la casa de té a principios de 1937, antes de incorporarse al frente. Claro que me resulta imposible recordar sus nombres. Han pasado casi veinte años. Yo era entonces una joven geisha que, tras la repentina muerte de su *okasan*, se vio obligada a hacerse cargo del negocio. De hecho, a los diez años fui adoptada legalmente como heredera y sucesora para regentar el negocio. Ueno no es mi verdadero apellido, sino el de la casa en la que fui acogida siendo una niña. Durante algunos años alterné mi oficio de geisha con mi trabajo como *okasan*, ocupándome de que las muchachas recibieran la mejor formación posible. Como indica la propia palabra, una *okasan* ejerce de madre con sus pupilas, y yo apenas les sacaba cinco o seis años a algunas de las muchachas. Fueron tiempos difíciles, pero logré salir airoso, consolidar la reputación de la casa. ¿Quién de estos caballeros es Yosuke Nomura?

Ichiro Abe se lo indicó con el dedo índice de su mano derecha.

—Así que este es el señor Golondrina y también el señor Anguila.

—En efecto.

—¿Por qué pelea con el otro hombre? —preguntó a continuación la geisha, para quien la guerra era un asunto que no carecía de un componente retórico.

—Sólo es un ejercicio, un simulacro —aclaró Ichiro Abe.

—Una bravuconería. ¿Y dice que el señor...?

—Watenabe —aclaró Ichiro Abe.

—¿... conserva la espada que empleó para cortar la cabeza de su amigo?

—Así es. La tiene colgada de la pared de su despacho, como muestra de su honor. Desde finales del siglo pasado, nadie se había practicado el haraquiri en Japón. Parecía una práctica extinguida, pero la llama de la guerra la avivó. Tras la rendición, numerosos militares se suicidaron ritualmente, lo que implicaba contar con un ayudante que aliviara el sufrimiento del suicida cortando su cabeza después de que este se hubiera abierto el vientre con el *tanto*. Si te clavabas un cuchillo en el abdomen de izquierda a derecha y luego terminas el trabajo haciéndolo ascender hasta el esternón, la agonía puede durar horas, bajo terribles dolores, de ahí la importancia de contar con alguien dispuesto a acabar con el sufrimiento de un certero golpe, nunca mejor dicho.

—Trato de imaginarlos sentados en el tatami de la casa de té, y la imagen que me viene nada tiene que ver con estas prácticas, digámoslo así, tan masculinas. Las veladas resultaban siempre intensas y divertidas, y algunos de estos caballeros ponían a prueba la cultura de las muchachas, que solían salir airoso. Algo de lo que yo me enorgullecía. Llegué a ser la *okasan* más joven de Japón. Y no creo que a día de hoy nadie me haya superado.

—Por sus palabras, cabe deducir que estos hombres iban a su casa en grupo —

observó Ichiro Abe.

—Así es. A veces los grupos eran incluso demasiado numerosos, pero se trataba de militares recién llegados del continente, donde estábamos en guerra con China, o a punto de partir, así que condescendíamos. Por descontado, los clientes eran todos oficiales, de modo que sabían comportarse. En mi casa de té jamás entró la soldadesca. Los caballeros comían, bebían y conversaban entre ellos o con las muchachas, que como es habitual desplegaban todas sus habilidades como músicas, declamadoras o conversadoras.

—¿Escuchó alguna conversación sobre las actividades que llevaban a cabo en China? Tal vez oyó hablar sobre alguna de las sociedades secretas que operaban en el continente y no lo recuerda —sugirió Ichiro Abe.

—¿De verdad piensa que un grupo de oficiales del Ejército o de la Marina Imperial visita una casa de té para hablar de la guerra? La guerra formaba parte del deber, y por descontado ninguno de aquellos caballeros buscaba en nosotras un hombro sobre el que llorar o un oído al que susurrar sus preocupaciones. En cualquier caso, si hubiera escuchado una conversación inapropiada la hubiera borrado de mi cabeza de inmediato, pues la discreción es una de las normas básicas de nuestro oficio.

—En realidad, esperaba esa respuesta. Ahora le diré lo que yo veo en esa foto: a dos camaradas de armas que compiten de manera noble, pero también feroz, con las espadas en las manos. Ambos tienen los rostros desencajados y el semblante de quienes están llevando a cabo una acción con suma concentración. Ninguno de los dos quiere resultar derrotado. Por descontado, en la foto no se aprecia que Watenabe sea un superior en el escalafón militar de Nomura. De hecho, ambos luchan sin camisa, a pecho descubierto, y ninguno lleva tocada la cabeza, lo que indica la seriedad del enfrentamiento. Sabemos que Nomura trabajaba para la Agencia Kodama, y también sabemos que el magnate pertenecía a una familia de prósperos empresarios. ¿Por qué no pensar entonces que el teniente coronel Watenabe pudiera formar también parte de la mencionada organización?

—En ese caso, el señor Kento Matsuda nos lo habría dicho —observó la señorita Ueno.

—Tiene razón, me he expresado mal. Quiero decir que tal vez Nomura, en calidad de miembro de la Agencia Kodama, y Watenabe, como integrante de una familia de empresarios de Hiroshima, idearon un negocio, sacar provecho de la guerra, y en particular de la situación de caos en que vivía sumida China bajo el dominio de nuestro ejército. Nomura, sin embargo, traicionó a Watenabe.

—Si las cosas hubieran ocurrido tal y como está suponiendo, entonces no tendría sentido que Nomura le hubiera pedido a Takuma Watenabe que ejerciera de ayudante en su suicidio ritual, ¿no le parece?

A Ichiro Abe había empezado a gustarle sobremanera la perspicacia de la señorita Ueno como perfecto contrapunto a sus elucubraciones. Él lanzaba una hipótesis y ella

la contrarrestaba con implacable lucidez. De hecho, el énfasis que la señorita Ueno ponía en sus palabras era el primer paso para penetrar en cualquier secreto.

—Salvo en el supuesto de que Nomura no se hubiera suicidado, sino que hubiese sido asesinado —dejó caer.

—¿Por el señor Watenabe?

Los labios de caramelo de azúcar de la señorita Ueno emitieron destellos de asombro.

—Así es. Imaginemos que Takuma Watenabe, que como hemos dicho había sido estafado por Nomura, vio la oportunidad de sonsacar a su subordinado cuando la situación de nuestro ejército en territorio chino se volvió insostenible. Todo se derrumbaba, así que era el momento de saldar viejas cuentas. En consecuencia, con la compañía en desbandada tratando de huir de China, Watenabe acuchilló a Nomura y luego lo decapitó, con la intención de que el asesinato pasara por un suicidio ritual. De regreso en Japón, decidió ir en busca de aquello que Nomura le había robado y que, según creo, estaba en manos de familiares y personas allegadas a este.

—Perdone si hago de abogado del diablo, pero si bien alcanzo a entender que el señor Nomura entregase esa cosa valiosa de la que se apropió a personas allegadas a él, no comprendo en cambio que uno de los destinatarios fuera su chófer. Por no mencionar que entre la rendición de Japón y los crímenes del expreso *Golondrina* transcurrieron más de ocho años.

—Algunos de los cuales el señor Watenabe los pasó entre rejas. Luego, una vez en libertad, se ocupó primero de poner las bases de la Watenabe Ltd. Antes de decidirse a cobrar las viejas deudas que tenía pendientes. Pero tiene usted razón, carece de sentido que el chófer que Nomura empleaba para trasladar a la señorita Tanaka hasta la casa de té donde se reunían fuera uno de estos depositarios. Por descontado, tampoco tiene demasiada lógica, como me hizo ver el oficial Tabata, que los ocho *hibakushas* viajaran a Tokio portando eso de valor que yo supongo que custodiaban. Soy consciente de que en todos estos años he estado dando palos de ciego, pero eso significa también que alguien se ha encargado de ponerme la venda en los ojos.

—¿Entonces? —preguntó a continuación la señorita Ueno.

—Tal vez el caso del expreso *Golondrina* no se pueda resolver jamás —reconoció Ichiro Abe—. Desde que comenzó la investigación, todas las pistas han conducido, de manera invariable, a un callejón sin salida: la muerte de los asesinos-víctimas del hotel de Akihabara; el hecho de que las notas fueran escritas por un niño de entre ocho y diez años; el intento de asesinato por parte de Dostrescientos y su posterior muerte; la falta de pruebas que vinculen al clan Nomura con el tráfico de morfina y otros medicamentos antes y durante la guerra, etc. Pero incluso cuando me encuentro en un callejón sin salida me siento en la obligación de comprobar que lo sea.

No miro hacia su interior y me digo: «Bueno, no hay por dónde salir». Antes de llegar a esa conclusión, me cercioro de que no oculte una escapatoria, porque en

muchos casos las cosas no son lo que parecen a primera vista.

—Le confieso que me cuesta seguirle —reconoció la señorita Ueno.

—Hablo del señor Takuma Watenabe. Es el único camino que nos queda por recorrer y, en apariencia, nos conducirá a un nuevo callejón sin salida. Pero con eso y con todo es necesario hacer la pertinente comprobación. Quizá si soy capaz de reconstruir sus pasos desde que regresó del frente pueda entender mejor lo que ocurrió en China, su relación con el comandante Nomura y si, en efecto, lo que allí aconteció tiene alguna vinculación con los crímenes del expreso *Golondrina*. Después de todo, si se da cuenta, desde el principio no he hecho otra cosa que seguir el rastro de quienes están muertos, así que ya es hora de buscar alguna respuesta de entre los vivos.

La señorita Ueno realizó sola el viaje de regreso, con la promesa de Ichiro Abe de que se reuniría con ella en Hiroshima en cuanto acabara de recabar información sobre el señor Takuma Watenabe en hemerotecas y archivos militares. La despedida, en cualquier caso, puso en evidencia que, ante determinadas situaciones, al ex policía le costaba expresar lo que sentía, pues en cuanto trataba de poner en orden sus emociones, caía preso de una exacerbada indecisión. No en vano, nunca había estado tan cerca del delirio romántico como ahora —sus esfuerzos por acallar los latidos de su corazón acelerado eran significativos—, ni tan alejado del autocontrol que siempre había practicado. Pero el simple hecho de reconocer tales cosas, le hacía adoptar un aire aún más solemne y distante del habitual.

Lo primero que hizo cuando salió de la estación fue buscar una casa de huéspedes tranquila y económica en la zona de Yanaka, con un buen tatami donde poder sentarse en la posición del loto y recobrar el aislamiento que en parte había perdido desde que se instalara en casa de la señorita Ueno. En la calle siempre vestía con atuendo occidental, no precisamente porque le gustara la forma de ataviarse de americanos o europeos más que la autóctona, sino como forma de recordarse a sí mismo que Japón había sido derrotado y humillado por costumbres impuestas por extranjeros; que los japoneses en suma, con el emperador a la cabeza, ya no eran libres como antaño. Sí, aquel terno occidental era su uniforme de esclavo. Sin embargo, en la intimidad vestía a la antigua usanza.

Antes de visitar la hemeroteca, fue a recoger su viejo coche a la cochera donde solía aparcarlo. Como le urgía venderlo, puesto que no creía necesitarlo en Hiroshima y prefería disponer de un poco más de dinero líquido, cerró una rápida transacción comercial con el encargado del garaje, quien lo despidió con una amplia sonrisa.

A tenor de la ingente cantidad de información que encontró en los diarios acerca de la Watenabe Ltd. Y de su fundador, diríase que se trataba del modelo de empresa y de empresario que el nuevo Japón demandaba. Por descontado, en ninguna de estas noticias se aludía al pasado carcelario del magnate; su paso por la prisión de Sugamo era mencionado a base de eufemismos y como un acto heroico.

Los comienzos de la Watenabe Ltd. Habían sido relativamente sencillos y hasta

lógicos. El señor Takuma Watenabe, miembro de una emergente familia de empresarios de Hiroshima que había sido borrada de la faz de la Tierra como consecuencia de la hecatombe nuclear, había decidido deshacerse de los títulos de propiedad, recoger a su hijo —único superviviente de *Little Boy*— del orfanato donde había sido ingresado en tanto él saldaba cuentas con la justicia internacional, y con los beneficios obtenidos de la venta de los terrenos donde antaño tenían solar las casas y empresas de la familia, comenzar un nuevo proyecto vital y empresarial en la ciudad de Tokio. En apenas una década había logrado situar su consorcio entre los cien más importantes del Japón, con participaciones estratégicas en sectores como el farmacéutico, la industria petroquímica, el arroz, los productos cárnicos —buey y cerdo principalmente— y el carbón vegetal. De hecho, era el mayor productor del país de los carbones del tipo *ikedazumi*, elaborado a partir de una variedad de roble de la zona norte de la Prefectura de Osaka, muy apreciado para la ceremonia del té, y del carbón blanco o *binchotan*, del área de Kishu, en la Prefectura de Wakayama, ideal para cocinar anguilas y brochetas, y muy demandado en cierta clase de restaurantes. El propósito de tanta diversificación, según palabras del empresario, tenía que ver con ese dicho que recomienda no tener todos los huevos en el mismo cesto, tal y como les había sucedido a sus antepasados en Hiroshima. «Si cae una nueva bomba atómica sobre Tokio, me quedarán los bosques de Osaka y Wakayama», gustaba decir.

Lo más sorprendente de todo era que parte de la década que el señor Takuma Watenabe había tardado en levantar su imperio la había pasado en prisión, lo que significaba que había contado con la protección de personas muy influyentes. Algo que resultaba más que evidente cuando se leía la lista de nombres con los que se le relacionaba, entre los que se encontraban políticos del partido conservador y también de la ultraderecha, en particular el señor Yoshio Kodama, el famoso preso nº 416, con quien había trabado una gran amistad en la prisión de Sugamo. ¿Qué otra cosa podía esperarse de dos criminales de guerra que habían sabido eludir sus responsabilidades penales y ser reinsertados en la sociedad como hombres honorables? Parafraseando a otro preso célebre de la misma prisión, el potentado había asegurado en un medio de comunicación ultranacionalista que «su estancia en Sugamo había sido como unas vacaciones ofrecidas por Dios». En realidad, supusieron mucho más que eso. Fueron el comienzo de lo que ahora era: un hombre poderoso.

Era llamativo, en cualquier caso, que aquel escrutinio de su vida y sus empresas fuera rara vez acompañado de una fotografía del protagonista, quien al parecer no sólo era reacio a las instantáneas, sino que cuando se dejaba fotografiar lo hacía siempre bajo el escudo protector de unas gafas de sol de gruesa montura y un sombrero de ala clásico.

En algún periódico de izquierdas se insinuaba que Watenabe, siguiendo el ejemplo del propio Yoshio Kodama, había dejado su fortuna en manos de un tal Karuko Tsuji, quien no sólo habría puesto el dinero a salvo de caer en manos

inapropiadas, sino que había sabido multiplicarlo a cambio de que tanto Kodama como Watenabe participaran con fondos en la creación del Partido Liberal, que recientemente se había fusionado con el Partido Demócrata y dado como resultado al poderoso Partido Liberal Demócrata.

Según este mismo diario, el jefe de la inteligencia norteamericana en Japón, el general Charles Willoughby, conocido por su ideología fascista, habría negociado con tipos como Kodama o Watenabe para que fueran ellos quienes se hicieran cargo de la «democracia» en Japón.

Fuera o no cierto este extremo, había un aspecto de esta historia que interesaba sobremanera a Ichiro Abe: Yosuke Nomura había trabajado en China para la Agencia Kodama, según el testimonio del señor Matsuda, y, en la prisión de Sugamo, Takuma Watenabe había trabado amistad con el fundador de dicha organización. Es decir, además de la relación de camaradería militar que pudiera existir entre Yosuke Nomura y Takuma Watenabe, ambos habían estado vinculados con Yosuke Kodama, jefe de una organización ultranacionalista que, según estimaciones periodísticas, había amasado una fortuna de 175 millones de dólares en platino y diamantes, que había empleado entre otros menesteres en afianzar aún más su poder en suelo chino al crear una especie de policía secreta.

Pero si a Ichiro Abe le resultó relativamente fácil obtener esta información, tuvo en cambio innumerables problemas a la hora de acceder a los expedientes de los Juicios de Tokio, cuyas copias obraban en poder del Ministerio de Justicia. En un país que había sido obligado a desmantelar su ejército y donde los carros de combate habían pasado a llamarse vehículos especiales, y en vez de un Ministerio de Defensa existía una Agencia Nacional de Seguridad, hurgar en las heridas del extinto estamento militar no era una buena idea. En cierta forma, podía compararse con acudir a un cementerio para molestar a los muertos. Tuvo, por lo tanto, que andarse con mucho tino y, gracias a que el señor Takuma Watenabe había sido clasificado como criminal de guerra de clase B, le fue permitido acceder a su expediente. No obstante, el trabajo resultó ímprobo, puesto que al margen de los 25 procesos a criminales de clase A por parte del Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente, se habían tenido que crear multitud de otros tribunales encargados de enjuiciar a 5700 acusados de ser criminales de guerra de clase B o clase C, según la gravedad de los crímenes o delitos cometidos. En muchos casos, estos juicios ni siquiera se habían llevado a cabo en Tokio, sino en otras jurisdicciones. Tuvo mucha suerte, por lo tanto, cuando al cabo de dos horas y media encontró la carpeta que buscaba, donde un amanuense había escrito con mano diestra el nombre de Takuma Watenabe y la fecha de su detención: el 6 de enero de 1946. La encontró magra en exceso, y cuando por fin la abrió se llevó una gran decepción, puesto que sólo contenía tres papeles sueltos.

El primero, decía:

*La defensa del señor Watenabe ha presentado un escrito negando la legalidad del proceso. La moción dice que el tribunal debía haberse asesorado con peritos cualificados en materia internacional, por cuanto que los delitos que se le atribuyen al acusado fueron en todos los casos cometidos con anterioridad al Estatuto o Carta de Londres del 8 de agosto de 1945, que es la supuesta norma internacional que rige el conjunto de estos procesos. Por la misma razón, ha de considerarse ilegal la detención del señor Watenabe, puesto que ha sido llevada a cabo cumpliendo las directrices de la declaración de Potsdam del 26 de julio de 1946. En cuanto a los crímenes (contra la humanidad) que se le imputan, en consecuencia, el proceso actual no se asienta en ninguna ley internacional, ya que la que inculpa al acusado ha sido creada ahora (la arriba mencionada Carta de Londres), lo cual representa una contradicción con los principios legales deseados por el mundo, pues es máxima aceptada universalmente que el castigo solamente es posible si la ley ha sido violada, pero para ello es preciso que la ley exista en el momento de cometerse el delito. Éste postulado, que es principio general, lo es aún más en las potencias que están representadas en el tribunal, desde Gran Bretaña, Estados Unidos o la Unión Soviética. Los jueces, además, han sido nombrados solamente por los Estados pertenecientes a una de las partes que han luchado.*

En el segundo, leyó:

*La sesión del proceso contra el señor Takuma Watenabe ha dado comienzo a las 10.03 horas de la mañana de hoy. El abogado de la defensa ha asegurado ante este tribunal que no se le ha permitido discutir la cuestión de la inocencia o culpabilidad con su cliente ni anoche ni esta mañana. En vista de lo cual solicita una interrupción de la vista para poder consultar, ya que su cliente no estaba en condiciones de responder si era culpable o no.*

*Respuesta del juez: «No se concede la suspensión del proceso, y debo indicar a la defensa que ya ha tenido varias semanas para consultar con su defendido».*

*Respuesta del abogado de la defensa: «Hasta ayer no se nos había informado de que había que responder "culpable o no culpable"».*

*Respuesta del juez: «Con arreglo al artículo 24 del reglamento, el acusado ha de confesarse culpable o inocente. Sin embargo, el acusado, en el curso del juicio, tendrá ocasión para hablar más detenidamente».*

En la tercera página, el texto rezaba:

*Certificado médico firmado por el psiquiatra H. Bartlett, según el cual el acusado señor Takuma Watenabe sufre un episodio de amnesia histérica.*

El mencionado certificado médico ni siquiera constaba, como también faltaba, en opinión de Ichiro Abe, el grueso de la documentación: declaraciones, intervenciones de la defensa y del ministerio fiscal, copia de las actas, etc. ¿Adónde habían ido a parar los papeles que faltaban? Estaba claro que Watenabe había hecho todo lo posible por retrasar su proceso primero y por borrar las huellas de aquel pecado más tarde. En ese sentido, el empresario era también todo un «señor Anguila».

Después del largo viaje de vuelta, Ichiro Abe agradeció el reencuentro tanto como la taza de té que le sirvió la señorita Ueno, a la que había añadido unas gotas de vino de ginseng. Una costumbre que, al parecer, la dama había adquirido precisamente atendiendo a los oficiales que llegaban de China o de Corea y solicitaban que el té les fuera servido con aquel complemento vigoroso. La mezcla de té y vino del jugo del ginseng, por rara que pudiera parecer, daba como resultado una bebida tonificante y revitalizante al mismo tiempo. Un brasero que la geisha había encendido para calentar la estancia terminó de completar la grata sensación de encontrarse de nuevo en el hogar. Incluso el ruido que hacían las jóvenes aprendizas mientras se arreglaban guardaba cierta semejanza con el estruendo que el pequeño Ichiro formaba cuando jugaba. Una taza de té, un buen brasero y el ruido de un niño o de una joven, como símbolos de la vida, ¿qué más se podía pedir? Pero como siempre que se encontraba en el umbral de una felicidad que no creía merecer de ninguna de las maneras, vaciló y acabó sintiendo una ligera aprensión. ¿Acaso la suya no era una vida frustrada escrita por la pluma del sufrimiento?

—Definitivamente, creo que el señor Takuma Watenabe está detrás de los crímenes del expreso *Golondrina* —dijo henchido por la seguridad que le transmitía el entorno y la compañía—. Piénselo detenidamente, la policía y yo no hemos hecho otra cosa que perseguir fantasmas. Nomura trabajaba para la Agencia Kodama; Watenabe, por su parte, acabó trabando amistad en prisión con el propio Kodama y levantando un imperio económico sobre las brasas que había dejado la guerra. Estos tres nombres se repiten siempre en la ecuación, por lo que debemos colegir que en ellos se encuentran las claves del caso del expreso *Golondrina*. Ahora bien, Yosuke Nomura está muerto, mientras que Yoshio Kodama, además de ser un hombre inmensamente rico, anda metido en política. ¿Querría alguien que pretende limpiar su nombre y acaparar aún mayores cotas de poder e influencia verse involucrado en los crímenes de unos *hibakushas* sin importancia? No. De modo que sólo nos queda Takuma Watenabe, quien además de mantener una relación de camaradería con Yosuke Nomura, era como este natural de aquí, de Hiroshima.

—¿Quiere un poco más de té? —le ofreció la señorita Ueno.

—Sí, por favor.

—¿Qué piensa hacer ahora? Si el señor Watenabe es el principal sospechoso de su caso y reside en Tokio, no tiene sentido que permanezca más tiempo en Hiroshima.

Ichiro Abe sintió que el corazón le daba un vuelco, pues interpretó la observación de la señorita Ueno como una invitación a dar un paso adelante. Tenía que tomar una decisión: quedarse o marcharse. En uno u otro caso, sus sentimientos quedarían al descubierto. Estuvo a punto de confesar que acababa de desprenderse de su única propiedad en Tokio, su coche, y que bajo ningún concepto tenía intención de volver a establecerse en la capital, pero, como siempre, optó por comedir su discurso.

—Vincular al señor Watenabe con los crímenes del expreso *Golondrina* es imposible, por más que piense que se trata de la persona que ando buscando. De modo que sólo me queda no perder la esperanza. Me apostaré en la entrada del callejón sin salida y aguardaré a ver qué ocurre. Tal vez el magnate dé un paso en falso. Mientras tanto, he pensado montar mi propio negocio, aquí en Hiroshima.

La revelación no constituyó una sorpresa para la señorita Ueno, aunque agradeció el sentido de la misma. Desde un primer momento, le había atraído la contención emocional de aquel hombre, tan poco frecuente entre los de su género. Siempre había detestado a los caballeros demasiado efusivos y sentimentales, pues eran normalmente los que más problemas acarreaban. Todo lo que resultara demasiado enfático ponía en peligro el buen arte de las geishas, que se basaba en una suerte de refinamiento contenido. En ese sentido, Ichiro Abe era el cliente perfecto, cauto y educado, y en apariencia tan distante de la propia vida como del amor. Ése hecho le confería cierta ventaja, pues su capacidad de sufrimiento se había visto colmada con la pérdida de su mujer e hijo. Ya no había cabida, en consecuencia, para que su corazón proyectara más sombras, o al menos eso creía. Ella misma no concebía el amor como una competencia o una demostración, sino como una forma de equiparar la vida de dos personas, de ajustar la concepción que ambas tenían acerca de la existencia. El amor pasional sólo lo admitía en las novelas, puesto que más temprano o más tarde terminaba por degradarse, por dar lugar a altibajos que deterioraban la relación, de manera que jamás lo había perseguido o anhelado en la vida real. No creía, por lo tanto, que existiera un hombre más idóneo para ella que Ichiro Abe.

—Siendo yo una niña, a mi padre se lo tragó el mar, al que había dedicado treinta años de su vida —dijo la mujer—. Sin embargo, durante el año siguiente, mi madre siguió buscando a mi padre en el puerto de Yokohama. Cuando alguien le preguntaba por qué se empeñaba en seguir mortificándose acudiendo a aquel lugar, a sabiendas de que era imposible su retorno, ella aseguraba que lo que allí hacía era «esperar a la esperanza, tener esperanza en la esperanza». Una expresión que, por redundante, ponía de manifiesto que su fe era incluso mayor que la de quienes se conforman con no perder la esperanza. No, a mi madre no le gustaban los finales sin esperanza.

En realidad, la señorita Ueno, quien había heredado esa cualidad de su madre, se refería a sí misma. Era ella la que vivía aferrada a una clase de esperanza que, aunque no fuera más que un consuelo efímero, perseguía que sus sentimientos no se vieran alterados por vanas emociones.

—Comprendo. Tener esperanza en la esperanza. No parece un mal método para enfrentarse a las adversidades, siempre que a uno no se le agote la paciencia de la esperanza. En ese sentido, tal vez no sea yo un hombre aferrado a la esperanza; en cambio, poseo una paciencia infinita.

La repentina aparición del espectro de Sakura en plena noche le sobresaltó sobremanera, pues no había vuelto a tener contacto con el fantasma desde que se instalara en Hiroshima. Ni siquiera su intento por invocarlo a través de un sahumero

de incienso había dado sus frutos, por lo que había perdido toda esperanza. Desde entonces vivía sumido en un continuo remordimiento, como si su *acercamiento* a la señorita Ueno fuera una traición a la memoria de su mujer e hijo. La cuestión fundamental era que, gracias a su reciente relación con la señorita Ueno, había descubierto que vivir no consistía sólo y exclusivamente en volver siempre sobre los mismos pasos, sino que requería avanzar, a pesar de los riesgos, pues sólo avanzando se podían superar los obstáculos que la propia voluntad imponía. En ese sentido, el amor, el mundo de los sentimientos podía compararse con resolver un caso policial, pues estaba dominado por la incertidumbre y la intriga. El deseo de saber más sobre la otra persona; el hallazgo de pruebas y evidencias que vienen a conformar lo que ya pensamos; el hallazgo de pruebas y evidencias sobre la otra persona que nos muestran aspectos de nosotros mismo que desconocíamos; etc.

—¡Por fin apareces, Sakura! ¡Son tantas las cosas que tengo que contarte que no sé por dónde empezar! —exclamó vacilante, para no despertar a quienes dormían en la casa—. Aunque me pregunto si no estarás ya al tanto de los últimos acontecimientos. Si es así, confío en que no estés enfadada conmigo. Sabes perfectamente a qué me refiero. Pero te aseguro que no he podido evitarlo. ¡Es tan extraño el mundo de los sentimientos! ¡Es tan peculiar la forma que tiene de hacerse presente! De pronto uno siente que se estremece, así, por las buenas, como lo hace la tierra cuando tiembla. Uno no lo espera y, en consecuencia, no está preparado... ¡Oh, perdóname, pero no encuentro las palabras adecuadas! ¡Nunca he sido un gran orador! ¡Me siento como un marinero que de pronto hubiera olvidado cómo levar el ancla de su embarcación para proseguir la navegación! Pero ¡qué estoy diciendo! ¡Basta ya de exclamar una y otra vez! ¡Basta ya de metáforas! He decidido darme una oportunidad con la señorita Ueno, mi anfitriona, siempre que ella esté dispuesta a concedérmela, claro está. Tal vez pienses que mi comportamiento es egoísta, pero al lado de esa mujer he descubierto que por dentro no estoy muerto del todo, tal y como creía. A su lado me he dado cuenta de que lo que veo cuando te contemplo es a mí mismo. A la parte de mí que murió cuando tú y el pequeño Ichiro moristeis. Cuando me dispararon, lamenté no haber muerto. ¡Era mi oportunidad para reunirme con vosotros, para dejar atrás mis fracasos! Sin embargo, ahora lo comprendo, hay una parte de mí que sigue viva. Quizá sólo sea una pequeña parte, pero suficiente para darme el impulso necesario para seguir adelante. Tal vez esté cometiendo un error, pero también tal vez el error sea no intentarlo. He cometido muchos errores a lo largo de mi vida, y ahora sé que, en la mayoría de los casos, no se pueden controlar porque están motivados por agentes externos a nuestra voluntad. Incluso los errores que parecen deliberados no lo son. El destino está escrito, predeterminado por los dioses, de modo que el camino que hemos de seguir es el que nos marca nuestra conciencia, pues es ella la que ha de servirle de brújula a nuestra conducta. Sí, lo reconozco, Sakura, mi discurso se está volviendo demasiado retórico, cuando lo que pretendo es desnudar mi alma y solicitar tu indulgencia, pues como acabo de decirte, he hecho un

descubrimiento en las últimas semanas que lo ha cambiado todo: estoy vivo, me siento vivo. ¿Podrás perdonarme? ¿Podréis perdonarme ambos por ser tan débil?

Conforme Ichiro Abe fue desgranando su discurso, agachó la cabeza como muestra de respeto e inferioridad, así que cuando volvió a alzarla para enfrentar su rostro al de Sakura y tratar de desentrañar su opinión a través de su semblante, descubrió que el espectro había desaparecido, que hablaba con la pared.

## SEGUNDA PARTE

**1969**  
**La Lógica Del Samurái**

# 1

El día que Elle (Elynor) Bartlett cumplió los treinta y cuatro años, el hombre llegó a la Luna y su padre murió de un paro cardíaco.

Su mandíbula no había vuelto a su sitio tras presenciar cómo Neil Armstrong hollaba la superficie lunar, cuando sonó el teléfono. Se preguntó si en semejante momento no valía la pena dejar que sonara hasta que quien estuviese al otro lado de la línea se cansara, pero al final prevaleció su sentido de la responsabilidad. Descolgó el auricular justo cuando Neil Armstrong comenzaba a dar saltitos por la superficie lunar. Era Mary, la india pawtucket que se encargaba de cuidar a su padre. Le comunicó que el señor Bartlett había muerto sentado en su mecedora, frente a la ventana desde la que se veía el mar y el faro de Newburyport, mientras examinaba uno de sus soldaditos de plomo japoneses. La atmósfera de la sala de estar de la casa de Elle se quedó de repente tan vacía de aire como debía de estarlo la atmósfera de la Luna.

En cuanto Elle pisó la calle, se sintió como Neil Armstrong unos minutos antes, caminando por un lugar inhóspito. Por un instante tuvo la sensación de no encontrarse en Boston, al menos no en el Boston que había recorrido esa misma mañana, como si el presente se hubiera detenido para dar paso al futuro. De hecho, en todas partes —televisiones, radios, periódicos, incluso en las conversaciones que la gente común mantenía en las calles— se aseguraba que aquel hito significaba el comienzo de un nuevo estadio para la humanidad. El progreso, al fin y al cabo, era una cuestión de fe.

Pese a que era casi medianoche, el calor de finales de julio resultaba tan asfixiante que en cuanto se hubo acomodado en el interior de su Cadillac De Ville, tuvo que descorrer la capota.

Condujo por el centro de Boston hasta la carretera nacional 1 norte, luego se incorporó a la 95, que abandonó por la salida 57. De manera mecánica, pues realizaba el mismo itinerario una vez a la semana desde hacía seis años, atravesó Newburyport por High Street en dirección a Water Street, donde su padre poseía una pequeña casa junto al viejo faro de la localidad.

Durante todo el trayecto, que hizo en silencio y sin poner la radio del coche, estuvo pensando que la muerte resultaba tan desoladora, y al mismo tiempo tan extraña, como el paisaje lunar que acababa de ver en la televisión: superficie aparentemente desértica y polvorienta, ausencia de atmósfera y de luz, vacío en suma.

En la puerta de la pequeña casa sintió que el cuerpo se le tensaba, como cuando su padre estaba vivo e iba a visitarlo. En los últimos seis años habían mantenido trescientas doce discusiones, es decir, una por semana, lo que provocaba que sus músculos y tendones protestaran cada vez que se situaba frente a aquella puerta. Nunca había mantenido una buena relación con aquel hombre huraño y misógino que había pasado la vida practicando la psiquiatría. Según sus colegas de la Universidad

de Harvard, donde había impartido clases hasta su jubilación, el carácter del profesor Bartlett había dado un giro de ciento ochenta grados después de que tomara parte en calidad de psiquiatra en el Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente. Pero que ella recordara no había notado un empeoramiento de su carácter en aquella época. Para Elle, su padre era el mismo hombre terrible desde 1939, año en que fue capaz de fijar por primera vez ciertos recuerdos en su mente. Habían ido a pasar las navidades en Aspen, donde tenía una paciente que, luego lo supo, era a su vez su amante. Una noche tuvo una pesadilla, por lo que se dirigió al dormitorio de su progenitor. Lo encontró tomando por detrás a la mujer a la que había ido a visitar. Ésta gritaba como si le estuvieran introduciendo un hierro incandescente en las entrañas. La escena provocó que ella rompiera a llorar. Aunque pasaron otros doce años hasta que tuvo conciencia de lo que había visto en aquella habitación, recibió una fuerte reprimenda, como si se hubiera tratado de un acto deliberado y mal intencionado. Incluso fue obligada a permanecer cinco minutos en la puerta de la cabaña que habían alquilado, donde la temperatura era de dos grados bajo cero. Tenía cuatro años y de forma natural relacionó el sufrimiento que su padre le estaba infligiendo a aquella mujer con su propio castigo, con lo que la figura de su progenitor adquirió una nueva e inesperada dimensión: la de alguien capaz de hacer daño. Por alguna razón que no comprendía, aquel se había convertido en el primer recuerdo de su existencia, como si acabara de nacer en ese instante. A partir de entonces, la comunión que ambos tenían se fue diluyendo hasta convertirse en incomunicación. Era como si cada una de las dos partes emitiera (pensara y hablara) en frecuencias de ondas diferentes. Él dejó de comprenderla a ella, y viceversa. A pesar de lo cual, conforme más se ahondaban las diferencias entre padre e hija, más firmemente se arraigaban las similitudes entre ambos. Por ejemplo, discutían con vehemencia, sin dar el brazo a torcer bajo ninguna circunstancia y sin tener en cuenta cuál de los dos pudiera tener razón. Para ambos lo más importante era el posicionamiento, saber enrocarse, defender el frente y los flancos para a continuación salir al ataque. Sus disputas tenían mucho de partida de ajedrez. Estaban llenas de lógica y perseguían la delectación en el momento de la derrota del oponente. A veces, en el transcurso de sus discusiones, olvidaban la causa que las había provocado. Era como si existiera una corriente subterránea entre ambos que desembocaba en el mismo mar proceloso, un temperamento tumultuoso e intransigente. Elle siempre había detestado parecerse tanto al profesor Bartlett. Incluso había heredado de él el pelo rubio, los ojos claros y unos hombros demasiado anchos y masculinos.

Cuando tuvo uso de razón, advirtió que su padre era, en realidad, un paciente de sí mismo, una de esas personas cuyo ego es tan absorbente que anulan a quienes les rodean. Uno de esos seres que necesitan todo el espacio para ellos. Si entran en una habitación donde hay otra persona, acaparan todo el aire hasta que esta se asfixia. En cualquier caso, había pasado la vida analizando el oscuro universo de sus pacientes, con lo que apenas le había quedado tiempo para ocuparse de ella.

El hecho de que la madre de Elle hubiera muerto en un accidente de circulación cuando esta contaba sólo dos años, la convirtió primero en una carga, y con el paso de los años, simplemente, en un ser ajeno a la vida de su padre. No en vano, como le había oído decir en innumerables ocasiones al profesor Bartlett (así lo llamaba todo el mundo, incluso sus colaboradores más cercanos), «el carácter de una persona lo determina su capacidad para ser autosuficiente».

¿Por qué entonces lo había visitado todas las semanas durante los últimos seis años? ¿Simplemente porque era quien era y arrastraba una penosa enfermedad? Tal vez, aunque admitir que detrás de sus visitas había un componente de obligación, motivado en última instancia por un sentimiento de compasión, le hacía sentirse demasiado pedestre. En los cinco años que llevaba impartiendo clases de literatura oriental en la Universidad de Harvard, siempre había hecho hincapié en que el mayor valor de un texto literario radicaba precisamente en su componente o carga poética, pues la poesía era la mayor transmisora de emociones. Y eso era algo perfectamente trasladable a todos los órdenes de la vida. Todas aquellas cosas relacionadas con la existencia que se aderezaban con unas gotas de lirismo resultaban más sabrosas para el paladar, para el espíritu. «Enriquecer lo trivial», lo llamaba. Pese a que sabía que pisaba el terreno de las utopías, se aferraba a este principio como un náufrago se agarra al tablón del que pende su salvación.

El muro de hostilidad que habían levantado entre ambos, pues, se trasladaba en cada visita a la entrada de la casa, y ni siquiera ahora que su padre había muerto parecía haber desaparecido.

«Un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad», dijo mecánicamente, al tiempo que golpeaba el aldabón de la puerta.

Mary abrió tan rápido que se hubiera dicho que esperaba con la mano en el pomo. Sin embargo, la saludó humillando la cabeza:

—Señorita, lamento no poder haber hecho más. He llamado al doctor Morris. En la mesita le he dejado un papel con el número de teléfono del cementerio de Belleville —dijo como si la vergüenza la obligara a hablar mirando hacia el suelo.

A Elle no le sorprendió que la pawtucket se disculpara por no haber hecho más por el profesor, aunque en realidad sabía que no se refería a «haber hecho más por prolongarle la vida», sino a «haber hecho más por atenderle mejor». En todos los años de su vida, Elle no había conocido a nadie tan servicial y paciente como Mary. De otro modo, de haber tenido otro carácter, no hubiera soportado durante tantos años las invectivas y los desplantes del profesor Bartlett. Entonces ella misma se hubiera tenido que ocupar del viejo.

El pelo negro azabache de la nativa, sobre el que caían los tenues haces luminosos del candil de la entrada, emitió destellos irisados de color dorado que a Elle le recordaron los halos de santidad de algunas imágenes religiosas de Sudamérica. Pero pese a que aquel cabello era hermoso y largo como una crin, en su opinión, carecía de seducción.

Se acercó con sigilo hasta la mecedora donde yacía el cadáver, como si temiera despertarlo. Le sorprendió que Mary hubiera cubierto la mitad del cuerpo con una manta de verano, como si los muertos pudieran sentir frío. Luego se armó de valor y clavó la mirada en el rostro de su padre, que reflejaba cierta contrariedad, como si hubiera mantenido una discusión con la parca justo antes de entregarse a ella. Lo imaginó teniendo que vivir la vida eterna con aquel gesto un tanto desabrido y, como le había ocurrido durante la adolescencia cada vez que tenía que enfrentarse a él, se sintió desnuda, despojada de toda dignidad, pues tal había sido la capacidad de introspección y la crueldad de su progenitor a la hora de sacar a la superficie sus defectos y carencias. Sí, el rostro de su padre muerto tenía la misma expresión que empleaba para humillarla cuando apenas había cumplido los dieciséis años y luchaba por sobrevivir a la adolescencia. En aquella época, el profesor Bartlett penetraba en sus pensamientos y sentimientos como un cuchillo se abre camino en una barra de mantequilla, y esa circunstancia había provocado que Elle deplorara su propia vida durante gran parte de ella. Gracias a Dios esa etapa había pasado y, quizá para demostrarle que por encima del rencor o del desprecio del que era merecedor estaba su propia condición de hija, de ser humano, había optado por mantener vivo el contacto, los vínculos. Una decisión que, a la postre, se había convertido en la más difícil de su vida, pues si bien su padre consentía las visitas, no hacía nada por facilitar las cosas. Ni siquiera el cáncer que llevaba habitando en sus entrañas desde hacía más de seis años había conseguido dulcificarle el carácter o siquiera infundirle miedo. Todo lo contrario. La proximidad de la muerte había reafirmado sus convicciones.

Tras contemplar aquel rostro sin vida por última vez, estiró la manta hasta cubrirlo del todo.

## 2

Ryo Watenabe conducía contrariado por la carretera que unía el Fujisan con Tokio. Por el espejo retrovisor se veía el manto verde del bosque de Aokigahara tendido sobre las faldas de la montaña, donde una hora antes había tomado parte en el haraquiri de su compañero Ken Kimura. Creía haber cumplido con el ritual al pie de la letra, pero en cambio tenía la impresión de haber tardado demasiado tiempo en hacer uso de la espada y de no haberla manejado con la suficiente destreza. Se suponía que, una vez Ken Kimura introdujera la hoja del *tanto* envuelta en papel de arroz en su abdomen —era importante que la sangre no manchara sus manos—, le haría una señal para que le cortara la cabeza y, de esa forma, no prolongar en exceso el sufrimiento del suicida. Ésa era la misión de un *kaishaku*, de un ayudante en el suicidio. El problema era que habían hablado de la señal, pero habían olvidado establecerla. ¿Cómo podía saber, pues, en qué momento exacto debía hacer uso de la espada? ¿Acaso después de que Kimura terminara de rajarse el abdomen horizontalmente para empezar el corte vertical en dirección al esternón? Tenía que reconocer que eran pocos los samuráis que habían llegado tan lejos. De hecho, ni siquiera los militares que se habían practicado el haraquiri después de la rendición de Japón, habían contado con un asistente a la hora de morir. Por ejemplo, el almirante Onishi, jefe de las unidades Kamikaze, y el general Anami, ministro de la guerra, así como la veintena de oficiales que se habían inmolado a las puertas del Palacio Imperial, habían tenido que prescindir de contar con un ayudante y, por lo tanto, de recibir el golpe de gracia. Normalmente, el ayudante intervenía antes de que el suicida cambiara el sentido del corte. ¿Era lo que había ocurrido con Kimura? Lo que recordaba era que, después de que su amigo procediera al enclavamiento con su mano derecha, con la palma en supinación, su cuerpo había caído hacia delante, con el consiguiente encorvamiento del cuello. Momento que él había aprovechado para usar la espada. Pero el cuerpo se había inclinado tanto que apenas quedaba espacio para que el golpe de la hoja fuera limpio y certero. Claro que ni Kimura ni él eran auténticos samuráis, con lo cual se le podían perdonar los errores cometidos. De hecho, llevaban poco más de medio año tratando de vivir según los principios del *bushido*. Un plazo de tiempo demasiado breve. En todo caso, había que evitar cortar la cabeza de Kimura antes de que se abriera el estómago del todo, pues eso hubiera convertido el ritual en una decapitación en toda regla. ¿Había actuado en el momento preciso, se había precipitado o, por el contrario, se había demorado en exceso? No estaba seguro. Ahora, mientras se alejaba del bosque de Aokigahara con la cumbre del monte Fuji bañada por los primeros rayos solares de aquel día de julio, se preguntaba si su camarada había sufrido demasiado por su culpa.

A continuación recordó el día en que Ken Kimura y él se conocieron. El encuentro había tenido lugar a finales de diciembre de 1968, en una reunión de la Sociedad del Escudo que dirigía el escritor Yukio Mishima. En cuanto Kimura se

presentó ante él doblando el espinazo, con el rostro más rígido que la propia espalda, comprendió que se trataba de un joven con aplomo, de principios tan firmes e inamovibles como los del propio líder. Luego siguieron viéndose tanto en las reuniones de la Sociedad del Escudo como en las oficinas del *Ronsho Journal*, el periódico donde los jóvenes de ideología ultranacionalista vertían sus ideas opuestas al pacto de cooperación de defensa americano-japonés. Más adelante, y por sorpresa, Kimura le propuso que lo acompañara al monte Takao, en cuya ladera los monjes del templo Takaozan caminaban descalzos sobre carbones ardientes. Era el segundo domingo de marzo, y lo que Kimura pretendía al unirse a aquellos monjes era fortalecer el carácter. A mediados de mayo, viajaron juntos hasta Nikko, para tomar parte en el *Shunki Reitaisai*, un desfile de mil hombres vestidos de samuráis. Tomaron ramas verdes del árbol Sasaki y las agitaron por donde transcurría la procesión, cuyo centro de atención era un palanquín donde eran transportados los restos del emperador Tokugawa, quien aisló Japón del resto del mundo. Fue entonces cuando Kimura le comunicó su intención de practicarse el haraquiri y su deseo de que él fuera su ayudante en el suicidio ritual, algo que, naturalmente, tomó como un gran honor. La última voluntad de Ken Kimura fue ir a comer juntos anguila cocinada sobre carbones ardientes, semejantes a los que habían pisado en la ladera del monte Takao, tras lo cual se dirigieron al bosque Aokigahara para pasar la noche. Allí llevaron a cabo los preparativos, charlaron como si tal cosa e incluso se rieron con ese proverbio que dice que existen dos clases de imbéciles: los que no han subido nunca al monte Fuji y los que han subido dos veces. Ellos habían hollado aquel monte en infinidad de ocasiones, pues no en vano era en el monte Fuji donde los miembros de la Sociedad del Escudo recibían instrucción militar. Por último, conversaron con vehemencia sobre la degradación moral que vivía el país y la necesidad de seguir denunciándola en el *Ronsho Journal*. Ahora, con el suicidio ritual de Kimura, habían pasado de las palabras a los hechos, la tinta negra se había teñido de sangre. Desde luego era un paso que había que dar, el primero para que Japón volviera a ser (a llamarse) Yamato.

«Vivir bellamente y morir de manera hermosa», dijo Ryo Watanabe en voz alta.

Luego puso la radio del coche para distraerse, pero de inmediato el locutor comenzó a hablar de la última y extraordinaria hazaña de los norteamericanos: habían llegado a la Luna después de ciento nueve horas de viaje por el espacio. Ryo Watanabe giró el dial con rabia hasta que encontró una emisora donde sonaba una canción tradicional japonesa.

«Un día en pleno florecimiento, al día siguiente abatido por la tormenta», canturreó Ryo Watanabe el estribillo.

Mientras trataba de seguir la sombría melodía de aquella canción, se dio cuenta de que había olvidado quemar las prendas que había empleado en el ritual. ¿Cómo podía haberse olvidado de ese detalle? Incluso llevaba una muda de ropa limpia en el maletero del coche. Sin duda la culpa la había tenido el aspecto grotesco de la cabeza

cercenada de Ken Kimura que, a pesar de haber caído hacia delante, había rodado y girado para quedar mirándolo. El otrora hermoso y noble rostro de su compañero se transformó entonces en una máscara despojada de toda dignidad, donde el dolor y el horror habían hecho presa de sus facciones. Aunque lo que más le perturbó fue el hecho de comprobar cuán extraño resultaba un cuerpo sin cabeza. Era lo mismo que contemplar un árbol sin copa, un tronco solitario en medio de un frondoso bosque.

Dio un volantazo y tomó un camino forestal en las estribaciones del bosque Aokigahara. Unos cientos de metros más adelante ya se veían campos de cultivos y algunas casas.

Tras cubrir los ropajes con algunas ramas secas, encendió una hoguera y aguardó hasta que el fuego estuvo completamente extinguido. Al levantar la cabeza se encontró con la noble estampa del monte Fuji, que descollaba majestuoso por encima de las ramas arqueadas de los pinos.

El resto del trayecto hasta Tokio lo realizó escuchando nuevas canciones tradicionales japonesas que, por el componente político que tenían para él, conseguían apaciguar su ánimo.

Ya en su casa, se duchó con agua fría, que se tiñó con la sangre de Ken Kimura, antes de darse un baño. Le vino a la memoria el recuerdo de cuando era pequeño y cogía bayas rojas en el bosque. ¿Se trataba de un símbolo?

Pasó el resto de la mañana sentando ante el *kotatsu* bebiendo té y reflexionando sobre lo ocurrido en el bosque Aokigahara, si bien las imágenes se superponían las unas a las otras sin orden, como en un sueño. Antes de ir a echarse un rato, recitó en voz alta, tal que un mantra:

«No tengo coraza: buena voluntad y rectitud son mi coraza. No tengo castillo: el espíritu inquebrantable es mi castillo. No tengo espada: el reposo del espíritu es mi espada».

### 3

El alegre murmullo de las muchachas había sido sustituido por las voces metálicas que brotaban del aparato de televisión y que representaban el presente. A veces, el estruendo que generaba aquel artilugio impedía que pudiesen enhebrar una conversación, pero ni siquiera entonces se atrevían a apagarlo, pues era lo mismo que tener una ventana abierta al mundo. Gracias a la televisión habían tenido conocimiento de la muerte por causas naturales del señor Takuma Watenabe, y más recientemente habían presenciado cómo dos astronautas norteamericanos hollaban la Luna en directo. Por lo demás, la televisión era una gran aliada para mitigar el tedio que había empezado a instalarse en el matrimonio. Desde que se convirtiera en la señora Abe, y como consecuencia de esa decisión tuviera que cerrar la casa de geishas, la señorita Ueno vivía en un estado de febril melancolía, pues, como toda madre, sentía haber perdido a las hijas que tanta felicidad le procuraban. Era cierto que muchas de las muchachas la visitaban a menudo, pero a veces rompía a llorar cuando se marchaban. Incluso el hecho de que se prestara a ayudar a una de sus acolitas cuando quiso montar su propia casa de geishas, lo que le llevó varios meses de intensa faena hasta que todo estuvo a punto, le sirvió de consuelo efímero. Cuando el trabajo se terminó, sintió un inesperado vacío, por cuanto que creía que el matrimonio se bastaría por sí solo para llenar la vida de los cónyuges. Sin embargo, no fue así. La vida conyugal era más prosaica de lo que había imaginado, carecía de refinamiento y a menudo se volvía monótona como un día de lluvia. Cierto era que ni Ichiro Abe ni ella habían dado muestras de una pasión exacerbada, por lo que habían emprendido la vida en común como una forma de recorrer el camino de la existencia contando con el apoyo de un báculo. Pero con todo y con eso, el cariño y el respeto que ambos se profesaban parecían insuficientes para que el sonido de la orquesta fuera el idóneo. A la melodía le faltaban instrumentos, faltaba la complicidad que había dado origen precisamente a aquella relación, y sobraba rigidez y amaneramiento. A menudo, la señorita Ueno tenía la impresión de que el trato de ambos seguía siendo similar al que mantienen geisha y cliente, pues no conocía otra forma mejor de entregarse. Desde un primer momento, había procurado dispensarle a su marido las mismas atenciones que a las muchachas, prodigarse con denuedo a servirle, pero al cabo descubrió que en ese sentido los hombres eran parecidos a los gatos y gustaban de asearse y cuidarse por su cuenta, a su manera, sin interferencias. ¡Eran tan distintos los mundos de los que ambos procedían!

Por su parte, Ichiro Abe había abierto su propia agencia de detectives en Hiroshima, si bien los asuntos que trataba eran los propios de una gestoría. Sus clientes eran en su gran mayoría nuevos residentes procedentes de ex colonias como Manchuria, Taiwán y Corea, que buscaban cerciorarse de que la persona de la que se habían enamorado y con la que pretendían casarse no tuviera antecedentes «atómicos», por así decir. El trabajo resultaba monótono, y la muerte del señor

Watenabe había aumentado su sensación de fracaso. En todos estos años, había acopiado cuanta información habían generado los medios de comunicación sobre el magnate, y hasta había llegado a idear un plan que obligara a este a dar un paso en falso. Todo pasaba por hacer correr la voz de que el señor Matsuda había decidido hacer pública la comprometedoras fotografías que decía poseer y haber depositado en un despacho de abogados de Estados Unidos de Norteamérica, pero de inmediato tuvo que desestimar la idea, pues carecía de los medios necesarios para garantizar la seguridad del testigo en el supuesto de que el potentado decidiera contraatacar. Además, aquella foto representaba un episodio de la historia nacional que unos negaban y otros querían olvidar. Pero al margen de esta iniciativa, lo cierto era que el señor Watenabe había llevado una vida discreta todos estos años, en la que lo más destacable había sido la creciente prosperidad de su grupo de empresas, gracias a la cual había creado una fundación destinada a ayudar a los *hibakushas* de Hiroshima, lo que le había granjeado fama de benefactor entre la población y las autoridades locales. Para redondear el círculo, había colocado al frente de dicha institución a su propio hijo, un joven llamado Ryo, quien era también un «atomizado» y había pasado los primeros años de su vida en un orfanato, habida cuenta de que la bomba atómica había exterminado a su familia al completo, exceptuando a su padre, naturalmente, quien combatía entonces en el frente chino y quien al finalizar la guerra dio con sus huesos en la prisión de Sugamo. La historia, se la mirase por donde se la mirase, resultaba conmovedora para la opinión pública, que la había tomado como un ejemplo de entereza, el feliz reencuentro entre un héroe de guerra y un superviviente del holocausto nuclear. De modo que, en vez de dar un paso en falso, lo que había hecho Watenabe en todo ese tiempo era afianzar su posición, convertirse en un filántropo respetado y admirado por la comunidad. En este punto, la posibilidad de relacionarlo con los crímenes del expreso *Golondrina* se diluyó por completo. Sin embargo, había un detalle que había llamado la atención de Ichiro Abe. El señor Watenabe había regresado de China en septiembre de 1945, y no había sido detenido hasta el 6 de enero de 1946, según constaba en uno de los documentos que se conservaban en el expediente de su proceso. ¿Qué había estado haciendo durante esos tres meses, desde que regresara del frente hasta que fue detenido? ¿Por qué no había sacado de inmediato a su hijo del orfanato? ¿Acaso no era lo primero que se supone que haría un padre que ha perdido a toda su familia de forma tan dramática? Sin embargo, no dio un solo paso para remediar aquella situación. Como había contado el señor Matsuda, el magnate se negó a pisar Hiroshima, con lo que no se reunió con su hijo hasta que no fue liberado de la prisión de Sugamo, unos años más tarde. Desgraciadamente, aquella grieta no era suficiente para que el edificio se resquebrajara, y tal vez lo único que demostraba era el temor de Takuma Watenabe a que su hijo le contagiara la enfermedad de la radiación, de la que era portador, según creía todo el mundo por aquel entonces de los «atomizados».

De las catorce personas que asistieron al entierro del profesor Bartlett, Elle conocía a trece. De hecho, el extraño al que nunca había visto, un hombre vestido con un impecable terno de lino azul cielo que durante la ceremonia se había mantenido unos metros por detrás del resto de asistentes, al tiempo que sostenía un elegante sombrero de verano sobre el pecho, no se acercó para darle sus condolencias hasta que se hubo quedado sola.

El hombre dijo llamarse Arthur Holik y ser el abogado de su padre.

—Ni siquiera sabía que mi padre tuviera un abogado —dijo Elle—. ¿Para qué iba a necesitarlo? ¿Acaso el viejo andaba metido en algún lío?

Al instante se arrepintió de haberse referido a su padre en esos términos, pues nunca había pensado en él como en un viejo, a pesar de que lo fuera por edad. No había sido la edad la que lo había doblegado, sino la enfermedad. Su fuerte temperamento y su atrabiliario carácter habían permanecido intactos hasta el último momento, como si la senectud de su cuerpo nada tuviera que ver con la verdadera edad de su espíritu.

—Cuando un hombre tiene la certeza de que va a morir, y su padre la tenía, suele recurrir a un sacerdote para que ponga en orden su alma y a un abogado para que haga lo propio con sus papeles —observó el abogado—. Su padre dejó un testamento y es usted su única heredera.

En todos estos años Elle no había pensado en esa posibilidad, pero ahora que aquel hombre la verbalizaba fue consciente de que recibiría la casa de su padre, tanto el continente como el contenido. El inmueble y el mobiliario, obviamente, pensaba venderlos, puesto que ya tenía su propio hogar, pero ¿qué podía hacer con lo que había dentro, con esas pequeñas cosas que forman el esqueleto de los recuerdos de las personas? ¿Conservaría algunas? ¿Se desharía de todas? Sea como fuere, le llenó de tristeza verse en esa tesitura, consciente de que, en gran parte, la memoria, el recuerdo que los demás tendrían de su padre dependería única y exclusivamente de la decisión que tomase. Por ejemplo, si su padre hubiese dejado escrito un gran libro, en su mano estaría que se publicase o no, con lo que la hipotética inmortalidad de su progenitor pendería de su opinión. ¿Acaso eso era justo? Estaba claro que no podía tomarse aquello como una responsabilidad, sino como una de esas bromas que la muerte gusta gastarles a los vivos.

—¿Qué he de hacer? —preguntó sin ocultar el desconcierto que todo aquello le provocaba.

—Aquí tiene mi tarjeta. Si está de acuerdo, pásese mañana a mediodía por mi despacho —propuso el señor Holik—. Tendré todos los papeles dispuestos.

Elle tomó la tarjeta y asintió.

—Hasta mañana entonces.

Una vez el abogado se hubo marchado, Mary se acercó hasta donde se encontraba

y le preguntó:

—¿Quiere que haga algo con las cosas del profesor Bartlett? ¿Desea que las recoja y las empaquete? Puede contar conmigo para lo que necesite.

—No, Mary, aún no he decidido qué voy a hacer.

¿Hablaba de las pertenencias de su padre o de su vida en general? La muerte del profesor Bartlett suponía un cambio radical, la pérdida del gran antagonista contra el que había librado las más duras batallas de su vida, y en ese sentido no descartaba que en breve la embargara un gran vacío. Aunque ni siquiera ahora, con su padre bajo tierra, estaba segura de que se trataría de una separación definitiva, al menos en el terreno emocional. Por mucho que fuera sepultado a cincuenta metros de profundidad, los diques que había levantado en vida entre ella y él aún permanecían intactos y habría de pasar mucho tiempo antes de que la memoria se decidiera a derribarlos. ¿Por qué en lo concerniente a las relaciones entre personas era todo tan difícil? ¿Cómo era posible que le hubiese resultado más fácil ganar una plaza como profesora en la Universidad de Harvard que llevarse bien con su propio padre? Tal vez la respuesta estuviera en que en el primer caso el éxito dependía de uno mismo, mientras que en el segundo era cosa de dos, se necesitaba un tipo de interacción conducente a doblar la voluntad de cada una de las partes, de modo que encajaran. Pero ni la voluntad de su progenitor ni la suya propia eran de metal maleable; todo lo contrario, estaban forjadas en la reciedumbre y dureza de los metales pesados.

El primer recuerdo que Ryo Watanabe tenía de su vida ocurrió el 6 de agosto de 1945, día de su cuarto cumpleaños. Eran las ocho y quince minutos de la mañana, y su madre se afanaba en arreglarlo, deslizándolo suavemente el peine por su cabello, cuando una luz cegadora se coló por la ventana como una bola de fuego y le quemó la espalda. Cuando recuperó la conciencia, todo a su alrededor había desaparecido: la casa, su familia, el distrito de Naka donde residían, incluso el sol de la mañana había vuelto a ocultarse, sumiéndolo todo en la penumbra. ¿Se trataba de un sueño? ¿Seguía dormido?, se preguntó. Durante un buen rato, deambuló por una ciudad, su ciudad, Hiroshima, convertida en un infierno de fuego y escombros. Aunque peor era el aspecto de quienes como él erraban por las calles entre quejidos y gritos de dolor. Grupos de gente medrosa salían de los antiguos edificios ahora convertidos en negras nubes de polvo. Algunos de los heridos se habían quedado ciegos, con las pupilas y las córneas quemadas; otros, con las ropas hechas jirones y la piel abrasada, vomitaban sangre y pus. A cada paso, sobre el suelo convertido en un ondulante mar de tejas, yacían muertos que parecían vivos, con los ojos abiertos de par en par y los brazos extendidos; en cambio, otros cadáveres, con la piel teñida de un color rojizo, parecían de barro. En un cruce de caminos se topó con una multitud enfurecida que estaba linchando a un hombre. Se trataba de un prisionero de guerra norteamericano que había sobrevivido a la hecatombe de aquella mañana. Cuando la muchedumbre se dispersó, vio como un hombre arrojaba al aire la cabeza de aquel infeliz. Dadas las circunstancias, casi le pareció normal, pues todo se había vuelto repentinamente inverosímil. En ese momento se percató de que la ciudad se había transformado en una vasta extensión llana, cuyos hitos eran los propios edificios convertidos en montañas de escombros, de donde brotaban penachos de fuego. En aquel escenario devastado, las ruinas de los dos edificios más grandes de Hiroshima: los almacenes Fukuya y la sede del periódico Chugoku, parecían dos de las islas que se erguían majestuosas sobre la bahía de la ciudad. Claro que el hormigón armado de aquellas edificaciones, que la lengua de fuego había teñido de negro, carecía del verde esmeralda de las islas, como tampoco el suelo arrasado y polvoriento se parecía al mar. Al fin, tuvo que optar por seguir a los que buscaban refugio en los márgenes del río Ota o los que se dirigían hacia la montaña Ogon, a las afueras de la ciudad. Optó por los segundos, pero de pronto una mujer, de aspecto sano y a la que no conocía, lo tomó en brazos y lo condujo hasta el Hospital de la Prefectura. La mujer le dijo que tenía quemaduras en las orejas y en la nuca y que era mejor que un médico le atendiera. Ryo Watanabe comprendió entonces por qué le dolía tanto la cabeza. Antes de pedirle a la desconocida que le buscara un vaso de agua, pues tenía muchísima sed, recordó que su hermana Maeko, que a la hora de la catástrofe ya había salido en dirección al colegio de primaria Nagatsuka en compañía de su abuela materna, debía de estar en alguna parte. La desconocida le dijo entonces a Ryo Watanabe que el

colegio Nagatsuka no estaba en el epicentro —el pequeño no entendió entonces el significado de esta palabra— de la explosión, y que, en consecuencia, era posible que su hermana estuviera a salvo. Se olvidó de su hermana Maeko e incluso de la sed cuando llegó al Hospital de la Prefectura, que había empezado a llenarse de cadáveres carbonizados de aspecto terrorífico, y en un descuido intentó desasirse de la desconocida y huir en dirección a las montañas. Cuando por fin la desconocida consiguió que un médico le prestara atención, le oyó decir que «el muchacho tiene las orejas desgarradas, la piel de la espalda desprendida y los labios hinchados. Pero con eso y todo puede sentirse afortunado».

Ryo Watanabe y su hermana se reencontraron catorce días más tarde, pero la felicidad les duró apenas dos semanas, pues Maeko había bebido abundante lluvia negra de la que cayó horas después de la explosión atómica, y murió envenenada por la radiación.

Dos meses después de la explosión de la bomba atómica de Hiroshima, y tras haber pasado treinta y cuatro días en la unidad de quemados del Hospital de la Prefectura, Ryo Watanabe permanecía en un orfanato para niños que habían perdido a sus familias. En realidad, el padre de Ryo Watanabe llevaba cuatro años y medio en el frente chino y, a falta de noticias que demostraran lo contrario, se le suponía vivo.

Cuando Takuma Watanabe regresó por fin a Japón después de la rendición, fue juzgado y condenado a cuatro años de cárcel por crímenes de guerra, que cumplió íntegros en la prisión de Sugamo, por lo que Ryo Watanabe conoció a su padre con ocho años cumplidos. Para entonces, el muchacho se había convertido en un *hibakusha* y sobrevivido a los diagnósticos médicos que le auguraban una muerte inminente. Ni siquiera se libró de recibir el consiguiente «carné del sufrimiento». Algo que a Ryo Watanabe no dejaba de parecerle una ironía, pues los mismos hombres que habían lanzado la bomba eran quienes luego establecieron el grado de padecimiento de las víctimas a través de carnés y pruebas médicas. ¿Acaso no hubiera sido más lógico declarar a todos los *hibakushas* como cobayos humanos?

El reencuentro —o primer encuentro— con su padre, heredero de una estirpe de hombres de negocios que practicaban un estricto sentido del honor, terminó de forjar el carácter de Ryo Watanabe, quien era de por sí un muchacho introvertido y silencioso, pero también enérgico cuando se enfadaba. El hecho de que los norteamericanos llevaran a cabo una reforma industrial que suprimió los grupos empresariales o *zaibatsus*, de los que su familia era propietaria de uno de los más importantes de la región de Chugoku, mermó la capacidad económica de su padre, aunque no la anuló del todo, si bien el señor Watanabe se negó a pisar Hiroshima por considerar que la contaminación radiactiva era contagiosa y que lo único que podía ofrecerle la ciudad eran malos recuerdos. Una creencia que, desde luego, tuvo también sus consecuencias en la relación que mantuvo con su hijo, al que jamás permitió que se le acercara demasiado. Incluso cuando estaban en la misma casa, lo hacían siempre en estancias separadas por una puerta deslizante hecha de madera y

papel. Ryo Watenabe no le dio demasiada importancia a este hecho, puesto que desde que cayera la bomba sobre Hiroshima, todo el mundo se mostraba reticente a acercársele demasiado.

Ahora vivía solo en la mansión que su padre había comprado en el distrito de Asakusa, cuando decidió que debían vivir en Tokio pues allí las oportunidades para hacer crecer el negocio eran mayores. Su padre había muerto el primer día de la primavera, lo que en cierta forma le había supuesto un alivio. Aunque el hecho de ser un *hibakusha* lo invalidaba para llevar una vida como la del resto. Cualquier persona en Japón, incluido él mismo, estaba al tanto de que los *hibakushas* corrían el riesgo de que sus hijos, en el caso de tenerlos, nacieran con deformaciones como consecuencia de su exposición a la radiación a que dieron lugar las bombas nucleares de Hiroshima y Nagasaki. ¿A qué muchacha joven se le podía pedir el sacrificio de no tener hijos o, en caso de tenerlos, que pudieran nacer con horribles deformaciones? A ninguna. Además, estaba el asunto de su aspecto físico, el color rosáceo que las quemaduras habían dejado en sus orejas y espalda. Por no mencionar el hecho de que haber sobrevivido veinticuatro años a la explosión nuclear no significaba que estuviera exento de padecer en cualquier momento una enfermedad atroz; todo lo contrario. Eso era lo que Ryo Watenabe esperaba que ocurriera tarde o temprano. Aunque ahora, gracias a la Sociedad del Escudo y al *Ronsho Journal*, albergaba la esperanza de poder terminar sus días siguiendo el ejemplo de Ken Kimura.

Cuando Elle Bartlett salió del despacho de abogados tuvo la impresión de que el viento de la mañana arrojaba rayos solares sobre su rostro, pues de inmediato comenzaron a arderle las mejillas. Claro que buena parte del efecto era fruto de su propio azoramiento. El señor Holik acababa de comunicarle que, además de la casa, era beneficiaría de 750 000 dólares depositados en una cuenta cifrada en las islas Caimán. Considerando que nadie se hacía rico con el sueldo de profesor universitario —ella misma lo era—, resultaba imposible que su padre hubiese amasado por los cauces legales aquella enorme suma de dinero. Por no mencionar el sinsentido de que los fondos estuviesen depositados en un banco de las islas Caimán y en una cuenta cifrada. Obviamente tuvo que recibir una clase de banca *offshore* sobre la marcha, pues por descontado desconocía que una cuenta cifrada sirviese para sustituir la identidad del titular por un código que sólo él y el ejecutivo del banco conocían, con el propósito de evitar la vinculación de la cuenta con su propietario y protegerlo así de la injerencia de su Estado de origen o de otras personas hostiles. Y cuando reclamó una información más exhaustiva sobre la procedencia de aquel dinero, el señor Holik aseguró saber sólo que había sido transferido desde Japón, hacía muchos años, tal vez más de veinte, y que en todo este tiempo su padre no había realizado movimiento alguno, por lo que los intereses habían ido creciendo y creciendo, de los 500 000 dólares iniciales a los 750 000 actuales. Eso era todo.

De buena gana Elle se hubiera dirigido al cementerio, desenterrado a su padre y pedido una explicación, pero como algo así no era posible buscó refugio en una cafetería para poner las ideas en orden. Una cosa parecía clara, su padre había organizado aquello adrede con el propósito de trastocar su mundo incluso después de fallecido. Por descontado, el profesor Bartlett conocía a la perfección cuán sensible era y lo mucho que cualquier acontecimiento imprevisto le afectaba. Trató de ponerse en el lugar de su padre y lo imaginó reflexionando sobre la reacción que ella tendría cuando el señor Holik le comunicara que había heredado tres cuartos de millón de dólares depositados en una cuenta cifrada. Sí, su padre sabía perfectamente que su primera reacción sería la de rehusar el dinero, y la segunda devolverlo, en caso de que eso fuera posible. ¿Por qué entonces le había dejado aquel dinero? ¿Con el propósito de que lo devolviera? Pero ¿cómo? ¿A quién? Lo único que sabía era que el dinero procedía de Japón y que había sido transferido hacía más de veinte años. Tanto su padre como ella habían vivido en Japón durante la posguerra, cuando el profesor Bartlett tomó parte en el Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente, evaluando psiquiátricamente a quienes iban a ser juzgados como criminales de guerra. Un trabajo que le había llevado más de dos años y medio, desde marzo de 1946 hasta noviembre de 1948. ¿Estaba la clave en esas evaluaciones? ¿Acaso su padre había aprovechado su estancia en Japón para implicarse en algún negocio relacionado con el mercado negro? Para averiguarlo tendría que examinar los

archivos del profesor Bartlett, siempre y cuando conservase los informes de aquella época.

Ryo Watenabe había oído hablar por primera vez de Yukio Mishima en la Gakushuin (la Escuela de los Pares), donde este, como él mismo, había sido un alumno brillante, hasta el punto de recibir un premio de manos del emperador. A partir de entonces su interés por el personaje fue creciendo hasta convertirse en devoción. Una y otra vez Watenabe releía las novelas de Mishima, pues se veía reflejado en ellas. Sobre todo se identificaba con aquellos personajes, casi todos los principales, que chocaban de frente contra la incomprensión de la sociedad. En las obras de Mishima, la muerte violenta era expresión de la belleza última, y los jóvenes apuestos que aparecían en ellas solían sufrir penosas vicisitudes. ¿No era ese su caso? ¿Acaso el hecho de ser un *hibakusha* no había cercenado su futuro e impedido que fuese él mismo? Sí, los personajes de Mishima tenían mucho en común con su persona. Por eso, cuando leyó en el *Sunday Mainichi* que el escritor había organizado un ejército privado al que había bautizado con el nombre de *Sociedad del Escudo*, no dudó en alistarse. El hecho de que la sede de dicho ejército estuviera en el Ichigaya Memorial Hall, una antigua escuela militar que los norteamericanos habían transformado en la sede del Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente, era todo un símbolo que le hacía sentir aún más orgulloso de pertenecer a la Sociedad del Escudo, pues en una de las salas de aquel edificio había sido enjuiciado su padre. Gracias a la iniciativa de Mishima y al entusiasmo de jóvenes como él, Japón recuperaría la dignidad, de la misma forma que ellos habían vuelto a tomar el control de aquel emblemático edificio.

La primera vez que tuvo delante al autor de *Confesiones de una máscara* y *El pabellón de oro*, experimentó una emoción comparable a la que sintió cuando tuvo el honor de ver al emperador en persona. De hecho, para Ryo Watenabe no había nadie más decisivo en la vida de Japón, después del emperador, que el propio Yukio Mishima. Tal era la fe que tenía depositada en el líder de la Sociedad del Escudo que ni siquiera cuestionó el diseño del uniforme, de color marrón amarillento e hileras de botones de latón que se iban estrechando a la altura de la cintura, más propio de la equipación de unos bailarines que de la de unos verdaderos soldados.

En cuanto a Mishima, también sintió una inmediata atracción hacia el joven Watenabe, pues no en vano había sobrevivido a la bomba nuclear y pasado unos cuantos años en un orfanato, mientras su padre, su único familiar vivo, cumplía condena en la prisión de Sugamo acusado de ser un criminal de guerra de clase B por haber participado de manera activa en la llamada *matanza o rapto de Nankín*. Como la mayoría de japoneses, Mishima no creía que se hubiese perpetrado semejante matanza, con lo que a sus ojos los condenados —entre ellos el señor Takuma Watenabe— por haber tomado parte en la misma no eran verdugos, sino víctimas de las potencias enemigas del Japón. La vida del joven Watenabe, por lo tanto, era la de un héroe incomprendido y solitario, marcado por unas heridas imborrables,

semejantes a las que había sufrido el propio país, que podía encajar a la perfección en una de sus novelas. De hecho, quedó impresionado cuando el joven desnudó su torso para probarse el uniforme de la Sociedad del Escudo y afloraron un sinnúmero de cicatrices, fruto de las quemaduras, que adornaban su espalda. Fue entonces, al visionar aquel espantoso mapa del sufrimiento dibujado sobre la piel del muchacho, cuando comprendió el verdadero alcance de su introspección y la magnitud de su belleza. Ryo Watenabe había tenido la muerte más dolorosa y violenta que cabía imaginar y, en consecuencia, también la más hermosa, pero al mismo tiempo había logrado resurgir de sus cenizas cual ave fénix para convertirse en un modelo, en un símbolo. Muerte y resurrección. En cierta forma, al propio Mishima, que no había tomado parte en la guerra de manera activa por una dudosa afección pulmonar, le habría gustado disponer de unas heridas como aquellas en su propia carne, prueba visible de su conciencia lacerada y de las afrentas y padecimientos que había tenido que soportar la nación.

Sin embargo, el espíritu doliente del muchacho había encontrado un entretenimiento en la persona de Ken Kimura, joven impostado que no dejaba de tratar de sorprender tanto a sus superiores como al resto de compañeros de la Sociedad del Escudo con acciones y gestos que estaban fuera de lugar. De hecho, Mishima estaba un tanto molesto con Kimura por haber acaparado demasiado protagonismo durante las maniobras que el grupo al completo había llevado a cabo en las laderas del monte Fuji. En una ocasión, se despojó de su casaca y se untó el cuerpo con nieve; en otra, se sumergió en una poza de agua helada, donde permaneció hasta que su cuerpo dio síntomas de hipotermia.

Mishima acababa de comer cuando Ryo Watenabe, perfectamente uniformado, se le acercó con el cuerpo inclinado y los brazos estirados, en cuyas manos portaba un objeto envuelto en un pañuelo manchado de sangre.

—¿Qué es esto que me ofreces? —preguntó el escritor, quien no esperaba ninguna visita a esa hora.

—Es el *tanto* que Ken Kimura utilizó esta mañana para su haraquiri. Me pidió que le entregara el cuchillo —respondió el discípulo con un tono de voz que evidenciaba el respeto que sentía por las propias palabras que salían de su boca.

—¡Maldita sea! —bramó Mishima al tiempo que sus ojos se encendían como si hubieran sido sorprendidos repentinamente por la fiebre—. ¿Y tú por qué se lo has consentido? ¡Tenías que haberme avisado...!

—Ken Kimura me pidió hace unas semanas que fuera su ayudante en el suicidio —expuso Watenabe sin levantar la vista del suelo—. Mi padre fue ayudante en el suicidio ritual de un camarada de armas cuando combatía en China y siempre se sintió orgulloso de ese hecho, así que tomé su ofrecimiento como un honor.

—¡Maldita sea! —volvió a quejarse el escritor—. Ya sabía yo que Kimura iba a darnos problemas. Ése joven siempre se ha comportado como un caballo salvaje. Era demasiado impetuoso. ¿Cuántas personas están al tanto de lo ocurrido?

—Sólo usted y yo, maestro. Su cuerpo aún permanece en el bosque de Aokigahara.

Mishima estudió con detenimiento la hoja del cuchillo y, tras envolverlo de nuevo en el pañuelo ensangrentado, dijo:

—Está bien. Recuperaremos su cuerpo y no diremos nada.

Conforme avanzaba la conversación, más desconcertado se sentía Watenabe, pues no en vano tanto Ken Kimura como él mismo habían visionado una veintena de ocasiones el film *Patriotismo*, basado en un relato de Mishima, donde el propio escritor interpretaba el papel de un oficial que se hacía el haraquiri. ¿No era lo más importante estar comprometidos con la acción, pues sólo actuando podían restituirse los antiguos valores nacionales?

—¿Nada? Entonces su muerte habrá sido en balde —objetó el joven sin ocultar su decepción.

¿Acaso no era eso lo que merecía aquel díscolo joven que se había quitado la vida por su cuenta, sin contar con nadie?, se preguntó Mishima.

—Tengo planes para la Sociedad del Escudo, pero si se llegara a conocer el suicidio ritual de Kimura, se echarían a perder —expuso el escritor.

—¿Qué piensa decirles a sus familiares?

Mishima tardó un minuto en improvisar un plan, que expuso con las espesas cejas negras arqueadas.

—Dirás que fuisteis a bañaros de noche a la playa Shonan y que mientras nadabais la corriente os arrastró y Kimura se ahogó. Buscarán el cuerpo, pero no lo encontrarán. Aunque abrirán una investigación, tendrán que conformarse con tu testimonio.

—A sus órdenes —dijo Watenabe sepultando la cabeza de nuevo en el pecho.

—Ahora escucha con atención. Lo mejor será que en los próximos meses no te acerques por aquí. Es posible que la policía te investigue y siga tus pasos hasta que dé por cerrado el caso de Kimura. Eres un «atomizado», presides una fundación de ayuda a las víctimas del holocausto nuclear, y eso te da ciertas ventajas, puesto que ahora el gobierno os trata como frágiles porcelanas que hay que impedir que se rompan a toda costa. En mi opinión, deberías realizar una nueva aportación de capital a la fundación que regentas, y manifestar que lo haces para dar gracias a los *kamis* por haber salvado la vida por segunda vez. Instálate en Hiroshima unos cuantos meses, déjate ver por allí. Signifícate con acciones que llamen la atención de los poderes públicos locales. Eso hará que la policía mire hacia otro lado.

Ahora el muchacho sintió una gran contrariedad, pues pensaba mitigar el dolor por la pérdida del amigo estrechando lazos con otros miembros de la Sociedad del Escudo.

—Pero mi vida es la Sociedad del Escudo. Yo prefiero donar mi dinero a *nuestro* ejército —se pronunció, al tiempo que las manos comenzaban a temblarle como lo habían hecho en el bosque de Aokigahara cuando esgrimió la espada y su mirada se

detuvo en el cuello de su amigo.

—Lo sé. Pero después de lo ocurrido con Kimura no es el mejor momento. Una inyección de capital provocaría que la policía sospechara de nuestra organización. Estoy pergeñando un plan que abrirá los ojos a nuestros militares, de forma que se vean obligados a forzar la revocación de la Constitución instigada por los norteamericanos. La finalidad es que el actual Ejército de Autodefensa vuelva a llamarse Ejército Imperial y a recuperar las atribuciones de una hueste convencional. Pero quiero hacerlo a mi manera, en el momento oportuno, y para eso es imprescindible no tener a la policía pisándonos los talones.

—Lo que Kimura quería poner de manifiesto con su muerte era precisamente su descontento ante situaciones como esta —observó Watenabe.

—El problema radica en que Kimura ha debido consultar conmigo lo que pensaba hacer. Yo era su mentor y jefe militar. Todos estamos dispuestos a dar nuestras vidas por Japón, pero ha de ser en el momento oportuno. Las cosas no se pueden hacer tan a la ligera. Nadie ha vuelto a practicarse el haraquiri desde que terminara la guerra, hace ya más de veinte años de eso, así que imagina el revuelo que se armaría si se divulgara la noticia de que uno de los miembros de la Sociedad del Escudo ha completado el ritual, desentrañándose primero y haciendo que un compañero le cortara la cabeza después. Todas las miradas se centrarían en nuestras actividades. Nos llamarían fanáticos y nos tomarían en serio, cuando lo que ahora mismo nos interesa es lo contrario. ¿Acaso crees que no soy consciente de que nuestros uniformes son más propios de un ejército de payasos que de un grupo de fieles servidores del emperador? Pero que vistamos de forma estafalaria y que realicemos paradas militares en la terraza de un teatro nos da la ventaja que buscamos. Para todo el mundo somos *boys scouts* y *no samuráis*.

Por primera vez desde que se alistara a la Sociedad del Escudo, Watenabe recordó las palabras de reproche que su padre le había dedicado a una organización que calificó de folclórica y esperpéntica: «El imperialismo romántico es algo que encaja muy bien en las novelas de tu amigo Mishima, pero carece por completo de sentido en el mundo actual. Es cosa del pasado. Muchas de las obras de ese escritor son propias de un hombre anormal y narcisista. Así que si frecuentas su compañía, terminarás convirtiéndote en un individuo igualmente anormal y narcisista», dijo.

Consciente de que aquel pensamiento iba en contra de la fe inquebrantable que sentía por la Sociedad del Escudo y lo que representaba, decidió conjurarlo cantando un párrafo del himno de la milicia: «En verano con el rayo / en invierno con la helada / al pie del monte Fuji / hemos venido bien preparados. / Aquí aguantamos nosotros los jóvenes soldados / aquí aguantamos bien armados. / El espíritu puro del antiguo Yamato / es el arma que portamos. / En nuestras espadas bien templadas / resplandece el matiz del cielo. / ¡Vamos audazmente adelante / con nuestro escudo al frente!».

Elle Bartlett tardó tres horas en encontrar las llaves de los archivadores y ordenar los ficheros de su padre, y otras tantas en segregar los cuadernos de notas correspondientes a los Juicios de Tokio, que bajo el epígrafe «Japón 1946-1948-1», «Japón 1946-1948-2», etc., sumaban una cincuentena. Era la primera vez que Elle revisaba el trabajo de su padre, y además de sentir que estaba allanando un terreno prohibido se sorprendió por el trazo de la letra, diminuta pero clara. Los renglones, perfectamente alineados, conferían al texto un aire de pulcritud y rectitud propias de la personalidad de su padre.

Abrió el cuaderno número 1 y leyó al azar:

*Según Edmund, un extranjero jamás llega a comprender en su totalidad la mentalidad japonesa, y pone como ejemplo la expresión sai-kai, que significa al mismo tiempo: «prestigio», «precio real», «moneda de oro», «vacaciones», «verano», «esencia», «pastelería», «himno», «casa paterna», «cordonería» y «fuego sagrado».*

*También asegura que los primeros interrogatorios de los criminales de guerra han resultado un grandísimo fiasco, pues cuando se les preguntaba a los acusados respondían que sí a todas las preguntas, y cuando se les volvían a formular las mismas cuestiones para verificar las respuestas, entonces respondían que no con la misma naturalidad. A. Holik, el ayudante de fiscal, opina lo mismo: los japs son inescrutables e impredecibles. Ni siquiera El crisantemo y la espada, el libro de Ruth Benedict, puede sacarnos del atolladero, puesto que lo que ha hecho esta antropólogo es estudiar la cultura japonesa «a distancia». Algunas aportaciones son interesantes, pero otras difieren mucho de la realidad. No sé dónde vamos a encontrar a un observador competente que pueda echarnos una mano.*

Y unas páginas más adelante, volvió a leer:

*8.30 a. m. Reunión con A. Holik antes de enfrentarme a mi primera evaluación.*

*El paciente, el señor A... parece una persona normal, que se define a sí mismo como un buen padre de familia, amado por sus hijos y esposa. No reconoce haber causado ningún mal durante la guerra. Según él, se limitaba a recibir órdenes y a darlas, siguiendo la cadena de mando. Es evidente que cree ser una persona normal que no ha hecho nada malo, a la que incluso contraría escuchar hablar de cierta clase de atrocidades. Como ha señalado*

*el profesor Manslow, la enfermedad puede consistir muy bien en no tener síntomas cuando deberían tenerse. No tener síntomas de una enfermedad no significa estar sano. Ésa es una de las señas de identidad de la mayoría de los criminales de guerra: creen ser y se comportan como personas normales. No obstante, me ha bastado formularle una serie de preguntas banales para entrever en el señor A. Los síntomas del «síndrome autoritario»: egocentrismo, crueldad, ausencia de remordimientos y polarización social (idealización del grupo de pertenencia y estigmatización de los grupos oponentes).*

*En la segunda sesión, el señor A. Ha comenzado a culpabilizar a las víctimas. He intentado indagar sin éxito si el paciente había padecido algunas disfunciones sociales como maltrato infantil o violencia interparental.*

*En la tercera sesión, el señor A. Me ha dicho que prefiere no hablar de la guerra ni de las cosas malas, porque haciéndolo se ensuciaría el nombre de Japón. No obstante, ha asegurado que en el ámbito militar no existe la responsabilidad individual, sólo la colectiva, y ha puesto un ejemplo: «Cuando un soldado fallaba, era toda la compañía la que era castigada, porque el error individual no se contemplaba dentro de nuestra concepción de la acción militar». Eludir la responsabilidad individual escudándose en el grupo como elemento aglutinador es otra de las características de los criminales de guerra.*

*Por la tarde, en compañía de A. Holik y de otros fiscales y evaluadores, hemos asistido al visionado de la película propagandística Japón ante la Emergencia Nacional. Se trata de que nos impregnemos de la mentalidad nipona. Una joven occidentalizada que fuma y baila simboliza los corruptos valores de nuestra civilización. Digamos que el film era bastante ingenuo, como lo eran también las producciones de nuestro Alto Estado Mayor, aunque efectivo para el público al que iba dirigido el mensaje.*

Elle se llevó un sobresalto cuando encontró repetidamente el nombre de A. Holik en aquellos cuadernos. ¿Se refería su padre a Arthur Holik, el abogado? ¿Por qué entonces el señor Holik no le había dicho nada? Si como parecía el abogado había coincidido con su padre en Japón, tenía que saber mucho más sobre ese dinero de lo que había reconocido.

Arthur Holik había contemplado la posibilidad de que Elle Bartlett se quedara aquel dinero sin más, sin hacer preguntas, pero en cuanto la vio sentada en la sala de espera de su despacho comprendió que se enfrentaba a una persona tan terca como su padre, de modo que lo mejor era zanjar aquel asunto de una vez por todas.

—Tenía que intentarlo —dijo el abogado tomando la iniciativa—. Pensé que se conformaría con saber que el dinero procedía de Japón, pero ya veo que tendré que

darle unas cuantas explicaciones. ¿Cómo ha sabido que...? Bueno, me temo que la pregunta es absurda.

—En cuanto abandoné su despacho, fui a revisar los archivos de mi padre —expuso Elle—. Su nombre aparece citado en numerosas ocasiones: «A. Holik, ayudante del fiscal en los Procesos de Tokio».

—Fui uno de tantos fiscales, de la misma manera que el profesor Bartlett fue uno de tantos evaluadores.

Todo el mundo cree que el Tribunal Penal Militar Internacional para el Lejano Oriente se limitó a enjuiciar a poco más de veinte criminales de clase A, pero no fue así. Hubo que juzgar a otros cinco mil hombres como criminales de guerra de clase B y clase C. Fueron necesarios muchos fiscales y muchos evaluadores psiquiátricos, puesto que era frecuente que los acusados trataran de hacerse pasar por dementes. Argumentaban padecer alguna clase de trastorno mental, con tal de librarse de la cárcel. En fin, las cosas no son siempre tan simples como pueden parecer, sobre todo cuando el paso del tiempo nos brinda una nueva perspectiva. Si me lo permite, voy a exponerle sucintamente cómo eran las cosas en Japón en 1946. Entonces medio millón de soldados norteamericanos formábamos una fuerza de ocupación suficiente para dominar la situación sin cortapisas. Eso, naturalmente, fue determinante en la confección del Tribunal Penal Militar para el Lejano Oriente, cuyos miembros eran en su gran mayoría de nuestra nacionalidad. Se trataba de establecer la inocencia o culpabilidad de los acusados después de un proceso tan desapasionado como lo permitieran los tiempos y los horrores a los que nos enfrentábamos. Eso sí, evitando en todo lo posible las tácticas obstructivas y dilatorias a las que solían recurrir los acusados de esta clase de procesos. Al menos, esas fueron las instrucciones que recibimos del Fiscal Principal. Sin embargo, una vez comenzamos a organizar el entramado de aquel gigantesco proceso, recabando pruebas y testimonios y organizando su instrucción, hicimos un descubrimiento: Japón había aceptado el Tribunal de Tokio como condición impuesta por las potencias aliadas para el fin de la guerra, pero los veredictos de este tribunal no iban a tener relación con la legislación interna del país. En pocas palabras, quienes fueran condenados por dicho tribunal no serían criminales de guerra bajo la ley japonesa. De hecho, nunca han sido considerados como tales. Para colmo, la intención inicial de «desnazificar» el Japón y dotar al país de una auténtica democracia por parte de nuestras autoridades quedó en suspenso por una razón de peso: el peligro de que las ideas comunistas arraigaran entre el pueblo. Las clases medias se habían empobrecido con la guerra y eran el caldo de cultivo propicio para que germinara la ideología bolchevique. Desde luego no se trataba de una preocupación baladí, como lo demuestra el hecho de que los comunistas japoneses intentaran una revolución violenta años más tarde, a comienzos de los sesenta. De modo que los juicios fueron, en gran medida, una gran farsa, porque quienes estaban acusados de ser criminales de guerra eran los mismos que habían de sacar el país adelante para que Japón no cayera en las garras de Stalin. Sí,

hubo unos cuantos condenados a muerte, los llamados criminales de guerra de clase A, peces gordos que tenían que ser sacrificados de cara a la opinión pública internacional, pero se trató de un número simbólico. También hubo algunas decenas de condenados a muerte entre los criminales de clase B, pero la mayoría se libró del castigo que en realidad merecían. El grueso fue condenado a penas de prisión y recobró la libertad al cabo de pocos años; en algunos casos, meses.

—¿Y dónde encaja en esta historia el asunto del dinero? —interrumpió Elle.

—Digamos que algunos de nosotros estábamos en desacuerdo con esta forma de impartir justicia, así que ideamos un plan para que ciertos criminales no se fueran de rositas. Los chinos, que habían padecido las mayores atrocidades imaginables de parte de los japoneses, organizaron su propio proceso en su territorio. Un tribunal mucho más ecuánime y severo con aquellos oficiales japoneses que habían tomado parte, sobre todo, en la matanza de Nankín. Ejecutaron a unos cientos de personas entre colaboracionistas, oficiales y mandos japoneses. No obstante, muchos militares implicados directamente en las matanzas cometidas en suelo chino habían logrado huir, en muchos casos utilizando nombres falsos, y ahora estaban en nuestras manos, así que les hicimos pagar ciertas sumas de dinero a cambio de no revelar sus verdaderas identidades. En principio, la idea era donar de manera anónima esos fondos a las asociaciones que se ocupaban de nuestras viudas y huérfanos de guerra, pero hubo quien no cumplió con su parte del trato.

Conforme más tiempo pasaba en compañía del señor Holik, mayor era la sensación que tenía Elle de encontrarse en pleno intercambio de reproches con su padre.

—¿Se refiere al profesor Bartlett?

—También a otros. Digamos que el profesor Bartlett sufrió una transformación cuando tuvo conocimiento del daño que las bombas de Hiroshima y Nagasaki habían causado entre la población civil. Se le metió en la cabeza que, en cierto modo, nuestros gobernantes merecían sentarse en el banco de los acusados tanto como los propios criminales de guerra japoneses. Obviamente, si hubiera destinado el dinero recaudado por él a la reparación de las víctimas de los ataques nucleares, hubiera puesto en entredicho (y también en peligro) nuestra causa, cuya finalidad era, como acabo de decirle, que aquel «botín de guerra», si me permite llamarlo así, revirtiera en las familias de nuestros muchachos caídos en el frente, así que le pedimos que congelara los fondos recaudados por él sine die. Luego llegó la hora de marcharnos de Japón y de separarnos y, una vez de regreso en casa, olvidamos aquel asunto y rehicimos nuestras vidas con la conciencia limpia por haber hecho lo mejor en la búsqueda de la verdadera justicia.

—De modo que fiscales y psiquiatras chantajearon a criminales de guerra a cambio de proporcionarles inmunidad —observó Elle.

—No es exactamente así. Esos criminales contaban con la dispensa de los tribunales antes incluso de que comenzaran los juicios. Los japoneses no reconocían

haber cometido ninguna matanza en Nankín, al menos no en los términos expuestos por los chinos, por lo que no hubieran aceptado las extradiciones. En aquellos días era de vital importancia que nuestras relaciones con Japón fueran cordiales y fluidas, puesto que habíamos ocupado el país. Para que las cosas funcionaran era imprescindible que los japoneses colaboraran con nuestro gobierno, así que éramos duros y a la vez condescendientes. No olvide que, para colmo, éramos los responsables de lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki, así que cualquier chispa hubiera encendido la llama antinorteamericana. Nuestro trabajo se parecía mucho al de un funámbulo caminando por el alambre. Sin embargo, encontramos un resquicio, una forma de hacer pagar parte de sus crímenes a aquellos hombres. Pusimos las cartas sobre la mesa, les comunicamos que conocíamos sus verdaderas identidades y que si no se avenían a cumplir nuestras exigencias, una lista con sus nombres sería entregada a las autoridades chinas, quienes probablemente darían órdenes de que fueran secuestrados y conducidos a China para ser de nuevo juzgados. De hecho, en los procesos de Tokio se había puesto en práctica un nuevo método de actuación, que consistía en enviar a los criminales al lugar de sus acciones para que fueran allí juzgados. Ése fue el caso del general Yamashita, que fue devuelto a Filipinas, y el de los responsables de las crueldades cometidas en Manchuria, que fueron entregados a los aliados soviéticos debido a una cuestión de competencia territorial. En total, si no recuerdo mal, casi mil trescientos acusados comparecieron en tribunales militares aliados. Sí, a los criminales de guerra japoneses que cometieron sus atrocidades en suelo chino les resultaba mucho más seguro pagar un poco de dinero del botín obtenido en China antes que enfrentarse a la posibilidad de ser extraditados.

—Comprendo.

—No, no lo comprende, pero da lo mismo. No había vuelto a ver a su padre hasta hace cosa de seis años, cuando se presentó aquí para decirme que tenía cáncer y que aún conservaba el dinero. Francamente, me llevé una desagradable sorpresa. Le dije que yo no era ningún confesor y que qué demonios pensaba hacer con ese dinero tras su muerte. Me respondió que lo había estado meditando y que había llegado a la conclusión de que lo mejor era dejarle el dinero a usted, puesto que haría exactamente lo contrario de lo que él hubiera hecho, y que eso, en suma, era lo más correcto. Por descontado, el otro día evité mencionarle esta parte, puesto que me creía en el derecho de que mis deseos también contaran, y lo que yo deseo es que usted se olvide de esta conversación y disfrute de ese dinero.

—Usted sabe perfectamente que eso no es posible. Se trata de un dinero sucio por partida doble. ¿Conoce los nombres de los hombres a los que extorsionó mi padre?

—Nunca intercambiábamos esa clase de información por una cuestión de seguridad. Cada uno tenía asignado un grupo de acusados. Las evaluaciones que hacía su padre pasaban a manos de otro fiscal que no era yo. Una persona que no estaba implicada y que armaba la acusación, en gran medida, en función del dictamen psiquiátrico del profesor Bartlett. No obstante, recuerdo que solíamos referirnos a los

*japs* con apodos, con nombres en clave de animales y cosas así. En alguna ocasión, nos referíamos a ellos utilizando el número de expediente. ¿Acaso pretende buscar a esos hombres? No olvide que eran criminales de guerra y que ahora, por el contrario, son hombres muy poderosos en su país.

—Es evidente que todavía no sé qué voy a hacer, señor Holik, pero saber a quiénes extorsionó mi padre tal vez me ayude a la hora de encontrarle el destino más apropiado a su dinero.

—No creo que el profesor Bartlett haya dejado escritos los nombres de esas personas en sus cuadernos de notas —ironizó el señor Holik.

—El suyo, en cambio, sí lo dejó escrito.

—Es distinto. Mi nombre no prueba nada.

—Yo creo que sí prueba algo: su complicidad.

—Su padre y yo sólo fuimos cómplices en nuestro anhelo de que se hiciera justicia, aunque para conseguirlo tuviéramos que quebrantar la ley. Por cínicas que puedan parecer mis palabras, fui fiscal y ahora soy abogado y puedo asegurarle que a veces la justicia y las leyes no juegan en el mismo equipo. Sí, tal vez pecamos de ingenuidad, pero el Tribunal de Tokio era en sí mismo una afrenta para la justicia. Ni nosotros ni los japoneses quedamos satisfechos con los resultados, lo que evidencia la magnitud del fracaso. Le pondré un ejemplo, dos de los condenados como criminales de guerra de clase A, es decir aquellos que habían sido acusados de haber cometido crímenes contra la paz, acabaron siendo ministros en los gobiernos de la posguerra. Recuerdo también el caso de un tal Yasuno Chikao, quien se hizo fotografiar un instante antes de decapitar con su catana a un sargento australiano. Fue sentenciado a morir en la horca; sin embargo, la pena le fue conmutada por diez años de prisión. Así eran las cosas. Le aseguro que no me arrepiento de lo que hice. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Es usted abogado, respóndame a una cuestión: ¿Qué pasaría si pusiera en conocimiento de la policía esta conversación?

Arthur Holik sonrió maliciosamente.

—No pasaría nada, señorita Bartlett, al menos nada relevante. Técnicamente, es usted mi cliente, con lo que jamás podría revelar esta conversación. Por no mencionar que los delitos fueron cometidos en otro país, bajo la jurisdicción internacional, hace ya casi veinticinco años. ¿De verdad cree que alguien en la actualidad estaría dispuesto a remover un asunto como este? Japón es en la actualidad uno de nuestros primeros socios comerciales. Vuelvo a decirle lo mismo otra vez: tome ese dinero y disfrute de la vida.

—Sólo quería conocer su punto de vista. Sé que destapar un caso de esta naturaleza me acarrearía muchos quebraderos de cabeza, así que voy a seguir su ejemplo: impartiré justicia a mi manera. ¿Acaso no era eso lo que mi padre esperaba que hiciera?

La pregunta, que iba dirigida al profesor Bartlett y no al señor Holik, quedó sin

respuesta.

—Anguila. Señor Anguila —se descolgó el señor Holik cuando Elle ya se había levantado para marcharse—. Así se llamaba uno de los criminales de guerra que más interés suscitó en su padre. El señor Anguila fue uno de nuestros mayores donantes de fondos, pues establecíamos las tarifas en función de la magnitud de los crímenes que ocultaban. Es probable que aún siga vivo. Tengo negocios en Japón. Soy abogado de varios consorcios con negocios tanto en suelo japonés como norteamericano. Si lo desea puedo hacer algunas preguntas.

—¿Haría eso por mí? —preguntó entonces Elle sin ocultar su sorpresa.

—A cambio tendrá que prometerme que llevará este asunto con la máxima discreción y que no molestará a las personas o instituciones que se vieron beneficiadas en su día de nuestras «donaciones». Usted centra su investigación en lo que concierne al dinero que le ha legado su padre y yo, a cambio, le echo una mano. Le daré un nombre, y a través de ese nombre conseguirá otros nombres. ¿Conforme?

—Conforme. Aunque me resulta extraño que se ofrezca a ayudarme cuando hace un minuto ha asegurado no preocuparle lo que pudiera hacer precisamente por el tiempo transcurrido y el poco interés de nuestras autoridades por remover un asunto como este.

—Y así es. No lo hago por temor a las consecuencias legales. No obstante, ha de tener en cuenta que todos los que tomamos parte en aquel «incidente» estamos jubilados o a punto de pasar a la reserva. En muchos casos, tenemos problemas de salud, marcapasos y cosas de ese jaez. Creo que nos hemos ganado pasar tranquilos los últimos años de nuestra existencia, sin ser molestados por...

Holik interrumpió bruscamente su discurso.

—... una mujer como yo —completó la frase Elle.

Ahora el abogado encogió los hombros en señal de asentimiento.

—Una joven tan parecida a su padre. En cuanto tenga noticias, me pondré en contacto con usted.

Yukio Mishima pensaba en lo hábil que había sido al dividir aquella milicia en ocho secciones independientes, cuyos jefes sólo le rendían cuentas a él. Como cada sección contaba con unos diez miembros, limitaba que las rencillas o problemas entre sus miembros, la mayoría jóvenes universitarios de fuerte temperamento y pensamiento radical, contagiaran al resto. Gracias a que Ryo Watenabe era jefe de sección y superior inmediato de Kimura, ningún otro miembro de la Sociedad del Escudo, por lo tanto, estaba al corriente de lo ocurrido. Mishima era consciente de que en el caso de que el suicidio ritual de Kimura se hiciera público, la principal consecuencia, además de la repercusión en los medios de comunicación y en la propia policía, sería probablemente una desbandada de los miembros de la milicia, jóvenes en muchos casos inmaduros y contradictorios que creían que el valor consistía en levantar la voz más que su oponente. Así había ocurrido cuando, tras formalizarse la creación de aquella milicia en las oficinas del *Ronsho Journal*, la revista de los jóvenes universitarios de derechas donde habían sido reclutados los primeros miembros de la confraternidad, se cortaron las falanges de sus dedos y se bebieron la sangre derramada en una copa para sellar el compromiso: muchos prefirieron no llegar tan lejos. Otro tanto ocurrió cuando comenzó la distribución de los uniformes, algo que no fue bien visto por buena parte de los jóvenes. De modo que resultaba imprescindible ocultar lo sucedido si quería evitar una deserción masiva que podía resultar fatal para la supervivencia de la milicia.

Como precaución, Mishima hizo que Watenabe detuviera el coche frente a un teléfono público, desde donde llamó a Masakatsu Morita, un joven de su confianza miembro también de la Sociedad del Escudo, para que les echara una mano.

A Ryo Watenabe no le gustaba aquel individuo, precisamente por el gran ascendiente que ejercía sobre el maestro Mishima. El propio Ken Kimura, después de haber bebido una copa de sake de más, mientras planeaba su suicidio ritual, había insinuado que la relación entre Mishima y Morita era de naturaleza homosexual, como la de dos antiguos samuráis.

Después de que Morita se uniese a la pareja en el predio de la Universidad Waseda, el coche puso rumbo al bosque de Aokigahara.

Yukio Mishima respiró aliviado cuando, tras caminar con dificultad un kilómetro en dirección al corazón del bosque, comprobó que no había signos de vida en los alrededores. Por fortuna, Aokigahara tenía fama de lugar maldito, con lo que eran únicamente aquellos que querían acabar con sus vidas quienes se atrevían a internarse por entre la foresta. Ésa circunstancia les garantizaba no ser vistos mientras recuperaban el cadáver de Kimura, e incluso en el supuesto de que alguien los viera, acabaría pensando que formaban parte de una comitiva de fantasmas, pues no en vano aquel era uno de los lugares más encantados y lúgubres de Japón. Él mismo, que no era demasiado ducho en conocimientos sobre naturaleza, tenía la impresión de que

el paraje, sombrío y oscuro como ningún otro que hubiera hollado, le creaba una distorsión del sentido de la orientación, que se agudizaba cuando, cada cincuenta o sesenta pasos, al pisar el suelo, una alfombra de raíces y hojas cedía como si estuvieran caminando por arenas movedizas. La verdad era que no existía un sitio mejor que Aokigahara para ocultar un cadáver, pero de vez en cuando los leñadores de la zona visitaban las entrañas del bosque para recoger los cuerpos de los suicidas, con lo que se exponían a que los despojos de Kimura fueran más tarde o más temprano hallados.

Ryo Watenabe vomitó en cuanto tuvo al alcance de la vista la cabeza cercenada —que él mismo había cortado— de Ken Kimura, que incluso conservaba la vincha ritual con el símbolo del Sol naciente en medio. Mishima y Morita se adelantaron y, entre ambos, reunieron el cuerpo. Como ninguno había contemplado que el desentrañamiento implicaba que el paquete intestinal quedara a la vista esparciendo su fétido olor por todas partes, ambos hombres se cubrieron la nariz y la boca para no vomitar como había hecho Watenabe.

—No parece que seas muy diestro manejando la espada —dijo Morita a modo de reproche—. El hombro derecho de Kimura presenta un profundo corte.

El joven trató de recordar cuántas veces había hendido la hoja en el cuello del amigo hasta que la cabeza terminó por separarse del tronco, pero una fuerza superior se lo impedía. Por descontado, no guardaba un recuerdo cruento de la escena en su conjunto. Todo lo contrario. Había habido afecto y camaradería en cada uno de los pasos. ¿A qué venía, pues, aquella observación de Morita? ¿Qué podía saber aquel estólido estudiante universitario sobre el haraquiri?

—Es posible que tuviera que dar dos golpes, quizá hasta tres —reconoció Watenabe—. Pero no fue mi mano la que movió la espada, sino el corazón del *bushido*.

Mishima pensó que jamás habría considerado aquel bosque como parte del «camino del guerrero», por espiritual o metafórico que resultara el término. El *bushido* no tenía nada de sombrío; todo lo contrario. Se trataba de un código ético basado en la lealtad y el honor, y cualquier muerte derivada de estos principios era tan luminosa como el Sol que alumbraba Japón cada mañana.

—Bueno, no perdamos la calma. Ahora lo importante es llevar el cadáver hasta el coche —trató de contemporizar el escritor—. En cuanto a ti, Watenabe, nunca deberás preguntarnos qué hemos hecho con el cuerpo. Mientras menos sepas, mejor para todos. Ésta misma noche conducirás hasta la playa Shonan, te darás un baño y pasada la medianoche te dirigirás a una estación de policía para denunciar la desaparición de Kimura. Dirás que nadabais juntos, cuando la corriente os arrastró. Por descontado, hiciste todo lo que estuvo en tu mano por salvarlo, pero las fuerzas te abandonaron y a punto estuviste también de ahogarte. Cuando tengas que enseñarles el lugar donde ocurrió todo, dirígete a una escollera que hay al final de la playa, donde el mar rompe con más fuerza y las corrientes son más bravas.

—Tendré que mostrarle a la policía la ropa de Kimura, y esta está ensangrentada —observó el joven.

—Bueno, Kimura tiene mudas de ropa limpia en la sede de la Sociedad del Escudo. Pasaremos por allí y escogeremos las prendas más adecuadas. Y cuando vayas a tu casa a por el bañador, no olvides coger dos toallas de playa. Ya verás como todo sale bien.

Watenabe no puso ninguna objeción al relato, pues no en vano quien hablaba, según la opinión general, era el mejor fabulador de Japón.

Ingenuamente, el joven Morita sugirió recoger las colillas de los cigarrillos de la marca Peace que el escritor fumaba, pues eran una prueba de su presencia en aquel lugar. Watenabe se apresuró a obedecer, sin atender a la inconsistencia de aquel argumento.

Tuvieron que hacer el viaje de regreso con las ventanillas bajadas, pues tal era el olor que desprendían las entrañas de Kimura.

—Conduce con cuidado, evitando llamar la atención de la policía —recomendó el escritor.

Ante aquella situación inesperada, y mientras el coche rodaba despacio por la carretera que unía el monte Fuji con Tokio, Mishima recordó una frase que había incluido en un ensayo publicado en 1967: «El hombre de acción está destinado a soportar un largo período de esfuerzo y concentración, hasta rematar su vida con una acción final: morir... sea muerte natural o haciéndose el haraquiri». ¿Acaso no era eso lo que había hecho Kimura adelantándose a él mismo, su maestro? Por una parte, el joven merecía su reconocimiento, sin duda, pero por otra también su reproche, puesto que había superado con éxito la posibilidad de traicionarse a sí mismo, que era lo normal en esos casos. ¿Sería él capaz de seguir ese ejemplo, de mantenerse fiel a sí mismo hasta el último momento? Debería intentarlo con tanto esfuerzo como invertía en devolverle la dignidad a Japón.

—Cuando la policía dé por muerto a Kimura, mandaremos crisantemos blancos a la familia —dijo el escritor, como si hubiera decidido concederle una prerrogativa al cadáver que llevaban en el maletero.

Elle centró su búsqueda en el señor Anguila, el único nombre que había conseguido arrancarle al señor Holik. Puesto que su padre utilizaba letras del abecedario para referirse a sus pacientes, dedujo que el señor Anguila era el señor A... que tantas veces era mencionado en las notas.

En uno de los primeros apuntes, leyó:

*A. Holik ha encontrado a un testigo dispuesto a testificar en contra del señor A. Quiere que me entreviste con él y utilice la información que obtenga para apretarle las tuercas al prisionero.*

Y unas páginas más adelante, su padre había escrito:

*La actitud del señor A. Ha variado sustancialmente cuando ha tenido conocimiento del nombre del testigo que está dispuesto a testificar en su contra, un tal Kento Matsuda. Es como si este supiera algo de su pasado que pudiera comprometer su futuro.*

*El señor A. Está experimentando una evolución hacia una sintomatología ansiosa depresiva: pensamientos recurrentes e intrusos sobre la guerra y su verdadera identidad. ¿Amnesia histérica? Es una posibilidad a barajar.*

*El señor A... quien tomó parte en el suicidio ritual de un camarada de armas, asegura que después de decapitar a su compañero se le apareció el fantasma de una mujer llamada Wang Guifei. Cuando le he preguntado quién era la dama, me ha respondido: «Hablo de una de las consortes del emperador Hsuan Tsung, de la dinastía Tang, a quien, presionado por los miembros de su guardia personal, no le quedó más remedio que dejar que la ahorcaran, pese a estar profundamente enamorado de ella. Al parecer, había tomado parte en una conspiración contra su señor junto con otros miembros de su familia. Un poema de Bai Juyi titulado La canción de la pena sin fin cuenta la historia». Le pregunté entonces sobre el lugar donde había tenido lugar dicha aparición. «En Xian, junto al mausoleo que el emperador Hsuan Tsung mandó erigir en memoria de su amada», me respondió. «Fue allí donde llevamos a cabo el suicidio ritual». Estudiar el grado de propensión a la fantasía del paciente y la vivacidad de las imágenes que dice haber visto. Comprobar también si la aparición es de origen psicológico o parapsicológico. Cabe que se trate de una alucinación patológica, relacionada con factores psicológicos o aspectos médicos. Al margen de esto, el paciente lleva unos cuantos días haciéndome creer que padece un trastorno de identidad disociativo, pero es un mal fingidor. Es evidente que quiere provocar un diagnóstico favorable a sus intereses.*

8.30 a. m. Reunión con el grupo presidido por A. Holik. Les he puesto en

*antecedentes sobre el caso del señor A. Al finalizar, todos han coincidido en que se trata de una buena «presa» y me han deseado «buena caza».*

Elle experimentó un escalofrío al leer los últimos párrafos. Su vocación por la literatura oriental tenía su origen precisamente en una antología de poetas chinos de la dinastía Tang, que había encontrado en la biblioteca de su padre cuando apenas era una adolescente. De entre todos los poemas que aparecían en la miscelánea, el profesor Bartlett había subrayado uno, titulado precisamente *La canción de la pena sin fin*, de Bai Juyi. Con el paso de los años, ella no sólo había estudiado a este poeta, uno de los más grandes en lengua china de todos los tiempos, sino también los acontecimientos más relevantes de la dinastía Tang, entre los que destacaba, en efecto, la historia de amor condenado entre el emperador Hsuan Tsung y la bellísima Wang Guifei. Acusada de haber impulsado una rebelión contra su señor, la Guardia Imperial del emperador obligó a este a sacrificarla, mandándola ahorcar, si bien cuando el soberano volvió al lugar de la ejecución para recuperar el cuerpo de su amada para darle sepultura, no lo halló. Una versión de los hechos aseguraba que la dama había logrado huir y refugiarse en Japón, donde habría vivido hasta el final de sus días bajo el nombre de Yohiki. ¿Había comprado su padre aquella antología poética, que a la postre había servido para despertar su vocación, con el propósito de entender mejor al señor A... quien decía haber visto al fantasma de la bella Wang Guifei? De lo que no le cabía la menor duda era que aquellos comentarios evidenciaban el proceso que el grupo de fiscales y evaluadores psiquiátricos llevaban a cabo antes de proceder a extorsionar a los prisioneros.

Otro de los apuntes decía:

*Ésta mañana le he dicho al señor A. Que iba a tomarle una fotografía antes de empezar nuestra sesión. Acto seguido me ha preguntado por qué motivo. He esgrimido que teníamos dudas sobre su verdadera identidad y que íbamos a mandar la instantánea a China, para que algunos testigos locales pudieran corroborar lo declarado hasta el momento. El señor A. Me ha rogado encarecidamente que no le hiciera esa foto y que pensara si existía alguna fórmula para que su caso se resolviera de la manera más discreta posible, atendiendo a los intereses de las dos partes. Aseguró que no podía ser devuelto a China bajo ningún concepto, y que por supuesto estaba dispuesto a colaborar con nosotros de la manera que creyésemos más oportuna. Por último, dijo querer sincerarse. Definitivamente, sé quién es el señor A. Ya es completamente mío. No parece que resolver el asunto de su nueva identidad vaya a entrañar muchos problemas, puesto que lleva varios meses utilizándola con naturalidad. Todo el mundo cree que es quien dice ser.*

Era obvio que, fuera quien fuera el señor A... su identidad era falsa, pensó Elle. Recordó entonces que en la biblioteca de la Universidad de Harvard disponían de ediciones publicadas por el Departamento de Estado tanto sobre los procesos de Núremberg como del Tribunal Penal Militar para el Lejano Oriente.

La información que obtuvo sobre los Procesos de Tokio, sin embargo, se circunscribía a la causa de los veinticinco acusados como criminales de guerra de clase A, siete de los cuales fueron condenados a muerte y dieciséis a cadena perpetua. Otro en causado fue condenado a veinte años de prisión, y otro más a siete. Éste último, un tal Shigemitsu Mamoru, fue indultado en 1950 y nombrado ministro de Relaciones Exteriores poco después. En 1955, todos los prisioneros que por entonces todavía permanecían en prisión fueron puestos en libertad. Del resto de juicios apenas había noticias, menos aún listados de acusados o del personal que había participado en las distintas causas, ya fueran traductores, fiscales o evaluadores psiquiátricos. No obstante, la variada bibliografía a que había dado lugar dicho proceso ponía de manifiesto que el Tribunal Penal Militar para el Lejano Oriente seguía generando polémica, ya fuera por su estructura, objetivos y veredictos. En términos generales, se le reprochaba al tribunal haber eludido el asunto de la responsabilidad del Estado e individualizado cada causa, cada caso, con lo que el resultado del proceso no implantó el sentido de culpa entre los japoneses, quienes entre otros argumentos esgrimían que los vencedores se habían protegido a sí mismos de toda responsabilidad, con el único propósito de desacreditar la validez de las acusaciones vertidas sobre sus militares. En resumidas cuentas, leyendo aquellas opiniones y comentarios, podía comprenderse que un grupo de fiscales y evaluadores psiquiátricos hubieran decidido impartir justicia a su manera.

Ryo Watenabe no reconoció Hiroshima, no sabía muy bien si porque hacía veinticinco años que luchaba por arrancar de su memoria cualquier recuerdo de la ciudad, o por el simple hecho de que no le sonaba lo que veía. Claro que lo que determinaba el aspecto de una calle eran los edificios que la adornaban y éstos eran todos nuevos e impersonales. Si guardaba un recuerdo de la ciudad anterior a la bomba, era el de las casas de madera, que ahora habían sido reemplazadas por construcciones de hormigón similares a las de Tokio. Tenía que reconocer que, en más de una ocasión, había sentido la imperiosa necesidad de regresar a Hiroshima, pues allí habían tenido lugar los acontecimientos más importantes de su vida, pero su padre se lo había prohibido argumentando que hacerlo reabriría viejas y dolorosas heridas, y que para ganar el futuro era imprescindible mirar únicamente hacia adelante. El hecho de que, por iniciativa propia, pocos años más tarde, su progenitor hubiera creado una fundación para ayudar a los «atomizados», entre los que él mismo se encontraba, le llenó de orgullo, pero llegado el momento de la verdad, y tras cederle la dirección de la fundación, le hizo prometer que la dirigiría desde Tokio y que no pisaría Hiroshima hasta que él muriera. Pese a que desconocía por completo la clase de relación que su padre había mantenido con el resto de su familia, empezando por su madre, siempre había imaginado que debajo de su gruesa piel coriácea se escondía un hombre vulnerable que en todos estos años había sido incapaz de aceptar la desintegración de su mundo, de sí mismo, la pérdida de sus seres queridos, de ahí su negativa a pisar de nuevo Hiroshima. Por otra parte, en lo que a él le concernía, tenía que reconocer que el hecho de enfrentarse de nuevo a la ciudad le producía cierto temor, puesto que era allí donde habitaban los fantasmas de su infancia, la bomba en primer término y el orfanato después. Como consecuencia de todo esto, se había hecho hombre entonces, a pesar de no ser más que un niño.

Pero, al margen de los prejuicios de su padre para con la ciudad, había algo que este pasaba por alto a la hora de mostrarse intransigente: Hiroshima era el lugar donde habitaban los *hibakushas*, los «atomizados», es decir, sus iguales, y en ese sentido se había preguntado en numerosas ocasiones cómo sería vivir entre personas marcadas por la misma experiencia vital, puesto que su existencia había transcurrido dentro de una burbuja en la ciudad de Tokio.

Mientras que el coche que había ido a recogerlo a la estación seguía rodando por entre las calles del centro de Hiroshima en dirección a la sede de la fundación de la que era presidente, se dio cuenta de que tenía los ojos húmedos. El estridente sonido de las chicharras y el calor pegajoso le había hecho recordar su infancia y aquel infausto verano de 1945, que acabó confiriéndole a su existencia una hondura impropia para alguien de su edad. En realidad, le hubiera gustado compartir un momento tan especial tanto con Ken Kimura como con el maestro Mishima, pese a saber que algo así no era posible. Incluso se le ocurrió pensar que la reconstrucción

del Japón tradicional que con tanta vehemencia defendía debería comenzar precisamente en una ciudad como Hiroshima, destruida por la misma vesania extranjera que luego había esclavizado al país. Sí, no existía otro lugar más apropiado para iniciar un proceso de purificación, para el «resurgimiento».

A la altura de los almacenes Fukuya, le asaltó un vivido recuerdo. De pronto se vio caminando por la acera de la mano de su madre. Su hermana Maeko, dos años mayor que él, correteaba unos metros más adelante. Se dirigían a resolver un problema con la tarjeta para el racionamiento de arroz que habían recibido el 30 de junio y a llevar un reloj averiado a la relojería Shimomura, para lo que tuvieron que tomar el tranvía. Fue la última vez que salieron a la calle juntos. Acto seguido le sobrevino la imagen de su abuela materna abandonando la casa familiar en compañía de la pequeña Maeko, cuarenta minutos antes de que estallara la bomba. Antes de marcharse, su abuela abrió todas las ventanas correderas de la casa entre quejas, pues se preveía un día de mucho calor. No volvió a verla y jamás supo en qué circunstancias había muerto. Otro tanto había ocurrido con su abuelo paterno, al que la guerra había obligado a hacerse de nuevo cargo de los negocios familiares, puesto que sus hijos habían muerto o se encontraban peleando en el frente. Se levantaba a las seis de la mañana y a las siete ya estaba trabajando. Su cuerpo quedó sepultado bajo una tonelada de escombros de su propia oficina. La lista era interminable. Pensar en todos sus seres queridos desaparecidos en un segundo le hizo sentir una compasión inconmensurable, máxime cuando los cuerpos de muchos de ellos se habían volatilizado con la explosión. A continuación, le llamó la atención el edificio contiguo a los almacenes Fukuya, pues el solar que ocupaba, que *Little Boy* convirtió en una escombrera, acabó transformado en un improvisado crematorio después de la deflagración atómica. Durante más de un semana, el hedor de los cadáveres en descomposición se abrazó con el regusto acre que había impregnado la atmósfera tras la bomba, dando lugar a una suerte de efluvio (mezcla de putrefacción, cal, desinfectante y humo) que se adhería al olfato de los supervivientes como un implante. Inhaló todo el aire que pudo con cautela, pues todavía hoy, de vez en cuando, le sobrevenía aquella desagradable fragancia, como si se hubiera quedado fijada a su memoria olfativa para siempre y aflorara ante determinadas situaciones de tensión. Por ejemplo, el día de la muerte de su padre había percibido aquel olor. Sin embargo, el aire le llegó a los pulmones sin otra contaminación más que la que emitían los vehículos de motor y las fábricas. No obstante, tenía un regusto extraño en la boca, que relacionó con su necesidad de resarcirse después de tanto tiempo. Así las cosas, decidió que como primera medida ejecutiva ordenaría escribir una crónica pormenorizada de lo que había ocurrido en Hiroshima el 6 de agosto de 1945 y en los días posteriores. Reuniría el testimonio de miles de supervivientes y los difundiría por el mundo entero. También publicaría un álbum gráfico con las imágenes más impactantes. De esa forma, Hiroshima volvería a ocupar el lugar que le correspondía en la conciencia de los hombres. Por otro lado, de cara a la opinión pública, tenía en

mente negociar con el doctor Nokoaga la compra de objetos «atomizados» que este había ido reuniendo, de gran valor científico y sentimental, con el propósito de incorporarlos al patrimonio de la fundación.

Después de dejar la maleta en la habitación del Hotel New Hiroshima, se dirigió caminando hasta el Parque de la Paz, donde existía un cenotafio en cuyo interior habían sido escritos a mano los nombres de sus familiares, junto con los de otras setenta mil víctimas de la hecatombe nuclear. Oró durante una media hora, en silencio, y por último puso rumbo al Museo de la Bomba Atómica. Se detuvo delante del inmenso hongo de la entrada, que se apagaba y encendía de forma intermitente, y recordó una frase que el maestro Mishima solía esgrimir como modo de afrontar la existencia: «Morid con el pensamiento cada mañana, y ya no temeréis morir».

Elle detuvo el coche delante de la casa que se correspondía con la dirección que le había proporcionado el señor Holik, casi cuatro meses después de su última charla. Al parecer, no le había resultado fácil encontrar a alguien dispuesto a hablar, dado el tiempo transcurrido y la mala memoria que decían tener los posibles testigos. Lo cierto era que se trataba de un asunto delicado y nadie quería reabrir antiguas heridas. De hecho, el nombre que le dio el abogado fue el de un tal señor Steven O'Donnell, médico retirado, que había conocido a su padre en Japón, pero que ni siquiera había participado directamente en los Procesos de Tokio. La cuestión era que el señor O'Donnell vivía en Niágara Falls, Nueva York, por lo que había tenido que conducir casi ocho horas hasta dar con el lugar. Ahora se sentía exhausta, después de haber luchado durante las últimas cien millas contra ráfagas de viento, aguanieve y alguna que otra rama de árbol caída sobre la calzada. Al bajar del coche escuchó el rumor del caudal del río Niágara, que se precipitaba raudamente en dirección a las famosas cataratas.

Un hombre espigado de pelo cano, ojos azules de gruesos párpados y rostro seco y arrugado le abrió la puerta.

—Soy Elle Bartlett —se presentó.

—Y yo, Steven O'Donnell. Pero no se quede ahí. Haga el favor de entrar, señorita Bartlett. Hace un día verdaderamente desapacible. En cuanto he oído apagarse el motor de su coche, he puesto a calentar un poco de café.

En el rellano del vestíbulo se estrecharon las manos. A Elle le sorprendió que el señor O'Donnell las tuviera frías como témpanos, cuando la temperatura en el interior de la casa era bastante cálida.

—Antes que nada, me gustaría transmitirle mi más sentido pésame por la muerte de su padre —añadió el señor O'Donnell.

—Se lo agradezco. Llevaba seis años luchando contra un cáncer de colon.

—Cuando se alcanza cierta edad, lo que hace la vida es mandar a los viejos directamente al frente, y allí han de permanecer hasta que son abatidos por la parca. Sí, llega un momento en el que ya no hay vuelta atrás para determinadas cosas, como la esperanza. Venga por aquí. Tome asiento en el sofá y póngase cómoda. Si siente frío, cúbrase las piernas con una de esas mantas. Aunque las estufas de la casa llevan trabajando a destajo todo el día. Yo regreso en un minuto.

—Gracias.

Después de llevar a cabo un escrutinio de la estancia, Elle llegó a la conclusión de que aquel era el hogar de un viudo. Al menos así lo daban a entender tanto la rusticidad de la decoración como las dos fotografías en las que aparecía la misma mujer. El conjunto presentaba la misma falta de cohesión decorativa que podía encontrarse en la casa de su padre, como si quien hubiera reunido aquellos enseres careciera de criterio en esa materia. Así las cosas, el ambiente resultaba en términos generales bastante estimulante, netamente masculino.

—Ésa es Alison, mi esposa. Murió hace dos años y medio. Desde entonces todo está manga por hombro —se pronunció el anfitrión al tiempo que le entregaba una taza de café humeante a su invitada.

—Era una mujer muy hermosa —observó Elle.

—Lo era. Lo fue siempre, desde joven. Me enamoré de ella siendo un adolescente, y sólo las dos guerras en las que tuve que participar lograron separarnos —dijo el señor O'Donnell.

Luego, tras sorber un largo trago de café, añadió:

—Arthur Holik me ha dicho que anda tratando de resolver cierto enredo en el que se vio envuelto su padre cuando estuvo en Japón.

La mujer se preguntó hasta qué punto el señor O'Donnell conocía los pormenores del caso, y si estaba de alguna manera implicado.

—Puede decirse de esa manera.

—Tal vez yo pueda echarle una mano. Soy médico científico de profesión, o mejor dicho lo fui, puesto que ya estoy jubilado. En la primavera de 1948 me incorporé a la Comisión de Víctimas de la Bomba Atómica, creada expresamente por el presidente Truman para operar en Hiroshima y Nagasaki. Teníamos la misión de investigar los efectos posteriores de la radiación entre los supervivientes de las bombas atómicas. Yo fui destinado a Hiroshima. Para serle del todo sincero, nuestro trabajo no fue lo que la población esperaba de nosotros, puesto que no éramos un centro médico propiamente dicho. No tratábamos a los enfermos, les diagnosticábamos, por supuesto, pero no les suministrábamos medicamentos. A lo sumo, cuando estaban sanos, les proporcionábamos unos certificados para que pudieran retomar sus vidas con cierta normalidad. Desgraciadamente, en demasiadas ocasiones erramos el diagnóstico, y la persona que había recibido el «certificado de no atomizado» moría unos días más tarde. En nuestro descargo, he de decir que, en muchos casos, ni siquiera nosotros mismos sabíamos a qué nos enfrentábamos. Le pondré un ejemplo. Como efecto de la radiación, las ratas de Hiroshima fueron exterminadas; por contra, las hormigas y las moscas sobrevivieron. Metales y minerales sufrieron cambios moleculares, y entre los propios afectados hubo casos de empequeñecimiento de órganos o de miembros, orejas, pies y manos, por ejemplo, o por el contrario, de gigantismo. Por otro lado estaban las costumbres locales. Cuando reclamábamos un cadáver para practicarle la autopsia, los japoneses se negaban porque una de sus leyes prohibía la mutilación de los difuntos. Las muertes que nosotros determinábamos como naturales, los japoneses las calificaban de atómicas. Es cierto que, además de honestidad científica, también se nos pedía mantener cierta prudencia política, con lo que la comunicación entre las partes no fue siempre fluida. Por todo esto, hubo quien nos tachó de crueles e insensibles, de mantener una distancia demasiado grande con los pacientes, y yo mismo he de reconocer que en más de una ocasión me sentí así, sobre todo cuando tenía que investigar el efecto de la radiación en mujeres embarazadas. Y en esa tarea me hallaba absorto cuando a

finales de mayo de ese año recibí una llamada de Arthur. Quería que le hiciera un favor: atender a un amigo suyo, evaluador psiquiátrico que estaba tomando parte en los Procesos de Tokio.

—Mi padre.

—En efecto, se trataba del profesor Bartlett. No creo habérselo dicho, pero Arthur y yo somos de Buffalo, a quince millas de aquí. Nos conocemos desde que éramos críos, a pesar de que yo era unos años mayor que él. De modo que en Japón hicimos todo lo que pudimos el uno por el otro.

—¿Qué quería mi padre?

—Algo que en un principio no pensé que estuviera al alcance de mi mano concederle. Según me dijo, andaba tras los pasos de un hombre apellidado Watenabe, militar de profesión y natural de Hiroshima. En particular, lo que quería averiguar era si el mencionado caballero tenía o no descendencia. La investigación no resultó nada fácil, puesto que apenas habían quedado documentos anteriores a *Little Boy*, pero al final tuvimos suerte. Tras escrutar los listados de personas ingresadas en los centros hospitalarios y de asistencia después de la deflagración, donde figuraban varias decenas de individuos que obedecían a ese apellido, encontré el nombre de un niño llamado Ryo Watenabe, quien llevaba unos años internado en un orfanato y aseguraba ser hijo de un militar llamado Takuma Watenabe.

—¿Le comentó mi padre por qué estaba interesado en el señor Watenabe?

—Si no recuerdo mal, me habló de un problema de identidad y de la existencia de una herencia.

—¿Una herencia?

—Sí, eso dijo. Tenía que encontrar a algún descendiente de Watenabe para cerciorarse de que el dinero de la herencia no acabase en las manos equivocadas.

—¿Y cómo se cercioró de tal cosa?

—Visitando al pequeño Ryo Watenabe en el orfanato, naturalmente. Yo mismo le acompañé. Se trataba de un chico introvertido, un tanto huraño, con una trágica historia a sus espaldas, como casi todos los supervivientes de Hiroshima. Toda su familia, excepto su padre, había muerto el 6 de agosto de 1945. El profesor Bartlett quedó impresionado con el relato del pequeño, cuyas muestras de madurez eran impropias de alguien de su edad. Creo que el testimonio de Ryo Watenabe le afectó sobremanera e hizo que su padre se replanteara ciertas cuestiones relativas a nuestra presencia en Japón. Lo que ocurrió posteriormente lo desconozco.

—Comprendo.

—Está anocheciendo. ¿Tiene dónde alojarse? —se interesó el señor O'Donnell.

—No.

—Puede quedarse aquí si lo desea. Como habrá comprobado, vivo solo, y en la casa hay espacio de sobra.

—Se lo agradezco, pero nunca he conseguido dormir con el rumor del agua de fondo. Ni siquiera puedo conciliar el sueño si el dormitorio está demasiado cerca de

la orilla del mar —reconoció Elle Bartlett.

—Oh, sí, el ruido del agua. Yo ya me he acostumbrado, pero es cierto que el constante rumor del agua puede llegar a ser relajante o irritante, según el carácter de cada cual. Como miles de parejas, mi esposa y yo vinimos a Niágara para pasar la noche de bodas, pero por alguna razón que ya no recuerdo decidimos instalarnos aquí. Supongo que el hecho de que al otro lado del río se encuentre Canadá influyó. Los pueblos fronterizos tienen ciertos inconvenientes pero también numerosas ventajas. Siempre me han gustado las comunidades pequeñas, pero vivas, activas desde el punto de vista comercial. Y estamos a tiro de piedra de Buffalo.

—Precisamente había pensado pernoctar en Buffalo. Mañana he de regresar a Boston.

—Un viaje relámpago.

—Trato de poner en orden los asuntos de mi padre, antes de que acaben afectando a mi vida personal.

¿Acaso trataba de engañarse a sí misma?, se preguntó, pues si algo había acarreado consecuencias a su vida personal era la relación con su padre. ¿Era la herencia de la que hablaba el señor O'Donnell el fruto de una de las extorsiones a las que el profesor Bartlett había sometido a algunos de los prisioneros de guerra que tenía que evaluar? Parecía probable. Lo más lógico era que utilizara un eufemismo para referirse al monto recaudado, de ahí que lo llamara «herencia». Luego, sin saber muy bien qué hacer con aquel dinero, había optado por depositarlo en una cuenta cifrada de las islas Caimán, donde había permanecido todo este tiempo. Sea como fuere, parecía claro que aquel asunto le había provocado a su padre serios problemas de conciencia. Al menos eso podía colegirse del hecho de que se hubiera tomado la molestia de viajar hasta Hiroshima en busca de alguien que, por decirlo así, mereciera recibir aquel dinero. Era evidente que extorsionar a un individuo para luego entregar el fruto de esa extorsión a otro implicaba una contradicción. La pregunta entonces era por qué, después de todo, había decidido mantener congelado el dinero en una cuenta cifrada. Tenía que existir una razón de peso, tan determinante como para que al final, transcurridos los años, tuviera que ser ella la encargada de restituir aquel dinero a su legítimo propietario, en caso de que algo así fuera posible.

—No estuvo bien lo que hicimos en Japón. Todos lo sabíamos, pero ninguno se atrevió a denunciarlo, pues lo que estaba en juego era la imagen de nuestro país. No, no podíamos reconocer las consecuencias de lo que habíamos hecho. Lo cierto fue que utilizamos a los supervivientes de Hiroshima y Nagasaki como cobayos, y al mismo tiempo ocultamos la realidad médica de esas personas con el propósito de ocultar los terribles efectos que la radiactividad tiene sobre el cuerpo humano —concluyó el señor O'Donnell desde la puerta.

Dadas las circunstancias, el botín no parecía escaso, pensó Elle Bartlett. Regresaba con dos nombres, los de Takuma y Ryo Watenabe, y con una fecha: mayo de 1948, unos seis meses antes de que se disolviera el tribunal que juzgó a los

criminales de guerra japoneses. De modo que lo que tenía que hacer ahora era revisar de nuevo los cuadernos del profesor Bartlett, centrando la búsqueda en ese período.

Lo hizo después de dormir nueve horas seguidas y de tomar tres tazas de café negro sin azúcar.

En la última hoja del primer cuaderno fechado en mayo de 1948, leyó lo siguiente:

*De regreso de Hiroshima. La entrevista con R. W. Ha sido aclaratoria en muchos aspectos. Al principio me miró como si estuviese viendo caer de nuevo a Little Boy sobre su cabeza, pues en muchos casos los japoneses creen que los norteamericanos somos enviados del diablo, pero luego supe ganarme su confianza. Su mirada se tornó entonces triste y derrotada. No había visto jamás a su padre, o mejor dicho, no lo recordaba porque fue concebido en el interregno que va de la segunda guerra chino japonesa a la segunda guerra mundial, conflictos ambos en los que tomó parte su progenitor. Tampoco conservaba fotografías u objetos personales de él, puesto que la bomba atómica lo desintegró todo. El señor A. Dice no preocuparle esta circunstancia; todo lo contrario, cree que puede facilitarle las cosas.*

En otro párrafo del cuaderno siguiente, su padre se mostraba aún más explícito:

*Me hallo ante un dilema moral irresoluble y siento que tengo las manos atadas. Yo mismo soy objeto de la proyección de un complejo de culpabilidad no confesada. Síntomas que cada vez padecen más norteamericanos cuando entran en contacto con lo que podríamos llamar la «realidad de Hiroshima». Estoy de acuerdo con que el señor A. Pague por sus crímenes, pero no es justo que lo haga quien sé de antemano que es inocente. Todo el mundo tiene derecho a conocer la verdad, sobre todo si se trata de un niño. Sin embargo, no puedo contársela sin poner en peligro todo lo demás. Por otra parte, he empezado a cuestionarme el verdadero valor de lo que hacemos aquí, máxime cuando nuestra actuación en este país parte con un baldón insoportable: lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki. Ninguno de los que estamos aquí podemos sustraernos a esa realidad, a la atroz muerte de decenas de miles de víctimas inocentes. Como he podido comprobar sobre el terreno, ni siquiera la Comisión de Víctimas de la Bomba Atómica de reciente implantación está obteniendo otros resultados más que los meramente científicos. Su interés se centra en estudiar a las víctimas, pero no en procurarles una cura o, cuando menos, un poco de alivio. Aseguran que gracias a las investigaciones en curso se salvarán muchas vidas en el futuro. ¿Acaso la intención de nuestras*

*autoridades es la de volver a utilizar esta clase de armas de destrucción masiva? ¿No ha sido suficiente experimento Hiroshima y Nagasaki? La ciencia y la medicina han de ir tomadas de la mano del progreso moral de la humanidad. Sólo así se puede garantizar la pervivencia de nuestra especie. En realidad, nada ha salido como habíamos programado en un principio. Estamos tratando de cerrar las heridas causadas por una injusticia con otra.*

Sabiendo como sabía que muchos de los pacientes de su padre sometidos a soborno ocultaban su verdadera identidad bajo nombres falsos, Elle llegó a la conclusión de que los comentarios aludían precisamente a esa circunstancia. Ryo Watenabe era inocente de los pecados de su progenitor, puesto que este era un impostor. Pero su padre no podía contarle la verdad al pequeño, porque en caso de haberlo hecho hubiera puesto en peligro todo el entramado recaudatorio que habían levantado tanto fiscales como evaluadores psiquiátricos. Por lo demás, cabía suponer que, en un primer momento, el profesor Bartlett hubiera contemplado la posibilidad de entregarle el dinero obtenido del soborno al pequeño Watenabe, pero al tratarse de un menor de edad hubiese sido lo mismo que devolverle el importe de la extorsión al propio extorsionado. En conclusión, los fondos habían sido depositados en una cuenta cifrada a la espera de que se le ocurriera una solución. ¿Estarían vivos tanto Takuma como Ryo Watenabe?, se preguntó. La respuesta sólo podía encontrarla en Hiroshima.

**1970**  
**La Canción De La Pena Sin Fin**

# 1

Los periódicos locales se habían hecho eco de la llegada de Ryo Watenabe a Hiroshima, contando los pormenores de su todavía corta existencia por capítulos, como lo hubieran hecho con la biografía de un deportista o de un personaje ilustre de la ciudad. No sólo era, sin ningún género de duda, el *hibakusha* con el futuro más prometedor, puesto que acababa de heredar un consorcio de prósperas empresas, sino también un hombre con suerte, tocado por la fortuna, pues había sobrevivido a la hecatombe nuclear primero y a morir ahogado en fecha más reciente. Precisamente en agradecimiento por este hecho, había decidido tomar las riendas de la fundación creada hacía un par de años por su padre, y dotarla de contenidos de índole práctico, de forma que la posición de los «atomizados» se viera fortalecida de cara al conjunto de la sociedad. Era cierto que, con los años, el pueblo japonés había superado muchos de los tabúes y prejuicios de antaño, pero se seguía discriminando a los «atomizados», sobre todo a los de segunda generación. El desconocimiento sobre los efectos de la radiación habían sido ocultados u omitidos en muchos casos, y eso había creado desconfianza.

Ichiro Abe siguió todas aquellas noticias con sumo interés y sorpresa, si bien no podía compararse con el efecto que, pasados los meses, le causó ver entrar en su humilde despacho al joven Watenabe en persona, quien, según dijo, quería contratar sus servicios para que recabara cuanta información pudiera obtener sobre su familia.

—Siempre mantuve con mi padre una relación distante, no sólo por ser un hombre de trato frío, sino también por el hecho de ser yo un «atomizado» —prosiguió su exposición el muchacho—. Como sabrá, durante años se especuló con la posibilidad de que la enfermedad de la radiación fuera contagiosa, y en ese sentido mi padre no era distinto de los demás. Nunca consintió que me acercara demasiado a él, y por esa misma regla de tres, siempre que le pedía que me hablara de mi madre, de mi hermana o de mis abuelos, me respondía con vaguedades o generalidades que no satisfacían mi curiosidad. Ahora que mi padre ha muerto, me gustaría saber algo más de dónde vengo. Si me preguntara qué es exactamente lo que busco con todo esto, le respondería que encontrar en mis palabras la emoción que otras personas expresan cuando se refieren a los suyos. Quiero tener argumentos que expliquen la angustia que experimento, que siempre he experimentado desde el 6 de agosto de 1945. En cierta forma, todos estos años me he sentido como una cadena partida en dos a la que falta un eslabón.

Después de pensar que Ryo Watenabe había sido arrastrado ante su presencia por los *kamis*, el ex policía dudó qué respuesta dar a semejante propuesta. ¿Debía contarle al joven que hacía unos cuantos años había tratado con su padre, del que sospechaba que podía estar implicado en el caso del expreso *Golondrina*? Por otro lado, como había comprobado por sí mismo, indagar en el pasado de los *hibakushas* podía resultar una experiencia de todo punto frustrante. Después de reflexionar acerca

de la respuesta más conveniente, se decantó por esta última.

—Comprendo su situación, que por otra parte no difiere mucho de la de otras personas que se han presentado aquí con propuestas similares, pero no sería sincero si no le advirtiera de la inmensa dificultad que conlleva investigar el pasado de un «atomizado». Cada caso es diferente, por descontado, pero al final son pocas las investigaciones que dan resultados.

—El dinero no es problema —se descolgó el joven.

La altivez de su voz tuvo un reflejo inmediato en sus facciones, que se tensaron.

—Me temo que no me he expresado con claridad —puntualizó el ex policía—. Las altas temperaturas y los incendios posteriores a la explosión de *Little Boy* acabaron con la mayoría de archivos, tanto militares como municipales. Incluso la hemeroteca del *Chugoku Shimbun* sufrió un gran deterioro pese a que el edificio que la albergaba fue uno de los pocos que quedó en pie. Para no irme por las ramas, apenas existe información anterior al 6 de agosto de 1945.

—Pero con todo, hubo supervivientes. Yo mismo soy uno de ellos. Mi familia fue exterminada en su totalidad, pero tiene que haber algún superviviente que la conociera o tratara. Éramos propietarios de varias empresas con cientos de empleados y estamos hablando de una ciudad relativamente pequeña por aquel entonces. Entre trescientas y cuatrocientas mil almas. Se me ocurre la posibilidad de que una o varias compañeras de clase de mi hermana Maeko puedan estar vivas y aún la recuerden. Es sólo un ejemplo.

—Han transcurrido veinticinco años. Si encontráramos a alguien con vida que hubiera tratado a su familia, su testimonio no sería del todo fiable. Siguiendo su ejemplo, ¿qué información relevante podría aportar una niña que entonces tuviera seis o siete años? Su testimonio estaría distorsionado por su corta edad. Además, no se me ocurre ninguna manera de ponernos en contacto con esos supervivientes, salvo que...

El joven esgrimió una sonrisa de complicidad antes de completar la frase:

—En efecto, salvo que pongamos un anuncio en el periódico.

—Un anuncio en el periódico —repitió Ichiro Abe con el propósito de digerir aquella extravagante propuesta.

—Un anuncio que diga: «El señor Ryo Watenabe busca personas que hubieran conocido o tratado a miembros de su familia con anterioridad al 6 de agosto de 1945.»

—Bueno, la redacción puede mejorarse... ¿Está seguro de querer dar ese paso? Dadas las circunstancias, y teniendo en cuenta su posición económica, no podemos descartar que alguien intente sacar provecho. Falsos testigos que quieran llegar a su corazón a cambio de un poco de dinero.

—Estoy decidido a seguir adelante. Insertaremos el anuncio el tiempo que sea necesario, uno o dos meses, hasta que estemos seguros de que todo el mundo ha tenido ocasión de leer el mensaje. Usted se encargará de entrevistar a los posibles

testigos y también de discriminar a los embaucadores, y en base a lo que le cuenten unos y otros, elaborará un informe que me entregará a la finalización de las pesquisas.

—He de reconocer que es la propuesta de trabajo más insólita que jamás he recibido.

—Nuestra existencia, me refiero a los «atomizados», es de por sí insólita, señor Abe. Por decirlo así, somos hijos de la bomba atómica. Somos la primera creación de la era nuclear.

—Antes de aceptar quiero contarle una cosa que tal vez le haga cambiar su parecer con respecto a mí. Hace unos años investigué a su padre en relación a un célebre caso del que probablemente usted no haya oído hablar, los crímenes del expreso *Golondrina*.

—No, no he oído hablar de esos crímenes —reconoció el joven—. ¿Qué tenía que ver mi padre con ese caso?

—Todo o nada. Nunca llegué a saberlo con seguridad. La policía de Hiroshima aseguró haber resuelto el caso, pero yo nunca estuve conforme. Es un asunto complejo y sería muy largo de contar. Baste decir que siempre sospeché que su padre se encontraba detrás de esos crímenes, no como ejecutor, claro está, sino en la sombra. Todavía hoy sigo pensando lo mismo.

El rostro de Ryo Watenabe reflejó aquel inesperado giro.

—Ya le he dicho que mi padre y yo manteníamos una relación distante, en la que sólo a mí me correspondía cumplir con ciertos deberes y obligaciones. Desconozco los pormenores de ese caso del que me habla y no me importa lo que pensara de mi padre. De todas formas, él no es el objeto primordial de esta investigación. Se trata de mí, de que me ayude a descubrir verdaderamente quién soy.

—Comprendo.

—Usted ha sido sincero conmigo y ahora voy a serlo yo con usted. Hace ya un año que me instalé en Hiroshima. Los periódicos aseguraron entonces que mi decisión estaba determinada por haberme librado de morir ahogado, una vez que ya en su día había sobrevivido a *Little Boy*. La verdad es otra y tiene connotaciones más profundas. El joven con el que supuestamente nadaba no murió ahogado. Yo mismo cercené su cabeza en un suicidio ritual, en el corazón del bosque de Aokigahara. Éramos miembros de la Sociedad del Escudo, fundada por el maestro Mishima, y nuestro propósito era protestar con nuestra sangre por la desintegración moral del país, de la que son culpables los extranjeros con sus malévolas ideologías que no persiguen otro fin más que tenernos sometidos. De modo que, en realidad, he venido a Hiroshima a ocultarme. El problema radica en que algo así es imposible en esta ciudad para una persona con mis antecedentes. Aquí me siento expuesto, vulnerable, confundido... Podría llenar este discurso con mil calificativos más, pero se los ahorraré. Ése es el motivo por el cual he decidido recurrir a usted.

Ichiro Abe se sintió estremecer, pues por un momento creyó estar oyendo hablar

al padre del joven, cuando en su despacho del distrito de Shinjuku le mostró la catana que había empleado para cercenar la cabeza de Yosuke Nomura. ¿Qué debía hacer? ¿Comunicarlo a la policía? El problema era que, desde el punto de vista legal, existía un vacío con respecto a quienes tomaban parte en calidad de ayudantes en un suicidio ritual. De modo que, técnicamente, Ryo Watenabe no había cometido ningún delito tipificado en el código penal. Era inocente.

—Deme unas horas para reflexionar —solicitó el ex policía—. ¿Dónde puedo localizarlo?

—Me alojo en el Hotel New Hiroshima. Hubiera preferido hospedarme en un albergue tradicional, pero quería estar cerca del Parque de la Paz. Los nombres de todos mis familiares figuran en el interior del cenotafio, y me gusta acercarme hasta allí cada poco. He de recuperar el tiempo perdido. Si esta tarde no he recibido una respuesta en un sentido u otro, buscaré a otro investigador privado.

—Quiero estar seguro de que todo esto es una buena idea.

—¿Qué tiene de malo mi propuesta? Sólo le estoy pidiendo que encuentre a unas cuantas personas que conocieran a mi familia antes de *Little Boy*. Sólo pretendo completar algunas lagunas de mi pasado.

—De acuerdo, me ocuparé de su caso —claudicó el ex policía.

—Estupendo.

—Antes de publicar nada en la prensa, me gustaría que me aclarara ciertos aspectos sobre su padre que no pude resolver en su día.

—Acabo de decirle que mi padre no es el centro de esta investigación —objetó el joven.

—Toda casa ha de construirse desde los cimientos, así que si quiere que siga adelante tendrá que responder a mis preguntas.

—¿Qué desea saber?

—He leído en la prensa que usted pasó unos años en un orfanato hasta que su padre abandonó la prisión de Sugamo. Sin embargo, el señor Watenabe regresó de China al finalizar la guerra, a comienzos de septiembre de 1945, y no fue detenido hasta enero del año siguiente.

—En resumidas cuentas, le parece extraño que mi padre no hiciera nada por rescatarme del orfanato de manera inmediata después de lo que había sucedido en Hiroshima, ¿no es así? La explicación es bien sencilla: cuando mi padre regresó de China, Japón estaba ocupado por los norteamericanos, así que tuvo que ocultarse bajo una identidad falsa, hasta que fue detenido en la famosa redada del 6 de enero de 1946. Decenas de héroes de guerra fueron apresados ese día.

—¿Bajo una identidad falsa?

—Mi padre fue ayudante en el suicidio ritual de un camarada de armas, el comandante Yosuke Nomura, así que se quedó con sus documentos y utilizó su nombre para entrar en el país. Bajo esa identidad, por lo tanto, permaneció oculto tres meses en el balneario de Hakone, hasta que un colaboracionista lo delató.

—¿Por qué se ocultó en el balneario de Hakone?

—Porque era un lugar tranquilo y, al mismo tiempo, no estaba demasiado lejos de Tokio. Muchos gerifaltes del gobierno de ocupación frecuentaban el lugar, de modo que, tras comprar la voluntad de algunos de los empleados, podía estar al tanto de lo que allí se cocía.

—Así que Yosuke Nomura volvió a resucitar —elucubró Ichiro Abe en voz alta.

—¿A qué se refiere con eso de que Yosuke Nomura volvió a resucitar? —se interesó Ryo Watenabe.

—Son cosas mías. Es una vieja historia. Yosuke Nomura también estaba implicado en la investigación del expreso *Golondrina*. En algún momento de su biografía, digámoslo así, resucitó para trabajar a las órdenes de la Agencia Kodama que operaba en China suministrando materias primas a nuestro ejército.

—Mi padre ha sido un gran amigo del señor Kodama todos estos años —observó Ryo Watenabe.

—Estoy al corriente.

—¿Alguna pregunta más?

—Por hoy es suficiente.

—¿Podría proporcionarme papel y lápiz? —solicitó el joven.

—¿Papel y lápiz?

—Para redactar el anuncio.

—¡Oh, sí, por supuesto!

Cuando un minuto después la cuartilla de papel quedó delante de Ichiro Abe, leyó: «Se buscan personas que hubieran mantenido alguna clase de relación con la familia Watenabe, propietaria del grupo de empresas del mismo nombre, con anterioridad al 6 de agosto de 1945. Se recompensará».

—Disculpe la letra, pero *Little Boy* me dejó una *caricia* en la mano derecha. Falta que usted añada la dirección de esta oficina —indicó Ryo Watenabe.

—Si ofrece dinero, el asunto se complicará. Se lo digo basándome en mi experiencia —advirtió Ichiro Abe.

—El dinero siempre refresca la memoria de las personas. Mi padre decía que un yen es un reconstituyente más eficaz que cualquier medicina prescrita por un doctor.

—También hace a las personas más avariciosas. Eliminaremos del mensaje el asunto de la recompensa, y si luego quiere premiar a alguien, será cosa suya.

Ésta vez fue el joven quien claudicó con un escueto encogimiento de hombros.

—Lo dejo todo en sus manos. Ésta misma tarde le haré llegar una provisión de fondos. Avíseme cuando la nota vaya a salir en la prensa.

No fue hasta que Ryo Watenabe se hubo marchado, cuando el texto que tenía en las manos comenzó a adquirir otra dimensión, otro sentido. Los caracteres, irregulares y hasta cierto punto torpes por haber sido trazados con suma rapidez, parecían querer decirle algo, le resultaban vagamente familiares. La pregunta era dónde los había visto. De repente, su corazón comenzó a latir como si quisiera

salírsele del pecho. Entonces lo comprendió todo. Aquéllos caracteres habían sido trazados por el niño que había escrito las famosas tiras de papel que portaban los asesinos-víctimas del hotel de Akihabara. Naturalmente había cierta evolución en ellos, todo estaba más formado, más definido, por decirlo así, pero no obstante había ciertos trazos que resultaban inconfundibles. Sí, el niño que había escrito «La Sociedad del Hongo» era el mismo joven que acababa de salir de su despacho.

Corrió hasta la calle, pero, cuando la alcanzó, Ryo Watenabe ya había desaparecido. Por un instante, tuvo la impresión de haber soñado aquella entrevista que lo había devuelto a un tiempo pasado.

## 2

Elle Bartlett aguardó a que el avión alcanzara la altura de crucero para abrir el libro. Se trataba de una obra titulada *Horror en cadena (apocalipsis del átomo)*, del periodista suizo Fernand Gigon, publicada en 1958. Su librero de cabecera había tardado casi un mes en encontrar un ejemplar de segunda mano, ya que la obra llevaba ya algún tiempo descatalogada después de que se agotaran varias ediciones. Su propósito era conocer más en profundidad lo acontecido en Hiroshima y en particular el destino de los supervivientes de la hecatombe nuclear. En el prólogo, leyó:

*El universo de los «atomizados» se parece a una prisión, situada en alguna parte, más allá de la razón y la sensibilidad. Hace falta asediar largamente este mundo antes de encontrar la puerta por la que es posible penetrar en él. El contacto con las víctimas de las bombas va dejando adivinar poco a poco la existencia de una dimensión desconocida. Estos miles de seres que recibieron las radiaciones atómicas viven aparte, replegados sobre sí mismos. Los que están a su lado o se sientan en su misma mesa, los «no expuestos», se encuentran más alejados de los «atomizados» que de los marcianos. Entre la presencia atómica y la necesidad de vivir, elevan un muro de silencio, de indiferencia y a veces de desprecio. Nadie quiere ver surgir ante sí el rostro de la desgracia.*

*Los «expuestos» son susceptibles, irritables, fácilmente abatidos. Una sola palabra dicha con torpeza hace que aparezcan lágrimas en sus ojos. Preguntados, hostigados, apremiados, luchan a la vez para salvar la faz y para olvidar los recuerdos atómicos. Su mundo, tan real, sin embargo, pertenece a lo subjetivo y sólo se manifiesta por refracción.*

*... De este modo van dibujándose lentamente las fronteras del país de los «atomizados». Partir hacia su descubrimiento es una de las experiencias humanas con más consecuencias. La razón queda estremecida y el corazón dolorido.*

Una vez finalizó de leer los primeros párrafos de la introducción, abrió el libro al azar. Su mirada se detuvo en un pasaje que decía:

*Hubo que esperar más de ocho años antes de que el Estado japonés y los municipios concedieran alguna ayuda a las víctimas de la bomba. Durante mucho tiempo, todas las personas en contacto con las radiaciones eran consideradas como «interesantes». La mala conciencia del extranjero acabó por crear un movimiento tan violento que por todas partes se crearon*

Antes de atreverse a seguir leyendo, se dio cuenta de que un sentimiento de vergüenza la había sonrojado. Había estudiado literatura japonesa en la Universidad Waseda, hablaba la lengua con soltura, había viajado al país en no menos de siete ocasiones en los últimos diez años y, sin embargo, poco sabía acerca de esos seres a los que el autor de aquel libro llamaba «atomizados». Por descontado, había leído numerosos artículos publicados en la prensa sobre el trabajo de campo que realizaba la Comisión de Víctimas de la Bomba Atómica, pero ninguno cuestionaba más allá de lo prudente los datos que la propia institución proporcionaba. Según éstos, la incidencia de enfermedades relacionadas directamente con la exposición a la radiación no eran más relevantes que en otros lugares sin radiactividad. Claro que los medios de comunicación japoneses opinaban lo contrario. De modo que todo había quedado en una farragosa guerra de estadísticas que lo único que conseguía era ocultar aún más la verdad.

Sus primeros recuerdos de Japón, no obstante, se retrotraían a su niñez, cuando pasó dos años y medio en la ciudad de Tokio. Entonces tenía once años recién cumplidos. Por descontado, poco sabía entonces de lo que su padre había ido a hacer allí. La imagen que le había quedado grabada de aquella época era la de una ciudad con grandes extensiones de terreno sin construir, enormes solares con pocas casas que parecían formar islas, y a la vez con una actividad humana frenética. En multitud de ocasiones se había preguntado si no se trataba de una imagen distorsionada a tenor de su corta edad, que le impedía alcanzar a comprender que lo que tenía delante de los ojos era una ciudad arrasada por las bombas de manera sistemática, que trataba de levantarse sobre sus antiguos cimientos, recobrar la normalidad, gracias precisamente a los fondos que aportaban quienes la habían destruido. De lo ocurrido en Hiroshima o en Nagasaki no había oído hablar en Japón, pues en aquella época todo el mundo evitaba pronunciarse sobre ese tema, norteamericanos y japoneses. Claro que entonces no tenía edad para comprender siquiera lo sucedido. Años más tarde, leyó en un libro que, mientras duró la ocupación norteamericana, los medios de comunicación tuvieron prohibido mencionar la palabra *átomo*, por «respeto a las víctimas». Sin embargo, la misma obra justificaba el ataque nuclear asegurando que el «efecto disuasorio» de las bombas había evitado que la guerra se prolongara en el tiempo y salvado la vida de miles de soldados norteamericanos y de las potencias aliadas. Luego, cuando entró en la universidad, pudo al fin enterarse de la versión crítica. Estados Unidos temía que se descubriera la verdad sobre la bomba atómica por temor a que el mundo acusara al país de haber violado la legislación internacional, lo cual era verdad. Así las cosas, el gobierno emitió un comunicado oficial a comienzos de septiembre de 1945 asegurando que aquellos que estaban condenados a morir por el efecto de la bomba ya habían muerto, y que nadie que quedara con vida sufriría por la radiación. Algo que, obviamente, se reveló como una

monumental mentira. Posteriormente, el general MacArthur promulgó un Código de Prensa que impidió que ninguna noticia sobre el desastre nuclear se divulgara hasta 1952, cuando concluyó la ocupación del país por parte de los estadounidenses. Otro tanto ocurrió con las fotografías tomadas en Hiroshima, por ejemplo, por el fotógrafo Kiyoshi Kikkawa cinco horas después de que estallara *Little Boy*, que fueron secuestradas por los censores militares y el mundo no pudo conocerlas hasta los primeros años de la década de los cincuenta. Y lo mismo sucedió con aquellos textos, ya en formato de novelas, de poemas, de crónicas o incluso de diarios, que trataban el asunto de las bombas atómicas y que tuvieron que esperar casi una década hasta que vieron la luz.

Cuando el avión hizo escala en Anchorage, se bajó para respirar un poco de aire fresco. Allí trató de cuadrar por enésima vez sus cuentas. Había solicitado un trimestre de excedencia y contaba con cerca de nueve mil dólares, cantidad que tenía que bastarle para resolver aquel asunto. La posibilidad de emplear los fondos de la cuenta cifrada ni siquiera la había contemplado. No obstante, cabía la posibilidad de que no encontrara lo que buscaba. En ese supuesto, su intención era desprenderse del dinero de las islas Caimán como si fuera un lastre. Buscaría una institución filantrópica dedicada al cuidado de las víctimas de la hecatombe nuclear y les haría una donación anónima. La pregunta que le vino entonces a la cabeza fue por qué no lo había hecho ya, desde Estados Unidos, y por qué había dejado pasar un año antes de tomar la decisión de viajar a Japón personalmente. Pero no halló una respuesta convincente.

Por último, antes de abrir de nuevo el libro, repasó la lista de nombres que podían prestarle ayuda en Hiroshima, entre los que destacaba el de la escritora Edith Morris, famosa no sólo por su novela titulada *Las flores de Hiroshima*, traducida a más de treinta lenguas, sino también por haber fundado un albergue para las víctimas del holocausto atómico. Uno de sus huéspedes, al parecer, se apellidaba Watanabe.

### 3

Ryo Watenabe ordenó que le subieran a la habitación unas cuartillas de papel de arroz, unos pinceles de buena calidad y un poco de tinta para desleír en agua. Con ese gesto no sólo pretendía escribirle una carta al maestro Mishima, sino mostrarle también que era poseedor de una elevada sensibilidad artística, pese a que su comportamiento fuera a veces demasiado impulsivo.

*Maestro,*

*En estos meses que llevo en Hiroshima, no he dejado de pensar un solo instante en esa frase tan suya que tanto gusta repetir: «Tokio no es más que un campo en ruinas». Si no puedo sacar ese comentario de mi cabeza es precisamente porque Hiroshima se ha vuelto para mí en algo parecido. Allí donde ha germinado lo nuevo, la vida, yo veo lo viejo, la muerte. El recuerdo de familiares, vecinos y amigos de antaño me persigue por la ciudad poblada de extraños. Las calles no son tales, sino lacerantes cicatrices que esconden las más dolorosas y profundas heridas. Han sido recubiertas por capas de asfalto, pero éstas no son más que frágiles trozos de esparadráp incapaces de contener lo incontenible: el horror, el caos, la destrucción, un mundo escarnecido en suma, más cercano al infierno que a la propia superficie de la Tierra, que es lo que la ciudad esconde en sus entrañas. Seguro que me comprende si le digo que hay cosas que se le meten a uno dentro y que le impelen a la acción. Sí, es así como me siento. Tengo necesidad de actuar. Por tal motivo, he contratado a un investigador privado para que recomponga mi pasado a través del testimonio de personas que conocieron a mis familiares. Hiroshima me ha mostrado que no sé quién soy en realidad. Estoy experimentando las mismas sensaciones que cuando vi mi imagen reflejada en un espejo por primera vez. Creí entonces estar viendo a otra persona. ¡Me gustaría que el tiempo diera marcha atrás, que todo volviera a ser como antes de que Japón se precipitara al abismo! En ese sentido, estoy seguro de que Hiroshima es el punto de partida idóneo, pues la destrucción de la ciudad ha supuesto un punto de inflexión. Hay un antes y después de Hiroshima para la humanidad en su conjunto, como imagino que lo hubo antes de que el ser humano descubriera el fuego. Sí, ahora lo veo con claridad, soy un hibakusha, un «atomizado», el nuevo hombre de la era atómica, mi carne fue macerada por la radiación y sacrificada en aras de una civilización que ha encontrado la forma definitiva y apocalíptica de destruirse a sí misma.*

*Un cordial saludo,*



Elle había imaginado el albergue para las víctimas de las bombas atómicas creado por el matrimonio Morris como un lugar aséptico y frío, parecido a una clínica sanitaria en toda regla, y no una casa de té que, siguiendo el estilo tradicional de las viviendas japonesas, contaba con numerosas estancias con sus plafones deslizantes, tras los cuales se divisaba a lo lejos el paisaje verde y azul de la montaña y el mar en conjunción, en una bella superposición que parecía modelada por un artista y no por la naturaleza. Un pequeño y coqueto jardín de arena rastrillada, matas de arbusto y bambúes completaban el escenario que besaba la orilla del río Ota. Tal vez, guiada por numerosos prejuicios, había esperado encontrar un museo del horror tanto en aquel asilo como en el resto de la ciudad, teniendo en cuenta las dramáticas historias que se contaban acerca de los «atomizados». Sin embargo, Hiroshima presentaba el aspecto de haber sido diseñada por un hombre de negocios preocupado únicamente por su funcionalidad. La nueva osamenta de la ciudad, de hormigón y cristal, en nada recordaba a la antigua donde predominaban la madera y los materiales frágiles. Era indudable que los efectos de la bomba habían sido ocultados de manera eficaz con el propósito de que no interfirieran en el día a día de la ciudad. Tal vez eso era lo primero que había que aprender en Hiroshima, la tragedia había sido relegada a un estadio latente. En contraposición a esta ciudad rabiosamente actual, los daños psicológicos eran ingentes, puesto que las hemorragias internas solían ser mucho más difíciles de detectar y de restañar. No bastaba con un lavado de cara o una capa de pintura. En algunos casos, lo que habían hecho las víctimas era enterrar los recuerdos de la tragedia en las zonas más profundas de la conciencia, hasta el extremo de que algunos de ellos ni siquiera recordaban lo ocurrido. Existían víctimas del holocausto nuclear, supervivientes de *Little Boy* que no tenían conciencia de serlo. Habían creado mecanismos de defensa en torno a esa cuestión. Ése era el caso del señor Watenabe, a quien se le había diagnosticado anestesia psíquica o afectiva, dolencia que le había provocado una inhibición total ante los estímulos externos, hasta el extremo de vivir petrificado o paralizado.

Como el matrimonio Morris se había tenido que ausentar por tener que cumplir con un compromiso en el extranjero, fue el gerente del centro, el señor Tanabe, quien se encargó de recibirla y atenderla.

—Sólo en esta planta disponemos de catorce habitaciones —expuso el encargado, un japonés de gran cabeza, ojos diminutos ocultos bajo unas lentes y hombros estrechos y vencidos—. Somos un asilo para padres de «atomizados», para personas solitarias. Nuestra principal misión consiste en aliviar las almas atormentadas de las víctimas. Para ello contamos con cierta financiación del municipio de Hiroshima. Normalmente, nuestros huéspedes permanecen con nosotros tres o cuatro días a la semana. La única excepción es el señor Watenabe, cuyo caso es muy particular. Padece una pérdida de la afectividad o insensibilidad a cualquier estímulo que

provenza del exterior. Es como si estuviera muerto en vida o inmerso en la nada. Sé que no le estoy dando una explicación muy técnica, pero eso es debido a que no soy médico, sino poeta.

—¿Cómo ha acabado un poeta en este lugar? —se interesó Elle.

—Por una cuestión de conciencia. Desde que conocí los efectos de la bomba, soy miembro destacado de la primera liga de protesta que se creó contra las pruebas atómicas. Pero mi misión aquí no es protestar, sino ayudar. Tenemos animaciones, proyecciones de películas, conciertos de música, que sirven para mitigar el sufrimiento de nuestros huéspedes. Hay que tratarlos con suma sensibilidad y cuidado, y no mezclarlos.

—¿No mezclarlos?

—Existe un único «carné del sufrimiento» pero veintiséis categorías de afectados según determina un cuestionario al que son sometidos. De modo que procuramos organizar las actividades por grupos de enfermos afines, si me permite expresarlo de esa manera. Las necesidades de los enfermos con tumores, por ejemplo, no son las mismas que las de quienes sufrieron quemaduras o desarrollaron los famosos queloides, que aquí llamamos «garras del diablo».

—Comprendo.

A continuación, Elle leyó la leyenda que un artista local había escrito con una hermosísima caligrafía en un kakemono que colgaba de la pared: «Que la paz perfumada sea entre vosotros». Luego dijo sin ocultar su decepción:

—Imagino que no serviría de mucho intentar formularle unas cuantas preguntas al señor Watenabe.

—Así es. Hace mucho que al señor Watenabe no le interesan las preguntas, menos aún las respuestas. Además, es improbable que este sea uno de esos señores Watenabe que usted anda buscando. Se trata de un apellido muy común.

—Lo sé, pero he de comprobar todas las pistas de que dispongo.

Tras terminar de recorrer todas y cada una de las estancias de la casa, llegaron hasta la habitación que ocupaba el enfermo. Por alguna extraña razón, el aspecto cuidado y la actitud manifiestamente ausente del señor Watenabe hicieron que Elle recordara los versos de unos *haikai* del poeta Basho: «La tempestad invernal / se escondió entre los bambúes / y se extinguió poco a poco. El grito de la cigarra / no da síntomas / de que vaya a morir». Era como si tanto la vida como el sufrimiento hubiesen decidido ocultarse en lo más profundo de aquel hombre.

—Todos los días 6 y 9 de agosto se conmemora en Hiroshima y Nagasaki el cataclismo nuclear —añadió el señor Tanabe—. Se reza por las víctimas y por qué no vuelva a repetirse. Hace un par de años, decidí acercarme hasta Nagasaki. Allí encontré a un hombre que portaba una pancarta cuyo lema resume a la perfección lo que muchos «atomizados» padecen, entre ellos el señor Watenabe. Decía: «Vuelve, padre; vuelve, madre y vuelve, amigo mío, para que yo pueda volver».

—¿Qué saben del pasado del señor Watenabe? ¿Tienen la dirección de algún

familiar? —preguntó.

—Lo lamento, pero no sabemos absolutamente nada. Cuando ingresó, ya estaba así. Que yo sepa nos fue transferido de otra institución que se vio obligada a cerrar sus puertas por falta de financiación. En todos estos años no ha recibido ninguna visita. En el supuesto de que tenga familiares vivos, es probable que éstos ni siquiera sepan de su existencia. En aquellos días, hubo quien llegó a enterrar los restos de un familiar que luego<sup>1</sup> resultó estar vivo. También hubo granjeros que se llevaron cadáveres para usarlos en sus campos como abono. Otros, simplemente, perdieron la memoria o enloquecieron.

—El Watenabe que yo busco fue juzgado en los Procesos de Tokio. Tenía un hijo en un orfanato de la ciudad, con el que se reencontró cuando salió de la prisión de Sugamo. Lo primero que he hecho en Hiroshima ha sido tratar de localizar el orfanato en cuestión, pero al parecer lleva cerrado más de una década. Nadie sabe dónde pueden estar los archivos.

—Si el señor Watenabe que busca fue juzgado en los Procesos de Tokio, seguramente allí podrán proporcionarle información sobre su paradero —sugirió el gerente.

—Si los Watenabe eran de Hiroshima, tiene que existir alguien que pueda ayudarme a localizarlos —observó Elle Bartlett.

—Lamento no poder ser yo esa persona. Pertenezco a una familia de colonos que se instaló en Corea a principios de siglo y que se vio obligada a trasladarse a Hiroshima cuando perdimos la guerra y, en consecuencia, todas nuestras colonias. Por cierto, ¿ha leído el periódico esta mañana?

—No.

—Hace varios días que en el *Chugoku Shimbun* aparece un anuncio en el que figura el apellido Watenabe. Ya le he dicho que es muy común.

—¿Qué dice ese anuncio?

—Que alguien desea contactar con aquellos que conocieran o trataran a una familia de empresarios apellidados Watenabe antes del 6 de agosto de 1945. Tal vez se trate de las personas que anda buscando.

—Tal vez. Muchas gracias de todos modos.

Elle invirtió casi una hora en desandar el camino de regreso hasta el hotel. Durante el trayecto buscó un ejemplar del *Chugoku Shimbun*, pero al tratarse del diario más popular de Hiroshima, la edición de ese día estaba agotada. Decidió pasarse al día siguiente por las oficinas del periódico, pues pensó que no existía un lugar más apropiado para dar con el paradero de unas personas. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Al ser el señor Takuma Watenabe natural de la ciudad, era probable que su encausamiento hubiera generado alguna clase de información en la prensa local. A partir de ahí, todo resultaría más fácil.

*Ésta mañana he recibido tu carta con gran placer, creo que con algún retraso por culpa del último tifón que ha azotado Tokio. En mi opinión, el pasado ha de afrontarse sin reticencias, pues suele manifestarse como un fantasma perturbador, por lo que estoy de acuerdo con las medidas que has adoptado. Un hombre se construye sobre su pasado y en ese sentido carecer de él equivale a habitar una casa sin cimientos. Más tarde o más temprano se darán las condiciones para que se derrumbe. Por eso resulta de vital importancia descubrir quién es uno, dónde están sembradas sus raíces y dónde nacen los diversos manantiales que luego desembocarán en el gran río del que se nutrirá la substancia de su alma. El presente no es más que el fiel de la balanza donde se pesan el pasado y el futuro, y se ha de procurar siempre que los platillos no se inclinen en exceso a uno u otro lado. En cierto modo, vivir el presente es caminar por la cuerda floja, en equilibrio, con el vacío a los pies. De ahí la importancia de que todo en nuestra existencia esté compensado. Ciertamente, Hiroshima debería ser un espejo donde debería mirarse la humanidad, muy en particular el pueblo japonés. Pero en vez de eso, han levantado una nueva ciudad sobre la vieja, como si el dolor y el sufrimiento se pudieran ocultar debajo de la alfombra, como dirían los anglosajones. Resulta un intento pueril y de lo más calamitoso. La piel de la medusa es siempre transparente, como lo es también la de Hiroshima. Ningún sonido humano puede solapar el aullante oleaje del mar, como no existe tela capaz de cubrir una montaña. ¿Por qué nos empeñamos entonces en no querer ver aquello que es precisamente lo más visible? ¿Por qué volver la cabeza ante la evidencia?. Me temo que nuestra ceguera es premeditada. La situación de los hibakushas es una parte de la desintegración moral del país. Es un grano más en ese vasto campo de arroz. La negligencia social se ha extendido como un tumor maligno por todos los rincones de nuestra patria, y sólo un giro de timón puede revertir la situación. Nosotros, en la Sociedad del Escudo, estaremos preparados para cuando llegue ese momento.*

*Un cordial saludo,  
MISHIMA YUKIO*

## 6

Los nueve días que Ichiro Abe llevaba entrevistando a «atomizados» que habían conocido o tratado a la familia Watenabe no le habían servido para avanzar gran cosa. Los había que aseguraban que era la familia más unida y generosa de la ciudad; los había también que decían lo contrario. Según éstos, el rasgo fundamental de los Watenabe era el egoísmo proverbial de cada uno de sus miembros, así como la animadversión que los unos sentían por los otros. Sea como fuere, lo que sí parecía claro era que se trataba de un clan separado en facciones en función de la actividad económica que cada cual desarrollaba dentro del grupo. Otro punto en común era el hecho de que no existiera un patriarca propiamente dicho, o mejor dicho, sí existía, si bien había ido delegando el gobierno de la nave en sus hijos y sucesores, tres varones, con el fin de que cada uno se especializara en una área de negocio. El cuarto hijo varón era Takuma Watenabe, quien ya desde joven había mostrado su inclinación por el estamento militar, donde gracias a sus dotes de mando no había tardado en ascender dentro del escalafón. En cuanto a la fortuna de la familia, era mucha, pero con una particularidad: cada miembro recibía una remuneración mensual, si bien los dividendos que la compañía generaba se reinvertían de nuevo. De esa forma se garantizaba un crecimiento sostenido. De modo que podía colegirse que las empresas Watenabe eran inmensamente ricas, pero no así sus miembros por cuanto carecían de un patrimonio individual significativo. En ese sentido, la política familiar era parecida a la empleada por los Mitsubishi, una de los clanes más poderosos del país, cuyos miembros recibían una asignación que les obligaba a vivir con austeridad y a trabajar en todos los puestos de la empresa, desde el más bajo al más alto. La guerra multiplicó por diez el valor de las distintas compañías, en particular la división naviera, pero perderla redujo el valor de las mismas a la nada. La llegada de los norteamericanos hizo el resto. Así las cosas, lo único a lo que pudo agarrarse Takuma Watenabe cuando finalizó la contienda, puesto que el ejército quedó suprimido, fue a unos cuantos solares convertidos en escombreras que, en muchos casos, la población desesperada se había apropiado para levantar en ellos casas en las que poder comenzar una vida nueva. El hecho de que no existieran títulos de propiedad había complicado las cosas sobremanera, máxime cuando ni siquiera se dignó a pisar Hiroshima alegando no poder soportar el dolor que le causaría visitar la ciudad. ¿Pero acaso había algún detalle de esta historia que Ryo Watenabe no conociera ya? Ningún testigo había tratado de manera directa o personal, por ejemplo, a su madre o a su abuela. Tampoco se personó ninguna compañera de colegio de la pequeña Maeko, tal y como el joven había supuesto. En cuanto a sus tíos, habían caído de manera sucesiva en los distintos frentes bélicos. La única verdad incontestable y dolorosa era, por lo tanto, la que todo el mundo conocía: los Watenabe residían en el radio que iba de los ochocientos a los mil trescientos metros con respecto al epicentro de la explosión atómica y, como otras ochenta mil almas, fueron aplastados en una

diezmilésima de segundo por aquella fuerza destructora e incontenible. Poco más podía decirse de ellos, salvo que muchos de los testigos los consideraban afortunados por haber sido exterminados y haberse librado de las consecuencias de la bomba, mucho peores en opinión de todos que la propia muerte.

Cuando aquella mañana encontró a una joven occidental sentada en la salita de espera de su despacho, Ichiro Abe se sorprendió por el hecho de que portara un ejemplar del *Chugoku Shimbun* bajo el brazo.

—¿El señor Abe Ichiro? —le preguntó en un japonés más que aceptable.

Su acento era sin ningún género de duda norteamericano. Que pronunciara su nombre tal y como se hacía en Japón, es decir, el apellido antes que el nombre, terminó de desconcertar al investigador privado.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me llamo Elle Bartlett y vengo por el anuncio del periódico. Estoy buscando a dos hombres llamados Takuma y Ryo Watenabe. Si mi japonés no es peor de lo que creo aquí dice...

El ex policía se preguntó si aquella extranjera no había venido directamente de las Llanuras del Alto Cielo, y si, como todo parecía indicar, no eran los *kamis* quienes estaban detrás de las sorprendentes apariciones de los últimos días, la de Ryo Watenabe primero y la de la señora Bartlett ahora.

—Pasemos a mi despacho, señora Bartlett —dijo.

—Señorita, señorita Bartlett.

Estuvo a punto de preguntarle cómo había dado con él, pero de inmediato cayó en la cuenta de que su nombre y dirección figuraban en el anuncio. Que una foránea se personara en su despacho interesada en los señores Watenabe, padre e hijo, era de lo más inusual.

—Tome asiento, por favor.

—Gracias.

—Permítame decirle que habla usted muy bien el japonés. ¿Vive en Japón?

—No, resido en Boston. Aunque viví en Tokio siendo una niña. En la actualidad doy clases de literatura japonesa en la universidad. Soy autora de numerosos trabajos sobre literatura japonesa y conozco personalmente a varios de los autores más destacados del panorama literario nipón, por ejemplo, los señores Kawabata y Mishima.

—Comprendo. Dígame qué desea exactamente.

—Estoy interesada en ponerme en contacto tanto con el señor Takuma Watenabe como con su hijo, Ryo, indistintamente, por motivos personales —adelantó Elle a modo de tanteo—. Se trata de un asunto de mucha importancia para mí. Según me consta, ambos hombres son naturales de Hiroshima. Ésta mañana he pasado por las oficinas del *Chugoku Shimbun*...

—¿Estoy en lo cierto si aventuro que no conoce personalmente a ninguno de los dos hombres? —interrumpió Ichiro Abe.

—Así es.

—No voy a negarle que haya venido al lugar indicado. Pero antes de proseguir esta conversación, es conveniente que sepa que el señor Takuma Watenabe murió hace ya algo más de un año.

—¡Vaya! ¿Entonces, el anuncio...?

—Fue insertado en los principales periódicos de la ciudad por orden de su hijo, el señor Ryo Watenabe.

—Entonces él está vivo.

—¿Por qué no habría de estarlo?

Y tras comprobar que la conversación estaba resultando un tanto atropellada, Ichiro Abe añadió:

—Creo que debería empezar por el principio.

—Es una larga historia —apuntó Elle Bartlett.

—Mi trabajo consiste en escuchar cualquier historia siempre y cuando tenga que ver con mi cliente, en este caso el señor Ryo Watenabe.

—Le aseguro que lo que tengo que contarle concierne de manera directa a su cliente. Pero temo que no va a resultar fácil que logre explicarme con claridad, menos aún en su lengua. Se trata de un asunto complejo y al mismo tiempo delicado.

—Inténtelo, se lo ruego.

—Hace poco más de un año murió mi padre, a quien todo el mundo conocía como el profesor Bartlett y quien durante treinta y cinco años ejerció la psiquiatría y la docencia. Su herencia incluía todo lo que suele contener una herencia, pero también algo más: una considerable suma de dinero cuya procedencia, luego lo supe, era dudosa.

—Perdone que la interrumpa. ¿Dudosa en qué sentido?

—Verá, mi padre tomó parte como evaluador psiquiátrico en los Procesos de Tokio. Al parecer, su comportamiento no fue, digámoslo así, correcto. Ni el suyo ni el de otros muchos colegas. Según he podido saber, un grupo de fiscales y evaluadores psiquiátricos decidió hacer justicia al margen de las decisiones del tribunal, o mejor dicho, alteraron el curso de algunos de los procesos, puesto que estaban en desacuerdo con el enfoque. ¿Cómo pudieron hacer tal cosa? Muy fácil. Extorsionando a ciertos acusados, criminales de guerra de clase B, en su mayoría. A cambio de no desvelar sus verdaderas identidades, lo que hubiera llevado a muchos de ellos a la horca, estos entregaban una parte del botín obtenido durante la guerra. El propósito era recaudar fondos para las asociaciones de viudas de nuestros soldados. Sin embargo, mi padre recaudó el dinero pero nunca llegó a entregarlo. Lo depositó en una cuenta cifrada de las islas Caimán, y allí sigue aún.

—He escuchado toda clase de historias relacionadas con esos procesos, pero ninguna como la suya —reconoció Ichiro Abe—. ¿De qué cantidad estamos hablando?

—De tres cuartos de millón de dólares americanos. Un cuarto de esa suma son los

intereses de más de veinte años.

—Perdone que vuelva a interrumpirla. ¿Tiene pruebas de lo que está diciendo, además del dinero?

—Cuento con un montón de cuadernos escritos por mi padre de su puño y letra. Los nombres aparecen en clave o con iniciales, pero los comentarios que figuran son de lo más reveladores.

—¿Cómo ha llegado a relacionar los nombres de los señores Takuma y Ryo Watenabe con esas claves o iniciales de los cuadernos de su padre?

—El abogado de mi padre, un hombre llamado Arthur Holik, me puso en contacto con cierto médico que trabajó en la Comisión de Víctimas de la Bomba Atómica.

—Prosiga, por favor.

—En mitad de los Procesos de Tokio, mi padre visitó esta ciudad. Buscaba a un niño llamado Ryo Watenabe que, según supo a través del doctor al que acabo de referirme, estaba ingresado en un orfanato. Éste pequeño era hijo del señor Takuma Watenabe, de quien mi padre acababa de elaborar una evaluación psiquiátrica.

—¿Y bien?

—¿No le resulta extraño que el profesor Bartlett visitara a Ryo Watenabe en el orfanato cuando ya había realizado la evaluación psiquiátrica de su padre? ¿Por qué tendría un evaluador psiquiátrico que visitar al hijo de uno de sus pacientes? ¿Por qué implicarse?

—Sí, ¿por qué?

—Muy sencillo. Por un problema de conciencia. El profesor Bartlett visitó a Ryo Watenabe porque Takuma Watenabe no era su padre. Takuma Watenabe era la identidad que se apropió un impostor, quien desembolsó una fuerte suma de dinero a cambio de que su verdadero nombre no fuera desvelado. Una vez cerrado el acuerdo, lo más probable es que el profesor Bartlett supiera de la existencia de Ryo Watenabe, lo que implicaba ciertos riesgos para el plan. Para empezar, cabía que el niño diera la voz de alarma, dijera que no conocía a quien aseguraba ser su padre. Por ese motivo, en mi opinión, el profesor Bartlett tuvo que viajar a Hiroshima para conocer al pequeño. Aquí descubrió que este no había visto jamás a su progenitor, con lo que el camino volvía a allanarse. Pero en algún momento de esa visita mi padre comenzó a sentir remordimientos. Tal vez el estado de la ciudad y de sus habitantes le impresionó. Quizá el testimonio del huérfano espoleó su conciencia. Sea como fuere, creo que estuvo tentado de entregarle el dinero de la extorsión, pero hacerlo hubiera sido lo mismo que devolvérselo al impostor, caer en un absurdo bucle, por así decir, de manera que optó por depositar los fondos en una cuenta cifrada. No estoy segura, pero me parece que el profesor Bartlett estaba aguardando a que el señor Watenabe muriera para entregarle el dinero a su cliente. O mejor dicho, creo que lo que pretendía era que fuera yo quien, llegado el momento, me encargara de resolver el asunto.

A Ichiro Abe volvió a rondarle la cabeza la idea de estar delante de un *kami* que

hubiese bajado directamente del cielo. Aquélla mujer de aspecto frágil y angelical y ojos azules y profundos como el océano (era como un sueño completamente blanco, pues así era como la veía), acababa de darle las claves para resolver de una vez el caso del expreso *Golondrina*, quince años después. Todo se reducía a un problema de identidad. Algo que nadie había sido capaz siquiera de vislumbrar, tal vez porque en aquellos años todo el mundo en Japón andaba buscando su identidad después de la pérdida de la guerra y del gobierno de ocupación de los norteamericanos. En aquella época nadie era quien decía ser, sino que cada uno era lo que le habían dejado ser. En la mayoría de los casos no había habido elección, por lo que tampoco podía haber delito. Los archivos y registros no sólo habían desaparecido en Hiroshima y Nagasaki, también en Tokio y otras grandes ciudades que habían sido arrasadas con napalm. Nadie, pues, se ocupaba de comprobar la identidad de nadie. Carecía de sentido en un país que andaba buscándose a sí mismo.

—¡De modo que Takuma Watenabe era un impostor! ¡Eso lo explica todo! — exclamó Ichiro Abe.

—¿A qué se refiere? —preguntó ahora Elle Bartlett.

—No creo que sea usted consciente de la importancia que tiene para mi cliente y también para mí lo que acaba de contarme. Si hubiera una forma fehaciente de demostrar lo que dice... Verá, hace quince años yo era inspector de policía en Tokio, y me correspondió investigar la muerte de ocho «atomizados» que fueron asesinados en un tren, el expreso *Golondrina*. Todas la víctimas eran miembros o conocidos de una familia de aquí, los Nomura. Lo cierto es que un tal Yosuke Nomura, comandante del 10º Ejército que operaba en China, estaba bajo las órdenes de su inmediato superior, el teniente coronel Takuma Watenabe. En un principio se dijo que Nomura había muerto, hasta el punto de que su nombre figura escrito en un templo que hay en Tokio dedicado a los caídos en el frente chino. Sin embargo, sólo se trató de una artimaña para poder entrar al servicio de la Agencia Kodama, una organización delictiva dedicada a la recolección de materias primas en el continente. Al poco tiempo resucitó como el señor Anguila. Sea como fuere, Japón perdió la guerra y muchos de nuestros oficiales prefirieron hacerse el haraquiri antes que soportar la humillación de caer en manos del enemigo. Ése fue el caso de Yosuke Nomura, quien se practicó un suicidio ritual en suelo chino y quien contó con la ayuda de Takuma Watenabe...

Pese a que el discurso del señor Abe estaba lleno de peripecias y de nombres que nunca había oído, Elle Bartlett fue capaz de llegar a una conclusión:

—El señor Holik me habló de ese tal señor Anguila, aunque mi padre solía referirse a él empleando la letra A. Pero si Takuma Watenabe no era quien decía ser, entonces...

Ichiro Abe se tocó la cara con el dorso de los dedos y apretó los labios antes de decir:

—Era Yosuke Nomura. Según se deduce de su relato, quien murió en China fue el

teniente coronel Takuma Watenabe.

—¡Vaya!

—Lo más probable es que tanto Nomura como Watenabe tuvieran conocimiento de lo que había sucedido con sus respectivas familias en Hiroshima. Cabe incluso que Watenabe desconociera que su hijo había sobrevivido a la hecatombe nuclear. En esas circunstancias, sin familia, con la guerra perdida y corriendo el riesgo de ser enjuiciado por los chinos, es muy posible que decidiera quitarse la vida contando con la ayuda de un subordinado. En ese escenario, y sabiendo que su vida corría un gran peligro en caso de ser identificado, Nomura decidió apropiarse de la identidad de su superior. Luego se apoderó de los bienes de la familia, solares en su gran mayoría, y comenzó la reconstrucción del imperio Watenabe contando con la ayuda de la Agencia Kodama, imagino que a cambio de una parte del pastel. No en vano, ya habían colaborado durante la guerra en China. Más tarde puso en práctica la última parte del plan: acabar con aquellas personas que podían identificarlo como Yosuke Nomura. Y en ese punto llegamos al inicio de esta historia: los crímenes del expreso *Golondrina*.

La nariz de Ichiro Abe aleteó como si necesitara tomar aire después de un gran esfuerzo.

—Me gustaría poder entrevistarme con el señor Ryo Watenabe —solicitó Elle Bartlett—. El dinero que guardó mi padre le pertenece.

—El señor Watenabe dirige una fundación que ayuda a los «atomizados», así que a buen seguro recibirá con agrado cualquier aportación económica, pero antes de permitirle dar ese paso, es necesario que encontremos la forma de procurarle una mayor solidez a su historia con alguna prueba que no dé lugar a interpretaciones erróneas. Una prueba gráfica, por ejemplo. Creo saber cómo obtenerla —observó el investigador privado.

—¿Cómo?

—Hace ya unos años, un hombre apellidado Matsuda me dijo estar en posesión de una fotografía del señor Takuma Watenabe en el frente chino. Digamos que este caballero decidió conservar la instantánea como medida de seguridad, pues se había prestado a testificar en los Procesos de Tokio. La depositó en un bufete de abogados de su país, y sería divulgada en el supuesto de que le sucediera algo malo. Usted ya me entiende. Ahora lo importante es encontrar al señor Matsuda y que nos facilite la copia. Una vez tengamos la fotografía en nuestro poder, hablaremos con mi cliente. Si estamos en lo cierto, cuando vea al verdadero Takuma Watenabe no lo reconocerá, o más exactamente, dirá que se trata de Yosuke Nomura. Entonces será el momento idóneo para que usted le cuente su historia.

Elle Bartlett tardó unos segundos en digerir la propuesta del señor Abe. Luego, dijo:

—Me alojo en el Hotel New Hiroshima. Espero su llamada.

¿No era ese el hotel donde se hospedaba también el señor Ryo Watenabe? Sin

duda, detrás de aquellas revelaciones extraordinarias estaban los *kamis*. Para los dioses nada quedaba fuera de lo posible, sólo ellos tenían la potestad de hacer que la casualidad y el destino se unieran dando lugar a una misma cosa. Desde esa perspectiva, todos los años pasados no habían sido un fracaso, como había creído, sino parte del aprendizaje. Era necesario que el tiempo transcurriera para que las piezas del rompecabezas encajaran, pues formaban parte esencial del argumento. Era imprescindible que el profesor Bartlett falleciera y que su hija se hiciera cargo de su herencia. Otro tanto ocurría con Ryo Watenabe. Había tenido que esperar a que su padre muriera para que se atreviera a enfrentarse a su pasado por sí mismo. Sí, el mundo había estado girando todo este tiempo a la espera de que los personajes de esta historia estuvieran preparados para salir a escena.

Antes del almuerzo, Ichiro Abe pasó por el santuario Gokoku, sito en el castillo de la ciudad, donde después de orar durante un buen rato, escribió en una tablilla: «Gracias».

—Sé que tú estás detrás de todo esto, Sakura, que son tus manos las que han movido los hilos de las marionetas. Te lo agradezco de corazón —dijo en voz alta antes de abandonar el templo.

La señora Abe escuchó en silencio el relato de su marido. En los meses inmediatamente posteriores a la guerra se habían dado numerosos casos de suplantación de identidad, algunos tan flagrantes como aquel en el que se vio envuelto el señor Sugihara, o mejor dicho los señores Sugihara, puesto que dos caballeros aseguraron ser la misma persona. Cuando el asunto parecía irresoluble, apareció la señora Sugihara, quien en un primer momento había sido dada por muerta. Identificó a uno de los hombres como su marido. Sin embargo, el otro señor Sugihara siguió insistiendo en ser él el auténtico señor Sugihara. Incluso llegó a aportar datos sobre la biografía de la mujer que eran correctos, lo que aumentó el desconcierto de las autoridades. La resolución del caso, que fue seguido capítulo a capítulo por el *Chugoku Shimbun*, resultó más sorprendente aún que el desarrollo del mismo. Gracias a una exhaustiva investigación de los personajes llevada a cabo por un policía concienzudo, se descubrió que todo obedecía a un plan de la mujer, que tenía un amante al que quiso convertir en su marido aprovechando el caos administrativo causado por *Little Boy*. La necesidad, la falta de escrúpulos o un simple brote de locura daban lugar a situaciones como esta o parecidas que, en muchos casos, no podían resolverse satisfactoriamente, puesto que miles de supervivientes perdieron sus señas de identidad la mañana del 6 de agosto de 1945. Por descontado, también se dieron casos de lo que en psiquiatría se llamaba «síntoma de la negación», y que consistía en rechazar toda evidencia razonable de sospecha acerca de la identidad de una persona, puesto que los afectados preferían vivir en el engaño antes que aceptar la realidad. De esa forma, hubo madres que acabaron reconociendo como hijos a pequeños que habían quedado huérfanos y preferían hacerse pasar por quienes no eran con tal de tener unos padres. Otro tanto ocurrió con quienes tenían deudas económicas o con quienes, simplemente, querían cambiar de vida: adoptaron nuevas identidades y desaparecieron de Hiroshima. Poco a poco, no obstante, las aguas volvieron a su cauce, aunque fueron muchos los que lograron que sus falsas identidades se consolidaran como legítimas. Al parecer, ese había sido el caso de Yosuke Nomura a su regreso de suelo chino.

—Hay algo en esta historia que no acabo de entender. ¿Por qué Nomura se apropió de la identidad de su inmediato superior, quien también era un criminal de guerra y estaba siendo perseguido por la justicia? ¿Por qué no buscó la identidad de una persona sin antecedentes? —preguntó la señora Abe.

—Supongo que por varias razones. La primera de todas porque tenía constancia de que los Watanabe habían sido exterminados en su totalidad. No podía arriesgarse a adoptar la identidad de alguien con familia. Sí, luego descubrió que existía un superviviente, pero se trataba de un niño de corta edad que no recordaba a su padre. Además, al trabajar Yosuke Nomura para la Agencia Kodama, lo más probable es que contara con la organización para llevar a cabo su plan. Suplantar la identidad del

único heredero de un poderoso grupo empresarial podía reportarles grandes beneficios a todos. No creo que le importara pasar unos cuantos años en prisión a cambio de lo que le esperaba fuera, sobre todo teniendo en cuenta que los presos condenados por crímenes de guerra disfrutaban de grandes privilegios en la prisión de Sugamo.

—Pero de ahí a asesinar a tus propios familiares, a las señoritas Tanaka y Okada...

El tono de voz de la señora Abe volvió a reproducir el estremecimiento de antaño cuando hablaba de aquellas muertes.

—Se convirtieron en un obstáculo. Eran las únicas personas en el mundo que podían identificar a Yosuke Nomura. El imperio Watenabe no paraba de crecer y con él las obligaciones para con quienes le habían allanado el camino. Nomura había llegado, pues, a un punto de no retorno, no podía correr riesgos. Eso explica, entre otras cosas, el hecho de que Takuma Watenabe se negara a pisar Hiroshima bajo el pretexto de que no estaba preparado para soportar el dolor. En realidad, temía que alguien pudiera reconocerlo. Pero cabe incluso que, llegada la hora de dar la orden de que ejecutaran a sus allegados en el expreso *Golondrina*, pensara que les estaba haciendo un favor, que les estaba librando del sufrimiento de ser *hibakushas*. Según me contó Ryo Watenabe, la relación que mantenía con su padre, o mejor dicho con su falso padre, era distante en el sentido estricto del término. No había contacto físico entre ellos porque Takuma Watenabe, es decir, Yosuke Nomura, sentía aprensión por los «atomizados». Como millones de japoneses, creía que eran portadores de una enfermedad incurable y contagiosa. De manera que no se puede descartar que Nomura pensara que asesinando a sus familiares no sólo obtenía un beneficio personal, sino que les estaba haciendo un favor.

—Sin embargo, dos años antes de su muerte creó una fundación de ayuda a los *hibakushas* —apuntó la señora Abe.

—Con la que en realidad pretendía ganar prestigio social y sembrar el campo de guijarros en el supuesto de que alguien, como hice yo en su momento, quisiera investigar su pasado. Aunque tal vez con la fundación pretendiera también otra cosa: redimir sus crímenes. ¿Quién puede saberlo? Desgraciadamente Yosuke Nomura se llevó muchos de sus secretos a la tumba.

—¿Cómo te sientes, Ichiro? —preguntó la señora Abe.

—Como un capón relleno, como uno de esos animales a los que ceban para que se les atrofien algunos órganos internos. Lleno, me siento lleno, pero también enfermo. Nunca se me ocurrió suponer que todo pudiera reducirse a un asunto de suplantación de identidad. Desgraciadamente, después de la guerra, todos hemos pasado demasiado tiempo preguntándonos quiénes éramos. Me temo que, en muchos casos, todavía no hemos dado con la respuesta. Ni siquiera Japón es el que era, el que fue. También él ha cambiado de identidad.

—A veces ni siquiera la verdad nos trae consuelo. Todo lo contrario, puede

resultar decepcionante. En todo caso, no nos queda más remedio que aceptarla —dijo la mujer con resignación.

—Lo sé, pero me preocupa la reacción del muchacho. Es un joven orgulloso e impulsivo —indicó el investigador.

—Tendrás que elegir bien las palabras, ser muy cuidadoso. Lo que tienes que decirle es demasiado delicado.

—Ya que lo mencionas. Me sería de gran ayuda que el señor Matsuda me prestara la fotografía que guarda del verdadero Takuma Watenabe. Nos sería muy útil para reforzar la historia de la señorita Bartlett.

—¡Oh, sí, el señor Matsuda! ¿Crees que es conveniente mostrarle al muchacho la fotografía de su padre en una actitud tan poco noble? A mí me desagradaría ver a mi padre inmortalizado mientras comete un acto tan sanguinario e inhumano.

—Ryo Watenabe tomó parte como ayudante en el suicidio ritual de un compañero, sabe lo que es cercenar la cabeza de un hombre, así que no creo que le impresione demasiado. En cualquier caso, fue él quien vino a mí para que le ayudara a redescubrir su pasado. Tendrá que asumir las consecuencias de esa decisión.

—Trataré de localizar al señor Matsuda. Hace años que no he vuelto a saber de él. Antes, cuando era propietaria de una casa de geishas, las cosas eran más fáciles. Podía encontrar a cualquier persona con sólo levantar el auricular del teléfono.

Con el paso del tiempo, Ichiro Abe había descubierto que cuando su esposa hacía referencia a su vida pasada, envolvía sus palabras con cierto tono de reproche a sí misma, como si su situación actual hubiera supuesto una pérdida de facultades y de ciertos privilegios de antaño.

—Si Ryo Watenabe y la señorita Bartlett han venido a mí sin yo proponérmelo, no tendrás problemas a la hora de encontrar al señor Matsuda, pues ese parece ser el designio de los dioses.

—Prepararé un poco de té con vino de ginseng.

—De acuerdo. Más tarde nos acercaremos al templo para dar las gracias.

Como un potro salvaje, Ryo Watenabe brincó y se agitó cuando Ichiro Abe le mostró la fotografía de su verdadero padre. Siguiendo el guión previsto, aseguró que quien aparecía en aquella instantánea era Yosuke Nomura, el propietario de la catana que pendía de una de las paredes del despacho paterno cual reliquia. Luego, poco a poco, fue amansándose hasta dar paso a la reflexión. No podía decirse que estuviera desolado, pero sí que en alguna parte de su interior sentía un dolor lacerante. Nunca había mantenido una relación fluida con su progenitor, y ahora, al conocer la verdad sobre su identidad, le pareció comprender las razones de su distanciamiento: no existían vínculos de sangre entre ellos. Desde un principio, su padre había establecido unos límites en su relación para con él que jamás había traspasado. Él siempre lo había achacado a su condición de «atomizado». A tenor de lo que acababa de descubrir, semejante comportamiento estaba más que justificado, pues su padre, su falso padre, ocultaba a un extraño. O mejor dicho a un desconocido, puesto que a lo largo de los años había oído hablar en numerosas ocasiones de Yosuke Nomura, de quien había oído decir que se trataba de un ejemplo para la nación, de un héroe. Su padre se henchía de orgullo cuando hablaba de Yosuke Nomura y de los pormenores de la amistad que ambos habían trabado en territorio chino; en cambio, se mostraba reservado y hasta taciturno cuando la conversación giraba en torno a la figura de su esposa, de sus padres o de sus hermanos caídos en el frente. Decía no poder enhebrar un discurso coherente por no haber sido capaz de enfrentarse a su propio dolor, pese a los años transcurridos. Ahora lo entendía todo. Cuando su padre hablaba de Yosuke Nomura estaba hablando de sí mismo. Del resto, simplemente, no podía hablar más que de oídas.

—¿Dónde ha encontrado esta fotografía? —preguntó el joven.

—Es una larga historia. Su propietario es un hombre llamado Matsuda, y en su momento quiso emplearla para vengarse de su padre.

—¿Vengarse de mi padre? ¿A qué se refiere?

—El comandante Yosuke Nomura clavó una bayoneta en el cuerpo del señor Matsuda, quien se había negado a cumplir una orden: hundir a su vez su bayoneta en el vientre de una mujer embarazada. Imagino que habrá oído hablar de la matanza de Nankín, que nuestros militares no reconocen. Según se dice, miles de civiles fueron masacrados. Como consecuencia de aquel ataque, el señor Matsuda quedó paralítico. Tuvo que abandonar el ejército y entró a trabajar en la Agencia Kodama. Así las cosas, supo que el comandante Nomura se había suicidado en China al finalizar la guerra y que había contado con la ayuda de su inmediato superior, el teniente coronel Takuma Watenabe. Como disponía de una fotografía de este llevando a cabo la ejecución de un prisionero chino, decidió colaborar con el Tribunal Internacional para el Lejano Oriente. Quería vengarse de los oficiales que habían propiciado su situación. Sin embargo, su testimonio fue rechazado. Matsuda temió entonces por su

seguridad, así que depositó la fotografía que tiene delante de usted en un bufete de abogados de los Estados Unidos de América, que tendría que divulgar la instantánea en caso de sufrir algún percance. Obviamente, Matsuda desconocía que quien decía ser Takuma Watenabe era en realidad Yosuke Nomura. De hecho, acaba de enterarse por mí. Su padre, su falso padre, fue muy cauteloso a la hora de dejarse fotografiar o filmar. Son pocas las imágenes que existen de él, y en ellas siempre aparece tocado por un sombrero y con los ojos ocultos bajo unas lentes oscuras.

—Aseguraba padecer fotofobia —apuntó el joven.

—Tal vez se tratara de una argucia para no mostrar su rostro completamente descubierto —observó Ichiro Abe.

—Me pregunto cómo pudo engañar a los miembros del tribunal que lo juzgó.

—Digamos que la respuesta a esa pregunta forma parte de la segunda parte del informe que he elaborado para usted. En breves momentos llegará una persona que le aclarará convenientemente ese extremo. Se trata de una dama que ha dado conmigo gracias al anuncio que insertamos en la prensa.

—¿Una mujer?

—Una norteamericana. Una profesora de literatura japonesa llamada Elle Bartlett.

—La señorita Bartlett se hospeda en mi hotel —se descolgó el joven.

—¿Conoce a la señorita Bartlett?

—Sólo de vista. Lleva más de una semana desayunando en la mesa contigua a la mía. Sea como fuere, no entiendo qué puede tener que ver una profesora de literatura en todo esto.

—La señorita Bartlett tiene que estar a punto de llegar. Entonces entenderá los vínculos que tiene con su caso. Antes me gustaría formularle una pregunta que tiene que ver con el caso del que le hablé el otro día, los crímenes del expreso *Golondrina*. ¿Ha oído hablar de la Sociedad del Hongo?

—¿La Sociedad del Hongo? No, nunca he oído hablar de ella.

—¿No recuerda haber escrito ese nombre siendo usted un niño? Tal vez se lo oyerá mencionar a su padre, me refiero al señor Nomura.

—¡Espere! ¡Sí, ahora lo recuerdo! De pequeño, yo solía copiar palabras o pequeños textos que leía en los papeles que mi padre guardaba en su despacho. Era una forma de mejorar mi caligrafía, ya que *Little Boy* me dejó maltrecha la mano derecha. En ocasiones, era él quien me entregaba los documentos que yo copiaba. Siempre sin acercarse demasiado a mí, por supuesto. De modo que es posible que yo escribiera esa frase, aunque no lo recuerdo. ¿Qué significa?

—Los crímenes del expreso *Golondrina* fueron cometidos por cuatro sicarios, quienes a su vez aparecieron asesinados en un hotel del distrito de Akihabara de Tokio. Todos ellos portaban unas pequeñas tiras de papel donde un niño había escrito: «La Sociedad del Hongo». Siempre creí que el nombre tenía que ver con el hongo de la bomba atómica, puesto que las víctimas del tren eran «atomizados». Ahora que sé que era Yosuke Nomura quien se ocultaba bajo la identidad de su padre, estoy seguro

de que algo de eso había. No obstante, logró lo que se proponía: confundir a la policía, desconcertar a quienes nos encargamos inicialmente de la investigación. Que un niño fuera el firmante de unas notas que portaban cuatro peligrosos criminales, que a su vez se habían asesinado entre sí, resultó perturbador para todos los que tomamos parte en la investigación. Nunca nos habíamos tenido que enfrentar a un caso parecido. Incluso lo ocultamos a la opinión pública. Temíamos que la prensa sensacionalista usara ese dato para magnificar la información, para crear cierto estado de alarma entre la población.

—Comprendo. Como en el 6 de agosto de 1945 lo perdí todo, desde entonces he tenido la manía de no tirar nada que tenga valor sentimental para mí. De modo que conservo la mayoría de esos ejercicios caligráficos. Si lo desea, puedo enviárselos cuando regrese a Tokio.

—¿Haría eso por mí? Le quedaría muy agradecido.

En efecto, Ryo Watenabe reconoció a Elle Bartlett como la extranjera con la que llevaba coincidiendo varios días a la hora del desayuno. Se saludaban con una leve inclinación de cabeza, y luego la mujer solicitaba abundante café negro y unos huevos Benedict, que el cocinero del hotel sabía preparar gracias a que había trabajado para los norteamericanos durante los años de ocupación. Él, por descontado, prefería el desayuno tradicional japonés, a base de sopa miso, arroz, un poco de pescado y vegetales encurtidos, pero tenía que reconocer que su curiosidad por aquella dama había ido en aumento con el paso de los días. ¿Qué hacía en Hiroshima? ¿Estaba sola? ¿Esperaba la llegada de un hombre, su marido tal vez?, había comenzado a preguntarse. Incluso llegó a interrogar a uno de los conserjes acerca de su nacionalidad o sobre las causas de su estadía en la ciudad. Saber que se llamaba Elle Bartlett y que era norteamericana le desconcertó sobremanera, pues hasta entonces jamás había contemplado la posibilidad de que alguien de esa nacionalidad pudiera tener cierto atractivo para él. En sus elucubraciones, la había imaginado francesa o centroeuropea por su aspecto, si bien tenía que reconocer que poco o nada sabía sobre las particularidades raciales de los europeos. Se basaba en ciertos prejuicios que había adquirido cuando siendo un adolescente viajó por Inglaterra, Francia, Italia, Austria, Checoslovaquia y Hungría, en una suerte de viaje iniciático. Como consecuencia de aquel periplo llegó a una conclusión: la cultura tradicional japonesa era a todas luces muy superior a cualquiera de la vieja Europa, y en lo único en lo que esta podía compararse con Japón era en la belleza de sus mujeres. Otro tanto le sucedió cuando supo que la dama era una experta en literatura japonesa. Sea como fuere, en ningún caso había imaginado siquiera que la presencia de aquella mujer en Hiroshima tuviera que ver con él, que pudiera estar ligada a su pasado de manera tan estrecha. Elle Bartlett era la hija del hombre que le había visitado en el orfanato, quien le había hecho numerosas preguntas en torno a los recuerdos que tenía de su padre. Después de confesarle que no lo había visto jamás en persona, el hombre aseguró ser un emisario de su progenitor, quien se encontraba en

Tokio a la espera de ser encausado. Quería que supiera que en cuanto su situación procesal se resolviera se reunirían para no separarse más. En numerosas ocasiones se había preguntado por qué el enviado era un norteamericano, un enemigo de Japón, y nunca había hallado la respuesta. A lo sumo había supuesto que se trataba de una imposición de las fuerzas de ocupación, que de esa manera controlaban la comunicación entre los reos y el exterior. Ahora lo comprendía todo. La colaboración de aquel evaluador psiquiátrico resultaba esencial para que el cambio de identidad fructificase. Su concurso era fundamental a la hora de darle verosimilitud al engaño. La única fotografía que se conservaba de su padre, al margen de la del señor Matsuda, descansaba sobre la mesa del despacho de Yosuke Nomura, si bien jamás había sospechado que la identidad de los dos hombres estuviera cambiada. En ese sentido, era una verdadera lástima que los incendios posteriores a *Little Boy* hubiesen destruido todas las fotografías y documentos familiares. De hecho, de haber tenido un par de años menos cuando la explosión atómica, lo más probable era que ni siquiera hubiera sido capaz de recordar su nombre y apellidos. En cuanto a los problemas de conciencia que, en opinión de la mujer, había impulsado al profesor Bartlett a depositar la suma obtenida mediante la extorsión en un banco de las islas Caimán, no le servía de consuelo. Ya era demasiado tarde. No podía negar que una cantidad de dinero tan elevada podía servirles de gran ayuda a muchos de los «atomizados» que estaban bajo la tutela de la fundación que dirigía, pero en lo concerniente a su persona, todo el oro del mundo no habría bastado para resarcir el daño infligido. La bomba atómica le había dejado sin familia; Yosuke Nomura, en connivencia con aquel psiquiatra norteamericano, le había robado además una parte muy importante de su identidad, había urdido y consolidado una mentira de la que él era la principal víctima. La idea le provocaba tanta repugnancia como los buenos y nobles sentimientos que había albergado hacia el hombre que se había hecho pasar por su padre. Siempre había hecho todo lo posible por admirarlo, pues creía que ese era el deber de un buen hijo. Nunca había cuestionado su desafecto, que siempre creyó merecer. No en vano ni siquiera era una persona como las demás. Su piel presentaba marcas, restos de quemaduras pasadas, y su salud era más delicada de lo normal. Su sistema inmunológico había quedado afectado, y los médicos temían que en caso de tener hijos, éstos pudieran nacer con malformaciones. Eso lo convertía en el último miembro de la estirpe de los Watenabe. ¿No era ese motivo suficiente para que quien lo había engendrado se sintiera decepcionado? Ahora, con las nuevas revelaciones, entendía que no había un ápice de desencanto en aquel distanciamiento, sino indiferencia hacia todo lo que él representaba.

Maestro:

*Hoy he hecho un descubrimiento abominable: mi padre no era quien decía ser, sino un impostor. En consecuencia, durante todos estos años mi vida ha estado en manos de un extraño. Fue este extraño cuyo nombre es Yosuke Nomura, quien cercenó la cabeza de mi verdadero padre en el frente chino, y no al revés como siempre había creído. ¿Cabe mayor bajeza que llevar hasta sus últimas consecuencias semejante ejercicio de impostura? Una vez superado el impacto que me causó la noticia, me han venido a la memoria sus novelas. O mejor dicho, creo que la historia de mi vida podría servirle de inspiración en un futuro próximo. Mi existencia está llena de fantasmas, tribulaciones e incertidumbres, y los fantasmas particulares y sociales (eso que se conoce por vergüenza social) forman parte de sus preferencias como escritor. Me considero un claro ejemplo de persona a la que todos los intentos por encontrar su lugar en el mundo le resultan insuficientes. Creo que esto está más generalizado de lo que se cree. No quiero resultar petulante, pero en mi opinión mi vida se parece a la vida misma. El dinero no sería problema, y por descontado tendría usted carta blanca (¿se dice así?) para escribir lo que creyera más conveniente. Me refiero a que no me opondría a que realizara cambios, ampliara o hiciera desaparecer ciertos detalles. Soy un gran admirador de su obra, la respeto profundamente y comprendo que cuando se trata de novelar una historia, es la realidad la que ha de plegarse a la ficción, aunque la primera sirva para darle consistencia, para hacer de aglutinante. Me parece que me estoy yendo por las ramas, pero creo que se debe al efecto que me ha causado mi descubrimiento. Y ya que le hablo de literatura desde mi posición de neófito, permítame preguntarle si conoce a una dama norteamericana llamada Elle Bartlett, quien asegura haberle tratado por ser una estudiosa de su literatura y de la de otros grandes maestros de las letras de nuestro país. En gran medida, esta dama ha sido la artífice de la revelación. Resultaría demasiado prolijo contarle de manera pormenorizada lo sucedido, así que si está conforme dejaremos los detalles para más adelante, cuando las aguas hayan vuelto a su cauce y podamos vernos en persona, algo que por otra parte deseo con sumo fervor. Pese a que en Hiroshima se encuentra enterrada una parte fundamental de mi pasado, echo de menos las maniobras militares en el monte Fuji y las reuniones con mis compañeros de la Sociedad del Escudo. Después de los últimos acontecimientos me he dado cuenta de que mi verdadera familia es nuestra agrupación, con usted a la cabeza. Ahora que sé que nunca he tenido padre, soy consciente de que los valores y principios que*

*defendemos son los que le dan sentido a mi vida. Sin la Sociedad del Escudo me sentiría completamente perdido. En cierta forma, es usted mi referente moral, lo que equivale a decir que su influencia sobre mí es tan determinante como la de un ascendiente. Espero que no malinterprete mis palabras. Lo que anhelo en última instancia es volver a Tokio y reintegrarme en nuestra sociedad, junto a mis compañeros, puesto que ya ha transcurrido un tiempo prudencial desde el «incidente» de Kimura. No quiero que piense que me estoy justificando, que persigo replegarme, por decirlo con esas palabras. En Hiroshima, una vez superado el sentimiento inicial de rechazo y de miedo, he descubierto cuán necesitada está nuestra sociedad de altruismo (de personas altruistas), y en ese sentido mi propósito pasa por reforzar lo que aquí he empezado. Añadiré además que pronto voy a recibir una importante suma de dinero que me permitirá iniciar nuevos proyectos que sirvan para mejorar las condiciones de vida de los «atomizados». No obstante, opino que mi labor tendría una mayor resonancia desde Tokio. Creo incluso que los «atomizados» podrían prestar un gran servicio a nuestra causa. Contrariamente a lo que la gente cree, los hibakushas son fieles y austeros como los samuráis. A poco que nos lo propongamos, podemos transformar la angustia y la atonía de estos seres en iracunda furia. De usted depende que regrese o no a Tokio, usted tiene la última palabra, así que no obraré en un sentido u otro hasta que vuelva a tener noticias suyas.*

*Un cordial saludo,*  
WATENABE RYO

La llegada de un plato de huevos Benedict sirvió de excusa para romper el silencio. No había motivos para que Elle Bartlett y Ryo Watenabe no se sentaran a desayunar juntos después de haberse conocido la tarde anterior, pero otra cosa muy distinta era encontrar la excusa para iniciar una conversación trivial que les permitiera adentrarse en el conocimiento mutuo.

—¿Siempre desayuna lo mismo? —preguntó el joven.

—Desde hace más de diez años. En Estados Unidos los tomo con Canadian bacon, pero aquí no tienen —respondió la señorita Bartlett—. En realidad, cualquier tipo de jamón va bien. ¿Quiere probarlos?

—No, gracias. Me sorprende que habiendo vivido entre nosotros, hablando nuestra lengua como la habla y siendo una gran conocedora de algunos aspectos de nuestra cultura, en cambio no le guste nuestra cocina.

—No es exactamente así. Me encanta la cocina japonesa, pero también me gustan los huevos Benedict. Prefiero comer arroz o pescado a mediodía.

—¿Desde cuándo le interesa la literatura japonesa? —preguntó ahora Watenabe.

—Supongo que desde siempre, aunque no lo supe hasta la adolescencia. Un día encontré un libro de poesía china clásica en la biblioteca de mi padre, y ahí empezó todo. La literatura china me llevó a la japonesa, y esta a otras del sudeste asiático. Pese a que se tiende a creer que un occidental no puede entender la cultura japonesa, y por extensión su literatura, yo había vivido en Tokio durante mi niñez, conocía bastante bien los rudimentos de la lengua y las costumbres locales, así que mi interés por la obra de ciertos escritores japoneses era sincero y estaba justificado.

—El maestro Mishima.

—También Yasunari Kawabata y otros muchos.

Después de detener la mirada durante unos segundos sobre el plato de huevos Benedict, Ryo Watenabe cambió repentinamente el sentido de la conversación:

—He de admitir que es usted una mujer con mucho valor. Yo hubiera sido incapaz de hacer lo que usted ha hecho. No me hubiera arriesgado a venir hasta aquí después de lo pasado —dijo.

—¿Le hubiera parecido más ético que me hubiera quedado con el dinero? —preguntó la señorita Bartlett.

—No me refiero a eso. Trate de ponerse en mi lugar. ¿De dónde es usted, de Boston?

—Sí, soy natural de Boston.

—Imagine que Japón hubiera arrojado una bomba atómica sobre Boston, y que como consecuencia de la explosión usted se hubiera quedado sola en el mundo con su padre, y que al cabo de los años un japonés, yo mismo, hubiera aparecido en su ciudad para decirle que quien decía ser su padre no era más que un impostor, y que hay una obscena cantidad de dinero depositada en una cuenta cifrada que lo

demuestra. Añada a esta historia los términos extorsión y manipulación y obtendrá como resultado otra bomba, otro artefacto explosivo, en este caso afectivo. Usted personifica al enemigo, al país que masacró y humilló a mi pueblo, y sin embargo, ha tenido la valentía de venir hasta aquí para dar la cara. Me pregunto por qué lo ha hecho.

—Yo no personifico nada de eso. Soy un ser humano como otro cualquiera. La gran mayoría de norteamericanos estamos en contra del uso de bombas nucleares y, por descontado, reprobamos lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki. Pero lo que yo piense sobre esa materia no tiene nada que ver con mi presencia aquí. No he venido a Hiroshima para acallar mi conciencia, ni tampoco la suya, sino para devolverle lo que legítimamente le pertenece. No voy a negar que en los últimos meses he imaginado escenarios más desfavorables del que me he encontrado; me refiero a su situación económica personal. Por descontado, hubiera preferido que el dinero hubiera recaído en un huérfano en todos los órdenes. Pero la realidad es la que es y usted es el que es.

—¿Un huérfano en todos los órdenes?

—Pobre y desvalido. Una persona con escasos recursos económicos, como ocurre con la mayoría de «atomizados».

—Es indudable que no soy pobre en lo material, pero le aseguro que el dinero no ha conseguido aplacar mi sufrimiento interior ni un solo instante. Mi verdadera riqueza son los recuerdos que guardo de mi familia antes de que *Little Boy* estallara sobre nuestras cabezas. Desgraciadamente son pocos, porque tengo conciencia de ser quien soy a partir del 6 de agosto de 1945. De mi vida anterior apenas si guardo una o dos imágenes. ¿Sabe qué estaba haciendo cuando estalló la bomba? Estaba siendo peinado por mi madre. Siempre me alteraba cuando mi madre me alisaba el cabello, porque las púas del peine acababan arañándome el cuero cabelludo. Sin embargo, por alguna extraña razón, la mañana de autos mi madre me estaba peinando con suma delicadeza, tanta que los párpados se me cerraron. Cuando los abrí todo lo que había a mi alrededor había desaparecido. Me encontraba en plena calle, rodeado de escombros y de cadáveres. Fue el cuerpo de mi madre el que me salvó la vida. Hizo de escudo. En el momento de la explosión se había colocado a mi espalda y me envolvió con su cuerpo, para así poder peinarne con más cuidado. Semanas más tarde volví a reencontrarme con mi hermana Maeko, pero la pobre falleció al cabo de los días por haber bebido lluvia negra. El calor que provocó la bomba y los posteriores incendios fue tan grande que nos dejó a todos sedientos. Al cabo de un rato, quizá de una hora, comenzó a caer sobre la ciudad una lluvia negra, fruto de la radiactividad. Muchos la recibieron como una bendición en aquel infierno. Quienes la bebieron, y le aseguro que fueron miles de personas, acabaron pereciendo. ¿Lo comprende? Con cuatro años era rico, inmensamente rico, tenía el amor y el afecto de mi familia. No necesitaba nada más. Después de *Little Boy* lo único que he tenido ha sido dinero. ¿Y qué es lo que usted ha venido a ofrecerme desde Estados Unidos? Más dinero. ¿No le parece una paradoja?

Los ojos de Ryo Watenabe se habían ido inflamando conforme avanzaba su discurso hasta adoptar una expresión feroz.

—Lo siento —dijo la señorita Bartlett, indefensa de argumentos frente a aquella invectiva.

—Usted no tiene la culpa. Ande, termínese sus huevos Benedict.

—He perdido el apetito.

—Perdóneme, se lo ruego. No tenía que haberle contado... A veces hablo con demasiado ímpetu. Me sirve para desfogarme, para expulsar la rabia que todavía llevo dentro de mí. He de admitir que también me ha procurado cierto consuelo, a mí y a los que ahora dependen de mí. Hay muchos «atomizados» que perdieron lo mismo que yo y además viven en la más absoluta miseria, de modo que su dinero les será de mucha utilidad. ¿Le he dicho que gracias a la visita que me hizo su padre en el orfanato perdí el miedo a los norteamericanos?

—No, no lo sabía.

—No sé qué clase de hombre era su padre, pero recuerdo que me trajo algunas fruslerías: una tableta de chocolate, chicle y cosas parecidas, y me hizo sentir bien por primera vez en mucho tiempo. Yo entonces no odiaba a los norteamericanos, sino que los temía. O mejor dicho, temía que pudieran seguir arrojando bombas atómicas sobre nuestras ciudades. Sin embargo, su padre parecía un hombre como los demás.

Elle se sorprendió ante aquella visión de su padre, tan diferente a la que ella había tenido, incluso de niña.

—En cierto sentido, me da la impresión de que mi padre se parecía al suyo. Me refiero a su falso padre, naturalmente. De no ser así no se hubieran puesto de acuerdo para urdir el plan que permitió a Yosuke Nomura apropiarse de una identidad falsa —observó.

—Al menos a su padre le traicionó la conciencia, de lo contrario usted no estaría aquí. El mío se llevó su secreto a la tumba.

—También mi padre mantuvo su secreto durante veinte años. Podía haber resuelto este asunto mucho antes, mediante una donación anónima, por ejemplo. Sin embargo, no lo hizo.

—Usted tampoco. Me refiero a que también usted podía haber donado el dinero de forma anónima.

—Es cierto, pero en cuanto tuve conocimiento de lo que había sucedido, me vi en la obligación de tomar cartas en el asunto. Me propuse que el dinero acabara en las manos de su legítimo propietario.

—Francamente, ni siquiera estoy seguro de ser el legítimo propietario de esa suma de dinero, como usted asegura. Cuando Yosuke Nomura reconstruyó el imperio Watenabe lo hizo con la financiación de influyentes hombres de negocios con los que había coincidido en la prisión de Sugamo. Además, según se desprende de su relato, su padre extorsionó a varios prisioneros, de modo que también a ellos les debería corresponder una parte del dinero.

—Sí, tal vez tenga razón, pero su caso es especial.

—Llevo toda la vida oyendo lo mismo, recibiendo un trato *especial* de parte del resto del mundo. Estoy cansado. Como escribió el maestro Mishima, no pido nada. Sólo deseo que alguna mañana, cuando mis ojos estén todavía cerrados, el mundo entero cambie.

—A todos nos gustaría que el mundo cambiase, pero desgraciadamente sólo se trata de la reflexión de un escritor heroico.

—Mishima es algo más que un escritor heroico. Es también el portador de los valores ancestrales de Japón. Es la voz de la conciencia de nuestro pueblo. Leer a Mishima es comprender que nada está más lleno que el vacío.

Elle pensó que la conversación estaba adentrándose en un terreno que ella conocía a la perfección, pero en consideración a su interlocutor, a las afinidades afectivas e ideológicas que le unían con el escritor, evitó decir lo que verdaderamente pensaba: que Yukio Mishima vivía su vida como una gran impostura que buscaba la sublimación de un destino trágico, y que en ningún caso le importaba encontrar la verdad, sino la belleza como expresión máxima de la vida y, por ende, también de la muerte.

*Apreciado Watenabe:*

*Son muchas las novelas escritas por mí en las que apareces. Incluso hablo de ti en algunas obras que escribí antes de que nos conociéramos. Por descontado, no hay petulancia en el hecho de pensar que la vida de uno se parezca a la vida misma. De hecho, eso es lo que deberían perseguir todos los seres humanos, pues la mayoría vive alejándose de aquello que la vida ofrece e impone. La belleza y la muerte, por ejemplo, como paradigmas del tiempo que no vuelve. La gente corriente no suele ser consciente de que quien corre para ganarse el futuro lo hace al mismo tiempo para encontrarse también con la muerte. Los principios de la vida son exactamente inversos al arte de la arquitectura. Cualquier experto en esa materia asegura que el edificio más seguro es el mejor cimentado; en cambio, conforme las raíces de la existencia se van haciendo cada vez más sólidas aumenta en idéntica proporción su fragilidad.*

*En cuanto a tu segunda petición, lamento tener que comunicarte que aún tendrás que permanecer unas cuantas jornadas más en Hiroshima. Exactamente hasta el día 25 de noviembre. Ése día enciende la televisión a las 11.45 horas de la mañana y espera noticias. Por cierto, me alegra saber que Elle Bartlett se encuentra contigo. Dado que es una gran conocedora de mi obra y de la cultura de nuestro país, me gustaría que la invitaras a seguir los acontecimientos, que tendrán lugar en la fecha señalada, en tu compañía. Créeme que necesitaremos el testimonio de ciertos extranjeros cualificados para que difundan nuestra gesta por todos los rincones del planeta. Como es muy probable que la señorita Bartlett no entienda qué está sucediendo, tú te encargarás de explicarle los principios por los que se rige nuestro movimiento y cuáles son los fines que perseguimos. Sé que con mis palabras estoy consiguiendo crearte una profunda inquietud, alterar tu ánimo, ponerte nervioso, pero has de procurar conservar la serenidad y seguir mis indicaciones al pie de la letra. Comprende que, por motivos de seguridad, no pueda revelarte con detalle el plan que he pergeñado. Ha de bastarte con saber que me propongo despertar al Japón de su letargo mediante el método más audaz que cabe imaginar. Que consigamos o no revertir la situación creada dependerá de nosotros, de nuestra capacidad de acción por un lado y de convicción por otro. Probablemente tengamos que multiplicarnos. Ya veremos si cien hombres son suficientes para espolearla conciencia de cien millones. En cualquier caso, es nuestra obligación intentarlo, pues como señala Confucio, «conocer aquello que es justo y no hacerlo demuestra falta de valor». Confío en que la justicia que mueve nuestra causa nos ayude. No*

*hace falta que te recuerde que nos hallamos en el momento más crucial de nuestra historia reciente, que el futuro del emperador (de la nación) depende de la suerte que corramos. Es hora, por lo tanto, de mostrar nuestra talla moral. Sé que mis palabras pueden sonar grandilocuentes, con resonancias épicas, y que todo lo heroico suele dar origen a un drama. Sin embargo, no creo que sea este el caso. El pasado julio una médium me vaticinó una larga vida, y más tarde un astrólogo me anunció que dentro de unos años ganaré el Premio Nobel de Literatura y llegaré a ser primer ministro de Japón. Pese a que ninguna de las dos cosas me interesan lo más mínimo, en cambio ambas predicciones son la prueba del éxito que tendrá todo lo que emprendamos. Despidámonos por el momento recordando los versos que dieron sentido al nombre de nuestra organización: «Hoy parto / nada me importa la vida, / sólo un escudo para el emperador».*

*Un saludo,*  
MISHIMA YUKIO

Tanto Ryo Watenabe como Elle Bartlett tardaron unos segundos en comprender qué estaba sucediendo. Habían encendido la televisión a la hora indicada por Mishima y lo primero que vieron fueron unas tomas aéreas del Cuartel Central del Ejército Oriental de Ichigaya, en Tokio. El ruido de las aspas del helicóptero desde el que se estaban tomando las imágenes se superponía a la voz del locutor, visiblemente nervioso. Al parecer, el escritor Yukio Mishima, en compañía de cuatro discípulos, había secuestrado y amordazado al general Mashita, comandante del Ejército Oriental. Los amotinados contaban con cuchillos y espadas. Para liberar al militar exigían que se organizara una parada delante del balcón del despacho del militar, desde donde el escritor pensaba dirigirse a la tropa y a la oficialidad. A la espera de que Mishima apareciera en escena, dos de sus discípulos se habían acercado hasta la balaustrada del balcón y arrojado varios cientos de panfletos que contenían, al parecer, el último manifiesto del literato. Segundos más tarde, sin que el ruido de fondo disminuyera, la voz alterada del locutor comenzó a leer aquel texto:

*Nosotros, miembros de la Sociedad del Escudo, hemos sido cortésmente tratados por las Fuerzas de Autodefensa. ¿Por qué golpeamos a quien nos da de comer? Simplemente porque reverenciamos a las Fuerzas de Autodefensa. Las Fuerzas Armadas son el alma de Japón.*

Acto seguido, el ruido de las aspas del helicóptero se intensificó e impidió que durante medio minuto se entendiera lo que el locutor estaba leyendo.

Ryo Watenabe trasteó el aparato hasta que logró que el sonido mejorara de manera considerable:

*Nuestros valores fundamentales como japoneses están amenazados. El emperador no ocupa en el Japón el lugar al que tiene derecho.*

*Hemos esperado en vano la rebelión de las Fuerzas de Autodefensa. ¡Si no se pasa a la acción, las potencias occidentales controlarán al Japón en el siglo próximo!*

*Devolvamos al Japón su verdadero ser y muramos. ¿Daréis valor sólo a la vida y dejaréis morir el espíritu? Os enseñaremos que hay un valor más alto que el respeto por la vida. No es la libertad. No es la democracia. ¡Es el Japón! El Japón, la tierra de la historia y de la tradición. El Japón que amamos.*

—¡Mishima se ha vuelto loco! ¿Qué diablos pretende? —dijo Elle Bartlett en cuanto el locutor hubo terminado la lectura de aquel panfleto.

—El maestro persigue que el ejército reaccione y asuma los postulados de la Sociedad del Escudo —intervino Watenabe.

—¿Con cuatro hombres? ¿Pretende dar un golpe militar contando con cuatro hombres armados con cuchillos?

—La capacidad de convicción del maestro es infinita —proclamó el joven, a pesar de que ni siquiera él era capaz de asumir el grado de audacia del golpe dado por Mishima.

—¿Sabía usted algo sobre lo que iba a ocurrir? —preguntó Elle Bartlett.

—Mishima me confesó en una carta que estaba preparando algo de suma trascendencia para el país, me dijo que hoy encendiera el televisor y que esperara órdenes, pero jamás imaginé que su plan pasara por tomar un cuartel militar —reconoció Ryo Watenabe—. He mantenido infinidad de conversaciones con él, y siempre sospeché que su intención era la de hacer que los miembros de la Sociedad del Escudo lucháramos con las manos desnudas contra los jóvenes universitarios de la ultraizquierda, que son mucho más numerosos y violentos, lo que hubiera supuesto la inmolación de nuestra pequeña milicia. Si algo así ocurriera, las Fuerzas de Autodefensa no tendrían más remedio que intervenir. Nunca sospeché que el objetivo del maestro fuera el corazón del propio ejército. En mi opinión, creo que está cometiendo un error de consecuencias incalculables para todos nosotros.

Tras quince minutos, en los que la cámara se centró en enfocar desde su posición aérea a la multitud que se había ido congregando en torno a la plaza de armas del cuartel, y a mostrar cómo unas ambulancias se acercaban hasta el edificio principal para evacuar a unos cuantos heridos, Mishima hizo acto de presencia en el balcón. Daba la impresión de ser aún más pequeño de lo que en realidad era, pese a que caminaba erguido, sacando el pecho. Vestía el uniforme de la Sociedad del Escudo y una vincha con un Sol naciente impreso en el centro le rodeaba la cabeza. Los blancos guantes estaban visiblemente ensangrentados, lo que explicaba la presencia de ambulancias: había habido heridos como consecuencia de una lucha en el interior del edificio.

El ruido ensordecedor de los helicópteros de nuevo impidió a los telespectadores escuchar las primeras palabras que el literato dirigió a la multitud, y que pronto comenzó a gritar en su contra.

—La nación ha perdido su fundamento espiritual. Por eso no estáis de acuerdo conmigo. No entendéis al Japón. Las Fuerzas de Autodefensa deberían dar un paso al frente y acabar con la humillación a la que hemos sido sometidos —se escuchó decir a Mishima en un intento por acallar a quienes protestaban.

Luego, al tiempo que los exabruptos e insultos arreciaron, Mishima trató, sin éxito, de imponer su voz y su discurso, que defendía la necesidad de reformar la Constitución auspiciada por los norteamericanos, y la imposición por la fuerza de este y otros cambios por quienes estaban allí escuchándole, de manera que las Fuerzas de Autodefensa recuperaran su estatus de Fuerzas Armadas.

Antes de que hubiesen transcurrido cinco minutos, Mishima, desesperado, volvió a refugiarse en el despacho del militar secuestrado.

—¡Ha fracasado! ¡Ha fracasado! ¡No han querido escucharle! ¡Los japoneses estamos definitivamente ciegos! —exclamó Ryo Watenabe, cuyo rostro había ido palideciendo conforme se desarrollaba la escena.

—Yo iría más lejos: se han mofado de él —indicó la señorita Bartlett, más sorprendida por el hecho de que Mishima hubiese sido incapaz de medir la reacción del público que por la respuesta del auditorio en sí misma. Si de algo estaba segura sobre la personalidad de Mishima, era que a este le gustaba controlar todo lo que hacía, hasta el último detalle. Nada dejaba en manos del azar, incluso las acciones más azarosas. Era, por lo tanto, incomprensible que hubiera cometido el error de dejarse humillar por una multitud a la que, en teoría, tenía que amansar primero y convencer con su discurso.

—Supongo que es el final de la Sociedad del Escudo —se descolgó Ryo Watenabe al comprobar que la ventana del despacho del militar retenido volvía a cerrarse.

—A cambio, se hablará de Mishima y de su intentona en todo el mundo. Si lo que busca es publicidad para su obra, lo ha conseguido.

—Se trata de algo más profundo. Llevamos tiempo queriendo devolverle a Japón su dignidad como nación. La Sociedad del Escudo está místicamente ligada a la figura del emperador. ¡Somos su escudo! ¡Y eso es lo que acaba de hacer el maestro al dirigirse a esa multitud! ¡Ha hecho las veces de escudo!

Durante un buen rato, la señorita Bartlett y Ryo Watenabe permanecieron delante del televisor, en silencio, a la espera de nuevas noticias. Nadie sabía con exactitud qué estaba pasando en el despacho del general Mashita, cuya puerta habían atrancado con muebles los discípulos del escritor. Poco después, el locutor aseguró que había una nueva lista de exigencias para liberar al rehén, luego dio un parte de heridos, que incluía a oficiales de alto rango y también a un par de sargentos. Al parecer, Mishima, que contaba con una espada de afilada hoja, no había dudado en emplearla en contra de aquellos que habían intentado reducirlo, causándoles cortes en las manos, brazos y espalda. Por fin, a las doce y media, se difundió la noticia de que tanto Mishima como Morita habían muerto por haraquiri y decapitación. Primero el escritor y luego el discípulo. El general Mashita se encontraba sano y salvo, y los otros tres miembros de la Sociedad del Escudo habían sido detenidos sin oponer resistencia.

—«Los hombres usan máscaras para embellecerse. Pero a diferencia de la mujer, la decisión de embellecerse de un hombre siempre es un deseo de muerte». Tal vez todos hayamos subestimado a Mishima —apuntó la señorita Bartlett empleando para su argumento una cita del escritor.

De manera instintiva, Ryo Watenabe rechazó la información. El maestro no podía haberse suicidado. Era el hombre más lúcido y popular del Japón, y era cuestión de tiempo que sus admoniciones patrióticas calaran en la sociedad. Su futuro pasaba por

convertirse en primer ministro del Japón, tal y como le habían vaticinado los videntes, por lo que tenía que haber un error. Pero tras esa primera impresión, empezó a tener la sensación de haber sido traicionado por Mishima. Para empezar, no lo había incluido entre sus hombres de confianza. Todo lo contrario. Lo había empujado a marcharse a Hiroshima, relegándolo a un segundo plano. Luego estaba el hecho de que le hubiera ocultado su decisión de llevar a cabo un suicidio ritual después de una intentona golpista, si es que se la podía llamar así. La pregunta era qué influencia había ejercido el sacrificio de Ken Kimura sobre Mishima. Cabía pensar que el escritor ya había decidido cómo sería su muerte mucho antes de que se produjera la de su discípulo, de ahí que hubiera hecho todo lo posible por ocultarla, pues de lo contrario las autoridades, empezando por las Fuerzas de Autodefensa, habrían estado sobre aviso. Sí, Mishima no podía consentir que Kimura, víctima de un impulso incontrolado, echara a perder su plan de practicarse el haraquiri, de inmolarse en pos de la «resurrección» del Japón, pues le hubiera restado excepcionalidad y teatralidad a su acto.

—Me he quedado huérfano por tercera vez —acertó a decir Watenabe.

Ryo Watenabe leyó en la prensa del día siguiente los detalles de los suicidios rituales de Yukio Mishima y de Masakatsu Morita. Éste había recibido del escritor el encargo de cercenar su cabeza en cuanto se hubiera hundido el cuchillo en el vientre. Al parecer, no quería que la agonía resultara demasiado dolorosa. Sin embargo, Morita falló tres veces consecutivas en su intento por separar la cabeza de Mishima de los hombros, hasta el punto de que tuvo que ser otro de los discípulos, Furu-Koga, experto en arte marcial kendo, quien terminara el trabajo. El sufrimiento del maestro, por lo tanto, había resultado atroz. Cuando a continuación le llegó el turno a Morita, apenas si le quedaban fuerzas para hundirse el cuchillo en el vientre, por lo que Furu-Koga tuvo que hacer uso del sable sin que este hubiese cumplido con esa parte del ritual. El resto de las crónicas hablaban del llanto de los discípulos frente a los cadáveres, de la estupefacción del general Mashita, quien tuvo la entereza de pedir a los presentes que oraran por las almas de aquellos dos hombres que acababan de suicidarse delante de sus narices, mientras permanecía maniatado y amordazado, y del hedor que impregnaba el despacho del militar, puesto que los intestinos de Mishima se habían desparramado sobre el suelo. Para colmo, uno de los diarios reproducía la fotografía de la cabeza cercenada del escritor.

A continuación leyó algunos de los comentarios sobre el suceso vertidos por críticos, sociólogos, psiquiatras y colegas de profesión. Por ejemplo: «Se ha suicidado para dar cima a su obra literaria», o «La exaltación sexual le provocó el creciente anhelo de suicidarse por evisceración», o «Un suicidio causado por un incontrolado afán de protagonismo».

Una extraña sensación de vacío le invadió cuando terminó de leer aquellas crónicas y comentarios que ponían énfasis en los detalles morbosos.

Por último, el *Chugoku Shimbun* reproducía un poema escrito por Mishima poco antes del «incidente», que se titulaba *Muerte*:

*Morir / En el viento / Del suicida. / Morir combatiendo / La única muerte / De un guerrero. / Morir/ Por el filo del sable / De muerte ritual. / Morir / Sabiendo que morir / No es más que mejorar / El instante último. / Morir de olvido / Como morimos todos / Finalmente, a los pies / De un tiempo criminal. / Morir de rosas / De crisantemos / De flores de ciruelo / Atravesadas por un grito. / Morir del otro lado / Del mundo /*

*Donde hay un guerrero / Bajo el Sol. / Morir imperial / Sin pedir perdón / Enfrentado al enemigo / Y siendo muerto por él. / Morir / Caudillo del cielo / Solitario jefe / De un idioma. / Morir / Con el Sol en la frente / Como mueren los nuestros. / Morir / De rodillas al sable / Al símbolo divino / De los tiempos. / De caballos desbocados / De ideogramas en la frente / De haraquiri, al amanecer. / Morir/Del otro lado / De las cosas. / Morir con honor / Por el acero entrañable / Decapitado por el camarada / Más querido. / Morir de mar / De isla / De corceles*

*antiguos / De estampida. / Morir / De sangre nueva / Junto al escudo medieval / De los guerreros. / Morir / Y olvidarse de un mundo / Sin honor. / Morir incomunicado / Aislado por el ruido / Que el enemigo trajo / Para ayudarnos / A morir. / Morir con honor / Como un samurái / Como un poeta.*

Cuando Ryo Watenabe cerró el periódico, lo hizo sabedor de que su vida no volvería a ser la misma. Le sorprendió que las lágrimas que habían empezado a correr por sus mejillas fueran suyas, pues hacía años, desde las semanas posteriores a la visita de *Little Boy*, que no había vuelto a llorar.

—Morir incomunicado / Aislado por el ruido / Que el enemigo trajo / Para ayudarnos / A morir. / Morir con honor / Como un samurái / Como un poeta —repitió en voz alta los últimos versos salidos de la pluma de Mishima.

»Morir, morir, morir, y vivir huérfano —añadió.

**1971**  
**¿Quién Puede Llevar Su Propio Cadáver?**

# 1

Ichiro Abe y su esposa seguían con atención el funeral de Yukio Mishima que retransmitía la televisión desde el templo Tsukiji Honganji de Tokio, cuando alguien llamó a la puerta.

—Ya voy yo —se ofreció la señora Abe.

—Si es el cartero, llega con quince minutos de retraso —apuntó el señor Abe.

—Sí, era el cartero —confirmó la mujer cuando hubo regresado—. Hay un sobre para ti. Toma.

—Gracias. Mira, ahí están los miembros de la Sociedad del Escudo. Ése de ahí es Ryo Watenabe —indicó Ichiro Abe.

—¿Cuál de ellos?

—El primero por la izquierda de la cuarta fila.

—Es un joven bien parecido. Todos visten unos extraños uniformes. Un tanto afeminados —observó la señora Abe.

—Los diseñó el propio Mishima. ¿Ves a esa extranjera que está sentada tres filas más atrás de Watenabe? Es la señorita Bartlett. Parece que tampoco ha querido perderse el funeral.

Después de que el premio Nobel de Literatura Yasunari Kawabata tomara la palabra para pedir a los presentes que ayudaran a la viuda y a los hijos de Mishima, Ichiro Abe abrió por fin el sobre que tenía entre las manos. Se trataba de una carta de Ryo Watenabe, que incluía una veintena de hojas de papel, en algunos casos tiras o retazos, donde, con caligrafía infantil, aparecían escritos nombres, palabras o frases sueltas. Antes de revisar el contenido, leyó la misiva:

*Estimado Abe-san:*

*Por la presente le hago llegar los textos caligráficos que conservo de mi «segunda» infancia, como yo la llamo (la primera terminó para mí el 6 de agosto de 1945). Ahora que mi vida ha dado un nuevo giro, creo que le serán de más utilidad que a mí. Después de todo, forman parte de un pasado que quiero superar (ya ve que no digo olvidar, puesto que eso sería demasiado pretencioso por mi parte). Escribí esos caligramas con el anhelo de acercarme más a mi padre. Recibí a cambio rechazo. Soy yo, pues, quien ahora da la espalda a lo escrito, quien desea alejarse de lo que un día significaron para mí. Es hora de dejar atrás toda impostura, máxime cuando la señora Yoko Hiraoka, viuda de Mishima, me ha comunicado su intención de disolver la Sociedad del Escudo una vez concluyan los funerales por su mando. Además, creo que el año que he pasado en Hiroshima me ha ayudado a madurar. Ahora veo las cosas desde otra perspectiva, como quien cambia el punto de observación. Pero no quiero cansarle con las cuitas de mi espíritu.*

*Tengo nuevos proyectos, además de seguir adelante con la fundación de ayuda a los «atomizados». La muerte del maestro Mishima ha dado pábulo a mucha información mal intencionada o errónea, hay una campaña para arrastrar su buen nombre por el lodo, por lo que he encargado a la señorita Bartlett que escriba una biografía fidedigna del mejor escritor que Japón ha dado en este siglo. Sé que puede resultarle extraño que haya recurrido a una extranjera para llevar a cabo semejante trabajo, pero es precisamente esa circunstancia la que puede conferirle objetividad al proyecto que me propongo promover. Mishima era un samurái y no un depravado exhibicionista, tal y como han dejado entrever algunos medios de comunicación locales. Desgraciadamente, parece ser que los japoneses hemos adoptado el hábito de la difamación. Otra de esas costumbres importadas que tanto daño le están haciendo a nuestro país. Por eso le he pedido a la señorita Bartlett que busque los argumentos científicos que permitan demostrar que detrás de Mishima hay mucho más que las calumnias que ahora se vierten sobre su persona. No me mueve otro interés que el que prevalezca la verdad, siguiendo una máxima confuciana que el propio maestro solía repetir a menudo: «Conocer aquello que es justo y no hacerlo demuestra falta de valor». Se trata de un principio básico para quienes, como usted o yo mismo, anhelamos la redención del mundo.*

*Mis mejores deseos,*  
WATENABE RYO

Mientras la televisión emitía las últimas imágenes del funeral de Yukio Mishima, Ichiro Abe se dedicó a analizar aquellos caligramas infantiles que, sin duda alguna, habían sido trazados por el niño que había escrito las tiras que portaban los asesinos-víctimas del hotel de Akihabara. Y en ésas estaba cuando en una de las listas, junto a otra veintena de nombres, leyó un apellido que hizo que la expresión de su rostro mudara: Tabata. Entonces lo comprendió todo.

## 2

Ichiro Abe y el oficial Tabata se citaron en el restaurante flotante donde habían sido tiroteados por Dostrescientos por deseo expreso del primero. Pese a que el policía puso alguna objeción, acabó accediendo después de que su antiguo jefe le asegurara que necesitaba volver allí para tratar de superar sus miedos.

El día, aunque frío, había amanecido soleado, circunstancia que Ichiro Abe había aprovechado para pasear por el estuario del río Ota y para tomar el sol y contemplar el paisaje desde la terraza del propio restaurante, adonde llegó con media hora de antelación. A poca distancia, unos pescadores trajinaban una batea de la que extraían ostras, las mismas que a la hora del almuerzo se podrían tomar crudas o cocidas en caldo de miso. Algunos curiosos se acercaban hasta la orilla para contemplar el despliegue de bateas que se extendían por la bahía. Semejaban una pequeña fuerza naval tomando posición para un inminente desembarco.

—Francamente, Abe-san, este lugar no me trae buenos recuerdos —dijo el oficial Tabata a modo de saludo, al tiempo que realizaba la reverencia protocolaria.

—Si no eres capaz de enfrentarte a tus fantasmas, te perseguirán el resto de la vida —observó el investigador.

—Sí, lo sé. ¿Cómo le van las cosas, Abe-san?

—Póngase cómodo, por favor. Francamente, las cosas me van mejor de lo esperado. ¿Y a usted?

—Tampoco puedo quejarme.

—Me alegro. Antes que nada, quiero que me perdone por abusar de nuevo de la amistad que nos une, pero vuelvo a tener unas cuantas dudas y me gustaría que me ayudara a resolverlas.

—Si está en mi mano, lo haré con sumo placer. ¿De qué se trata?

Ichiro Abe extrajo del bolsillo de la chaqueta la lista de caligramas escrita por Ryo Watenabe donde figuraba el apellido Tabata, y se la mostró al policía.

—¿Y esto?

—Lea el sexto nombre que aparece en la lista.

—Uno, dos, tres... T-A-B-A-T-A. La letra parece la de un niño.

—Así es, se trata de la letra de un niño. ¿No le dice eso nada?

—Francamente, no.

—¿Recuerda los crímenes del hotel de Akihabara, dentro del caso del expreso *Golondrina*? Los cuatro asesinos-víctimas portaban unas tiras de papel escritas por un niño.

—No le sigo.

—El niño que escribió aquellas notas es la misma persona que escribió el apellido Tabata en este papel.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—El niño, que ahora ya es un hombre, se llama Ryo Watenabe, y por aquel

entonces se dedicaba a mejorar su caligrafía copiando frases y nombres que encontraba en los papeles que su padre, el señor Takuma Watenabe, dejaba sobre la mesa de su despacho. Hace unos meses fui contratado por el joven Watenabe para que le ayudara a reconstruir su pasado. No quiero cansarle con los detalles, pero hice un descubrimiento que es el que, a la postre, me ha traído de nuevo hasta aquí: el señor Takuma Watenabe era en realidad el comandante Yosuke Nomura.

—¿Y bien?

—Si analiza el resto de nombres de esa lista, cualquiera puede llegar a la conclusión de que quienes figuran en ella eran colaboradores del señor Takuma Watenabe, es decir, de Yosuke Nomura.

—¿Colaboradores? ¿Está insinuando que yo...?

—No, Tabata-san. El nombre de la lista no hace alusión a usted, sino a su padre.

El rostro del policía se descompuso como si acabara de recibir un puñetazo en la boca del estómago.

—¿A mi padre?

—Sí, a su padre, quien trabajó como funcionario en el Ministerio de Salud Pública en los años inmediatamente posteriores a la finalización de la guerra. Naturalmente, he hecho las comprobaciones pertinentes. En mi opinión, fue él quien se encargó de redactar las cartas que recibieron los ocho *hibakushas* que viajaron en el expreso *Golondrina*.

—Mi padre lleva más de diez años jubilado —rezongó el policía con un tono de voz que evidenciaba cuánto le desagradaban las insinuaciones de su antiguo colega.

—Entonces su padre no tendrá inconveniente en someterse a una prueba caligráfica —dejó caer Ichiro Abe.

—Definitivamente ha perdido usted el juicio, Abe-san —se desmarcó el policía.

—Digamos que su padre les proporcionaba a Yosuke Nomura y a sus socios materias para que el imperio Watenabe fuera creciendo. Por ejemplo, morfina. Éste alcaloide era muy demandado entonces por los «atomizados», así que empezaron a enviar remesas procedentes del Ministerio de la Salud a Hiroshima, que Dostrescientos se encargaba de distribuir en el mercado negro. El problema era que para que el negocio no sufriera contratiempos, era imprescindible contar con alguien en la policía; y ahí es donde interviene usted en esta historia. Pidió el traslado al Departamento de Policía de la Prefectura de Hiroshima, de modo que su padre facilitaba la obtención de la morfina que se vendía en Hiroshima y usted garantizaba su libre circulación. Todo por el bien de la Watenabe Ltd.

—Todo lo que dice es absurdo. Le recuerdo que Dostrescientos disparó contra los dos, aquí mismo.

—Sí, así fue, pero olvida un detalle: Dostrescientos tenía la orden de matarme a mí y de provocarle heridas menos graves a usted. Lo que hubiera ocurrido si mi organismo no se hubiera empeñado en seguir en este mundo. Lo que el joven delincuente no sabía era que usted tenía un plan B, pensaba tenderle una trampa de

manera que no pudiera testificar en el supuesto de que algo saliera mal, de que las cosas se complicaran.

—¿Por qué iba yo a querer asesinar a Dostrescientos?

—Porque en mi primera reunión con él habló más de la cuenta. Dejó caer que las tiras con el nombre de la Sociedad del Hongo habían sido escritas por un pequeño inducido por un maestro quien, a su vez, sería miembro de la mencionada organización. Y, más o menos, eso fue lo que pasó. Ryo Watenabe escribió esas notas por indicación de su falso padre, Yosuke Nomura. Dostrescientos no era sólo un joven indócil, también le gustaba alardear de cuanto sabía a pesar de no haber recibido instrucción alguna. Lo más probable es que tras el nombre de la Sociedad del Hongo se escondiera la organización encargada de proteger el buen funcionamiento del consorcio de empresas Watenabe, de la que formaban parte usted y el propio Dostrescientos. Probablemente este preguntara en alguna ocasión por tan extraño nombre, y alguien, quizá usted mismo, le contó de dónde provenía y quién era el autor de las tiras de papel: el hijo del jefe máximo de la organización, el hijo del señor Watenabe. En resumidas cuentas, usted pensó que Dostrescientos era demasiado locuaz y que, colaborando conmigo en vez de controlarme, lo más probable fuera que terminara yéndose de la lengua. Por eso decidió tendernos una trampa a ambos reuniéndonos en este restaurante. Si se da cuenta, empleó el mismo procedimiento que en los crímenes del hotel de Akihabara, es decir, convirtió a Dostrescientos en una víctima-asesino.

—No tiene ninguna prueba —se desmarcó el policía.

—No necesito pruebas. Ésta mañana he puesto por escrito todo lo que acabo de contarle y se lo he enviado a su inmediato superior. Consciente como soy del corporativismo que rige las relaciones entre policías, he remitido otra copia al *Chugoku Shinbum*. Con ellos tendrá que vérselas. Serán ellos los que indaguen y hagan las preguntas. Yo estoy cansado de perseguir la verdad.

—No tuve más remedio que colaborar —reconoció al fin el oficial Tabata, al tiempo que inclinaba la cabeza y comenzaba a frotarse las manos—. Amenazaron con desvelar las actividades de mi padre, tenían pruebas incriminatorias, lo que hubiera acabado con la carrera de ambos, la suya y la mía. Me vi forzado a pedir el traslado a Hiroshima y obligado a mantener a raya a mi propia gente. Usted no puede comprenderlo.

Ichiro Abe abandonó la posición de loto y, ya de pie, dijo:

—No, no estoy preparado para comprender a un hombre sin honor.

—¿Se marcha? ¿Así, por las buenas?

—Le dejo a solas con su conciencia. No quiero interferir en su decisión.

—¿En mi decisión?

—Doy por hecho que lleva encima su pistola reglamentaria, Tabata-san.

—¿Pretende que me quite la vida?

—Ya le he dicho que no soy yo quien tiene que tomar esa decisión. Tiene otras

opciones. Entregarse, por ejemplo. Me marchó. Adiós, Tabata-san.

Ichiro Abe caminó sin rumbo durante casi una hora, sumido en un mar de pensamientos. Cuando volvió en sí, se encontró a las afueras de Hiroshima, en las inmediaciones de un bosque de sauces de una belleza extraordinaria y melancólica. Las pequeñas y lanceoladas hojas de los árboles eran acariciadas por una brisa suave, y el sol las bruñía y hacía refulgir. ¿Dónde había estado aquel bosque todo este tiempo? ¿Cómo no lo conocía?, se preguntó. Más allá de los primeros troncos, la ladera de una montaña, abruptamente inclinada y de un intenso verde esmeralda, dejaba a la vista un fragmento de mar irisado, que era sobrevolado por un sinfín de gaviotas que el viento mecía tal que pequeñas cometas. No se divisaban casas y tampoco había rastro de actividad humana por los alrededores. ¡Qué lugar más maravilloso!, se dijo. En otras circunstancias habría asegurado que formaba parte de la morada de los dioses. ¿Acaso estaba soñando? ¿Era aquella visión fruto de la fatiga que su mente arrastraba? Sea como fuere, hacía tiempo que no experimentaba una sensación de paz como aquella, y lo único que podía perturbarla era la lejana resonancia de una detonación.

## Nota del autor

Ésta novela es deudora de otras muchas historias que tienen como protagonista a la ciudad de Hiroshima, algunas de ellas pertenecientes a un subgénero literario que en Japón se dio en llamar *La literatura de la bomba*, y está dedicada a los *hibakushas* o «atomizados» que aún siguen con vida. Pese a que se trata de una ficción, los testimonios de Etsuko Kanemitsu, Teruko Suga y Kazuko Tarui son reales y pueden encontrarse en blogs y en las ediciones de diversos diarios digitales, como *El Mundo*. En cuanto al testimonio del señor Uriu, aparece en la obra de Fosco Mariani titulada *Japón Siglo xx*, que fue publicada por primera vez en 1959. He preferido reproducir estos testimonios tal cual debido a que, en mi opinión, resultan por sí mismos lo suficientemente elocuentes para que el lector se haga una idea precisa de lo que pudo ocurrir en Hiroshima el 6 de agosto de 1945. A veces, las historias más cotidianas son las que ofrecen unos resultados más descarnados. Por el contrario, los testimonios ofrecidos tanto por Dostrescientos como por Ryo Watenabe forman parte de la ficción.

Las cartas firmadas por Yukio Mishima también son imaginarias, si bien para confeccionarlas he consultado algunas de las biografías o ensayos donde se habla de su pensamiento y la correspondencia que el propio literato intercambió con su maestro, el escritor Yasunari Kawabata, premio Nobel de Literatura en 1968.

En un momento de la acción, el personaje de Ichiro Abe se sorprende de que Elle Bartlett se dirija a él anteponiendo el apellido al nombre según la costumbre japonesa. Ésta lo hace para poner de manifiesto su profundo conocimiento de la cultura japonesa. No he leído jamás una obra japonesa traducida a un idioma occidental que mantenga este principio, de modo que para facilitar la lectura he decidido seguir la misma pauta, es decir, anteponer el nombre al apellido cuando me refiero a los personajes o son ellos lo que hablan entre sí.

Al margen de esta circunstancia, he decidido reducir el número de expresiones japonesas con idéntico propósito. Así, por ejemplo, el término *seppuku* ha sido sustituido por el de haraquiri, más común entre nosotros. En realidad, el *seppuku* se refiere a una clase de suicidio ritual que otrora fue muy común en Japón entre ciertas castas ligadas al estamento militar y comprendía el desentrañamiento y la decapitación (de ahí que fuera necesaria la participación de un ayudante) del suicida. El haraquiri, en cambio, sólo hace referencia a una parte del ritual. Stricto sensu, pues, lo que en occidente conocemos por haraquiri se llama en realidad *seppuku*.

El 11 de mayo de 2011 me encontraba en la Biblioteca Municipal de Lorca corrigiendo el texto de esta novela, cuando a eso de las siete de la tarde aconteció un terremoto que causó nueve víctimas mortales y varios cientos de heridos. De pronto, me convertí yo mismo en víctima de una catástrofe natural, mi casa quedó seriamente dañada y durante varias semanas tuve prohibida la entrada. Justo dos meses antes

había tenido lugar otro terremoto en Japón seguido de un maremoto que, además de acabar con la vida de miles de personas, provocó una catástrofe nuclear todavía no resuelta, y yo ya andaba entonces con la idea de incorporar a estas nuevas víctimas a esta dedicatoria. Lo hago ahora.

*Tokio-Madrid-Lorca.  
Mayo de 2009-junio 2011.*